Edad de ruinas

Fernando Bellón

PERINQUIETS

© 2018 Fernando Bellón textos
© 2018 José M Sánchez (Txemacantropus) portada y maquetación.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la la propiedad intelectual (Arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

Edad de Ruinas

Una novela de **Fernando Bellón**

Capítulo 1
EL HIJO PRODIGO

UNO

Dos estampas fascinaron a Arturo Oliver cuando se aproximaba en tren a Londres a media mañana de un día de junio de 1969. La ciudad estaba atrapada en una telaraña de vías, y los transeúntes que observaba desde la ventanilla del vagón parecían figurantes de una película anacrónica.

Arturo había estado antes en París, de hecho acababa de pasar por allí. Le había vuelto a parecer una colección de monumentos faraónicos incrustados en un huevo frito gigantesco. La clara era la banlieue grandiosa: usinas y canteras de un fango ceniciento, y bosques y jardines de un verde fovista.

En París descubrió Arturo Oliver que había una ciudad dentro de otra. El *centre ville* de los mapas turísticos, la yema atravesada por el arco magnífico de la Seine, y en torno a él una

sucesión confusa e interminable de vías públicas con edificios de muchos pisos y barrios de aire sórdido. El propio Metropolitano subterráneo era ruinoso en los suburbios y deslumbrante en el centro urbano.

Por el contrario, en su recorrido desde Newhaven, en la costa, a Victoria Station, la campiña inglesa era un paisaje de retales hilvanados con sutil destreza. Bosquejos urbanos y aldeas perceptibles entre los árboles. Campanarios puntiagudos, parques deshabitados, estanques frondosos, prados sobre umbríos valles o tímidas colinas, y dispersos bosquecillos. El universo británico se extendía con la apariencia de estar bordado por un esteta de la confortabilidad burguesa o pequeño-burguesa, qué más da.

Arturo Oliver, en ese momento, se figuró a las Islas Británicas como una réplica de "El Viento en los Sauces", novela que había intentado leer en inglés sin conseguir pasar de la página dos. Un paisaje de fábula no habitado por topos o castores, sino por transeúntes rubios

vestidos de blanco con un palo de criquet en la mano, y colegiales de uniforme y gorrita de visera camino de la escuela.

Arturo introducía su conciencia en la de aquellos estereotipados ingleses, miraba a través de sus ojos zarcos al viajero asomado a la ventanilla de un simpático tren, y sentía un vacío en la barriga. A la hora prevista puso pie en Victoria Station y se zambulló en la ciudad.

El sol de medio día se derramaba como una una lluvia dorada. Arturo sentía en sus intestinos la paradoja. Era su primera tarde en Inglaterra, y observaba el tráfago urbano en las discretas avenidas de Londres. Tipos altos, rubios, vestidos de cualquier forma. Unos, con traje oscuro y bombín; otros, con una camiseta de tirantes, el pelo hasta media espalda, pendientes en forma de bolita o de arito de oro en una oreja. Había muchachas con trajes entallados, fina pamela de colores y guantes de puntilla, y chicas envueltas en algodón estampado de la India, descalzas, con el ombligo al aire.

Arturo se dejaba arrastrar por el delirio de que estos tipos de porte cosmopolita, noble o harapiento, hasta esa fecha sólo imaginados, se hubieran hecho de pronto carne. Tocarlos le habría sacado del embrujo, pero conservaba medio depósito de cordura y terminó siendo consciente de pisar asfalto limpio y blando como acabado de verter.

Pasó el verano fascinado, verificando a diario con sus propios ojos todo cuanto había oído y leído sobre Gran Bretaña. Revivía emocionado las escenas de vida doméstica en las interminables aventuras de Guillermo Brown. La correspondencia fiel de lo que había leído con lo que estaba observando le trastornaba como un bebedizo. Sentía como si los mejores ratos de su todavía cercana adolescencia no hubieran sido traicionados. Esto hizo arraigar en él la idea de la superioridad pragmática del pueblo inglés, estrictamente empírico, incluso en lo que se refería a la propia imagen.

Empaquetado por el Sindicato Español

Universitario en uno de sus viajes internacionales de bajo coste, cruzó Francia y el Canal con una peña de universitarios para trabajar de friegaplatos. Lo hizo en varios restaurantes, uno de ellos un club de aristócratas de la calle Curzon, en el distrito de Myfair. Allí no se sentía un emigrante como los gallegos y los italianos que, con más categoría que él y una pajarita por dogal, ascendían a los salones a servir las comidas, los cafés y los licores. Arturo se identificaba con la clientela de un modo literario, estético. No entendía una palabra de sus conversaciones, pero captaba la médula aristocrática de aquellas vidas que conocía por las novelas y el cine, y se apropiaba de ella absorbiéndola del ambiente.

A mediados de septiembre, se dispuso a volver a casa y a matricularse en segundo de Económicas, porque ése era su destino y el de la mayoría de sus desperdigados compañeros. Pero en Portsmouth, mientras esperaba con un amigo a coger el ferry que le devolvería al continente, se topó con una chica que había conocido en

Picadilly. Era una yugoslava ancha, de carnes apretadas y sebosas, y de nariz y labios de aire porcino.

La muchacha era el símbolo de su más insoportable derrota. Arturo salía de Inglaterra ayuno de sexo y ahíto de erotismo. A su alrededor, todos sus compatriotas protestaban de haber dado cumplimiento a urgencias que en Iberia eran raras y excepcionales o, en todo caso, prostibularias. Arturo les había visto, con envidia, perderse por los parques o al fondo de sugerentes apartamentos en el barrio de Earls Court, que estaba lleno de alusiones al amor libre y de pintadas proclamando la inmortalidad de Che Guevara.

Su única oportunidad la había tenido con la yugoslava, una mujer que físicamente no era de su gusto. Fue una tarde de domingo en East Greanstead, una población del condado de Surrey, donde la chica trabajaba de au pair, doméstica barata para la middle class británica.

Habían hecho una excursión a un bosquecillo de robles carvallos. Para llegar a él,

tuvieron que atravesar un prado de un verdor prometedor. El ánimo de Arturo era un baño de lujuria, y se aproximaba al robledal con pánico creciente, por temor a que su torpeza echara a perder la aventura. Poco antes de alcanzar los árboles, Arturo se atrevió, con gran fatiga, a tomar de la mano a la yugoslava. Ella se dejó coger, y apretó. Las vísceras de Arturo quedaron como en suspenso, liberadas de la gravedad y tirando para arriba de su cuerpo.

Nada más entrar en la espesura, Arturo la besó. La chica siguió dejando hacer a su acompañante, quizá porque tenían poco que decirse. Cuando intentaban comunicarse, sufrían largas dilaciones semánticas y gramaticales que con frecuencia quedaban sin resolver.

Arturo sólo había besado antes a otra mujer, una compañera de curso, mayor que él, Teresa, de la que estaba perdidamente enamorado. No había tenido tiempo de acumular experiencias. Para él, un beso era un acontecimiento de muy incierta repetición, algo

que pertenecía al ámbito de la fortuna, remoto y aleatorio. Por tanto, se comportó obedeciendo a su instinto y a su sentido común.

Se quitó la camisa e hizo lo propio con la de la yugoslava. Con mano temblorosa le soltó el sujetador, y por primera vez, atragantándose por la emoción, vio ante sus ojos unos pechos de mujer, grandes y pesados. Los tocó con prudencia, a pesar de su turbación. Y, sin saber qué más hacer, desasistido por la eslava del sur, volvió a la boca de la chica. Olía su sudor, y olía el de la hembra, acre, violento. Se sentía arrebatado por el erotismo, pero a la vez le paralizaba el miedo a errar, a echar a perder lo que ya estaba empezado.

Al revolcarse sentía en su espalda la fría humedad del suelo y de las hojas secas pegadas a su piel. La percibía como una molestia de la naturaleza, que se interponía en la libre expresión de su vehemencia carnal. A la vez, miraba a los lados, atento a los intrusos. Porque una relación aventurera y prohibida como ésta no podía estar libre de intrusos a punto de

aparecer detrás de unos helechos en cualquier instante.

Estos podían ser los intrusos: Dios, a quien había abandonado Arturo hacía poco; algún enviado suyo (un aldeano del Opus, por ejemplo); su madre, siempre ojo avizor de sus movimientos íntimos; un cura del colegio en donde había estudiado hasta el COU; un vecino de su barrio de los que se dedicaban a pasear de noche por el parque, linterna en mano, en busca de parejas sin principios. Muchos podían ser los intrusos.

La lógica de Arturo estaba confinada a hechos establecidos a mil y pico quilómetros de distancia por una sociedad en desequilibrio permanente. Carecía de la elasticidad necesaria para imaginar que ni él ni la yugoslava importaban un pimiento a Dios o a los ciudadanos de la Gran Bretaña. Pero esta inquietud, y su falta de habilidad erótica, acabaron por paralizar la actividad del joven.

Llegado a un punto muerto, se quedó mirando a los ojos saltones de la yugoslava, y

propuso sin ambages que hicieran el amor. Ella negó el permiso con una sonrisa (lo único que entendió Arturo) y la excusa de que tenía la regla (que Arturo no comprendió). Pero se sintió aliviado. La falta de ganas y de fuerzas se habían sumado como un fardo al lastre terrible de la ignorancia: Arturo no sabía cómo hacerlo. Y parecía que la yugoslava tampoco.

DOS

Pero la frustración de volver al solar patrio tan vacío como salió de él, pesaba como una afrenta en esa hornacina de la honra varonil que se lleva entre las ingles. Por eso interpretó el fortuito encuentro con la lechona eslava en los muelles de Portsmouth como una advertencia del destino.

Paseó un rato con ella, y se fueron alejando hacia la muralla del malecón. Se había hecho de noche, y la luz acaramelada de las farolas desparramaba sobre los charcos una atmósfera de fantasía en almíbar. Arturo sintió una profunda ternura y se abrazó a los hombros espesos del otro animalito. Acarició sus brazos

sólidos, y fue emborrachándose de lujuria, una pasión dulce y pacífica que le producía ideas folletinescas en las que la chica y él eran dos héroes.

Este ánimo le indujo a concebir la idea de quedarse en Inglaterra con la yugoslava. Nada más que unos días. Anunció a su amigo su propósito en presencia de la chica, ajena a todo, y le pidió que se marchara sin él. Argumentó que, una vez derrotada la castidad, emprendería él también el camino de la patria.

Quince días pasó con el lechoncillo, viviendo en pensiones y recorriendo el sur de la isla. El día decimocuarto se creía ya un experto, y no había perdido una brizna de su vigor. Al contrario, cuanto menos inhibición tenía, más arrebatador era su deseo.

Pero, al tiempo, se aburría. Y esto le causaba una sorpresa mayor. El sexo, lejos de colmar, frustraba. Le llevaba al umbral del paraíso, y le daba con la puerta en las narices. El aburrimiento se tornaba apetito apremiante e insoportable.

El día decimoquinto pasó la noche copulando y discutiendo en esa extraña lengua que habían inventado entre él y la de los morritos .

Por la mañana, la yugoslava le dejó plantado. Arturo se sintió no chasqueado sino libre. A la vez notó que en lo más extremo de su flexible apéndice algo ardía. Lo auscultó y estaba rojo. Infectado, pensó él. Le entró un pánico que se le cogió al corazón como un puño de hierro. Dolor. Arrepentimiento. Angustia. Socorro de Dios, de mamá, que le había advertido, de un médico.

Según la advertencia de la madre, Arturo había sido señalado por el dedo inclemente de Dios. Un dedo incombustible, anuncio de un infierno en el que había entrado ya, por delante. Era el segundo de la familia al que la desgracia venérea había castigado por querer vivir una vida independiente a la que no tenía ningún derecho como español y menor de edad. El primero había sido un lejano primo suyo que contrajo en Alemania una gonorrea. Arturo no

sabía lo que era una gonorrea (simplemente lo sentía), pero imaginaba los próximos efectos mortificantes, repugnantes, penitentes.

No podía volver así a su tierra. Debía volver curado.

En Plymouth remitió el ardor. Pero Arturo lo llevaba asido al alma y era incapaz de apreciar cambios de calidad. Se confesó con un enfermero catalán ex-seminarista que se cruzó oportunamente en su camino, y le mostró la prueba del delito.

Tú te has pasado un día entero echando polvos.

Una noche admitió Arturo contrito y sin un ápice de orgullo.

Pues solamente es eso. Exceso sexual.

¿Nada más?

A ver, ¿dónde está la infección?

El catalán tenía una voz cascada, era fuerte, casi hercúleo, y tenía la cara picada de una enfermedad que más que viruela parecían puñaladas. Era cocinero. Y convenció a Arturo

de las excelencias de Inglaterra. De momento, libertad y mujeres a porrillo. Y si se lo sabía montar prudentemente, una vida próspera.

Arturo, al principio se tomó el trabajo que el grandullón le ofrecía en su cocina como un modo de reunir un puñado de libras. Además, no tenía prisa en volver, porque el curso no solía empezar en la Complutense hasta después del Pilar, y aún más tarde. Escribió a su padre para que le matriculara, y dejó pasar los días.

En compañía del catalán, un tipo de unos treinta años llamado Manel, estuvo una buena temporada. Primero en Plymouth, luego en ruta hacia el norte, desde Cornualles al condado de Avon.

Manel resultó un maestro de lo cotidiano y de la supervivencia. Todo lo que la escuela y la sociedad le habían ocultado celosamente a Arturo, lo esencial, lo necesario, se lo enseñaba el catalán de cabeza monstruosa.

En Bristol se pusieron a trabajar por separado, pero siguieron viviendo juntos en un apartamento próximo al parque zoológico. El

piso parecía una sucursal del parque, siempre llena de bandas de animales de distintos géneros y especies.

Esta vida empezó a fatigar a Arturo, que había perdido la virginidad, el pudor y la vergüenza, pero no el sentido del orden y el gusto por la vida regular. En los malos ratos se sentía un ser abyecto, un hijo pródigo, y releía las admoniciones escritas, ¡qué ironía!, en letra inglesa por su madre, y las palabras asépticas pero sensatas de su padre, siempre poco dispuesto a regalar afecto, pero con sentido práctico.

Algunas tardes, al salir de la cocina en sus horas libres y encaminarse a la academia de inglés, Arturo sentía nostalgia de Madrid y de su vida cómoda en el albergue familiar.

Recordaba a su madre con ternura, a su padre con afecto y a sus hermanos con envidia. Pensaba que en aquellos momentos podía estar abandonando la facultad y atravesando los jardines de Filosofía y Derecho entre escoltas de policías a caballo con las caras rojas por el frío y

por su naturaleza palurda, para coger el tranvía de Moncloa. Desde allí, pasearía por la acera de Princesa hasta Argüelles, parando en la Universitaria a tomar una caña con cualquier compañero.

Se sentía extraño en las húmedas calles de Bristol, que conocía ya de memoria. Se le ocurría que estaba haciendo el idiota, gastando un día detrás de otro en una mazmorra churretosa que olía a sebo. En Madrid podía estar preparándose para ser algún día un cargo de altura en cualquier banco o en cualquier empresa internacional. Poseería un chalet en Las Rozas y haría excursiones con su mujer y sus hijos andando por la sierra. Visitaría a su familia de vez en cuando, y sería recibido con cordiales abrazos por su padre. La sociedad reconocería la cabal sensatez de aquel hijo ejemplar.

Pero pronto se recuperaba. Reunía las migajas de su orgullo, y enfocaba su memoria en otro aspecto del mismo panorama. Traía a su cabeza las peores sensaciones que había vivido

en Madrid. España le parecía ramplona, mediocre, como esos barrios periféricos que una tía suya llamaba despectivamente "suburbios", formados por barracas y casitas bajas sin el menor rastro de higiene, pobladas por hombres y animales en anacrónica armonía. O se dejaba abrumar por el agobio de una sociedad que él percibía triste, hipócrita y obsesionada por las apariencias.

Entonces se le ocurría que España era un lugar donde sólo prosperaban los desalmados y los necios con suerte. Unos, por egoísmo. Otros, por dejarse llevar sin resistencia por la corriente.

Arturo, en Bristol, se resistía. Era una resistencia numantina contra el asedio de la melancolía. Se alentaba a sí mismo con triquiñuelas para superar los malos ratos. Imaginaba aventuras y exotismo de una calidad diferente a las que le invitaba el desconcertante Manel.

Se aislaba del mundo de pucheros y de casas de ladrillos oscuros y sin contrastes.

Empezó a leer en inglés con pasión de adicto. Disfrutó con una vieja edición de "Sherlock Holmes", y con los retorcimientos religiosos y políticos de Graham Green. Pero lamentaba que nada de lo que los libros relataban sucediera a su alrededor, poniendo destellos de nobleza literaria a su vida monótona.

También se entregaba a periodos onanísticos en los que se hacía idea de que le amaban a la vez todas aquellas chicas desnudas de las revistas. Y juraba que, aunque no le abandonara durante el resto de sus días la terrible conciencia de hijo pródigo, jamás volvería de vacío y pidiendo auxilio a casa. Antes bien, edificaría su propia vida, aunque tuviera que hacerlo sobre el suelo ceniciento y encharcado del condado de Avon.

Durante unos meses frenéticos, cambió cinco veces de trabajo. En uno de los restaurantes en los que recaló, un camarero de Lugo le advirtió que estaba haciéndose un currículum inestable en su búsqueda de la cocina perfecta. Arturo le contestó, sin ocultar

su desprecio, que él no pensaba hacer carrera entre fogones y platos sucios. El gallego, en lugar de molestarse, se rio con astucia, porque para él no había otra vida.

Otra vez, al despedirse de un chef polaco de genio insoportable, le dijo que estaba harto de sentirse un animal. Al eslavo esta salida le pareció una tontería, porque no por irse de allí dejaría de ser un animal. Lo afirmó en un tono que los ingleses llaman as a matter of fact, y que quiere decir algo así como admitir la realidad. Arturo le insultó en español poniendo cara de perro furioso, y escuchó algo violento en una lengua llena de ches.

Al final, encontró un lugar donde le ignoraban casi todos, menos una maltesa descolorida y huesuda que le trataba con afecto maternal. Tenía un buen horario, aunque ganaba menos, pero le compensaba el tiempo libre.

TRES

Entonces conoció a Eileen. Eileen le daba clases de inglés en la academia. Los negros bucles mediterráneos de Arturo y la intensidad

que todavía filtraban sus gafas de estudiante aplicado, causaron un efecto en la chica, que cogió por sorpresa al hijo pródigo en una de sus más hondas depresiones. Se dio cuenta de que valía.

Eileen era una inglesa de piel lechosa y moteada. Su carne era blanda, mollar, su pelo, rojizo, y sus ojos de una claridad próxima al vacío. Andaba lentamente, con una cautela más cachazuda que felina.

A Arturo no le atraía, pero había heredado el sentido práctico de su padre. De un modo confuso se le ocurrió que entre perder el tiempo en la Universidad Complutense y ponerse en manos del destino en una tierra húmeda y gris, con el aliciente de la aventura y el sexo (por decepcionante que fuese, todo es decepcionante), prefería la incertidumbre de la libertad. Una libertad culpable, eso sí, pero todo se paga.

Lo que menos le atraía de Eileen, la profesora, era su sudor, agrio y fuerte. Pero se acostumbró a él a los pocos días.

Eileen desafió la ley. La ley obligaba a Arturo a estar entre platos y pucheros durante un año. Eileen le buscó trabajo en una agencia de viajes que dirigía un hermano suyo. Arturo no podía creer lo que le sucedía. Buscaba una explicación a su fortuna y no la encontraba.

Al reciente fallecimiento de Dios en su conciencia precedió una larga agonía. Un mundo sin orden sobrenatural habría sido para él inconcebible. Pero un mundo sin más orden que el público y la inercia de la vida familiar, que se observaba en todas partes como un patrón mal ajustado, sólo tenía sentido si era regular y sin alteraciones. El que a Arturo le sacara la suerte de una espelunca con olor a berza era un signo más de que el orden es una de las apariencias del caos y de que la satisfacción del alma es sólo un sueño.

El ex-seminarista catalán aprobaba sus reflexiones sacudiendo la cabezota con tanta violencia que parecía que iba a caérsele al suelo la materia gris.

Estás aprendiendo, Arturo. Estás

aprendiendo. Eres un tío listo. Ya verás dónde has de llegar, fill de puta.

Lo que en realidad estimulaba a Arturo era que la vida decidía por él. Era fabuloso.

Casi dos estaciones del año pasó en la agencia de Bristol. De pronto se encontró con que el verano había vuelto. En realidad prometía volver, costumbre del verano en las Islas Británicas. Le dieron una semana de vacaciones. Pero evitó regresar a España. Encontró la mejor excusa: en lugar de visitar a su familia en Madrid, de la que había sido hijo cautivo antes que pródigo, se llegó hasta Bath a conocer a la de su novia, con quien vivía una relación inerte, que él tomaba como una expiación.

Los padres de su presunta novia fueron atentos y respetuosos con él, pero percibía en ellos un eco de decepción. Eileen anunció que al año siguiente se irían a Londres a estudiar. Arturo, estupefacto, lo confirmó, aunque era la primera noticia que recibía del asunto.

Empezó a darse cuenta de que no sólo la vida sino alguna gente estaba decidiendo por él.

Pocos días después volvió a quedarse estupefacto cuando Eileen hizo otro anuncio: que, una vez en Londres, podrían casarse y gozar de las ventajas del sistema de educación británico en forma de beca.

Las defensas de Arturo empezaron a actuar urgentemente. En el tiempo que había pasado en Bristol había hecho algunas relaciones. Una de ellas era un tipo de unos veintitantos años que había sido judío (quizá lo seguía siendo, pero no estaba claro). Un hombre expansivo, corpulento y que se ponía a sudar a chorros en cuanto bebía una copa de brandy. El judío le insinuó, al confiarle él su aprensión, que podía buscar empleo en cierta empresa comercial de Londres con la que él trabajaba importando muebles de Valencia. Arturo le agradeció el consejo.

La casualidad le echó una mano de nuevo. Su padre le había advertido de sus obligaciones militares.

"¡Obligaciones militares!", había exclamado en español al leer la carta, y la

lechosa Eileen, que captado el motivo de la ira, lo resolvió diciendo que en cuanto se hiciera inglés, no tendría ese problema.

¿Qué hay que hacer? graznó el español.

Casarte conmigo y esperar unos años.

La muchacha estaba convencida de que el matrimonio y el tiempo, elementos básicos del sentido común, bastaban a cualquiera para ser ciudadano británico. Si Arturo hubiera tenido otro carácter, le habría contestado: *Thanks, sweetheart, for your support and your terrific ideas*, que es algo así como "estoy conmovido por las cosas que se te ocurren". Pero siendo su naturaleza sombría se limitó a ocultar su alarma con una sonrisa.

Cogió el rábano de las obligaciones militares por las hojas y se marchó a Londres diciendo que iba a ver lo que podía hacer con ellas en la embajada. A la embajada fue, pero con un propósito más amplio, porque en la firma de export import le daban trabajo en relación con las naranjas y otras frutas de la huerta valenciana.

Así abandonó la órbita blanda y viscosa de la emotiva Eileen. Se escapó literalmente de ella. Aunque tuvo que presenciar un simulacro de suicidio en una visita inesperada que ella le hizo a su apartamento en el barrio de Islington.

También lo tomó como una expiación.

En el cuchitril en el que trabajaba en Covent Garden hizo dos nuevos conocimientos.

Uno fue Dickens. Durante las semanas que le costó leer "Grandes Esperanzas" se sintió en aquella oficina como un Pip huérfano y afortunado, y en alguno de los excéntricos personajes del añejo edificio encontró rasgos del eficaz Mr. Wemmick, el pasante ejemplar de intachable conducta victoriana.

El otro fue Laura Simons.

De Dickens tuvo que separarse durante una larga temporada, pero Laura Simons se convirtió en su mujer y compañera en los siguientes diecisiete años, que pasó mayormente en Sydney, Nueva Gales del Sur, Australia. Pero también en Singapur.

Capítulo 2
EL ECUADOR FERAZ

UNO

Al otro lado del océano, en Washington Square (N.Y.), David Peel, un tipo que cantaba peor que un borracho, se dirigía a una grey de chavales andrajosos: "Largaos, marchaos como lo hemos hecho nosotros. Ya no necesitamos a los padres. Y aunque tan sólo tengamos quince años (es mentira, tienen más de quince años), ya no os necesitamos. Vamos a vivir nuestra propia vida. ¡Adiós!"

A Arturo Oliver, censado en Madrid, pero vecino de Islington (Londres) desde hacía pocas semanas, le producía una honda turbación este tipo de discursos musicales. ¡Se dirigían también a él! El era uno de aquellos chicos de los barrios juveniles del mejor de los mundos. El también se había ido. Se encontraba en el mero escenario de la revuelta. ¿Qué diferencia hay entre Washington Square y Picadilly Circus? En las dos plazas se habla en multitud de

idiomas, se canta, se conversa libremente y se fuma hierba.

Sí. Arturo Oliver se había ido de una tierra donde la crueldad era gris, el silencio una costumbre y la hipocresía una ley. Se había ido, pero sin decir adiós. Para quien ha sido enseñado a obrar de acuerdo a unos principios, esto era una falta de honradez, una ingratitud, un fardo en la conciencia.

Un observador con rayos equis en los ojos, habría descubierto en la sólida espalda de Arturo Oliver un turbio fardo. Pegado al espinazo como lapas invisibles, llevaba el peso de la responsabilidad, de la culpa, del remordimiento, y el resto de la colección de valores con que la civilización cristiana y occidental adorna el alma de los pecadores.

Sólo la Gracia redime, está escrito en el Libro, y repiten los creyentes como papagayos. Algunos con la esperanza de que baje la Gracia del andamio y les redima de un pescozón.

En la conciencia de Arturo Oliver, vacía de Dios, la Gracia era el amor (con minúscula). *The*

Fugs, también desde el otro lado del océano lo decían a todo aquel que quisiera oír su música maldita: "Quiero una chica que pueda hacer el amor como un ángel, cocinar como un demonio, moverse como un bailarín, trabajar como un caballo, soñar como un poeta, fluir como un torrente".

The Fugs estaban convencidos de que encontrarían a esa chica. Toda la generación de The Fugs lo creyó. Pero, con Laura Simons, Arturo se equivocó de punta a rabo. Arturo nunca fue lo que se dice un lince con las mujeres.

Arturo enamoró a Laura exactamente gracias a uno de sus principales defectos. Y a él le enamoró de ella su peor debilidad.

Quizá un observador neutral habría predicho un matrimonio calamitoso. Pero no había observadores neutrales en Londres: no había ni padres, ni amigos íntimos, ni parientes de segundo grado que el tiempo y la distancia hacen neutrales. Arthur y Laura eran dos islas en la capital de una isla.

Laura había empezado a trabajar en una oficina de Correos de Covent Garden el mismo verano que los primeros hombres pisaron la Luna. También fue el verano que en su atormentado Ulster el Ira iniciaba la guerra de guerrillas y Harold Wilson enviaba al ejército a hacer de policía.

Conoció a Arturo un año después. Durante semanas se estuvieron saludando con la frialdad que los funcionarios británicos gastan en público, una frialdad eficiente.

Laura daba la impresión a su futuro marido de ser una persona que no deseaba otra relación que la mecánica. Sus modos eran tópicos, de manual, como si hubiera adquirido toda la experiencia del mundo sólo en libros de texto. Arthur pensaba que era una chica repipi y cortada de una pieza según un molde.

Una mañana, Arturo se dirigió a la oficina postal con un montón de certificados. Le animaba un humor especialmente activo e ingenioso. El hedor a verduras y a frutas de Covent Garden obraba en él como un elixir. La

gente que iba y venía por la calle le resultaba encantadora y desbordante de la misma vitalidad que él.

Mientras Laura manipulaba los certificados, Arturo se encontró diciéndole en un inglés bastante aceptable:

¿Qué es lo que más te gusta hacer en la vida?

Laura interrumpió su trabajo exactamente igual que si le hubieran tirado un jarro de agua fría, y levantó los ojos hacia Arturo con la intención de decirle algo así como: "¿Se refiere usted a mí, caballero?".

El hijo pródigo (¿o era en realidad prófugo?), durante un instante, se arrepintió de su franqueza. Pero al encontrarse con aquella mirada descubrió en las pupilas oscuras un sentimiento que le conmovió: el sentimiento del abandono más absoluto.

Laura, con un tono de voz bastante parecido al de un ser humano, le contestó que no tenía ni la más remota idea.

Pero si quiere usted saber cómo me siento en este instante, estoy hasta las narices de ser un brazo articulado de los servicios postales de su majestad, y de transformar peniques en chelines y en medias coronas.

Laura fue, durante todo el tiempo que vivió con Arthur, una mujer ignorante de sí misma y de los demás: de lo que quería ella de la gente, y de lo que los demás podían querer de ella. Esto a Arthur, al principio, le llegaba al alma. Sentía piedad de esa débil mota de vida en medio del huracán de la sociedad. Pero a la vez creía firmemente que Laura era un ser humano mucho más sólido que él, como casi todo el mundo. "Yo soy muy dura", decía ella. Y Arturo lo aceptaba. El se tenía a sí mismo por una piedra pómez.

Laura Simons era de una familia católica de Belfast fanatizada por la desventura. Su padre había muerto, siendo ella niña, víctima de la violencia orangiana, acribillado a balazos en un public bar nauseabundo al que acudía con puntualidad a emborracharse. La madre,

trastornada, había negado a Dios que, a su juicio, era un canalla desalmado puesto que asistía a los dos bandos.

La madre educó a Laura y a su hermano mayor, un joven miope y de conciencia extraviada por el asesinato, en la infelicidad. Según les enseñaba, la vida era un trago amargo que hay que resistir. Como de vez en cuando acompañaba sus lecciones con cucharadas de aceite de hígado de bacalao, Laura creyó al principio que la vida adulta consistía en alimentarse de aceite de ricino, y le espantaba hacerse mayor.

Luego, la juventud estimuló naturalmente en ella el impulso hacia la independencia y la felicidad. Aprovechó uno de sus momentos lúcidos para largarse a Londres desde donde pensaba emigrar a Canadá.

Desde el asesinato de su marido, la madre de Laura se había desentendido de su deber filial, y traspasado la obligación a sus tías, una prole de gallinas cluecas que tenían la costumbre de socorrerse y de vigilarse

mutuamente. La hija optó por hacer lo mismo, pero se sintió abrumada por abandonar Ulster. No le sirvió de nada poner agua de por medio. El integrismo irlandés persiguió a Laura en forma de cartas que la viuda enviaba regularmente. En ellas la hacía responsable de todo lo que ocurría en el mundo, es decir en su familia. Laura terminó por no abrirlas. Se las pasaba a Arthur y le decía: "Dime si mi madre está bien, y rómpela".

La apariencia de la joven irlandesa cuando conoció a su novio español (había tenido antes uno italiano y otro alemán, pero ninguno inglés) era claramente latina. Quizá esto atrajera la atención del hijo prófugo, insatisfecho de sus aventuras anglosajonas.

Laura Simons pasaba lo suficiente del metro y medio para no ser considerada bajita. Su piel era casi cetrina y muy suave. Sus ojos, rasgados y de una tonalidad verdosa y oriental, que perdió al hacerse adulta. Esta evocación asiática estaba acentuada por la forma ancha de su rostro y su cabello negro, largo y lleno de

rizos. Su busto sostenido era, a juicio de Arturo, una de las partes más preciosas de su cuerpo. De cintura para abajo poseía la belleza de la Venus de Boticcelli, embriagadora pero inaccesible.

La irlandesa tardó en entregarse a Arturo. En realidad no llegó a hacerlo nunca. Más tarde ella diría que no puede entregarse lo que no se posee, cosa que a Arturo le dejaría perplejo y le haría sentirse tan distante de ella como de la estrella Sirio.

La resistencia de Laura a Arturo era sutil, pero continua. Esto encelaba y atrapaba al español, que se había vuelto loco con aquel cuerpo ágil y pequeño que encajaba a la perfección en el suyo.

DOS

Quizá esta tensión le produjo una rara crisis. Poco después de conocerla y sentirse enamorado, le vino una necesidad apremiante de dejarla, de irse, de volver a España y olvidarse de todo.

Esto le pasó una mañana bien temprano

en la estación de Clapham Junction. Varios mares de vías a diferentes niveles se abrían en todas direcciones. Era como una explosión de fuegos de artificio congelados en rieles sobre un suelo lluvioso y sucio por siglos de ceniza e industrialización.

"¿Me pasará con ésta igual que con las otras?", le vino a la cabeza sin ninguna razón. Y se respondió con gran alivio: "No, Laura me gusta realmente (quería decir físicamente). Además, estoy enamorado." Y a la vez que sentía la líquida calidez del afecto inundando sus intestinos le asaltó un pánico atroz, desconocido, injustificado. Su cabeza se transformó en una máquina averiada. "No puedo seguir con esto. Tengo que dejarlo. Debo de irme. A Australia. A Canadá. Escapar. Volver a Madrid." El amor se trocó violentamente en aversión, el calor erótico en fría angustia.

Días le costó salir de aquel abismo, pero lo combatió con terquedad, una terquedad que pocas veces había empleado en su vida, hasta recuperar el amor tan mal recompensado por la

irlandesa arisca. Al final se sobrepuso con un esfuerzo brutal a las ideas demoníacas. Se dijo: "Esta vez venceré yo, no ese monstruo que intoxica mis sentimientos." La voluntad por encima de la pasión. Ya por entonces Arturo era aficionado a Goethe.

Arturo, que a partir de entonces pasó a ser Arthur (suena algo parecido a “aza”), lo tomó como una forma nueva y sofisticada de expiación. Los infortunios de Laura y su obstinación en vivir su propia vida contra todas las pulsiones del instinto y de la sangre la convertían en una persona admirable.

Con poco más de veinte años, Arturo entraba en el laberinto de la existencia autónoma. Lo hacía con audacia y satisfecho de su conciencia recta. Lo hacía con la idea de que estaba redimiéndose, y redimiendo también la angustia física de Laura que, por constitución genética o por el trastorno biográfico de su familia, vivía en continuo sobresalto, como si en cualquier instante fuera a sobrevenirle una fatalidad.

Arturo no redimió nada intangible, pero orientó su vida. Logró entrar a trabajar en un banco. Uno de esos bancos de fachada imponente y mecanismo severo y patriarcal que hay en la City, entre los puentes de Blackfriars y de Southwark. Con el paso del tiempo logró ascender en la escala administrativa por obra de la energía que su nuevo sentido de la vida le proporcionaba. La vida se convirtió en un tren correo que para en casi todas las estaciones.

A punto estuvo de descarrilar en la primera visita a su familia en Madrid, casi dos años después de haberla abandonado.

Su juicioso padre estaba interesado en sus proyectos. El carecía de ellos, y, en lugar de inventarse una retahíla fantástica, le desafió con un silencio mohíno. La relación de Arturo Oliver con su padre, en todo lo que el hijo pródigo recordaba, era de un carácter desafiante. Nada más encontrarse con él y cambiar un par de frases en Barajas, la memoria de Arturo sustituyó la figura del hombre maduro que tenía delante de él por la de un tipo lleno

de energía, severo, brillante, que le miraba con una mueca de desesperación por encima de una mesa camilla llena de deberes, y le decía con desprecio: "Arturito, eres un burro, y acabarás fracasado en un banco". Efectivamente, de momento Arturito estaba en un banco, pero tratando de olvidar que aquello era un fracaso.

Instalado en las Islas Británicas y con novia formal, Arturo notaba cierto respeto paternal basado en la independencia que otorga el sueldo propio.

Hacia Laura, el padre se comportaba de un modo natural, como suegro *as a matter of fact* y hasta con cariño. Pero su madre no encontraba ni en la irlandesa ni en su vástago la altura de la posición que ella les suponía. Según discernía la mujer, la pareja estaba llena de lagunas: les faltaba la santificación del matrimonio (aunque fuera civil o herético, la madre no concebía que una "inglesa" fuera católica o lo hubiera sido), les faltaba buena ropa, un coche y una casa en Londres donde poder ir a dar clases de economía doméstica a esa extranjera que

llamaba a su hijo "Aza" y se hacía llamar "Lora".

Aza. Aza. ¿Pero quién es Aza? Estos ingleses no saben ni hablar le decía a su Arturo.

El hijo pródigo miraba de reojo a Laura que, aun no comprendiendo las palabras de su suegra, captaba toda su intención.

Tú hazte la cuenta de que es gallega decía Arturo, pensando que el toque nacional caldearía el parentesco.

¡Una gallega! Las gallegas son unas marranas y además creen en las brujas.

La pareja salió de España días antes de lo previsto, y no sólo por empacho familiar. El gobierno se había empeñado en fusilar a media docena de vascos. Arturo sentía que podía cortarse la tensión con un cuchillo en el Metro. Incluso Laura, que había casi olvidado la violencia, la percibía oprimiendo su pecho como una prensa hidráulica. Ninguno de los dos se sentía a gusto en aquel ambiente de intolerancia.

Cuando Arturo se casó no avisó a su familia. Quería que su vida fuera distinta, poco convencional. Laura estaba de acuerdo. Vivían en un apartamento en Islington, y su censo de amigos era internacional: hindúes, italianos, pakistaníes y unos cuantos españoles y otros poquitos irlandeses con los que apenas se trataban porque ni a Arthur ni a Laura les gustaba beber.

Laura se había puesto a estudiar pedagogía en la universidad. Para convencerla, Arturo se tuvo que matricular también, aunque luego no acudió ni un día a clase. El expatriado había comprendido que debía cargar con dos responsabilidades, dada la insaciable incertidumbre de Laura. Además, se sentía decepcionado: había descubierto que Laura no era la mujer dura que había prometido ser, y que él necesitaba. Arturo se sabía débil desde siempre y no le importaba reconocerlo.

Pronto fueron tres las responsabilidades. Nació Geoffrey. El parto hizo padecer a Laura una verdadera travesía del infierno. Arthur se

sentía más culpable que nunca. Sólo le habría liberado de este pesar el haberse quedado embarazado él. Con el niño a su lado en el hospital, estuvo a punto de adorarla como un penitente descalzo que se acerca al pesebre de la virgen de los Dolores. Laura se daba cuenta. Pero seguía sin entregarse.

Sin un entusiasmo definido, Arthur se puso a estudiar contabilidad y balances en un instituto politécnico. En el banco empezó a interesarse por la cartera de valores y el arbitraje. Lo tomaba como un juego extraordinario, como la versión real del Monopoly, que en España se llamaba Palé. Arthur seguía las operaciones con el apasionamiento del dilettante, sin pararse a pensar a quién causaban daño y a quién beneficiaban. Comprar dinero en Frankfurt y venderlo en París le parecía una maravilla del progreso. La especulación bursátil, vista desde el despacho de un oficial administrativo que ni siquiera toma decisiones, que simplemente observa y las apunta, era un negocio serio,

limpio, incuestionable. De haber sido advertido de que ese trabajo, bautizado con un sustantivo rompedor, broker, sería considerado en un par de décadas zona acotada de supermangantes, no lo habría creído.

En el banco empezó a tener suerte. Era una época de expansión económica sin límites predecibles. No se necesitaba entusiasmo para progresar, bastaba con ponerse a merced de la fortuna con un mínimo de prudencia. Arthur se sentía en una rampa ascendente con escalera mecánica.

"En España", le escribía a su padre,"me habría tenido que abrir paso a puntapiés entre una multitud de tipos tan indeseables como yo. Aquí le dejan vivir a uno su vida y ejercerla cívicamente". Arthur estaba convencido de pisar el camino recto, y se lo hacía notar a su padre. Creía a pies juntillas en la superioridad del sistema británico. Su padre, también.

TRES

Un buen día le propusieron desplazarse a Singapur para practicar con toda intensidad el

arbitraje de monedas. Las condiciones eran para él un sueño. Asia se le abría como una puerta falsa por la que escapar del dilema de su integración en el mundo regular de los adultos. Asia no podía ser otra cosa que aventura. Una aventura protegida y bien pagada.

"Tendrás que trabajar duro", le dijeron. Pero Arthur estaba preparado para trabajar duro. Trabajar duro era para él una obligación. Y todo lo que llevaba en su saco de la espalda eran deudas.

Trabajó duro. Sobre todo al principio, cuando la economía sufrió una indigestión de petrodólares, y cogió al capitalismo occidental en calzoncillos.

A poco de llegar a Singapur como ayudante del arbitrajista del banco, los árabes iniciaron el embargo de petróleo sobre Europa y América. La inflación se convirtió en un azote. Aunque esto era un detalle que afectaba poco la vida privada de Arthur, le ocasionaba unos tremendos problemas en su trabajo. Allende era asesinado en Chile. Un almirante de aspecto

monolítico y tallado a cincel volaba por los aires en Madrid. Nixon era expulsado de la Casa Blanca por mentiroso. Una sequía bíblica azotaba Africa, y los periódicos y la televisión se llenaban de individuos delgados como hojas. Bangladesh, paradójicamente, se anegaba y millones de paquistaníes cargados de fardos vagaban como sombras por una paisaje lleno de charcos. Y seiscientas millas al norte del jardín ecuatorial singapurense, sangre de todas las razas caía sobre los arrozales y las junglas de Vietnam, salpicando al mundo entero.

"Un, dos, tres, cuatro, ¿por qué estamos luchando? ¡Y yo qué sé! ¡Me importa un bledo! La próxima parada es Vietnam. Cinco, seis, siete, ocho, abrid las puertas maravillosas. No me pidas que te lo explique, ¡yuupi!, pero todos vamos a morir". Country Joe & the Fish cantan ante trescientos mil rebeldes en Woodstock que los padres americanos deben estar satisfechos de que les devuelvan a sus hijos desde Saigón metidos en una caja. Así es la vida.

Singapur se encontraba en 1973 todavía

bastante ajeno a la obsesión del crecimiento que distingue lo moderno de lo antiguo en nuestro mundo. Sin embargo, había tipos conscientes de que el porvenir estaba en apiñar rascacielos, llenarlos de oficinas y bancos, borrar de las ciudades lo pequeño y dispar, y armonizar la relación de los humanos en centros comerciales de una uniformidad y un aroma dulzón y con sabor a sebo.

Entre estas personas se encontraban un puñado de políticos isleños con intereses comerciales y financieros, y una clara visión de por dónde venía el futuro arreando caña. Gente dispuesta a dar la bienvenida al porvenir, que llegaba de Occidente con un traje forrado de divisas, una técnica fabulosa para sembrar y obtener fruto a velocidades sorprendentes, y una voluntad manifiesta de hacer que el mundo se adaptara a su forma de practicar y entender la vida. La única razonable, la única rentable.

Heinz Vontobel, el jefe de Arthur Oliver era uno de ellos. Su astucia se medía en kilos.

Heinz Vontobel era monstruosamente

gordo, rubio, de cara ancha como una sandía, con un cordón de barba rala, y unos ojos que pocas veces se abrían por completo. Cuando ocurría, mostraban unas pupilas de un azul celeste. Entonces su expresión se hacía totalmente infantil. Y es que Heinz Vontobel tenía poco más de treinta años, en los que había llegado a acumular ciento cincuenta kilogramos.

Su abrumadora personalidad se basaba en argumentos simples: "La vida no perdona", "El mundo es de unos pocos" y "Déjese usted de teorías". Aquel hombre-hipopótamo se dedicó desde bien joven a engullir lo que la vida ponía a su alcance, a ascender como un globo por un cielo erizado de pinchos y a tapar la boca a su conciencia con las mejores viandas.

Vontobel era un poco holandés, un poco alemán y un poco norteamericano. Según él, había empezado en Manila vendiendo pollos al primer matadero industrial del sudeste asiático. Enseguida dio un salto y se plantó en Hong Kong, donde se hizo sitio en el mundo de los fletes. Lo que aprendió, lo arriesgó como

financiero independiente.

Quizás la estricta iniciativa privada le pareció una fábula del protocapitalismo, porque acabó atendiendo una oferta de cierto banco inglés, y se acercó de nuevo a la barriga ecuatorial del mundo para jugar por cuenta ajena en un mercado de monedas floreciente.

CUATRO

Una mañana, a la hora del almuerzo, Arthur se había alejado de la City de Singapur hacia el barrio chino en busca de nuevos horizontes y de algún restaurante exótico.

En la esquina de Maxwell Road y South Bridge Road se paró a observar las casas andrajosas de Sogo Lane, donde decían que los chinos viejos sin recursos iban para no morir en la soledad de la calle. Las calles de Singapur, y menos las de Chinatown, jamás están vacías, pero el alma de los moribundos no repara en las multitudes.

De pronto, Arthur Oliver oyó decir en perfecto castellano, "No te quedes conmigo, y dame la vuelta". Enseguida, la misma voz

repitió, "*Give my money back, or you are in trouble, boy.*"

Un individuo alto y estirado se dirigía a un muchacho oriental con quien estaba haciendo algún negocio.

José Luis Rivas era de Cuenca, aunque tenía acento vasco. Era un tipo atlético, de ojos claros y vivaces, blanco de piel y vestido con la discreta elegancia de un hombre de mundo. De hecho le había dado ya media vuelta, y llevaba viviendo en Singapur unos meses. Tenía la garganta cruzada por una amplia cicatriz. Arthur no supo nunca el origen, pero por lo que aprendió de la vida de José Luis, debía de haber sido algo violenta.

Se hicieron amigos desde ese día. Arthur le escuchaba contar sus viajes con el interés absorbente de un niño que no haya salido jamás de un villorrio mesetario.

Una de sus convicciones era que la vida de los demás es siempre más interesante que la propia. De la nuestra conocemos el fondo de mezquindad y de rutina; la ajena la podemos

imaginar a nuestro antojo.

Capítulo 3
LA JUNGLA VERSÁTIL

UNO

En ocasiones, Arthur Oliver sera consciente de que estaba viviendo el apogeo de su juventud.

Esta sensación la tuvo por vez primera en un fugaz instante, mientras viajaba en tren desde Singapur a Kuala Lumpur, atravesando una jungla solo a primera vista uniforme. Aquella densa verdura era versátil.

Al lado de la exuberancia desordenada y salvaje que cubría la superficie irregular de la península Malaya, se vio Arthur Oliver a sí mismo como una porción de mineral de roca, una muestra cristalográfica, invariable, con planos y aristas nítidos. Pero al cabo de un rato se volvió a sentir orgánico, cambiante, un trozo autónomo de aquella sucesión de cocoteros, de mangles, de árboles de caucho, de marjales sembrados de arroz limitados por la muralla

verde.

Desde el terraplén por el que circulaba el convoy percibía, en íntima unión con el paisaje, su juventud, indiferente al decaimiento y a la muerte. Una muerte que habría pisado nada más bajar del tren y poner los pies en el suelo podrido y esponjoso de la jungla. Y así, por unos segundos, entraba en éxtasis.

A su lado viajaba Laura, embargada quizá por un sentimiento parecido al suyo, pero gozándolo con menos intensidad. A la irlandesa le atraía, como a él, el exotismo y las peculiaridades de Asia, pero enseguida se fatigaba de todo y se volvía mohína. Arthur llamaba a estas variaciones inesperadas el arpa eólica, símbolo de Irlanda, que sólo suena cuando sopla el aire.

Estos cambios de humor eran violentos e irritaban a Arthur de un modo excepcional. Le irritaba la frustración de no poder compartir sentimientos prístinos, de ver cortada la comunicación de emociones irrepetibles que sólo la juventud proporciona. Su propia visión

de la experiencia era elevada, probablemente un poco novelesca, pero noble. En cambio, la irlandesa se dejaba atrapar por las contrariedades de la rutina y de la vida cotidiana, y se sentía tan afectada como si un genio perverso las hubiera urdido sólo por fastidiarla.

Arthur notaba que su sensualidad más rica era cercenada de golpe. Le ocurrió una vez en la ducha de su casa de Singapur, al poco de haberse establecido.

Primero pensó que aquel suceso desgraciado tenía por causa los nervios en tensión de la pareja, que lo había cambiado todo en un par de semanas: latitud, hábitos, trabajo y amistades. Luego pensó que no, y se angustió durante varias noches de insomnio. Pero su juventud era tan potente que acabó enterrando en el olvido el mal trago.

Fue así.

Geoffrey tenía trastornado el estómago desde que llegaron al Trópico, y pasaba largos ratos llorando. Una tarde, al regresar Arthur de

la City con los nervios de punta, preguntó con malhumor a su mujer que si ese niño no se iba a callar nunca.

Ese niño no es un aparato de radio. Los aparatos de radio se estropean y se tiran y se compran otros nuevos por veinte libras. Pero si un niño se pone enfermo hay que dejarle llorar.

Y cuidarlo puntualizó Arthur con poco tacto.

Es lo que he estado haciendo mientras tú eludes todos los problemas domésticos en tu refrigerada oficina la voz de Laura era afilada y salía de su garganta con ánimo de cortar.

Lo hago para que podamos comer, y... no se le ocurrieron más razones.

Cuando Arthur se enfadaba tenía dificultad para hilar razonamientos. Era incluso incapaz de inventar excusas coherentes. Se ponía a soltar disparates cada vez más atrevidos y cortaba toda posibilidad de desdecirse. Quizá su lógica se paralizara debido al lastre de una culpa original que podía rastrear hasta su infancia: siempre había tenido la culpa él de

todo; así que no merecía la pena argumentar nada, sino abandonarse a una pataleta. Cambió de tema tirando la chaqueta sobre un sofá.

Tenemos que cenar con Heinz.

Yo no puedo salir a ningún sitio con Geofrey de este modo Laura no había modificado su voz de cuchilla.

No puede ser tan grave, Laura. La mortalidad infantil de los occidentales es bajísima en estas tierras.

¡Déjate de estadísticas! Ahora desgarraba como un estilete . Es mi hijo , soltó excluyendo a Arthur de la paternidad.

El crío arreció en su llanto, estimulado por los gritos de aquella pareja de psicologías tan poco compatibles.

Laura, te tomas las cosas demasiado en serio. Me voy a duchar. Arthur sudaba a chorros. Se dio media vuelta y se dirigió al baño.

Empezó a desnudarse. Se puso debajo de la ducha fría a presión, y escuchó a Laura decir algo. De pronto la vio entrar en el aseo hablando

sin parar. Sus palabras eran inaprensibles, deformadas por el ruido del agua. Arthur descubrió en ella una terrible mirada de ira y se sintió de inmediato contagiado. Cargado de razón, se puso a gritarle.

Laura, me tiene sin cuidado tu estado de ánimo. Yo también estoy nervioso. Y también, harto. Y si no quieres venir a cenar con Heinz, me iré yo solo a ver si pesco a alguien con mejor humor que tú. Una chinita dulce y solícita.

Las facciones de la irlandesa se habían puesto rígidas. Había ido venciéndose hacia atrás como si preparara un salto.

En efecto, lo preparaba.

Con impulso de fiera se arrojó sobre Arthur y lo empujó contra la pared de azulejos, poniéndose ella también debajo de la ducha. Hincó las uñas en sus hombros, y no cejó en su presión hasta que Arthur la arrancó de allí estrangulando sus muñecas.

Laura, no me hagas daño. El español estaba trémulo y asustado.

La mujer, todavía sujeta por las tenazas de su marido, dio un tirón hacia delante con la cabeza, y si Arthur no se aparta a tiempo, le clava los dientes en el pecho.

Instantes después, Laura encajó una bofetada. Se dejó caer sin hacer fuerza sobre Arthur, y se escurrió hacia abajo abrazada a su cuerpo chorreante. Quedó de rodillas, apretada contra el sexo del hombre, llorando dolorosamente, con la negra y rizada cabellera pegada a su cara y a los muslos de Arthur, con su vestido de parchecitos terrosos ciñéndose, empapado, a su perfil roto y encogido, pero íntegro de belleza.

Se dejó levantar por los brazos de Arthur, que le quitó penosamente la ropa como si la estuviera amortajando. A partir de ese momento, Laura recuperó la iniciativa. Besó, acarició, preparó la penetración, y se fundió con él y le empujó hasta el éxtasis en un acto de amor de extremos delirantes.

Por fin relajados, Arthur cerró el grifo de la ducha y se sentó en una banqueta. Hundió su

cara en el vientre de Laura.

No me esperaba esto. Ha sido maravilloso.

Levantó el rostro y miró hacia los ojos de la mujer que sonreía de un modo inquietante . Tenemos que discutir más a menudo ¿Has disfrutado? Arthur siempre le hacía esta pregunta a su mujer, igual que después se la haría a otras mujeres. Hacer gozar a la hembra era parte de sus obligaciones.

En absoluto.

Los rasgos de Laura, sus pupilas, toda su piel, se habían endurecido de golpe. Una pesada losa de abatimiento cayó sobre Arthur cuando la oyó decir:

He fingido todo el rato.

Aquella noche fueron juntos a cenar en compañía del rinoceronte Heinz Vontobel.

DOS

Años después, Arthur Oliver recordó el incidente y lo calificó como "primer aviso". Pero en sus días de Singapur no lo advirtió así. La mayoría del tiempo lo pasaba absorbiendo

aromas, colores, experiencias. Todo ello en la calle, entre los tenderetes del mercado chino, en los muelles, en sus excursiones a Malasia, en sus conversaciones con aquel pintoresco marino de Cuenca que había conocido en Chinatown. Incluso en su trabajo técnico y pronto rutinario. Aunque lo que absorbía en la oficina refrigerada le sabía un poco nauseabundo.

Laura, al contrario, apenas salía de sí misma. Cuando lo hacía, Arthur la acogía jubiloso, olvidando las frustraciones previas. Pero siempre terminaba en un nuevo y violento desengaño, que a veces provocaba él, llevando las cosas a un callejón sin salida. Seguían viviendo cada uno en una isla. Pero la de Arthur a veces se ampliaba debido a un descenso de la marea, y entonces aprovechaba para hacer visitas al archipiélago, con la ingenuidad y el idealismo de su juventud afortunada.

Durante un tiempo, Heinz ejerció de padre de Arthur, aunque sólo le sacaba diez años. Le buscó casa, le presentó gente y le orientó en las costumbres asiáticas. Arthur, al principio, lo

aceptó con la fatalidad o el respeto que se acepta a un padre. Pero pronto advirtió la diferencia entre el suyo y aquel cachalote. El tema favorito de conversación de Heinz era la lucha por la vida. En lugar de un cetáceo era un escualo.

Al cabo de unas semanas, Arthur empezó a cansarse de las monsergas de Heinz. Su propia visión de la vida era distinta de la del gordo hecho a sí mismo, o al menos no era tan violenta. Vontobel no sólo decía que la astucia y el engaño son moneda corriente, sino que lo practicaba y lo ponía como modelo. Arthur, que aborrecía la hipocresía y estaba convencido de que el mundo tiene un orden oculto, aunque domine la injusticia, no supo evitar el choque.

Vontobel fue un día muy explícito y le hizo saber que su conducta no le auguraba el mejor porvenir.

¿Qué quieres decir? preguntó Oliver dispuesto a aceptar el desafío.

Que tu relación con el mundo es poco real, es fantástica. Es... el gordo quería ser todo

lo nítido que se había propuesto, pero sin ser ofensivo; consideraba a Arthur, al fin y al cabo, un aliado, de la misma forma que un delincuente respeta a los miembros de su banda, y reconviene a los tibios ... es como si las cosas que te rodearan fueran para ti de poca importancia... No te las tomas en serio. Como si tú creyeras que tu mundo no es éste, como si las observaras en un cine.

Arthur encajó mal el golpe. Se sintió noqueado. No pudo responder. Si Vontobel le hubiera echado en cara algo, se habría defendido, incluso con violencia, sin pensar que arriesgaba su trabajo.

En ese instante, Arthur odiaba a Vontobel, pero se sentía incapaz de argumentar con él.

Lo que más afectaba al español era que Heinz estaba denunciando algo cierto: su inclinación a la sensación, su dejarse arrebatar por las impresiones del mismo modo que uno abandona su humor a una melodía o, con determinada música, pasa del éxtasis a la inseguridad o al dolor.

Para él la vida tenía una dimensión estética, era pura sensibilidad. Las palabras del gordo sin escrúpulos le habían puesto en evidencia, como si le hubieran cogido en una reunión de negocios pegando un moco debajo de la mesa, uno de esos mocos grandes y viscosos que no pueden convertirse rápidamente en pelotillas.

Arthur Oliver captó la advertencia de su jefe. En Singapur su vida era la de un alto ejecutivo, al menos figuraba como tal frente a una sociedad que había abandonado su protocolo tradicional por otro que no entendía del todo. El mundo esperaba que Arthur se comportara de acuerdo con ciertos cánones en los que la hipocresía y la violencia encubierta eran ingredientes clave. A Arthur le pagaban para que fuera así, además de para que pusiera en juego las técnicas aprendidas; y no lo estaba haciendo como era debido.

Lo más grave era la sospecha de que con respecto a su mujer le pasaba igual. Laura quizá esperara de él resolución, coraje, agresividad. Y

el cariño con que él la atendía y el afecto que solicitaba de ella le hacían aparecer como un tipo débil, versátil, sin amor propio, entregado a la fatalidad de la naturaleza.

Arthur hacía esta reflexión: Laura tiene derecho a ser débil. Yo puedo aparentarlo, pero no serlo. Mi futuro no está garantizado. Si quiero seguir prosperando, a partir de ahora tengo que ganármelo por mis propios méritos: debo ser duro, despiadado.

Pensaba que la suerte se había acabado para él, que ya era un adulto, que la fortuna había dejado de acompañarle como un ángel de la guarda. Pero como su naturaleza no era obstinada, a las pocas horas había olvidado todos sus malos propósitos, y se sentía de nuevo joven y protegido por el azar.

TRES

Fue en esas circunstancias cuando empezó a darse cuenta de que existían otras mujeres. Y no sólo en su imaginación y en las revistas ilustradas para hombres como él, aficionados al onanismo, que en Singapur había que adquirir

de contrabando o por correo.

Desde que se unió a Laura, Arthur había abierto un paréntesis entre su matrimonio y las otras mujeres. Había obrado de acuerdo con el instinto pragmático de los anglosajones: respetar la norma establecida, respetar el modelo familiar. Sus transgresiones habían sido leves, de las que no necesitan absolución, sino propósito de enmienda y dolor de corazón.

Pletórico de juventud, Arthur apenas era consciente de su frustración erótica. Ayudaba a esta ignorancia otra mayor: se creía muy poco capaz de atraer la atención de las mujeres hermosas. Quizá porque las mujeres hermosas, independientemente de su capacidad intelectual, suelen fijarse en hombres acaudalados e influyentes. Al menos esa era la idea que Arthur tenía de las mujeres hermosas.

Chiu Chu-Chao vino a sacarle de esta falta de fe en sí mismo.

Chiu Chu-Chao era una chinita de su misma edad, no muy bella, pero atractiva. El nombre quería decir Casa de la Perla Chao, pero

Arthur le llamaba Almendrita Chao por el color tostado de su piel y la apretada dureza de su carne.

Almendrita Chao vivía en un barrio de chinos acomodados, en una de las colinas de la isla. Su casa tenía un jardín con mangos y pomelos. Trabajaba en la oficina principal del Chung Khiaw Bank, en Bonham Street, y se encontraban de vez en cuando en un viejo restaurante chino que Arthur solía visitar.

La erupción de rascacielos en lo que hoy es la City de Singapur no llegaba más allá de los doce pisos, pero los locales asépticos de comida rápida proliferaban como una peste en todos los centros de negocios de la tierra.

Arthur prefería las callejas angostas del viejo barrio de casitas apiñadas a lo largo de la curva del río Singapur antes de desembocar en una especie de albufera llamada Marina Bay. Flotando junto a ese barrio típico, decenas de botes y de juncos se mecían amarrados entre sí.

Después de almorzar, Arthur y Chiu Chu-Chao daban un paseo por Boat Quay, delante de

los barquitos, mirando las aguas cenagosas del río y el tupido frontal de árboles que se alinean en la otra orilla. El sol, ya en su cénit, no caía sobre la ciudad, sino que flotaba sobre ella, inmenso, ecuatorial, y parecía meterse hasta en los rincones más sombríos del barrio de casitas. Luego volvían a la City y se olvidaban uno del otro hasta que se encontraban por casualidad otro día.

La china confesaba que le asfixiaba estar encerrada entre esa multitud que tanto fascina a los occidentales. Pero también se refería a su familia, que no paraba de vigilarla. Chia Chu-Chao esperaba que a su novio le dieran nacionalidad australiana para ir a buscarlo, casarse y no volver jamás a Asia. El novio tenía una beca en la Universidad de New South Wales de Sydney, donde hacía una investigación económica sobre Indonesia. No podía volver a Singapur porque las autoridades le meterían en la cárcel por marxista, aunque lo más probable es que fuera un inofensivo socialdemócrata.

La idea que Chiu Chu-Chao tenía de su

tierra chocó al español.

Esta isla es un nido de víboras, el refugio más insensato del capital rapaz y aventurero.

A Arthur le parecía una descripción tópica sacada de una revista editada en Pekín.

No estoy hablando del capitalismo de los grandes bancos decía la china en tonos académicos, seguramente repitiendo ideas de su novio el marxista . Quien hace aquí negocio es el capital especulador de fondos de inversión medianos. Multiplican lo invertido en unos meses. Aquí sólo se puede vivir pensando en el dinero o sin pensar nada en absoluto. Aquí, o eres dueño de un negocio y compites como un gallo o eres un obrero ignorante, o un aventurero occidental con corbata.

¿Como yo?

No. Si tú fueras uno de ellos, no te lo diría.

Entonces, ¿qué soy? Y Arthur recordaba la advertencia de Heinz.

Durante uno de esos almuerzos, Chiu

Chu-Chao habló a Arthur de la parte norte de la isla. Un primo suyo vivía en uno de los palafitos que miran a Johor Baru, la primera ciudad en la punta de la península Malaya, al otro lado del istmo que une Singapur al continente por medio de una carretera y una línea de ferrocarril.

Le preguntó si estaba interesado en conocer la vida indígena original y sin influencias occidentales. Le habló del extraordinario panorama de la costa peninsular, cubierta de una selva de apariencia hermética que tiene sus raíces en la misma arena. Arthur dijo que sí. Y quedaron para una tarde del fin de semana.

Lo comentó con Laura, y la irlandesa aceptó la idea con muy buen humor, para sorpresa de Arthur. El día de la cita, Laura le pidió que se adelantara, porque ella lo había comentado con Teresa, y le había entusiasmado.

¿Quién es Teresa? preguntó Arthur, que no estaba preparado para una excursión colectiva.

Teresa Muñoz. Estudia conmigo en el Institute of Education.

¿Teresa Muñoz? volvió a preguntar Arthur.

Sí. Es una chica de nacionalidad australiana nacida en la isla de Navidad. Por lo visto su padre es filipino. Vive con su novio, un inglés que es mecánico de vuelo.

¿Y también viene el mecánico de vuelo? Arthur estaba mosqueado.

No puede. Ahora mismo debe de estar flotando entre Calcuta y New Delhi

El español se marchó en busca de Chiu Chu-Chao al Plaza Singapura. La vio nada más entrar en la cafetería. Iba arreglada con una coquetería singular: unos vaqueros muy ceñidos y una camiseta de tirantes de color azafrán. Se tendieron las manos, y al coger Arthur la de la china notó que temblaba. Buscó en sus ojos, y la muchacha huyó de los del hombre, como ruborizándose. Le sonrió.

De pronto Arthur cayó en la cuenta.

Empezó a llamarse burro en voz alta y en español.

¿Qué dices?

Nada, nada, es un saludo que hacemos en mi tierra.

¿Burro?

Sí. Burro. Soy un burro.

¿Soy un burro? - repitió Chia Chu Chao en un raro castellano.

No. El burro soy yo. Tú no. Tú no eres una burra. Tú eres preciosa. *You are a pretty girl*.

La china se ruborizó. Esta vez de verdad.

Arthur no sabía cómo explicar que había quedado con su mujer, con una desconocida y, por poco, con un mecánico de vuelo inglés. Pero lo explicó. Era su deber. Chia Chu-Chao volvió a ruborizarse y a sonreír, pero siguió conversando como si la supuesta visita a su primo con un grupo de gente de todas las razas y nacionalidades fuera una actividad turística. Arthur dudó de su propia intuición, pero se abstuvo de exteriorizar nada.

Cuando llegaron Laura y su amiga, Arthur hizo la presentación sin prestar atención a Teresa Muñoz. Se sentaron a tomar un café. Al cabo de un rato, la chinita se dirigió a Laura.

Ya me he disculpado con Arthur. Pero es una pena. Tendremos que aplazar para otro día la visita a mi primo. Ha tenido que ausentarse esta mañana y no puede atendernos. Sin duda la semana que viene podremos ir.

Arthur asintió a todo lo que decía la muchacha tratando de no perturbar mucho el rostro.

Bueno, no pasa nada intervino Laura . Nos vamos a cenar por ahí, y paseamos un rato por cualquier jardín. Propongo el Jardín Botánico. Para Laura el Jardín Botánico era un tópico pedagógico. Entre otras cosas porque le cogía muy cerca de casa, y se desplazaba a él para estudiar la flora tropical. Laura era una apasionada de la naturaleza. Tenía la cocina llena de preparados de hierbas para todas las enfermedades posibles, que ella padecía por riguroso turno. Empezaba curándolas con

remedios naturales para terminar recurriendo, sin falta, a la farmacopea multinacional.

Lo siento. Tendréis que perdonarme Añadió la china . Pero yo me he de marchar. Si hubiera podido, os habría llamado por teléfono.

Adiós.

Adiós.

Arthur, interiormente, estaba rojo de vergüenza, como si de verdad le hubieran pillado en un intento de adulterio. Es decir, como si hubiera sido realidad para los dos, lo que sólo había sido un propósito de Almendrita Chao. Y se repitió, soy un burro, soy un burro, soy un burro.

Capítulo 4
LAS BENGALAS DE SAIGON

UNO

José Luis Rivas, el marino de Cuenca, vivía en una pensión del barrio chino de Singapur. Arthur Oliver se encontraba con él de vez en cuando, y se servía de esta pintoresca relación para eludir la ansiedad de su mundo escurridizo, tropical, helado del mercado de monedas. El marino le contaba sus aventuras en paisajes exuberantes y entre tipos vitales y primitivos. José Luis representaba para Arthur el lance, la incertidumbre.

No creía el especialista financiero en el amor del hombre por el riesgo. José Luis, tampoco. Decía: "Si yo pudiera, viviría como tú. El día menos pensado me caso y monto un negocio". Se envidiaban el uno al otro, pero no hacían nada por intercambiar sus vidas, salvo transmitírselas oralmente. En esto actuaban de acuerdo con el valor salvífico del arte: gozar de lo que uno no será nunca.

A Arthur le atraía la independencia privilegiada de José Luis. Y a José Luis, los privilegios de la vida familiar de Arthur. Al financiero, la pensión china de su amigo, que olía a madera vieja y húmeda, le parecía más satisfactoria que su propia casa, un chalecito en la parte más alta de Orchad Road, cerca del Jardín Botánico y de las embajadas. Al de Cuenca, le ocurría al revés, aunque iba poco a casa de Arthur porque creía caerle mal a su mujer. No sabía que a Laura le caía bien muy poca gente, prácticamente nadie, sin excluirse ella misma.

El hospedero chino de José Luis Rivas era un tipo filosófico. Un viejo de unos cincuenta años de edad, bajito, delgado y de piel lustrosa, como embadurnada en aceite. De lejos parecía un arenque orejudo. Pasaba largos ratos en un balcón de postigos desvencijados, fumando en pipa, con una camiseta blanca abierta por el pecho, enseñando a los transeúntes las costillas y el esternón abultado. Se llamaba Yuan, y José Luis, que era un humorista campechano, le

llamaba tío Juan.

El marino había estado recientemente en Vietnam, y contaba sus impresiones de Saigón a Arthur y a su hospedero.

De día, el cielo está lleno de aviones y helicópteros. Parecen una plaga de langostas. Pero la gente va por la calle como si tal cosa. Compran, venden, roban, se prostituyen. Piensa en el vicio más caro. Está en Saigón. Piensa en el vicio más abyecto. Está en Saigón sentenciaba José Luís, dirigiéndose solo al español, como si el chino estuviera excluido del inventario de vicios . La moral no existe, no hay valores. Está todo manga por hombro, como si el mundo o la vida fuera a interrumpirse en cualquier instante por un designio caprichoso.

José Luis, incluso cuando hablaba en inglés, tenía acento vasco. A Arthur le intrigaba este fenómeno de la emigración: todos los españoles que había conocido fuera de la península, salvo los andaluces cerrados, tenían acento gallego o acento vasco. "¿Yo cual tendré?", se preguntaba.

De noche seguía el marino Saigón parece una fiesta. Cada diez minutos amanece y vuelve a oscurecer, porque tiran unas bengalas cegadoras que tardan en apagarse. Entre tanto, puedes oír las ráfagas de fusil ametrallador por todas partes, a lo mejor debajo de tu ventana. Yo no sé cómo pueden aguantar allí los yanquis. Son un pueblo tozudo.

José Luis no veía bien la intervención norteamericana en Vietnam, pero les admiraba. Su presencia allí era el único rastro de orden aparente. El otro orden, el del Vietcong y el ejército del Norte era soterrado, oscuro, misterioso para todos los occidentales de visita en Vietnam, que, instintivamente, se identificaba con los militares norteamericanos aunque les despreciaran.

Luego dejas de oír disparos y explosiones seguía José Luis . Ya casi no tiran bengalas. Tampoco ves el cielo cruzado por las rayas de las balas trazadoras. Entonces se hace un silencio penetrante, marcado de sonidos graves muy lejanos. Son los cañonazos del frente. Es curioso

cómo puede uno dormirse arrullado por los cañonazos. Porque el silencio total da miedo.

Yo no sé en qué puede acabar eso comentaba Arthur . Si gana el Vietcong, ¿qué tipo de sociedad van a construir sobre ruinas humanas, sobre gente que se ha acostumbrado a vivir sin principios, sobre tullidos morales y físicos?

El hombre no obedece las leyes, obedece las costumbres intervenía el viejo Yuan, sacándose la pipa de la boca . Las normas, los códigos, las doctrinas, las ideas, son cosas ajenas a la vida diaria del hombre. El pueblo no obedece a quienes le dirigen con una bandera o con una ideología. El pueblo obedece al que manda.

El tío Juan hacía una pausa, se llevaba la mano a la cabeza y se daba lentas palmaditas en su pelo grasiento. Ponía los ojos en el infinito y guardaba un silencio ceremonioso. Luego volvía a hablar, despacio, como si estuviera leyendo de un guión invisible.

El pueblo desconfía de las ideas. El

hombre sólo se fía de su experiencia. El hombre sólo obedece a la costumbre y a la autoridad. A la costumbre, porque la conoce. A la autoridad, porque es más fuerte que él. La novedad es una ilusión. La democracia y la dictadura del proletariado son puras abstracciones para el campesino asiático. Se le promete algo nuevo, y él no lo quiere porque no sale de él, le falta experimentarlo, le parece una fantasía. Nada es nuevo de un día para otro. La novedad se descubre con el paso de los años. Yo soy el mismo que ayer, pero muy diferente al joven que vino de Hainán en un carguero inglés hace treinta años. Ni los americanos van a hacer de Vietnam un país moderno, ni el Vietcong lo hará comunista. Tiene que pasar el tiempo y transformar la novedad en rutina para que el pueblo la acepte y se acostumbre al vencedor.

¿Usted quién cree que ganará, tío Juan? preguntaba José Luis.

Vencerá la muerte. Y después de una pausa . Vencerá la vida.

A Arthur el viejo Yuan le parecía gallego.

Pero después de una reflexión, encontraba sentido a sus palabras. Para Yuan el capitalismo y el comunismo eran pasiones artificiales, soluciones fugaces y equivalentes. El objetivo de ambas ideologías era transformar el mundo, hacerlo ir más deprisa. Pero los pueblos no quieren ponerse en movimiento sin saber a dónde van. Y las promesas, aunque vengan de un mundo moderno y ejemplar, les parecen artificiosas, inventadas. Para Yuan, lo permanente era la sucesión inevitable de la vida y de la muerte, de la que el hombre es un eslabón.

Sin embargo, Arthur estaba cada vez más obsesionado con su propia vida, y era incapaz de situarla en un marco más amplio. Su porvenir era una incógnita. Esto, a veces, le desasosegaba, sobre todo cuando salía el tema en una conversación con Laura; pero otras veces le producía una alegría imprecisa, porque le recordaba que era joven y que tenía toda la vida por delante.

El gordo Vontobel había vuelto a insistir,

ya con menos diplomacia, en que no debía desaprovechar la oportunidad de situarse en la cresta de la ola.

Arthur, por su parte, había empezado a reaccionar con cierta violencia, manifestando claramente que la forma de entender la vida de Heinz Vontobel y la ola a la que éste se había subido no era la suya. Poco a poco dejaron de considerarse colegas. El cachalote, por lo general, se limitó a despreciarlo, pero procuraba no ponerle obstáculos. En el fondo de su turbia conciencia le consideraba como un rival.

Se le había ocurrido que el banco había enviado allí a una especie de inspector de demarcaciones excesivamente ético. Y temía que denunciase la multitud de trapicheos, de comisiones, de tráfico de intereses privados de los que participaba o era protagonista. En Singapur regía la ley de la selva, la isla era pasto de bestias carroñeras, y si el capitalismo iba echando cimientos e incluso edificándose, era porque las leyes inflexibles de los peces gordos de Londres y de Nueva York servían de

referencia a casi todo el mundo. Las fieras del zoo local tenían reservadas las presas más menudas. Las presas grandes eran exclusivas de los directores del parque zoológico en la metrópolis. Pero había unas líneas de demarcación entre un botín y otro tan difusas, que con frecuencia los más audaces las ignoraban.

Arthur era ajeno a estas consideraciones de Vontobel sobre su supuesto papel. Y como tenía un rencor flojo que disolvía rápidamente el tiempo, intentaba reanudar las buenas relaciones con su jefe.

Se ponía a charlar con él de ideas. Pero pronto se daba cuenta de que Heinz Vontobel no pesaba en vano ciento cincuenta kilos. Todas sus ideas eran pura carne. Las ideas del hombre-rinoceronte podían cogerse, medirse y venderse. Pero no argumentarse. Unas costillas de cordero a la Rosemary podían cambiarse por una botella de Cavernet Sauvignon o por un pastel Punjabi de zanahoria, o tomarse todo junto, pero no podían cambiarse por el sentido

de la vida.

Si el mundo no es nada más que interés material, ¿qué sentido tiene vivir? Arthur no se hacía todos los días este tipo de preguntas, pero sí de vez en cuando, porque dudaba ya del orden oculto del universo.

Con José Luis se entretenía especulando.

El mundo es injusto decía Arthur, y señalaba la porquería de las callejas en los suburbios de Singapur y a los niños malayos hozando en la basura . No merece la pena vivir en un mundo que no puede cambiarse. Hay que arriesgarse y cambiarlo.

Arthur no tenía el más leve propósito de interponerse en la marcha de las cosas. Pero lo consideraba una idea noble que merecía exhibirse como ejemplo de virtud ajena.

¿Cambiar a los demás? decía el marino . Con lo difícil que es hacer lo que uno quiere, realizar los ideales... No. Lo único que vale es el individuo. El individuo tiene que actuar pensando que está solo, como si no hubiera nadie más que él en el mundo. Es la única forma

de sobrevivir y de prosperar. Los ricos, los políticos, como esa gentuza que trapichea en Singapur con tus amigos los banqueros de la City y de Wall Street, llegan alto porque son coherentes con el cinismo.

Arthur se sentía de nuevo excluido, es decir, un tipo excepcional en una sociedad de lobos. "Seré un cordero con suerte", pensaba. Y también le desconcertaba la lucidez con la que uno puede descubrir la senda más rápida hacia la riqueza, en comparación con lo sórdido que se vuelve luego el camino.

La amistad y el afecto son para los poderosos valores de cambio seguía el marino, que en esos días estaba leyendo un manual de economía . No son valores de uso, valores en sí mismos. Esa gente no posee valores, posee dinero, poder. Y no les interesa otra cosa. Los pobres malayos, chinos e hindúes que construyen rascacielos o fabrican transistores o recogen caucho en las plantaciones o limpian las sentinas de los barcos extranjeros tampoco quieren saber nada de cambiar. Si ganan más, se

ponen contentos, si pierden, se aguantan. Y si no pueden más, se sublevan. Pero no para cambiar nada, sino para seguir igual.

Este discurso se parecía un poco al del chino Yuan en su fatalismo, pero Arthur no encontraba muchos argumentos que oponerle. "¿De qué pueden servir mis argumentos para cambiar la realidad?", pensaba el español, que habría sido un pésimo intelectual. Pero se sentía unido a José Luis, desnudando la vida de sentimentalismo, sin llegar jamás a aprovecharse de ella.

Esta contradicción de la emotividad ambiental y la hipocresía subyacente en la sociedad chocaban a Arthur. La influencia del cine (a través de centenares de melodramas rodados en la India) y de la televisión (a través de los seriales americanos) había caído como una plaga en sociedades indefensas como la de Singapur.

Los modelos de las películas (sometidas a una rigurosa censura erótica) trastornaban a la gente de estos pueblos antiguos y tradicionales,

que no podían distinguir ese tipo nuevo de ficción de la realidad. Su ficción estaba llena de ceremonias, de rasgos esquemáticos, de escenarios e indumentarias inflexibles, y al ver a individuos de carne y hueso vestidos en traje de calle en habitaciones sólo mejor equipadas que las suyas, viviendo tragedias inverosímiles, les hacía pensar que todo aquello era algo cierto y cotidiano, y que los actores representaban su propia vida.

No obstante, Arthur ya había captado en Europa muchos rasgos paródicos en ciertos comportamientos afectivos y profesionales. Las relaciones personales no eran espontáneas, como se suponen en una civilización moderna llena de individuos libres, sino que estaban cortadas por patrones cinematográficos, igual que en el siglo XIX Madame Bovary se creyó las novelas románticas, y en el siglo XVII don Alonso Quijano pasó a ser don Quijote.

Médicos, policías, periodistas, secretarias se adaptaban a sus modelos creados de artificio para la televisión, renunciaban a su propia

personalidad diferenciada para ser réplicas de Hollywood. Siendo esto imposible, sus frustraciones cotidianas se multiplicaban por dos. Y en sus vivencias personales, la gente solía hacer lo mismo. Amaban como en las películas y se engañaban como en las películas.

DOS

Su primer adulterio Arthur Oliver lo cometió con una francesa artificiosa llamada Paulette. Paulette representaba un rechazo enfermizo de la sensualidad. Estaba casada con un colega de Arthur de ideas bien claras acerca de dónde está la ola a cuya cresta hay que subirse, aunque su apariencia era la de un tipo manso y despistado.

La francesa se había educado en Grenoble en ambientes de un radicalismo académico fantasioso, y en lo más profundo de su ser creía en la igualdad social. Pero en lugar de observar esa igualdad social como un objetivo jubiloso, lo tomaba como una expiación, acaso porque su matrimonio estaba lleno de intereses. Tenía una fe religiosa en un socialismo libresco, teológico,

muy parecido a la salvación eterna, que no está en este mundo.

Su vida afectiva debía haber sido un fracaso estrepitoso, y se había refugiado en determinadas doctrinas psicológicas y políticas que a Arthur le parecían desviadas e incluso torvas.

Pero estaba determinado a probar otras experiencias eróticas. No sabía muy bien por qué. Quizá impulsado por una inercia intelectual semejante a la de Paulette y paralela a la cinematográfica. Se excusaba ante sí mismo proponiéndose nuevos horizontes: ampliar las relaciones, romper la monotonía de la pareja, enriquecer la personalidad, y leyendas de este estilo.

Arthur pretendía tomarse el adulterio como un deporte cuya práctica le incluiría en determinadas esferas de la sociedad selecta, como jugar al polo o practicar la cetrería.

No se paraba a pensar que la mayoría de los adúlteros pertenecen a las clases que peor viven la sexualidad, las clases bajas, simplemente

por el hecho de que son más. Y si alguna vez se le pasaban dudas por la cabeza, las resolvía afirmando que la mayoría de la gente no hace el amor sino que folla.

El, lo que quería, era hacer el amor, algo que muy pocas veces lograba alcanzar con Laura.

Por eso merodeaba en torno a Paulette con la misma idea romántica en la que había basado sus primeras relaciones con su mujer. La francesa podía ser una majadera, pero entre ella y Arthur habría un intercambio exclusivamente elevado.

Paulette, que era coqueta y atrevida, le provocaba sin parar, así que no le fue difícil aproximarse a ella.

En raras ocasiones, el español se sentía libre de ese negro fardo que le molía los riñones, y confesaba con franqueza y con un cinismo que dos días atrás habría encontrado repugnante: "Yo, lo único que quiero es echarle un polvo".

Sin duda, fue la perseverancia de su

cinismo lo que le otorgó la recompensa: el cuerpo menudo de piel trigueña y suave de Paulette, que le gustaba de un modo mortificante. Por fin, el fracaso de su aventura con Almendrita Chao antes de empezarla, espoleó su contumacia.

Paulette era una muchacha de pelo enredado y áspero de color de miel. Su cuerpo era ágil y joven, aunque de nalgas demasiado caídas para el gusto de Arthur. Pero en su rostro se advertía un inexplicable envejecimiento. Su cara parecía estar a punto de quebrarse y llenarse de arrugas. En las fotos, sin embargo, no aparecían, y no precisamente por gentileza del objetivo, sino por su calidad industrial, inhumana; sólo el ojo del hombre es capaz de descubrir los detalles de un individuo y forzar a una cámara para retratarlos.

Tenía la costumbre esta francesa de vestir provocativamente, cosa que a su marido traía sin cuidado o quizás hacía gracia.

No era difícil imaginarla desnuda, puesto que insinuaba las superficies más apetecibles de

su cuerpo. Arthur, que sólo necesitaba estímulos materiales para poner a trabajar su cabeza, se la llevaba en sus insomnios a pasear por el estrecho de Johor en un sampán. Paseaban por cubierta sin la ropa, se miraban, se rozaban y se sentaban el uno frente al otro a la luz de la luna gozando de la contemplación, retardando el choque.

La expectativa de un amor carnal, apasionado y también bello fue disminuyendo su timidez y su falta de confianza.

Por fin, un día que podía evitar el regreso a la oficina después de comer, se atrevió a invitarla a tomar café a una casa del barrio chino. En realidad era una habitación que le había conseguido el marino de Cuenca a través de su hospedero. Se trataba de uno de esos locales para amantes, aunque Arthur había insistido en que no quería sentirse un adúltero convencional, como si esto le dispensara de la responsabilidad de lo que se había propuesto hacer. Pero José Luis no había encontrado otra cosa, y confiaba en la inexperiencia de su amigo.

Arthur no sabía que estaba actuando como la mayoría de los adúlteros novicios y bien educados. Por aquel entonces se creía alguien especial, e ignoraba que fuera uno más de los cretinos que pueblan el planeta.

Dio por supuesto que si ella aceptaba visitar una casa desconocida después del almuerzo con el pretexto de tomar café en ella no podía dudar de lo que iba a proponérsele. De este modo, Arthur evitaba el chasco. A no ser, se previno a sí mismo, que me pregunte "¿Para qué vamos allí?" Pero no la creía tan imbécil como él.

Una vez en la habitación alquilada de encargo, tras iniciar el juego amoroso y ser respondido con vehemencia, Arthur quiso seguir adelante.

Pero Paulette se resistió como si quisieran violarla.

El español quedó desconcertado. Abandonó el escondite con la idea de que había sido elegido por el destino para hacer burla de su amor propio. Una confirmación, no obstante,

de su originalidad.

El fracaso no le hizo ceder. Comprendió que el secreto del éxito está en la insistencia, y que la fortuna puede ser vencida gracias a la voluntad. Volvió a invitarla por dos veces más a la casa, con idéntico resultado.

Paulette se dejaba besar, y respondía llena de pasión, abrazándose al cuerpo del hombre, enroscándose en él. Pero al notar las manos de Arthur en la cremallera de sus pantalones, hacía fuerza, se retiraba y le pedía por favor que no siguiera. "¿Por qué?", requería Arthur acariciando sus senos por encima de la blusa e incluso colando la mano por el escote. Y Paulette se ponía a evocar el amor platónico.

Las explicaciones de la francesa eran vagas, y en una mezcla de francés e inglés que a Arthur se le escapaba. Al parecer había un hombre, un primer novio con el que a Paulette le había pasado algo. Arthur nunca logró averiguar qué.

Renunció. Y a la tercera fue la vencida. Estaba claro que el destino se interponía en el

deseo de Arthur de ser un adúltero como Dios manda.

TRES

La consecuencia de este caldeamiento y refrigeración de su libido fue una extraña enfermedad que mareó a los médicos durante semanas, hasta que desapareció. Padecía fiebres y trastornos digestivos por varios días. Luego se le pasaban, pero volvían a aparecer. Estuvo varios meses así, hasta después de Año Nuevo. En su intento de actuar cínicamente le había fallado hasta la fisiología. El infeliz llegó a pensar que su salud no era la adecuada para un sinvergüenza, como si los grandes canallas de la tierra tuvieran que ser, además, superhombres.

El encuentro definitivo con Paulette ocurrió inmediatamente tras la celebración del Thaipusam por los hindúes, hacia finales de enero. Los fieles hindúes se arrepienten de sus pecados en público, y hacen patéticas procesiones cargados de Kavadis, una especie de tabla con clavos que hincan en sus espaldas hasta hacerse sangre. Recorren las calles a uno y

otro lado del río Singapur, desde el templo Chettiar al templo Sri Mariamman, y honran al dios Subramaniam andando sobre ascuas. Subramaniam debe quedar muy satisfecho por estas atrocidades, porque produce el milagro de dejar los pies de sus creyentes incólumes.

A los occidentales el espectáculo les llamaba la atención, y acudían para observar a los penitentes con ojos de pollino, y hacer discretos comentarios sobre la brutalidad de las culturas primitivas.

Para estos individuos tan civilizados, el expolio de Oriente que ellos mismos llevaban a cabo sistemáticamente, la deforestación de Vietnam, las matanzas de indochinos y otras lindezas debían de ser actos heroicos.

A Arthur, el Thaipusam le atraía por el colorido, pero no le parecía novedoso. Tampoco a José Luis, que amenazaba con disfrazarse con un hábito morado y un capirote, coger un cirio, y acompañar a los cetrinos hindúes en su penitencia, como si recorriera las calles de la vieja Cuenca tocando el tambor.

En estas fiestas, los dos españoles se sentían como en casa, pero bajo un sol ecuatorial que sacaba un vapor sofocante de la tierra, refrescada por chaparrones acogidos con alivio por la ciudadanía.

Si Arthur hubiera podido, se habría arrepentido también. Pero, al no reconocer la existencia de ningún poder superior, no encontraba ante quién hacerlo. Se sentía muy mal con Laura, pero no tanto como para descubrirle lo más oscuro de su alma. Su cinismo había cedido, mas no su frustración erótica. Ella, de todas formas, lo percibía.

El aire de la casa se iba cargando de angustia. Y Arthur, poco acostumbrado a fingir, no sabía disimularlo.

De pronto se le ocurrió una solución magnífica, lógica, moderna, propia de un mundo civilizado que lo controla todo, hasta las emociones. La separación.

Durante una jornada se sintió libre de toda pesadumbre. Pensaba que la causa de sus desdichas emocionales estaba en mantener su

terca relación con Laura. Vivía frustrado, reprimiendo lo mejor de sí mismo, sin esperanza, sin alegría.

Pero al cabo, volvió a encontrarse mal, incluso con los viejos síntomas de su indescifrable enfermedad. Estaba confundido, pero la idea de la separación acudía a su cabeza como el martillo de un batán.

Decidió que lo mejor era exponer las cosas.

Con buenas palabras, con cariño, ingenuamente, le dijo que estaba convencido de que era mejor para los dos y para Geoffrey separarse. La idea era acertadísima, original. Arthur recuperaría la fe en sí mismo, mejoraría su perspectiva profesional, y podría hacer el amor libremente.

Durante su exposición, Laura no dijo casi nada. El español pensó que su retórica y sus razones habían sido contundentes. Estaba satisfecho. Tanto, que se puso a leer relajadamente una novela en el salón.

Al regresar Laura de acostar a Geoffrey, se

fue derecha a un rincón y estalló en sollozos.

¿Qué va a ser de mí? decía cogiéndose la cara con las manos.

A Arthur le sorprendió de verdad el lamento. Sólo había pensado en él.

Lo único que se le ocurrió fue suplicar a Laura que se olvidara de todo lo dicho. Arthur luchaba consigo mismo para no dejarse arrastrar a una de sus crisis de enfermedad imaginaria. Pero tampoco abandonaba la idea de la separación. Consiguió desplazarla a lo más hondo de su conciencia, donde no golpeaba como el martillo de un batán sino como el pulso de un corazón averiado.

Así pasó el Thaipusam.

Exactamente el día después se encontró con Paulette por la calle al regresar de comer. Al verla le inundó una oleada de sensualidad. Tomaron un café. Arthur sabía que no debía de haber entrado con ella a ningún sitio, porque había empezado a demorarse y a esperar algo. Pero no ocurría nada, como siempre. Al cabo de un rato se despidió de ella bastante aliviado.

Esta tarde voy a ver una película francesa a la embajada. ¿Por qué no me acompañas? la oyó decir como a lo lejos.

Arthur soltó su mano de golpe. Le hubiera querido decir que era una estúpida si creía que iba a aparecer con ella delante de media comunidad diplomática, y que lo único que podían hacer juntos era el amor.

No puedo afirmó con frialdad.

Es que no está mi marido. Se ha ido a Manila esta mañana. Podríamos dar una vuelta. La voz de Paulette no dejaba lugar a ninguna interpretación equívoca.

Arthur, por un segundo, dudó entre mandarla directamente a la mierda (quizá en castellano, que probablemente Paulette comprendería por similitud fonética y por atavismo), o tomarle la palabra.

Te espero a las ocho en los jardines de la catedral de Saint Andrew. Arthur se sorprendió de su agilidad mental, siempre se había creído un tipo torpe. Luego consideró que había quedado demasiado lejos de la casa de la

francesa. Porque era obvio que iban a terminar en su casa.

Los primeros intercambios entre Paulette y Arthur frente a la Iglesia de St Andrew, fueron protocolarios. Más allá del parque de Padang y de Elizabeth Walk se presentía el vacío de Marina Bay. El mar de China meridional, plagado de archipiélagos, cruzado por buques de todas las banderas e intereses, cargueros, petroleros, barcos de pesca, motonaves, yates, sampanes.

Arthur había perdido todo empeño en embarcarse en un sampán con Paulette y entregarse a ella. Por tres veces la había solicitado y por tres veces Paulette había defraudado las esperanzas cinematográficas del español. Arthur caminaba hacia el adulterio como si caminara hacia el cadalso. Con consciente pesadumbre.

CUATRO

Durante toda la tarde Arthur había estado llamando a su casa, y no había encontrado a nadie. Su cabeza era una colmena excavada en el

corcho de un alcornoque. Temía ser avistado por Laura, cuyo paradero y el de Geoffrey le inquietaba, o por algún indiscreto amigo común. Pero tampoco estaba dispuesto a dejar escapar a la francesa. Se iba a acostar con ella aunque no tuviera la menor gana. Su estómago se alteraba cada minuto un poco más.

Echaron a andar hacia el sur.

¿Dónde vamos? preguntó Paulette.

A tu casa Arthur no pudo evitar un tono imperativo.

Cruzaron el río Singapur. Los botes iluminados con fanales no produjeron la menor emoción en el español. Era como si los viera en una revista ilustrada, en la sala de espera de un dentista. Pasaron a lo largo del barrio chino como una pareja de sordos. Miles de individuos alborotaban por las callejas en un hervidero humano del que emanaba un espeso vapor de vida. Pero los sentidos del contumaz adúltero estaban embotados, y sólo percibían su propia angustia, disfrazada de una conversación trivial con la que mantener el paseo. Arthur sufría la

experiencia del cinismo, que oculta o sofoca los sentimientos con tal de conseguir su objetivo. El del español era gozar del sexo. Gozar sufriendo, o viceversa. El caso era hacer las dos cosas a la vez. O sea, no hacer nada.

Al perder noción de la algarabía nocturna, en una esquina, Arthur descubrió una cabina telefónica. Llamó de nuevo a Laura con la conciencia en blanco, sin preparar ninguna excusa convincente. Pero nadie le contestó una vez más.

Paulette no hizo ningún gesto ni comentario. Arthur pensó en parar un taxi, pero se contuvo, por miedo a que la francesa, forzada a dar su dirección al chófer, es decir, a actuar voluntariamente, se echara para atrás. Arthur se daba cuenta de que lo importante era llegar a casa de la precaria amante sin que ella "se diera cuenta", siendo llevada, dejándola libre de responsabilidades.

Esta sobrecarga de responsabilidad le iba agotando, y se le cogía al estómago como si se hubiera tragado un aspirador en marcha. El

último tramo del paseo, lo hicieron en un silencio ominoso y culpable.

Por fin llegaron a casa de Paulette, un edificio de tres plantas rodeado de árboles y de césped. Entraron y subieron al segundo piso. Al cerrarse la puerta de la vivienda, Arthur notó un alivio a su incertidumbre. Lo había conseguido. Se sentía, sin embargo, un tipo despreciable. Todavía estaba a tiempo de dar media vuelta y limpiar su conciencia con un ingreso en la cuenta de ayuda a los damnificados por las inundaciones de Bangla Desh. Mas no lo hizo.

Le sorprendió la decoración de la casa de Paulette, de una funcionalidad estándar, con muy pocos detalles personales. Esto, en cierta medida lógico entre gente de paso, no encajaba en la idea que se había hecho de la vida privada de la francesa, refinada hasta la sofisticación. El escenario de su inminente adulterio no era el de los melodramas, sino el de las películas pornográficas, un piso cualquiera.

La mujer se ofreció a hacerle algo de cena, pero el estómago de Arthur seguía siendo un

bloque de cemento. A pesar de ello tenía hambre. Como su sensualidad, abotargada, pero con un resto de vida para cumplir con la obligación propuesta. Pidió un vaso de leche. Ella se sirvió algo de fruta.

Actuaba con la naturalidad de una esposa. Y ello exasperaba a Arthur todavía más, porque terminaba de destrozar su sueño de una amante sensual y apasionada.

Paulette hablaba de su marido, de sus costumbres domésticas. Lo hacía con un aire de tristeza, de desengaño que pasaba desapercibido para el hombre. Sacó un disco de su funda y lo colocó en el plato. Cuando empezó a sonar, la francesa se dirigió a Arthur en un insoportable tono de voz cargado de complicidad.

¿Sabes qué es esto?

Muerte en Venecia dijo rápidamente Arthur como respondiendo a un test.

El *adagietto* de la Quinta de Mahler corrigió la francesa decepcionada y con un trozo de mango en la boca.

El español no albergaba ninguna duda de lo que iba a suceder a continuación, pero estaba menos preparado que nunca. Observaba el salón de estar nerviosamente, como si temiera la irrupción de alguien. Quizá de nuevo alguno de esos viejos intrusos que llevaba siempre a cuestas, aunque ahora se le habían metido en lo más hondo del estómago. Se puso a repasar la discoteca y descubrió una grabación de Moustakis. Lo sacó y le pidió a Paulette que lo pusiera en el picú. Estaba decidido a empezar en cuanto sonara "*Le Méthèque*". De pronto se acordó de Laura. Pasaban de las once.

He de llamar a mi mujer.

¿Qué le vas a decir?

No tengo ni puta idea.

Arthur no mentía. ¿Qué podía decirle a Laura? Nada verosímil. Su mujer podía haber telefoneado a Heinz. O a José Luis. O a toda la breve lista de amistades inscrita en la agenda. Arthur conocía la imaginación de Laura sometida al pánico.

Pero Laura estaba relajada y feliz. Había

acudido con Geoffrey a una reunión de madres occidentales preocupadas por la educación de sus hijos, sin duda organizada por algún grupo de esposas estadounidenses. Arthur dijo lo único que se le ocurrió. La verdad.

Estoy en casa de un amigo. Llegaré tarde.

Era absurdo. Arthur jamás se había quedado en casa de nadie, ni siquiera del marino de Cuenca, a esas horas. Laura estaba obligada a imaginar lo que su marido estaba a punto de hacer.

Sin la menor ceremonia, empezó a besar a la mujer. Luego pasó a desnudarla. Ella, simplemente, se dejaba.

¿Vamos al dormitorio? sugirió él. Estaba observando los senos de Paulette, de un tamaño hermosamente regular. Se inclinó para besarlos.

No. Aquí la oyó decir sobre su cabeza.

¿Aquí? preguntó retirando la boca de un pezón, como si le molestara el escenario.

En el dormitorio hago el amor con mi marido.

Arthur no se molestó en interpretar aquella afirmación. Quizá era una protesta de fidelidad al tálamo. Quizá un reproche al atrevimiento del amante.

Se habían quedado con los calzoncillos y las bragas (respectivamente) como única indumentaria. El disco acabó, y Paulette le dio la vuelta. Arthur miró su espalda bronceada, sus nalgas y sus muslos. La deseó. De un modo inerte, automático.

Entonces Paulette se puso a hablar del tema inevitable, sus primeras experiencias sexuales y amorosas. Lo hacía precipitadamente, empleando ya sólo el francés. Arthur a duras penas se enteraba. Pero captó con toda claridad el corolario de ese discurso cargado de anticlímax que ella hizo mirándole intensamente a los ojos.

Según una sexóloga francesa que acabo de leer e hizo el ademán de ir buscar el testimonio a la mesilla de noche el coito no es imprescindible para gozar del sexo.

Según la sexóloga francesa cuyo libro

podía enseñarle, el orgasmo no es necesario, es una debilidad masculina. El argumento no era nuevo para Arthur, lo había escuchado alguna vez de los labios de Laura, pero sin citas bibliográficas.

Se sacó los calzoncillos. Ya no era dueño de su voluntad ni de su carne. Era un autómata, un actor representando.

¿Te quitas tú las bragas o te las quito yo?

Paulette se tendió sobre un diván de flores estampadas, abrió sus piernas y ayudó a recibir a Arthur en su interior. El español recordó este acto como la única acción voluntaria de la mujer. Siempre había tenido dificultades para abrirse paso y apreciaba la colaboración de la *partenaire*. Empezó a agitarse sobre aquel cuerpo hermoso e inerte, y tardó poco en dejarse ir. No se molestó en preguntar a Paulette si había tenido orgasmo. Era obvio que no, y además, quizá la hubiera ofendido.

Cuando tomó un taxi en la estación del ferrocarril tenía dos extraños sentimientos. Uno, el de haberse acostado una vez más con su

mujer. Otro, diferenciador, la visión prominente de la vulva de Paulette, como unos morritos infantiles rodeados de vello dorado.

Al preguntarle el taxista a dónde le llevaba, sintió una invencible vergüenza de sí mismo. Si le hubieran pedido que dijera su nombre, no se habría atrevido a pronunciarlo. En aquellos momentos el sexo le pareció algo repugnante, un error de la naturaleza, igual que cuando era un púber y terminaba de masturbarse. Años atrás, debidamente preparada su conciencia, se acercaba a la garita, contaba al cura de guardia su película, y recibía una absolución liberadora.

Dos lustros más tarde y con una deriva de diez mil kilómetros hacia oriente, se encontraba sin posibilidad de absolución, pero con el cadáver de Dios clavado en las costillas. No podía recurrir a otro consuelo que el de confesarse a la ofendida. Pero temía la reacción de Laura. Quizá se bebiera una botella de lejía, o esperara a que se quedara dormido para apuñalarle con las tijeras de la cocina.

Lléveme al mercado chino nocturno le pidió al chófer, un malayo corpulento, cabezota, sin mucho pelo y de brazos de antropoide.

¿Al principio o al final? volvió a preguntar el taxista.

Arthur tenía toda la atención puesta sobre su conciencia. Si había mencionado el mercado chino nocturno había sido por no dirigirse directamente a su casa, y porque lo había leído en un folleto turístico que alguien había dejado en el asiento.

¿Qué quiere usted decir? Arthur empezó a percibir que en el mundo había otra gente además de la impredecible Laura, la inactivable Paulette y él mismo.

Todas las cosas tienen un principio y un final. El mercado chino nocturno, también dijo el malayo con un retintín que quizá se debiera al extraño acento de su inglés, o quizá no.

Arthur estuvo a punto de mandarle al infierno, pero cayó en la cuenta de que el oriental estaba intentando averiguar si era un turista o un residente. Acababa de pasar por el

mercado nocturno, pero no recordaba el nombre de ninguna de sus calles. Así que dijo la primera que se le ocurrió.

Lléveme a Smith Street.

Ahí no está el mercado nocturno.

Arthur no lo sabía, pero ya se había hartado de aquel pícaro.

Eso sólo me importa a mí. Lléveme a Smith Street. Y no se desvíe. Empleó el tono más autoritario que podía registrar su voz.

Pasear entre la multitud escandalosa serenó su ánimo. Había el suficiente número de occidentales como para no llamar la atención. El olor a fritanga le recordó vagos momentos de su niñez, cuando con sus padres visitaba Alicante en verano. Sentía la misma humedad, el mismo olor a sopa y a aceite hirviendo, aunque ahora mucho más especioso. Anduvo por entre los tenderetes sin cerrar los ojos, pero no veía chinos, sino veraneantes. Entonces evocó, sin saber por qué, las bengalas de Saigón.

Capítulo 5
¡QUE HA SIDO DE MI VIDA! ¡QUE HA SIDO DE MI AMOR!

UNO

Uno de los encuentros que más fértiles consecuencias tendrían en la vida de Arthur Oliver lo hizo gracias a su mujer. Esto era digno de la mayor de las sorpresas, porque el hermetismo de Laura la hacía casi impermeable con los extraños. El encuentro se llamaba Mike Prendergast.

A Mike Prendergast le conoció cuando llevaba casi dos años en la isla ecuatorial, un 18 de mayo que un grupo de funcionarios australianos del Alto Comisionado en Singapur celebraban privadamente el segundo triunfo laborista en su país, tras la forzada disolución de las dos cámaras.

Habían ido a cenar mariscos al parque de la Costa Este, donde él se encontraba con Laura y Geoffrey haciendo lo propio.

Los australianos tenían un entusiasmo desbordante. Se sentían generosos e invitaban a todo aquel que sostuviera su chispeante mirada más de tres segundos.

El humor de Laura era aquel día extraordinario, sin que hubiera en el mundo razón capaz de explicarlo. Estaba comunicativa, cordial. Arthur aprovechaba la circunstancia, pero en estado de alerta, para que el final de tanto afecto no le pillara de improviso.

Al principio, sólo durante un rato, Mike Prendergast le cayó gordo. No era de extrañar, pesaba casi tanto como Heinz Vontobel, y Oliver había tomado manía a todos los individuos que pasaran de los ochenta kilos.

Prendergast tenía algo más de treinta años. Era un individuo pálido, de pelo crespo y despeinado de color marrón. Sus ojos eran pequeños y, quizá para compensarlo, su mirada profunda y a veces inquisitorial. Tenía una voz áspera, pero llena de amabilidad y convicción. Era médico, y sólo ejercía consigo mismo imponiéndose un riguroso régimen vegetariano

con el que remediar su enfermedad metabólica. Debido al triunfo laborista se había permitido una excepción.

Otra de las cosas extraordinarias era que Laura no había hecho nada por alejarse de Prendergast al enterarse de su origen irlandés. Laura se apartaba de los irlandeses, como si todos guardaran una bomba a punto de estallar en el bolsillo. Salvo el día de San Patricio, en el que buscaba su compañía y bebía (con prudencia). Que Arthur recordara, era su único rito tribal. "Quizá hoy es San Patricio", pensó Arthur.

Después de aquel día, Prendergast se convirtió en el único amigo de la familia Oliver. Les hablaba de Australia con un patriotismo chocante para el español. Al principio lo tomó como una actitud formal. Le parecía que el gordo hacía propaganda turística. Luego, terminó por aceptar que hablaba en serio.

1975 se había iniciado nublado para Arthur Oliver y para el mundo. A medida que pasaba, descargaba una tormenta tras otra sobre

él. La tensión con Vontobel llegó a un extremo insoportable. La bestia inflada le pidió que se marchara del banco. Y le ofreció una solución satisfactoria para ambos: tomarse un mes de vacaciones y buscarse otro empleo en la plaza.

Pero para entonces, Arthur le había cogido manía a toda la isla: a las aves rapaces, a sus presas, a la explosión urbana que había llenado de obras todos los rincones, y a los jóvenes lobos americanos que llegaban en pequeñas manadas a Extremo oriente para llenar de dólares el vacío inminente de Vietnam.

Su relación con Laura se había situado en un punto muerto, se había estancado. Arthur creyó que debía dar un tirón. Despegarse de aquel álbum exótico. Quería empezar una vida nueva. Todo lo que había a su alrededor le parecía un lastre.

Entonces volvió Prendergast de un viaje a Australia y le contó que el país estaba en ebullición. La oposición conservadora estaba dispuesta a todo para tirar del poder a los laboristas de Whitlam, Primer Ministro a la

sazón. El capitalismo internacional apoyaba subrepticiamente a la oposición, y restringía las inversiones. El Estado no tenía un duro. Había un verdadero complot para arruinarlo. Los ministros de economía buscaban petrodólares en Londres.

Si yo pudiera, os echaba una mano dijo Arthur como si tuviera la llave de alguna caja fuerte.

Prendergast le respondió:

¿Por qué no?

A Arthur le desconcertó esta reacción.

Olvídalo, era una broma se excusó.

¿Por qué he de olvidarlo? dijo Mike Prendergast, sacando pequeñas chispas de sus ojillos. Australia es una tierra receptiva. Todos los hombres tienen allí un pedazo de oportunidad reservado para cada uno de ellos. Para los ambiciosos y para los de buena voluntad. La gente de buena voluntad como tú es beneficiosa e interesante.

Para quién? preguntó Oliver, con franca

ansiedad.

No lo sé. Tú eres un especialista en arbitraje y en el mercado de valores. Estoy seguro que habrá algo para ti.

¿Y cómo puedo saberlo?

¿Por qué no vas y lo averiguas?

¿Dónde? Arthur había empezado a entusiasmarse con Australia.

Supongo que a Melbourne o a Sydney.

A Laura, la aventura le parecía arriesgada. Para ella, salir de casa era una aventura peligrosa.

Para Arthur, la idea era absurda, pero real. "¿Qué haré yo en Australia?", se decía. "Pues lo mismo que en Singapur, seguir viviendo". La isla le intoxicaba como una ciénaga fétida. Compró un billete de ida y vuelta (por si acaso), hizo provisión de direcciones de conocidos de Prendergast y de algunas referencias del propio Vontobel, que por verle desaparecer estaba dispuesto a pagarle el viaje, y se preparó a marchar. Arthur jamás se lanzaba al vacío.

DOS

La víspera de su partida, habló largamente con el australiano acerca de un grave dilema: cómo orientar su vida. La profesional, se entiende. Para mejor hacerlo, el español necesitaba de una plataforma ética, de unos principios. Así fue como se encontró reflexionando por primera vez en su existencia sobre política.

La ingenuidad de Arthur Oliver era de naturaleza ética, pero afectaba sólo a la vida que estaba a su alcance personal. En cuanto salía de esa dimensión limitada, el pensamiento de Arthur se desarrollaba a ras de suelo, sin ningún idealismo. En política era un pesimista, quizá un escéptico. A primera vista no es difícil entenderlo, puesto que la única experiencia que tenía en este punto era, por vía directa, tropas de gris a caballo ocupando la universidad y sacudiendo mandobles con su larga porra a diestro y siniestro; y por vía indirecta, a su padre echando pestes contra el Régimen (esa palabra le parecía a Arthur un emblema ambiguo, nunca

supo muy bien lo que significaba salvo dictadura opresiva y dieta para enfermos) una tarde que tuvo que volver al banco vestido de domingo para saludar con banderitas de España y Argentina a la caravana, calle de Alcalá abajo hacia Arenal y el Palacio de Oriente, de Eva Perón.

Sin embargo, por su inclinación moral, trataba de fundamentar sus opiniones en principios, y sólo se encontraba a gusto con individuos con alguna raíz ética en sus ideas y en su comportamiento. Prendergast lo era firmemente.

Estoy hasta las narices de vender mi habilidad profesional a una gran firma internacional. Me gustaría establecerme por mi cuenta decía con la mirada encendida.

Prendergast solía escucharle en estas conversaciones, que eran más bien declaraciones en las que Arthur ordenaba sus ideas en voz alta. El australiano le servía de pared sobre la que rebotaban sus fuertes argumentos.

Pues búscate un socio, y abre una agencia de inversiones le contestaba, a sabiendas de la reacción del español.

¡No! Eso nunca. No soporto la manipulación del dinero. Eso es algo que debía de reservarse a las máquinas. Supongo que llegará el día en que los sistemas de ordenadores serán tan avanzados y estarán tan conectados entre sí y con todas las fuentes de negocios del planeta, que ellos solos harán ese trabajo. Una máquina siempre toma decisiones racionales y lógicas. Los hombres lo hacen supeditados a intereses por lo general nada limpios. Yo no quiero ser un "broker". Todos los "brokers" que conozco son unos perfectos idiotas o unos desalmados, o son alcohólicos o tienen el corazón y los nervios hechos polvo.

A Arthur le descargaba hacer este discurso delante de Prendergast, porque no podía hacerlo frente a Laura. La primera y la única vez que lo intentó, la irlandesa le miró como se mira a un tipo que hasta entonces ha tenido por inteligente, y le dio la espalda murmurando que

esa clase de estupideces le hacían sentirse insegura.

Entonces, ¿qué quieres hacer? ¿Criar ovejas? En Australia tienes millones de acres a tu disposición.

No sirvo para la ganadería. Y además, sabes que en Australia lo único que hay a mi disposición es desierto, serpientes y arañas venenosas. Prendergast le había ilustrado sobre la vida pastoril de la isla-continente . Las mejores tierras están en manos de grandes compañías.

No te dejas ninguna alternativa, amigo mío. ¡Sé positivo! Y las manazas de Prendergast caían suavemente sobre la mesa llena de papeles de su despacho. Cogió el pasaporte de tapas de plástico verde de Oliver y dio varios golpes con él de canto contra el escritorio.

Me gustan estos pasaportes españoles. Son del color de la esperanza comentó.

Pues según tengo entendido, la esperanza es un bien sin mercado en mi país. El gobierno ha puesto en circulación millones de bonos de

esperanza a dos peniques y nadie los quiere ni regalados. Al general no le da la gana morirse, y tiene a toda la población en vilo a base de algo habitual en España, que tiene un nombre sarcástico, estado de excepción.

¿Qué pasará cuando muera el general?

No tengo ni idea. Y si no fuera por mi familia, me importaría un pimiento. No pienso volver allí. Mi país está compuesto de una sociedad muy curiosa: sólo se mueve a rastras o a empujones. Carece de voluntad. Supongo que vendrá alguien, ofrecerá alguna idea, se pondrá de acuerdo con unos cuantos listos, y todos los españoles tirarán detrás de ellos. Si no ocurre algo así, se liarán otra vez a palos y querrán matarse. España no existe. Existen individuos más o menos pacíficos que sólo se identifican con su familia, con sus amigos, y con su lugar de nacimiento. Los españoles no pueden ir juntos, como españoles, a ningún sitio, si no es a la fuerza.

Prendergast tendió el pasaporte a Arthur.

Ya tienes el visado de entrada y el

permiso de residencia.

Muchas gracias.

¿Cuándo te vas? - preguntó el gordo.

Pasado mañana.

¿Tienes una idea clara de lo que vas a hacer en Sydney?

No. La verdad es que no Arthur lo reconoció de mala gana, pero también desconcertado . No me gusta mi trabajo porque no beneficia a nadie, al menos a nadie con cara y con nombre. Pero es lo único que yo sé hacer.

Creo que, por tu personalidad, quizá te sentirías a gusto en la Administración.

¿En qué Administración? Arthur tardó en comprender la sugerencia de su amigo . Nunca se me había ocurrido. ¿Por qué lo crees?

En la Administración, el trabajo tampoco beneficia a nadie con cara y con nombre. La Administración está concebida como un aparato al servicio de los ciudadanos.

Sobre todo de los políticos.

No Prendergast negó dejando un

margen a la duda . No debes tomar como ejemplo Singapur. La Administración australiana es otra cosa. En todo caso, los políticos son un mal menor difícil de eludir. Espero que con el paso del tiempo, se extingan.

Arthur dirigió a su amigo una sonrisa cómplice.

Me estás hablando como político, Mike. Tú eres un laborista convencido. Crees que el Estado es para regular la sociedad y reparar sus desequilibrios.

Creo en eso. Pero ni soy laborista convencido, ni político profesional. Nunca me he propuesto ninguna de las dos cosas. Digamos que soy un individuo de ideas socialdemócratas.

Pues, sí. Si Pimpinella Escarlata viviera en el siglo XX sería socialdemócrata, y llenaría Australia de marxistas.

Australia es capaz de absorber todos los marxistas del mundo, igual que absorbió a los peores maleantes de las Islas Británicas.

"A juzgar por la fe de Prendergast en su

país, Australia debe ser una tierra fabulosa", pensaba Arthur.

TRES

El socialismo de Prendergast era empírico y nacionalista. El liberalismo australiano, que gobernó desde 1949 a 1972, practicaba una política casi colonial, como si fuera un apéndice de los intereses más reaccionarios de la City de Londres. Después de la guerra, los gobiernos liberales se alinearon incondicionalmente con los norteamericanos, a través del ANZUS Treaty, una especie de OTAN entre Nueva Zelanda, Australia y Estados Unidos. Por último, la invasión de productos japoneses, había contribuido a desgastar la identidad de los australianos sin grandes fortunas. El laborismo representaba para ellos una conciencia nacionalista, justicia social y honradez administrativa.

Whitlam había prometido que con su gobierno, Australia abriría una senda intermedia entre la degradación moral del capitalismo y el gris conformismo de las democracias populares.

Los tres objetivos laboristas eran promover la igualdad, hacer que los ciudadanos participaran en las decisiones que les concernían y dar rienda suelta al talento creador del pueblo australiano.

En diciembre de 1972, lograron mayoría. El carisma de Whitlam arrastró a una legión de ciudadanos con la ilusión de poner en efecto los principios de la campaña.

A partir de ese momento, vino el reflujo de las ilusiones, y la decepción de los más atrevidos e impacientes.

Prendergast no se encontraba en este grupo. No le apasionaban las ideas y las promesas, sino la práctica y la acción. Pero de un modo limpio, sin retorcimientos ni compromisos dudosos. Esto le hacía grato a Arthur, que no soportaba ni a los incondicionales ni a los farsantes.

El radicalismo de Arthur era más por defecto que por exceso. No le gustaban las explicaciones complicadas y ambiguas. Por la rama de su familia de extracción republicana

tenía malas referencias de los socialistas españoles, maestros en el arte de la componenda, según un tío suyo, comunista inactivo.

Otro de sus parientes, que pasó la guerra en brigadas anarquistas le había dicho que los socialistas eran una pandilla de señoritos de poca fortuna que habían tomado la República al asalto con la idea de formar una nueva aristocracia con sus familias y las de sus amigos. A Arthur los anarquistas le conmovían, pero los descartaba por vivir de la fantasía. Los comunistas le parecían más coherentes, aunque es posible que no les hubiera votado jamás.

La propuesta de Prendergast de ponerse al servicio de la Administración Pública había hecho una mella inesperada en él. Vino a actuar en su conciencia confusa como una especie de fórmula mágica. Aquella noche no paró de darle vueltas en la cabeza, aunque no se le ocurría qué podría él hacer en la Administración, ni cómo podría entrar en ella, sin siquiera haber pisado todavía suelo australiano.

El día de su partida, unas horas antes de salir, llamó por teléfono a Mike. Le dijeron que estaba muy ocupado, y que no podía ponerse. Dejó el recado, y casi cuando estaba a punto de irse al aeropuerto sonó el teléfono.

¿Qué te pasa? preguntó Arthur, que le notaba tenso y excitado.

¿No me digas que no lo sabes?

¿Qué?

Ha caído Saigón. Los americanos se han largado sin recoger la casa. Vietnam es un caos, la gente se ha echado en barcos por todo el mar de China.

¿Y qué tiene que ver eso contigo?

¡Que hay que prepararse! Vamos a tener refugiados hasta en la sopa concluyó Prendergast.

Arthur no se había preocupado del mundo en los últimos diez días. Calculaba que la salida de los americanos de Vietnam era algo inminente. De anunciarlo se encargaban todos los medios de información del planeta. Pero

como a Arthur le parecía el final lógico de aquella guerra, no se había parado a pensar en unas consecuencias que, de momento, le afectaban poco. Supuso que las bolsas del mundo serían esa mañana un manicomio, y se acordó de Heinz. ¡Menuda tajada sacaría el monstruo de ese caos!

Te veré en el aeropuerto se despidió el australiano.

Arthur quiso disuadirle, abrumado por tanta dedicación, pero Prendergast le dijo que lo que quería era ver con sus propios ojos la reacción de la gente en un lugar clave de Extremo Oriente como Singapur.

El español no quiso que Laura le acompañara, deseaba irse solo, quería disfrutar de la falsa sensación de largarse, de cortar de un tajo su vida anterior.

Su mujer le abrazó con fuerza, después de dejar a Arthur despedirse de Geoffrey. Secándose los mocos y las lágrimas en el pelo y en los hombros de su incierto marido, le pidió:

No nos dejes. Llámame pronto.

Arthur se marchó de aquella casa que había habitado como un fantasma con la viva sensación de que era un fantasma. Nada más echar a andar el taxi, se le ocurrió que Laura estaba convencida de que la abandonaba. Pensó, "debería dar media vuelta y decirle que sólo estoy fingiendo que la dejo, que se tranquilice, que no es nada más que un juego psicológico, que de este modo me siento mejor, que todo es un engaño para seguir sobreviviendo". Pero permitió que el taxi siguiera por Orchad Road hacia las colinas frondosas del norte de la isla.

Mientras dejaba Singapur a su espalda para siempre, imaginó que si alguna vez hubiera sido capaz de hablar así con Laura, y ella de entenderle, habrían sido los dos menos infelices.

CUATRO

Al entrar en la sala de facturación de equipajes del aeropuerto de Seletar vio un remolino de orientales chillando. Querían irse a toda costa. Estaban convencidos de que los comunistas bajarían paseando por la península Malaya en cuestión de horas.

Encontró a Prendergast en lo más recio de aquella vorágine de ratas histéricas. Su volumen destacaba enorme, impasible.

Pero, ¿dónde quiere ir esta gente? dijo el español.

A Occidente. Les importa un bledo su país, su familia, sus tradiciones. Quieren salvar la vida... Y la hacienda. Están convencidos de que Occidente es su salvación. ¡Occidente es la salvación del mundo! exclamó jovialmente, como si vendiera crecepelo en mitad de una calle de Nueva York.

¿Y estos sujetos serán ricos?

No mucho. Estos son los tiburones locales. Perfectos idiotas. Son capaces de vender la dentadura para pagar un solomillo, porque es lo que comen los hombres modernos.

Arthur facturó su maleta, y salieron a dar un paseo por los alrededores de la jungla domesticada de Seletar, que se extendía en torno a una laguna, cerca del aeropuerto.

¿Me llamabas para algo en concreto o

simplemente para decir adiós?

Bueno... En realidad quería saber en qué se basaba tu idea sobre la Administración Pública y mi personalidad.

En tu capacidad, en tu honradez y en tu carácter dijo Prendergast en un tono rotundo ¿Tú tienes fe en la empresa privada?

¡Hombre! Arthur no estaba preparado para una discusión de teoría económica . Todos los negocios se mueven gracias a la iniciativa de los individuos.

No he dicho iniciativa privada, sino empresa privada. Tú me has dicho varias veces que estás fatigado de poner tu habilidad profesional al servicio de gente sin caras y sin nombres, pero que viven espléndidamente en mansiones insultantes . Hizo una pausa para seguir con la vista la maniobra de un taxi y un coche particular que entraban en el aparcamiento como dos perros enfurecidos.

Cierto. Arthur también observaba a los dos vehículos, que se habían detenido. Del taxi salió una mujer. Del coche, un hombre. El tipo

corrió hacia ella, impidió que se dirigiera hacia el interior del aeropuerto, y discutieron.

Tampoco parece que desees establecerte como agente de inversiones.

Nunca.

¿Y qué vas a hacer en Australia?

Supongo que buscar un empleo en algún banco o una compañía financiera para seguir haciendo lo único que sé. Luego, llevar a mi familia. y, después, observar el panorama.

Prendergast tenía sus ojillos pardos clavados en él.

¿Y?

No sé. Me asusta convertirme en un burócrata. El mundo está asfixiado por los burócratas. La burocracia encierra a la sociedad moderna como una jaula de papel.

En realidad, la jaula de Weber era de acero le corrigió Prendergast con ironía . El que es de papel es el tigre que acaba de consumirse en Saigón. ¿Y ahora? ¿No eres ahora un simple burócrata? ¿Un simple burócrata

comisionado por los dueños del capital para que lo que producen todos estos pobres asiáticos revierta beneficios a Londres o a Nueva York?

Sí. Arthur no encontró manera de defenderse . Pero yo no soy un socialdemócrata como tú dijo con cierta ira, como si los socialdemócratas fueran los cimientos de la burocracia.

Yo tampoco lo soy. Yo no sé qué es el socialismo. Probablemente más burocracia, afán de controlar toda iniciativa. Pero estoy convencido de que la única forma de salir de este punto muerto de la historia en el que se pretende que la libertad de empresa es la razón, es a través de la selva burocrática. La otra selva, la de la libre competencia, condena a la destrucción por derroche, a la extinción de las riquezas, a la catástrofe de la naturaleza. Mi única ilusión es contribuir a poner un poquito de orden en este caos, no atraparlo y adueñarme de él.

La pareja que había empezado a discutir, daba ya unos gritos fenomenales.

Te sugiero un plan siguió Prendergast . Ve a Sydney o a Melbourne. Busca un empleo decente que te permita vivir cómodo a ti y a tu familia. Instálate en una casa suburbana como un australiano más, y ve preparando tu ingreso en cualquier departamento económico de la Administración.

¿Por seguridad? Arthur sabía que Prendergast no era un ser mezquino. Era un pregunta automática.

Por cordura. La empresa privada usa a jóvenes como tú como si fueran zapatos. Les da lustre mientras son nuevos, luego los va gastando porque se han adaptado cómodamente a sus pies, y cuando están a punto de romperse, los tira a la basura. Hoy los jóvenes desean ser pragmáticos, trabajar en algo emocionante y ganar mucho dinero. Estos jóvenes son temibles, peligrosos. Su pragmatismo causa tanta destrucción como las bombas atómicas, porque su acción es ciega, individual, asocial, sin propósito colectivo. Las grandes multinacionales realizan un ejercicio de selectividad despiadada

entre los jóvenes. Escogen a unos cuantos, los ceban, los encelan, los colocan en la antesala del paraíso, y los ponen como ejemplo a una sociedad que padece insatisfacción o sencillamente hambre. Esta estrategia del capitalismo sólo puede conducir al caos. Y yo creo que cualquier persona honrada y en su sano juicio está obligada a evitar el caos en todo lo que pueda.

De pronto se oyó una voz masculina enérgica. Hablaba en una lengua que no era inglés. Arthur pudo identificarlo. Era francés, y salía de la boca de un tipo al que conocía.

¡No me vas a dejar! ¿Te enteras? ¡No me vas a dejar tirado como un perro en esta mierda de isla! gritaba el hombre.

¡Pero si es Paulette! dijo Arthur.

¿Esa mujer? ¿La conoces? Prendergast señaló hacia la pareja que reñía.

Arthur se ruborizó como si conocer a una mujer fuera un delito. El tipo que discutía a voces era el marido de la francesa. Peleó hasta arrebatarle el bolso de un tirón. Volvió al coche

y se marchó.

Prendergast y Arthur se acercaron a la mujer, ahora asediada por el chófer malayo que sin duda temía haberse quedado sin cobrar la carrera.

¿Podemos ayudarla, señora? dijo Prendergast sin percatarse del embarazo de su amigo.

Paulette no se daba cuenta de nada. Repetía en voz baja, como una letanía:

¡Qué ha sido de mi vida! ¡Qué ha sido de mi amor!

¿Entiendes lo que dice? preguntó el gordo, que no sabía francés.

Debe haber tenido un problema con su marido.

¿El que le ha quitado el bolso era su marido?

Arthur volvió a ruborizarse, pero intentó inventarse algo.

Un reactor que despegaba ahogó las palabras de Arthur.

¡Cielos, tu avión! ¡Corre, que puedes perderlo con todos estos líos de hoy! Yo atenderé a esta mujer.

Se llama Paulette.

Y Arthur se alejó hacia la terminal avergonzado, porque había descubierto el fondo cruel del egoísmo. Cuando Paulette le invitó al cine la tarde de su primer adulterio, no buscaba sexo, buscaba compasión.

"¿Qué es lo que busco yo?", se preguntaba Arthur entrando en el aparato que le llevaba a Sydney.

Capítulo 6
AN UNFORTUNATE LAD FROM MADRID

UNO

Durante una semana, Arthur Oliver se alojó en una pensión húmeda de la punta de Cremorne, en North Sydney. A la hora del desayuno, desde la ventana del comedor, veía el zoo de Taronga, al otro lado de la ensenada de Mosman Bay. Todos los ciudadanos de Sydney pertenecen al zoo de Taronga, y también las moscardas de la planicie, que se alimentan de ovejas muertas, o los escarabajos peloteros que recorren el *bush* (la Mancha australiana) en busca de bolitas de mierda, o las langostas parlanchinas, o las arañas que nos libran de las plagas de insectos y que viven dispersas en todo el continente en sus decenas de miles de especies. Arthur se sentía también un animal cautivo.

Había llegado a finales de abril, en mitad del otoño austral. El clima templado (para él, fresco) de Sydney, le había trastornado un poco

la salud. Durante tres años se había acostumbrado a un calor ecuatorial, invariable, tórrido y pasado por agua. Por otra parte, la experiencia que todavía conservaba de las estaciones del año, le decía que en mayo es primavera y que después viene el calor.

Pero su razón le advertía que a pesar de la aparente semejanza entre el otoño de Sydney y la primavera mediterránea, en junio se pondría a hacer frío. No llegó a hacer frío, jamás ha helado en Sydney que se recuerde, pero su cuerpo se resistió todo el invierno a admitir que no era verano.

"Estoy en las antípodas", se decía Arthur. Y se sentía más lejos que nunca de su tierra y de su familia española. Les escribió una postal sin dar explicaciones sobre su presencia en Sydney, y durante diez minutos celebró la liturgia de acordarse con nostalgia de su padre, de su madre y de sus hermanos.

En la pensión húmeda de Cremorne, junto a una repisa con termos de café, de té y de leche, había una mesa destartalada llena de

libros revueltos. Arthur pensó que quizá fuera una especie de biblioteca.

Puede usted llevarse los que quiera. Son libros que la gente se deja en las habitaciones le comentó una señora de edad, vestida con una elegancia pobre, que miraba a los huéspedes con cierta altivez.

Poseía el aire de ser la dueña y no la mujer del dueño. El dueño era un tipo seboso que solía vestir en camiseta, al que Arthur siempre veía en un cuarto sin ventanas mirando papeles, o parado en el pórtico de la pensión. Un pórtico estrafalario en comparación al resto de la casa, como si hubiera sido diseñada para mansión, y la falta de presupuesto les hubiera obligado a construir un simple chalet detrás del portal de palacete.

La excitación interior de Arthur agudizaba su sensibilidad. Percibía las cosas exageradamente. El estrecho parque que se alargaba por la orilla de Mosman Bay, a la espalda de la pensión, le daba la impresión de un bosque denso y lujurioso, con eucaliptos de

troncos despellejados, setos de arbustos desconocidos y macizos de fucsias y acidantheras que el crepúsculo transformaba en arañas, esas arañas monstruosas que pueblan Sydney acechando a los seres humanos.

Igualmente sus sentimientos hacia las personas eran radicales. Aquella pensión y sus dueños le eran antipáticos. Representaban para él el fracaso de la ambición. El cuidado profesional hacia los huéspedes, el desayuno y la limpieza eran excelentes. Pero el servicio se realizaba con distanciamiento, con indiferencia. Era como si todo en aquel negocio funcionara de un modo automático, como si la voluntad de los propietarios que preparaban el café por las mañanas, él en camiseta, ella en su ropa elegante de otras temporadas, actuara por su propia cuenta, ajena a los hosteleros.

"Hay que ganarse la vida, hay que ganar dinero. Pues ya está. Ponemos una pensión", parecía haber dicho aquella pareja dispar. Pero el negocio en sí, ni a él, un individuo de aficiones groseras, ni a ella, una mujer atraída

por el gusto rancio predicado por los seriales de televisión del momento, les importaba un comino. Simplemente se dedicaban a hacer su trabajo lo mejor posible.

"¿Qué vida llevará esta gente?", se preguntaba Arthur. "¿Tendrán algún rincón privado en esta casa? ¿En qué consistirá su ocio y su descanso?"

A Arthur le preocupaban estas cosas porque eran también sus propias incógnitas. No le gustaba su trabajo, pero no sabía con qué otro sustituirlo. El ejemplo de sus hospederos le animaba a ponerse a hacer algo indiferente y a ocupar su tiempo libre en su gusto y beneficio. Pero la libertad de Arthur le conducía siempre a la introspección pesimista.

Por medio de un proceso tortuoso, oculto a su conciencia, se iba convenciendo de que su vida era una excepción. Aunque jamás llegó a expresarla, la idea singular era ésta: "Pertenezco a los descastados del planeta, a los infelices; he sido escogido como víctima por la mala suerte". En tal estado de ánimo, las observaciones que

hacía a su alrededor le transmitían una sola información desconsoladora: "La vida es hermosa, está llena de promesas, la alegría está en la atmósfera de mundo, hasta los más infortunados poseen un cachito de felicidad; menos yo, que en la mitad de la vida estoy aherrojado a un matrimonio doloroso y fracasado".

Arthur estaba convencido de esto y de que Laura era su carcelera, que le tenía encerrado por egoísmo o por miedo, y que mientras él no escapara sería un cobarde.

Sentía la cobardía como un lastre más que se había metido de rondón en el fardo de sus responsabilidades. Su esperanza era encontrar un trabajo neutro y absorbente, que le enajenara, le apartara de su insatisfacción obsesiva. Pero no daba con él. A la vez, le horrorizaba tener que encadenarse a algo sin interés. No obstante, si él se encontraba en aquella pensión húmeda y mediocre y no en un hotel de Kings Cross o de la City era por la misma razón inquietante que él suponía en la

pareja: el fracaso de la ambición.

Los hospederos constituían para él el "quiero, no he podido y me resigno a lo que tengo". En su caso era el "podría pero no me atrevo", la mediocridad que destila el pesimismo.

En ocasiones, Arthur se resentía y pensaba que debía transformar su ánimo, hacerlo jubiloso y esperanzado. Pero no acertaba a ello, cualquier intento le parecía un artificio, un engaño. Se consolaba así, "Al fin y al cabo, todos vivimos engañados. ¿Por qué me tomaré yo la vida tan cuesta arriba, si la realidad es que no me va nada mal en comparación con tanto desgraciado?"

Arthur se llevó unos cuantos libros de la pensión húmeda de Cremorne. La mayoría era literatura despreciable, esos novelones inverosímiles que descubren pasiones torcidas o caracteres de una anormalidad desproporcionada. "La realidad no es así", pensaba el español. "O quizá un poco. Quizá estas porquerías sean la realidad llevada a las

últimas consecuencias lógicas de este sistema de valores crematísticos de toma y daca. A lo mejor estas novelas son el verdadero superrealismo".

DOS

Una vez, en la esquina de George Street y Liverpool Street, en la puerta de un banco, escuchó a varios transeúntes hablar en un castellano lleno de barbarismos, pero bien pronunciado. Recordó que le habían dicho que por allí cerca estaba el Club Español, pero pasó de largo.

En esos días de soledad e incertidumbre, Arthur Oliver evocó sus orígenes. Pero pronto advirtió que la nostalgia hacía mella en él, y cercenó de un tajo esas ensoñaciones.

A tomar esta decisión le ayudó la colonia española en Sydney. Como la mayoría de los emigrantes, los españoles vivían en una tierra de nadie, un limbo entre el cielo y la tierra, entre su sueño de una España imposible y su realidad de una Australia próspera, pero en la que no encajaban. Era gente de espíritu desasosegado, tanto o más que Arthur, pero en peores

condiciones que él. Aislados de la sociedad australiana, eran víctimas inconscientes del desarraigo, y con un rencor indefinido que a Arthur le costaba trabajo explicarse.

Tenían una visión de España estereotipada y con unos contrastes apasionados: tan pronto era la tierra prometida a la que estaban a punto de volver millonarios, como un infierno de miseria que les expulsó. Unos daban razones políticas; otros, razones personales o familiares.

De Australia les costaba hablar mal, pero se les notaba el disgusto. Lo debían todo a su nuevo país: su casa, su coche o sus coches, sus filetazos de la mejor ternera, y la ropa que vestían. Hablar mal de Australia era lo mismo que admitir su derrota, además de cometer una injusticia.

Pero la vida interior de estos emigrantes era un fracaso absoluto. Habían perdido lo más preciado de la vida humana: la identidad, los hijos (que entre ellos hablaban en inglés), la cultura, la familia y la ilusión con la que habían llegado a una tierra que prometía ser Jauja. A

cambio habían ganado la opulencia material. Pero esto sólo les servía para hacer sordas carreras para ver quién se mudaba antes a un barrio menos "*wog*" (todos los no sajones o irlandeses eran "*wogs*"), o quién colocaba a sus hijos en la *Grammar School,* de pago y protestante, o quién se compraba el coche de mayor cilindrada, porque la gasolina seguía en Australia a precio de saldo.

Arthur se daba cuenta de que estos compatriotas suyos era una generación destrozada a la que se tragaría el tiempo, y a la que sus bisnietos rendirían homenaje en inglés, como si hubiesen hecho algo más notable que sobrevivir.

Pensaba Arthur en la épica de la literatura y la cinematografía norteamericana en torno a este potaje de culturas que había dado lugar a los Estados Unidos de América, e imaginaba que las dos emigraciones debían parecerse, aunque la americana debió de haber sido más dura y más sórdida, porque nunca la primera generación llegó a poseer una casa a los cinco

años de haber desembarcado. La comparación de la realidad, incluso la australiana, tan suave e incruenta, con la visión cinematográfica de ella, aumentaban el escepticismo y la desconfianza de Arthur por los intelectuales y los artistas que, a su juicio, dedicaban mucho de su talento a falsificar las cosas.

TRES

Antes de hacer sus primeras tentativas con personas indicadas por Vontobel o Prendergast, se mudó a Neutral Bay, a una casita con jardín desde donde se veía el puente colgante de Sydney, el Harbour Bridge.

Los dueños de la casita con jardín de Neutral Bay eran los Holman, una familia joven compuesta por un aparejador australiano, una logopeda neozelandesa, una niña de tres años, y un niño de uno y medio, todos rubios (tirando a pelirrojos), blancos (casi albinos) y de ojos transparentes como amatistas. Le habían sido presentados por Mike Prendergast.

Durante varios meses, Arthur Oliver vivió como huésped de aquella pacífica familia

austral. Por las mañanas, al acercarse en el transbordador a la City, recibía el regalo del Palacio de la Opera de Sydney aproximándose a él solemnemente, al pairo las velas y largas las escotas, como si se arrancara de la punta de Bennelong. Al atardecer, de vuelta a casa, contemplaba la mole soberbia del puente colgante sobre Port Jackson, la bahía de Sydney, y se sentía protegido por él durante toda la noche, como una fortaleza que guarda la ciudad del invasor. Asomado a la ventana de su cuarto podía ver, sobre los tejados de las casas de Kirribilli, la cumbre redonda y grisácea de uno de sus pilares de roca y cemento.

Con los Holman, por la tarde, encontraba el relajo necesario. Acostumbrado a la vida familiar, se le hacía cuesta arriba vivir como un soltero, porque a partir de las siete la soledad le aburría, y no le apetecía en absoluto buscar diversión en el barrio de Kings Cross o meterse en el Club Español de Liverpool Street, donde el ambiente se podía cortar con un cuchillo.

El régimen de Franco se había propuesto

resistir al estilo numantino y quería sacrificar a quien fuera a costa de no entregarse. Los españoles en Australia estaban divididos en multitud de bandos que se resumían en dos, los buenos y los malos (la calificación variaba de acuerdo a quien la hiciera).

Pero en aquellos días, la controversia violenta debía ser el signo de los tiempos. El gobierno laborista australiano sufría un acoso brutal desde todas las posiciones. Ante la decepción de la gente por los fracasos sociales, no siempre atribuibles a la resistencia de los conservadores, la calumnia abría minas profundas bajo los pies de Whitlam. La carga explosiva iba a ser la negativa del Senado, controlado por una coalición liberal-agraria, a aprobar créditos extraordinarios para el presupuesto.

El gobierno buscaba dinero debajo de las piedras del desierto. Estaba dispuesto a agarrarse a un clavo ardiendo. Uno de los conocidos de Prendergast, al saber su profesión, le sugirió que marchara a Canberra y hablara

con el propio Cairns, vicepresidente y factotum del Partido Laborista.

Arthur se asustó. "¡A qué país he venido yo!", se dijo, "en el que un ciudadano recién inmigrado es recibido sin más por la cúpula del poder."

No le escandalizaba el democratismo de la sociedad australiana, sino la vorágine que la estaba desgarrando en aquellos meses. Las cadenas privadas de televisión, los diarios, las conversaciones en casa y en la calle trataban obsesivamente de la crisis. Y las ocurrencias eran tan peregrinas como confiar en un intermediario de oscura fama para que obtuviera petrodólares en Londres. Arthur pensó que si se atrevía a decir en voz alta su experiencia profesional en "Transport House", la sede del Partido Laborista en Sydney, le encargarían de inmediato que consiguiera empréstitos de una moneda fuerte en cualquier rincón del planeta.

Este ánimo colectivo multiplicaba su excitación y su incertidumbre.

Acabó recurriendo a un método objetivo para encontrar empleo: los anuncios de las páginas especializadas del "Sydney Morning Herald" y de "The Australian".

Los métodos objetivos le ponían en manos de la fortuna, que hasta entonces había sido su aliada en materia profesional.

Samuel Holman, su casero de Neutral Bay, le invitó a acercarse al estudio en el que trabajaba para que pasara a limpio su currículum y escribiera las cartas.

Samuel Holman era un hombre atento, pero de pocas palabras. Su cara estaba ocupada por un mostacho bien poblado de color de cobre. Su voz, por alguna razón patológica, era nasal, lo que hacía sufrir a Arthur en las conversaciones porque le entendía mal. Sandra, la señora Holman, se fijaba en la mirada fruncida del español cuando escuchaba a su marido, y esperaba a que Arthur hiciera algún gesto que indicara desesperación. Entonces intervenía con un tacto extremo, sin dejar de mirar la televisión o inclinándose hacia su hijo

pequeño para quitarle algo de la boca, y traducía.

Su inglés era correctísimo, debido a su profesión de logopeda, pero también como tributo a su juventud, que había pasado en Londres. En la época en que Arthur era huésped suyo, empezaba a marchitarse su lozanía, y se entregaba a la nostalgia. Hablaba largo y tendido con su huésped de Europa como quien habla del Paraíso perdido. Pero después de un rato, se levantaba del sofá y se ponía a hacer la cena o a cambiar al niño o a jugar con la hija mayor, como si su familia fuera su hábito y su entretenimiento favorito.

Arthur, interiormente, reaccionaba mal. No se veía como padre, a pesar de que Geoffrey tuviera casi cuatro años. Tampoco se veía como esposo, ni como cabeza de familia o "Breadwinner", que literalmente significa ganapán. Tenía la cabeza, o el saco, lleno de obligaciones, y no cumplía con ninguna de ellas. "Soy un tipo inmaduro", se decía al compararse con el lacónico Samuel.

La tendencia de Arthur a pervertir su conciencia buscando sanciones adecuadas a las faltas descubiertas en su obsesiva introspección, transformó sus relaciones con la familia Holman de un modo que quizá a ellos pasara desapercibido.

A los niños les trataba como si fueran suyos, y pasaba largos ratos jugando en la moqueta con ellos, aunque no tuviera ganas. De este modo creía compensar a Geoffrey, como si en algún lugar hubiera un banco de afectos, mejor dicho, una cámara de compensación.

Con Sandra y con Samuel, a veces se comportaba como si fueran una extravagante representación de sus padres, a los que debía algo.

A veces, muy pocas, teniendo ganas de salir de noche, se reprimía. Llegaba pronto a casa. Les hacía recados, se quedaba con los niños de canguro, y hasta ayudaba al de los bigotazos a fregar los cacharros, o lo hacía él mismo.

En el estudio del aparejador había un

aparato sorprendente: un ordenador. Conocía su existencia, incluso había visto varios en Londres que parecían sarcófagos con cadáveres tan corrompidos que se habían transformado en masas de alambres y de transistores. Los discos de la memoria se le antojaban las pupilas de un borracho o de un demente, al ponerse a girar sin previo aviso. Los iniciados predicaban que esas máquinas estaban cambiando el mundo, y él lo creyó. Se había acostumbrado a ver al mundo y a sus habitantes dar saltos y bandazos terribles. De hecho, él no había parado de moverse de sitio, de cambiar de posición, desde que salió de Madrid el mismo año que el hombre pisó la Luna y el Ira desencadenaba la guerra de guerrillas en el Ulster.

Lo que le hizo más impresión del ordenador del estudio de Samuel Holman (un cajón feo y gris con algo que debía ser un aparato de televisión, y un teclado por el que recibía las órdenes), lo que más le sorprendió es que una pequeña sociedad se hubiera decidido a adquirir el armatoste prodigioso. Con él

hacían cálculos de resistencia de materiales y los almacenaban para no repetirlos, guardaban todo tipo de fórmulas estándar, fichas de clientes y de trabajos, llevaban la contabilidad y, además, escribían cartas.

Aquel ordenador en aquella pequeña firma de arquitectos era el símbolo de Australia, su deseo de abrirse paso hasta la cabeza de la carrera y de quedarse en la vanguardia de la historia, donde se había situado a principios de este siglo atómico y maldito, al ser el primer país del mundo en implantar la jornada de ocho horas.

En ese ordenador, que una secretaria de Nueva Caledonia llamaba "Le Redoutable", como si fuera un submarino nuclear, escribieron a Arthur sus primeras peticiones de empleo

CUATRO

El tiempo libre lo empleaba Arthur en pasear por Sydney y en leer a Balzac y a Manning Clark. Veía poco la televisión, porque las cadenas comerciales australianas (las favoritas de los Holman) le parecían insufribles,

llenas de anuncios mendaces, de series absurdas y de concursos donde ganaba siempre el más imbécil y descarado. Sólo seguía los programas de humor, aunque no se enteraba muy bien de los chistes, llenos de matices populares y lingüísticos que se le escapaban. Pero la risa inglesa era, con el té, una de las devociones que había adquirido en Londres.

Por la noche, se metía en su cuarto, que daba al jardín, salía a la terraza, fumaba un par de pitillos, y observaba el panorama de Neutral Bay y los grupos de vecinos que subían por Hayes Street procedentes de la City en el último transbordador.

Algunas veces, después de cenar, animado por una efusión infrecuente, esperaba el ocaso para salir a pasear por las callecitas empinadas y solitarias. Caminaba a la deriva, como si se hubiera quedado sin peso y le llevara la brisa del Pacífico. Pasaba por delante de los jardines plantados delante de las casas, y gozaba de ellos como si fueran espontáneos, en lugar del resultado minucioso y paciente de sus

jardineros.

Gozaba de la alegría floral de sus colores de artificio, de su aroma, que aliviaba su ansiedad como una sinfonía barroca. Llegaba a su nariz el perfume del tabaco, de los lirios y de los macizos de violetas chiquititas. Y pasaba frente a los arriates y las rocallas echando una ojeada rápida, tímida, como si su mirada fuera a perjudicar las trompas rojas del amaranto, o a tronchar las espigas de colores de las bocas de dragón, o a herir el pudor de la balsamina, que abría sus pétalos como los labios de una mujer esperando el beso, o a molestar la humildad de las discretas gazanias, como vasos de ungüento con restos de miel.

Por las mañanas, solía cruzar Port Jackson en el transbordador y hacer excursiones desde Circular Quay, la terminal de los ferries, hasta barrios alejados en el sur. Esto le relajaba.

Entre la punta de Kirribilli y la isla de Fort Denison, poco después de abandonar la ensenada de Neutral Bay, había dos o tres balsas sujetas en gruesos pilotes que parecían palafitos.

Sobre ellas, bandadas de gaviotas pasaban el día. Arthur se quedaba mirando todas las mañanas a estas aves escandalosas, y se hacía a la idea de que eran los únicos seres que le entendían y que le saludaban con sus graznidos.

Una tarde, Arthur trabó conocimiento con el mundo aborigen. Andaba por Pitt Street hacia la estación-embarcadero de Sydney Cove, y se iba fijando de un modo absorbente en todo.

Pitt Street avanza a lo largo de la City en paralelo a George, Castlereagh y Elizabeth Street, como las cuatro puntas de un tenedor, en busca del mar. Pero ninguna llega. Las dos primeras, atrapadas por el dédalo arqueológico del primer asentamiento británico en The Rocks, y las dos últimas, cercenadas por el cruce en cuesta arriba de Hunter Street hacia Chiffley Square, vigilada por el edificio gris y pesado de las oficinas de la Commonwealth en New South Wales.

Arthur sentía que su capacidad de sensaciones se había multiplicado; era un estado similar al de embriaguez o intoxicación

estupefaciente que solía acometerle, pero producto de su rara naturaleza y ajeno a las drogas.

Se paró en el escaparate de una librería. Observó los reflejos de un corpulento policía con su pistolón zarandeándose sobre el muslo. También a una quinceañera vestida con su uniforme escolar. Luego, el reflejo de un punky con una suerte de penacho. Y por fin el de una mujer negra como el betún, de cara ancha y de nariz casi sin relieve. Era una aborigen con la identidad cubierta por un traje de chaqueta. Pasaban como sombras luminosas sobre los últimos *bestsellers*. Arthur pensó que se estaba entreteniendo. "¿Qué hora será?", se dijo interiormente.

Son las seis y cuarto. Date prisa, que no llegamos.

Lo dijo una chica con cara de filipina a un tipo que debía ser su novio, un italiano, un griego, un turco, un español, cualquier cosa.

Arthur siguió su camino hacia el mar. Al llegar a un Circular Quay desierto, le recibió un

tufo de cerveza, y una comisión de alcohólicos que había perdido siglos atrás la costumbre de lavarse. Un muchacho, vestido sólo con unos pantalones cortos, sentado en la acera frente a uno de los bares, movía las piernas siguiendo un ritmo caribeño. Dos amigos, de pie, le reían la gracia.

Del edificio de los embarcaderos salió un individuo con chistera. Al acercarse, resultó ser una individua. Se subió a un tílbury, hizo chasquear un látigo y el caballito se puso a trotar en dirección a The Rocks, bajo la estructura colosal del puente.

Arthur se entretuvo mirando los muslos de Marilyn Monroe, a Fred Astaire marcándose un paso de claqué, unos búcaros de flores, una pared de ladrillo, dos chinos caminando, un ejecutivo con maletín dirigiéndose a los muelles, un militar siguiéndole los pasos, un transexual, una ancianita con el aire de Mrs Marple, una madre mediterránea algo gorda pegando chillidos a dos churumbeles, y un elemento negro y panzudo con una merluza imponente.

Era un aborigen, con su tronco de atleta y sus piernecitas finas de etíope desnutrido.

Cruzó la calle blandiendo una botella de cerveza, y se fue derecho a Arthur.

Sabes qué, tío? se paró frente a él ¿Sabes qué? Hace doscientos años desembarcaron aquí, aquí mismo, esos jodidos ingleses y apuntaba con la botella hacia el asfalto.

Arthur le contemplaba con horror, prevenido, sin perder ojo de la botella.

¿Tú eres un jodido inglés?

No. Yo soy un "*ethnic*".

¿De dónde?

De Madrid.

¿Y eso dónde está?

En Africa.

¡Buen chaval! Anda, dame medio dólar para un bocadillo.

Arthur buscó una moneda, y contribuyó a la alcoholización del pueblo aborigen. Luego se fue hacia la terminal de los autobuses urbanos

para mirar los horarios. En los cristales de una garita había pegada una pancarta llena de columnas de números. Debajo, en un espacio en blanco, alguien había escrito algo formidable.

An unfortunate lad from Madrid

Had both Super Ego and Id.

So whether he screwed

Or completely eschewed

He felt guilty whatever he did.

Arthur se iba poniendo como un tomate a medida que leía el "limerick" o verso picante. La mano popular que lo había escrito se habría tronchado de risa si hubiera sabido que lo iba a leer Arthur Oliver.

(Un chaval desgraciado de Madrid tenía superego e id. Así que, tanto si follaba, como si se aguantaba se sentía culpable a parir.)

Capítulo 7
UN FONTANERO CON MANDIL

UNO

Un mediodía, al salir de cierta entrevista frustrante en su búsqueda de la subsistencia, Arthur Oliver se detuvo en Martin Place a tomar un bocado y observó con dureza crítica a la multitud de ejecutivos en mangas de camisa y corbata que pasaban como hormigas a lo ancho y a lo largo de la calle, que no es plaza, sino una amplia avenida en cuesta hacia los jardines de The Domain.

Empieza en su parte más baja en el sólido edificio de Correos de George Street, y termina en Macquarie Street, frente al hospital de Sydney, después de varios tramos empinados de escaleras y de cruzar el tenedor de grandes avenidas que atraviesan la City en busca de Circular Quay.

Martin Place y sus aledaños son, al mediodía y hasta las cinco o las seis, un zoco

donde todo está rebajado siempre. En lugar de tenderetes, hay negocios deslumbrantes en pasadizos de lujo, o comercios más modestos con carteles llamativos en colores reflectantes que anuncian las gangas. Máquinas de fotos, transistores, juegos de cama, libros pintorescos, vajillas, jarroncitos chinos, sombreros, discos, adhesivos con inscripciones ridículas, collares para perro, armas automáticas.

Todo rebajado, cada día un poco más. Oportunidades. Chollos. Siga la flecha. Siga al hombre sandwich, al clown, al pistolero, al indio, al aborigen, a Santa Claus, al Papa. La competencia disfrazada con todas las caretas de la civilización trasatlántica. Pero nada, nada, a pesar de tanto colorín y tanta promesa llega jamás a ser gratis, ni los conciertos del Ejército de Salvación en Sydney Square, frente a la catedral anglicana de San Andrés. No señorita, no puedo pararme a oír su mitin ni darle una limosna porque soy moro, simpatizante de Septiembre Negro.

La City de Sydney, con su tráfico de

individuos de todos los colores y lenguas, su decadencia urbana de apenas siglo y medio sustituida inexorablemente por rascacielos redondos o llenos de aristas, con sus casas de empeño lóbregas, su trajín de buhoneros, sus mercaderes internacionales, sus bancos y sus jardines es un pequeño cosmos, una reducción ejemplar de lo moderno, apresurado, versátil, inestable, en algo más de un kilómetro cuadrado de antípodas.

Una violenta contradicción paralizaba a Arthur Oliver en sus merodeos. Se sentía parte de lo más sofisticado de aquella fauna, porque ya había empezado a serlo en Singapur, y miraba a los ciudadanos sin maletín ni corbata como se observa a una turba de la que uno se ha despegado de un tirón. Pero a la vez, rechazaba el artificio de los ejecutivos que circulaban por la City como muñequitos o figurines en marcha por una pasarela, fingiendo ante el gran público de los sin traje una aristocracia de aleación.

Las entrevistas a las que acudió Arthur en respuesta a las cartas que enviaba a los anuncios

trataban normalmente de averiguar si el sujeto que buscaba empleo era lo suficientemente inteligente como para simular entusiasmo, autonomía, madurez de criterio, energía constructiva, afán de logro, flexibilidad, capacidad de liderazgo y de asumir plenamente su responsabilidad; y a la vez, sumisión, aceptación de las normas de la manada, falta de sentimientos a la hora de decidir, disciplina ciega y un abismo de conformidad.

O acaso era a la inversa, y los entrevistadores deseaban descubrir a elementos tan estúpidos que fueran capaces de aceptar, en un batiburrillo, todas las premisas enunciadas y practicar eficazmente su trabajo.

Arthur dudaba. Le costaba creer que individuos hechos y derechos, con cuarenta años a la espalda, hicieran preguntas necias. Por eso suponía que buscaban al más hábil en la falsedad, al mejor impostor, a un digno profesional para un empleo en el que la vaciedad del número y la máscara de la clientela eran la moneda corriente. Pero a la vez, también

era posible que desearan encontrar al más zoquete, al tipo sin entrañas, sin espíritu, al hombre-máquina.

Arthur no estaba acostumbrado a buscar trabajo. Su ascenso en el banco londinense había sido suave y automático. Las entrevistas que había tenido que sufrir, habían sido protocolarias, de acuerdo con el modelo conocido de la casa. Arthur se sentía indefenso en ésta su primera incursión en la jungla del capitalismo puro y duro. "A lo mejor las cosas están cambiando y yo no me estoy dando cuenta".

Arthur seguía en el fondo tan convencido del orden oculto del universo, que para él toda casualidad estaba llena de significado. Por eso, cuando estaban a punto de reventarle los nervios, se sumergía en una crisis de silencio, y dejaba que estallara la tempestad en su conciencia. Su recuperación consistía en esperar que el azar le enviara algún recado.

El recado, claramente, fue Sara, a quien encontró en una extravagante feria de productos

españoles organizada en el Hilton por la Cámara de Comercio Hispano Australiana en Sydney, en la que predominaban los textiles de Manresa y de Alcoy.

Al cabo de un rato se había metido en el cuerpo la suficiente cantidad de pinchos de tortilla y de chorizo y de copas de Jerez como para abrir el apetito de su nostalgia, porque durante años sólo había comido rosbif, verduras hervidas y pasteles de carne.

Se acercó a él una pareja de aventureros catalanes que recorrían el mundo en un velero, y un par de muchachas. Una era la recepcionista de la Cámara, y estaba casada con un mecánico que se hacía pasar por jefe de cocina del Queen Elizabeth II. La otra le fue presentada como Sara.

Sara era una española llegada a Australia de niña con sus padres. Había estudiado y saltado la barrera generacional y de clase, y trabajaba de secretaria de dirección en una firma americana, para vanagloria de su familia y envidia de los amigos de su familia. Era

charlatana y graciosa. Delgadita, de pelo claro, con pecas en la cara y expresión traviesa.

¿Por qué no nos vamos a una discoteca? dijo la muchacha.

Los aventureros catalanes declinaron el ofrecimiento, porque eran gente sobria. La recepcionista derivó hacia su marido, que hacía gestos alarmantes al lado de la mesa de los licores. Arthur se vio solo y miró confuso a la chica. Le sonrió.

Está visto que habrá que irse a casa terminó diciendo la hispano australiana . Si no tienes coche te puedo llevar. ¿Vives muy lejos?

En Neutral Bay . Y Arthur añadió como para facilitarle las cosas a la muchacha : quizá te venga mal, hay que cruzar el puente. Además, a estas horas todavía hay ferries dio un tirón de su brazo izquierdo al mencionar la hora.

Puedo acercarte a Circular Quay.

Gracias, eres muy amable.

Arthur tenía la sensación de que la muchacha quería salirle al encuentro, y empezó

a ponerse nervioso. Su carácter era tan opuesto al flirteo y sus experiencias en este campo tan desastrosas, que su alma, es decir, su conciencia, se resistía a obedecer lo que le pedía el cuerpo. No obstante el instinto se imponía a la confusión y, una vez dentro del coche, dijo como si se le acabara de ocurrir:

La verdad es que nos podíamos tomar un café en cualquier sitio le salió como si recitara de memoria un papel en una obra de aficionados. Jamás tomaba café después de las siete.

¿Y por qué no en mi casa? dijo la muchacha.

Arthur se quedó sin aliento. Así que era verdad que de vez en cuando, quizá sólo una en la vida, ocurren cosas extraordinarias, novelescas, cinematográficas.

DOS

El vehículo de Sara, un Holden nuevecito, echó a andar. Al cabo de unos minutos de trivialidades, al dejar atrás la mole faraónica del Anzac War Memorial en Hyde Park, Sara habló

con un inesperado quiebro en la voz que revelaba incertidumbre.

Vas a ver algo muy curioso. Pero no te extrañes, ¿eh? A las diez va a venir a casa un amigo mío que va a hacer algo muy raro.

Eran las nueve y cinco. Arthur volvió a quedarse otra vez sin aliento. Todavía guardó un resto para calcular si en tres cuartos de hora se puede empezar y terminar un romance. El sentido común acabó con sus últimas esperanzas. Confirmó su abrumadora hipótesis de que todas las ilusiones son insensatas, y se puso de un humor negro. "¿Dónde terminará todo esto?", pensó rendido a la resignación.

Después del enorme parque Centenial, empezaban Bondi Junction y Bondi Road. A lo largo de las dos aceras, en los bajos de todos aquellos edificios de un pintoresco estilo colonial, con no más de dos pisos y marquesinas corridas de esquina a esquina, se sucedía un mosaico de negocios.

El espíritu de Australia, la libre iniciativa, la pequeña empresa, brincando de una frutería a

una tienda de licores, de una agencia inmobiliaria a un restaurante armenio, como un canguro infatigable preparándose para el gran salto a la riqueza millonaria. Lavanderías, charcuterías, pescaderías, fbristerías, librerías, fantasías, quimeras, leyendas forjadas por "*ethnics*" desgarrados entre sus costumbres nacionales, y su ambición de ser australianos, nuevos hombres, prósperos, mitos vivos, historia.

La vivienda de Sara estaba en un edificio de apartamentos de cuatro alturas rodeado de jardín, y con una explanada para los automóviles. En el ascensor, la chica le informó que vivía con una judía americana que estudiaba español en la Universidad de New South Wales. A Arthur le pareció que era un chiste sin gracia, y empezó a pensar qué ocurriría si de pronto dijera algo así como : "¿Te haces acompañar a casa muchas veces de este modo?", porque al dejar el coche en el aparcamiento en penumbra, Sara le había confesado el miedo que pasaba cada vez que regresaba sola por la noche.

Nada más entrar, le enseñó toda la casa, poniendo un especial énfasis en los dormitorios, sobre todo en el suyo, de una sobriedad cartuja, sin ninguna imagen en la pared, nada más la cama y una cómoda añosa de cajones altos en dos filas, como para guardar malos pensamientos y buenos pensamientos, hijos de Caín e hijos de Abel.

En el destartalado salón del apartamento de Sara había una librería repleta de libros hebreos. Arthur los repasaba desconcertado, temiendo que el chiste se hiciera realidad en cualquier momento, cuando escuchó a la española-australiana preguntarle que si quería comer algo.

Sí dijo convencido de que tenía derecho a alguna satisfacción. La chica desapareció en la cocina.

Al cabo de un rato reapareció Sara con un huevo pasado por agua.

Es lo último que me queda. Es que nos acabamos de mudar.

Para Arthur era un misterio la solicitud de

la muchacha, careciendo a todas luces de la intención y de los medios de satisfacer sus promesas. No iba a acostarse con él, y le enseñaba el dormitorio. No iba a darle de cenar, y le hervía un huevo. No tenía nada de beber, pero le ofreció una tónica que tenía la chapa oxidada.

Varias veces recordó que a las diez aparecería alguien que iba a hacer cosas prodigiosas. Arthur empezó a pensar en serio en salir de allí.

De pronto, sonó el teléfono. Sara pegó un salto, y contagió a Arthur, que dio un respingo y miró al aparato con odio, como si los teléfonos tuvieran que avisar antes de dar timbrazos. La muchacha agarró el auricular y se lo puso en la oreja. Antes de descolgarlo se le había demudado el rostro. Su cara estaba tensa como un pellejo inflado, los ojos vigilantes, previniendo un peligro que fuera a hacerse presente en la habitación de un momento a otro, aunque todavía faltaba un rato para las diez. Al poco colgó abatida.

¡No me deja en paz! empezó a gemir más que a gritar . ¡No me deja en paz! ¡No me deja en paz!

Arthur la miraba estupefacto. Durante un rato continuó con sus gemidos secos.

¡OH! ¡Qué cerdo! ¡Qué cerdo! lo decía en castellano.

Volvió a sonar el teléfono, y Arthur se asustó verdaderamente. Pero ningún fantasma, ni Yavéh en ninguna teofanía floral hizo acto de presencia. Sara, con mano trémula, lo cogió y tornó a quedarse muda. Colgó. Y sin decir nada, se marchó para la cocina.

¡Tu huevo! exclamó antes de llegar al umbral.

Está aquí dijo Arthur señalando a la mesa, a punto de dejarse tragar por el Gehenna.

¡Ay! Es que me he dejado el fuego encendido, y creí que... no siguió porque el teléfono había empezado a amenazar otra vez con sus timbrazos fúnebres.

¡No! ¡No lo cojas! ¡No lo cojas!

Arthur había hecho el ademán. Aquello era ya tan absurdo que de no ser por la severidad del rostro de la secretaria de dirección, hubiera sospechado que le estaba tomando el pelo.

Pero, ¿qué pasa? Arthur exigió una explicación.

Es un hombre que no me deja en paz.

Sara confesó que se trataba de un español casado.

He salido con él durante varios meses. No sé por qué. Hace poco le he dejado tampoco sabía por qué . Es un troublemaker (buscapleitos). Y ahora no para de molestarme y de decirme groserías por teléfono. A cualquier hora. De madrugada. No debe de dormir. Estoy agotada. He hablado con la policía y me sugieren que si les doy permiso, me pueden pinchar la línea...

De nuevo los timbrazos impertinentes.

Arthur se levantó, cruzó la habitación, descolgó el teléfono y dijo antes de que nadie

pudiera intervenir:

¡A ver qué pasa, hijo de puta! Si no dejas a esta mujer en paz vas a tener líos con la policía, so gilipollas y colgó.

En ese momento se sintió como el hermano mayor de la española-australiana. Estaba satisfecho.

A ver si al oír la voz de un hombre se le baja la moral - comentó fraternalmente.

Todavía no había acabado de hablar, y ya estaba el jodido chisme dando timbrazos.

Al revés dijo Sara . Estará todavía más celoso. Lo mejor es que lo dejemos descolgado.

En el reloj de pulsera de Arthur eran las nueve cuarenta y cinco. Hasta las diez y cuarto, sucedieron las siguientes cosas:

Arthur se comió el huevo. Llegó la amiga judía de Sara, a quien fue presentado como español, y la chica se empeñó en hablar en un castellano lastimoso e incomprensible. El teléfono, que había sido colgado, sonó varias veces más. Sara hizo otra confesión: era judía

conversa, mejor dicho, lo contrario, católica convertida al judaísmo ortodoxo (¿acaso para saldar sus pecados con el español impertinente?). Por último apareció un sujeto no muy alto, robusto, moreno y barbudo con una bolsa de fontanero. Se encasquetó un kipah negro, se puso una especie de mandil, sacó de la bolsa un soplete y dos botellas de acetileno portátiles, y se lio a quemar el fogón, los senos de la pila, los cacharros y todo lo que a su juicio podía haber sido mancillado por los hábitos alimenticios de los gentiles que habían habitado el apartamento anteriormente.

A las diez y veinte, Arthur se despidió a toda prisa.

No te vayas rogaba Sara . Te llevará David, hombre, que vive en North Sydney también.

No, no. Que haga tranquilo su faena, no vayáis a condenaros por un descuido.

Toma una tarjeta mía Sara se abalanzó sobre un cajón del aparador y extrajo una cartulina . Me gustaría que tomáramos un café

tranquilamente. ¿Por qué no me dejas tu teléfono?

Arthur pudo haber dicho que no tenía. Pero los Holman sí tenían teléfono, y el expatriado carecía de la habilidad de improvisar.

Al salir a Bondi Road se encontraba en uno de esos estados de ánimo en los que uno llamaría "basura" a cualquier pordiosero, a cualquier ciudadano en paro (casi 300.000 en aquel momento en Australia, para oprobio del gobierno laborista, que subió al poder con menos de 100.000), a cualquier paisano mal vestido de los que, en compañía de un niño, solicitaban la asistencia pública en los subterráneos de Madrid, a 20.000 kilómetros de distancia.

TRES

Dos días después, mientras colaboraba con Samuel Holman a fregar cacerolas en la cocina de Neutral Bay, Sara, la católica conversa y perseguida por la intransigencia hispánica, le llamó.

Arthur acudió al teléfono con las manos

llenas de jabón, lamentando su nula capacidad para urdir mentiras. Se veía condenado a un oficio sabático en la sinagoga de North Sydney, a no más de trescientos metros de la casa de los Holman, donde el rabino sin duda encendería el candelabro con un soplete; o arrastrado a una colina de Emu Plains, al borde del desierto, para tener el gentil privilegio de contemplar una representación incruenta de la masacre del becerro de oro, cuando los hijos de Leví pasaron a cuchillo a 3.000 compatriotas por el delito de haber perdido la paciencia y la confianza en el desaparecido Moisés.

Arthur, buenas tardes la voz chillona de Sara le volvió a la realidad, que parecía vulgar y sin prodigios . Quisiera verte mañana y darte explicaciones. El otro día todo fue muy brusco. Te estoy muy agradecida, te portaste como un caballero.

España y yo somos así, señora dijo con un extraviado rasgo de humor.

¿Quedamos a almorzar?

Conozco un restaurante alemán de antes

de la guerra donde hacen unas excelente chuletas ahumadas de cerdo con col ácida Arthur sufría un raro acceso de euforia, a lo mejor por el alivio de saber que con Sara sólo le podían ocurrir cosas chocantes pero honestas.

Está bien, no llevaré ningún correligionario el español de Sara era rico y preciso. Se veía que había hecho el esfuerzo de cultivarlo, porque el de los emigrantes de su generación parecía un chiste de gangosos.

Se citaron en una esquina de Hyde Park al día siguiente.

Sara le contó que era de Santa Cruz de Mudela, una tierra tan ocre y tan áspera como el noventa por ciento del territorio australiano, que su padre era peón caminero, y que emigró a Australia en 1960 creyendo que se iba a Austria. Ella tenía doce años, y percibió el desconsuelo de su familia en el puerto de la Coruña, cuando vio llorar a todo un barco que, al romper amarras, transmitió por sus altavoces la canción "Adios a España" cantada por Antonio Molina.

Hasta entonces el viaje había sido

divertido, sobre todo la salida de la estación de Príncipe Pío, en Madrid. Centenares de parientes se pusieron a rugir en el andén y a cantarle las verdades al Régimen: "¡Os echa Franco, os echa la miseria! ¡Cuándo os volveremos a ver! ¡Adiós Paquito! ¡Escríbeme, hijo! ¡Mándame una foto con el primer coche! ¡Y dime si la gente anda allí igual que aquí y no cabeza abajo!"

Los dos guardias de la porra de servicio en la estación se hacían los longuis. A Sara esto le parecía una verbena. Pero a su padre le sirvió para caer en la cuenta de dónde iban, aproximadamente al fin del mundo.

La odisea de los emigrantes impresionaba a Arthur por sus rasgos tragicómicos. Los españoles, a veces, contaban sus aventuras con el humor franco de la gente ajena a la ambición y a la ansiedad. Para ellos, como para todo el mundo, el humor era un consuelo. Se reían de sí mismos.

Una partida de los que vinieron en el mismo barco que Sara, le habían contado que

del estado de Victoria se trasladaron al de New South Wales en tren, porque habían oído que en Wollongong había trabajo en los altos hornos, y se ganaba más que recogiendo uva.

En la estación Central de Sydney, que es a la vez de Metro (los metros se distinguen de los trenes en que son de dos pisos), se desesperaron de ver pasar convoyes delante de sus narices. De improviso, el más impaciente, pegó un salto y se metió en uno de los vagones que hacían su parada en el andén, y los otros le siguieron cargados de fardos y maletas. Resultó ser una unidad de la Línea Circular del Metro, y cada media hora volvían a pasar por el mismo andén. Se dieron cuenta en la octava vuelta. Les costó un día llegar a Wollongong, que está de Sydney como Mataró de Barcelona.

En los postres, es decir, en la manzana que Arthur y Sara se compraron en uno de los carritos de frutas de Liverpool Street, cien metros más allá de donde habían adquirido un par de sandwiches, Sara le hizo una propuesta.

Hay una persona que quizá te convenga

conocer.

Arthur dijo que sí, igual que si le hubieran invitado a una película de risa.

Es un español.

Arthur creía conocer a toda la colonia.

A éste, seguro que no. No se mezcla con los demás. Es directivo de una Building Society, y creo que anda buscando una persona como tú, un experto en arbitraje y en mercados de valores.

Las Building Societies son una especie de Cajas de Ahorros o de cooperativas de créditos, que facilitan préstamos para la adquisición de viviendas. Son tan populares en el Reino Unido y en Australia como los bancos, y recogen imposiciones a plazo fijo muy sustanciosas, y cuentas de todo tipo. Arthur conocía su expansión y sus incursiones en los mercados del crédito, a veces de alto riesgo. La propuesta de Sara no le parecía descabellada.

Y este español, ¿lleva mucho tiempo en Australia?

Unos años. Pero temo que no sea un emigrante normal. Es algo así como tú.

¿Como yo? Arthur se sentía descubierto en todas partes. "Lo irá diciendo mi cara", pensaba.

Debes de saber algo, además. Es importante. Así podrás entrarle mejor.

Arthur se imaginó a un converso con soplete, mandil y solideo negro.

Es del Opus Dei.

¡Cielo Santo!

Exactamente.

Tendré que volver a ser católico.

No te hará falta, pero sería conveniente que mostraras cierta piedad. Sara pretendía ser despabilada.

Pero, ¿trabajar allí será como vivir en un convento? A Arthur le horrorizaba todo lo fingido.

¡Qué va! El busca profesionales con los que asegurar los cimientos financieros de su obra. Para empezar, te podría venir de maravilla.

Creo que muy pocos empleados son del Opus. Tú te haces el interesado, y cuando estén a punto de cazarte, seguro que has encontrado ya otra empresa.

De este modo casual, más bien fatídico, empezó Arthur a ganarse la vida en Australia. Y a hacer nuevos y reveladores descubrimientos, por ejemplo la eficacia de la fe (por vieja, decrépita y encerrada en un saco que estuviera) como tarjeta de visita.

"Si viviera en Moscú, tendría que aparentar ser un bolchevique convencido. Este es el valor de la religión y de la ideología política, aparentar para no morirse de hambre", reflexionaba el español con su humor agrio. "¿Y la libertad de conciencia, dónde queda, si para trabajar hay que fingir? Fingir que eres un dócil, capaz y agresivo profesional, o un fiel cofrade." La desconfianza de Arthur hacia el discurso público echaba sólidas raíces.

CUATRO

Empezó a trabajar en la *Building Society* en la agonía del invierno austral y del verano

boreal. En el hemisferio norte, las noches se hacían más largas en beneficio de los días en el hemisferio sur. Oliver pensaba en las leyes de compensación de la naturaleza. "Mientras haya leyes, mientras exista un orden, la vida tiene un sentido."

Esta idea determinó que Arthur fuera aceptado en la Building Society. El español del Opus había evitado preguntarle directamente sus creencias, pero lo estaba averiguando con inteligentes rodeos. Actuaba igual que una fiera merodeando en torno a su presa.

Arthur lo percibía. Y en lugar de ponerse nervioso o de mandarlo todo al infierno, conservó al calma. La intuición y la necesidad contenían su carácter. Al final, el tipo del Opus se salió del tema, y empezó a hablar de la vida, de la injusticia, del tercer mundo, y del carácter de los españoles.

Arthur cayó con inocencia en la trampa, y se expresó con una prudente libertad. Fue entonces cuando habló de la necesidad del orden para que la vida tenga un sentido. El del

Opus hizo un movimiento con el brazo como si le tendiera la mano, que despistó a Arthur, porque no supo qué hacer. En ese momento de indecisión, el del Opus le comunicó que podía empezar a trabajar de inmediato, con una prueba de seis meses, tras los cuales firmaría un contrato de dos años, "con toda seguridad". Y así ocurrió.

Arthur tardó tiempo en encajar aquel rompecabezas. De no haber padecido lentitud mental, quizá hubiera llegado antes más lejos.

"¿Cómo es posible", se decía, " que un tipo que dirige una organización dedicada a obtener el máximo beneficio aprecie el sentimiento del orden? La lógica del máximo beneficio es siempre la destrucción, el caos. El máximo beneficio no puede beneficiar a todos, esto es contradictorio, dejaría de ser máximo beneficio, sería reparto equitativo, acuerdo, compromiso. Los líderes del máximo beneficio deben de ser condotieros, individuos sin escrúpulos, enérgicos, con una iniciativa avasalladora capaz de destruir las barreras de la tradición y del

hábito".

A esta conclusión había llegado tras los días más frenéticos de su trabajo en el banco de Singapur. Cuando compraba o vendía valores o divisas lo hacía automáticamente, calculando el éxito de la operación. El éxito suponía un beneficio para el banco, pero quizá la ruina de alguien. No cabía pensar en ninguna compensación. Era ridículo, infame, hipócrita.

Pero el español del Opus Dei sí creía en este tipo de compensaciones, ad maiorem gloria Dei, siendo Dios el Espíritu Puro (el Interés Puro), la justificación de todas sus obras, que se reducían a la más burda materia.

También comprendió Arthur que él estaba condenado a ser uno de esos ejecutivos de la City. Su oficina estaba en Bligh Street, y desde la ventana del despacho podía ver un trozo del Jardín Botánico ocupado por banksias y eucaliptos, que son árboles autóctonos, pero también por arces y fresnos de alguna familia resistente al calor y a la humedad de la bahía de Sydney. Su afición al orden había sido valorada

por lo que suponía de sumisión al orden. Esto le hacía sentirse atrapado. Pero como de todas formas tenía que estar en una ratonera, acabó quitándose importancia y aceptando su papel. Había que adaptarse, como el fresno, o morir.

Esta agonía del turbio invierno y el anticipo de días largos y gloriosos no tenían reflejo en la vida nacional. John Malcolm Fraser, líder de la oposición conservadora aparecía en la televisión y en las ilustraciones de los diarios con la cabeza alta como si se hubiera tragado un sable, jurando que el Senado rechazaría los presupuestos extraordinarios, y hablando de la incompetencia y la corrupción laborista.

La campaña era tan intensa que algunos incondicionales de Whitlam empezaban a dudar. El primer ministro parecía un zorro acosado, y hacía manifestaciones de seguridad en el futuro, prometía soluciones y llamaba al patriotismo. Pero Australia se resentía. La inseguridad empezaba a cundir.

Mas no sólo agonizaba el invierno austral, el verano boreal y el gobierno laborista. A veinte

mil kilómetros, en las antípodas, un moribundo dejaba un rastro de sangre. Y no precisamente suya.

La policía federal australiana tuvo que proteger el consulado español, después de un asalto pacífico. Los españoles nacionalizados australianos, que votaban en su mayoría laborista, y muchos de los cuales tenían cuentas sin saldar con el Régimen de Franco, dirigieron toda la rabia que Whitlam les pedía que contuvieran hacia su compatriota dictador. Otros ciudadanos aprovecharon para hacer lo propio, y se lanzaron en manifestaciones a la calle convocadas por comités de solidaridad con España.

Arthur estaba indignado. Su familia le había escrito. Lamentaban no haberle visto en varios años, pero le aconsejaban que, de momento, no se le ocurriera ir a España, porque podía ocurrir cualquier cosa. Su padre le decía: "Ya que has hecho una familia y una vida fuera de tu país, quédate donde estás y no vuelvas, porque aquí estamos condenados por el destino

a matarnos cada cuarenta años". Arthur estaba emocionado, y les llamó por teléfono para ponerse al corriente.

Esto es vergonzoso decía el tipo del Opus, como si el crimen político no tuviera nada que ver con las finanzas internacionales.

Nauseabundo. Y Arthur se marchó a Elizabeth Street a la primera manifestación de su vida.

Como los que protestaban estaban cargados de razón, se parecían unos a otros gente maravillosa. Durante un cuarto de hora se apoderó de la pequeña multitud un sentimiento elevado, una solidaridad inmaterial, químicamente pura.

Al volver a la oficina, Arthur se entretuvo en Hyde Park para almorzar. Había una pareja de individuos vestidos de holandeses con un inmenso organillo. Daban vueltas a la manivela y hacían sonar música ligera del momento y de otras épocas.

Al terminar su bocadillo y apurar su lata de cerveza, Arthur se levantó, tiró los

desperdicios en una papelera y echó a andar hacia la salida. A los veinte metros se quedó clavado como si le hubieran dado un martillazo y hubieran hundido sus pies en la tierra. Del organillo, alegres, estridentes, haciendo piruetas en el aire hasta llegar a sus oídos, venían los acordes desenfrenados del baile de "Las Bodas de Luis Alonso".

A Arthur Oliver se le hizo un nudo en la garganta. Como una ráfaga de viento, pasaron por su memoria sensaciones de domingos por la mañana en Madrid, cuando su madre despertaba a la familia con música de zarzuela. Durante unos segundos fue Arturo Oliver. Enseguida, se recuperó a sí mismo, y reconoció el olor a sebo y el tráfico de coches por la izquierda de la calle.

Capítulo 8
PEOR PARA LA DIALECTICA

UNO

En lo más radiante de la primavera, a vista de aeroplano, Sydney es un jardín de más de trescientos kilómetros cuadrados con hotelitos, carreteras y brazos de mar. Sólo la melancolía de los hipocondríacos se mantiene impertérrita ante esta naturaleza fecunda. Nada parece desagradable, nada inquieta.

Pero tras una observación no demasiado honda, esta visión se revela una máscara. Debajo de ella trajina la pasión de los hombres.

El once de noviembre de 1975, Sir John Kerr, Gobernador General de Australia en representación de la reina, dio el primer y único golpe de estado legítimo que se conoce en la historia del sistema de Westminster. Convocó a Gough Whitlam a su residencia y le comunicó su destitución. Nada más despedirlo, hizo entrar en el mismo despacho a un ansioso Malcolm

Fraser, y le entregó el gobierno.

La nación se metió en una galerna. Los sindicatos querían ocupar las calles, y los líderes más radicales solicitaban una huelga general que sólo podría desembocar en una sublevación para destituir al perro Kerr y desencadenar una espiral impredecible.

No se llegó a ello quizá por la repugnancia que las acciones sin planificar producen en las mentes directivas británicas. Los emigrantes españoles, que no conocían otra solución a la excitación social que el palo, temían un inminente golpe militar. Arthur se reía de ellos, pero no las tenía todas consigo.

De pronto, muchos españoles pasaron de la postración a la euforia. La Bestia del Pardo había muerto. Todo en menos de diez días.

Aquella Navidad la pasó Arthur con Laura y Geoffrey en torno a barbacoas españolas celebrando algo que a la irlandesa ni le iba ni le venía. No es que el español sintiera algo especial por la muerte de Franco. Pero aquellas semanas de terrible tensión sólo podían ser calmadas en

rituales colectivos. Cubiertas las cabezas de los más nobles australianos de cenizas, Arthur encontró una válvula de escape excelente en la pasión necrófila de sus compatriotas.

En el fondo (muy al fondo), Laura estaba contenta. Durante los meses que pasó sola en Singapur temió que Arthur no quisiera saber nada de ella y de su hijo. Una vez llegada a Australia, le puso de buen humor su reintegración a la familia y a la civilización.

Prendergast había regresado también de su destino en el Ecuador asiático, y se había instalado en Canberra, resignándose a un periodo de latencia con un nuevo gobierno que miraba a los funcionarios como enemigos públicos.

Pero esto era mera retórica. El progreso económico no se detuvo. Muchos de los programas iniciados por los laboristas fueron continuados por sus contrincantes, lo cual causó perplejidad en más de un ideólogo sutil. Los emigrantes continuaban llegando. Y las cifras del desempleo engordando.

El pueblo australiano ha aprendido a equiparar el éxito material con la felicidad, y los logros materiales con la virtud pública dijo Prendergast en una de sus visitas . No es una idea mía, es de un historiador que da clases en Canberra. ¿No te parece acertadísima?

¿Y dónde quedan las promesas de igualdad, de acabar con los tiempos de codicia y excitación de las pasiones? Los electores han votado a la derecha masivamente.

Nuestra vida está hecha de carne, de materia. El mundo está sometido a intereses.

Será cosa del demonio interrumpió Arthur.

No. Al demonio se lo inventaron los clérigos de la antigüedad para disfrutar del monopolio del mundo y de la carne. Lo que quiero decir es que los valores que orientan la vida del hombre son materiales. Las ideas y la fe no dan de comer, aunque pueden iluminar a la humanidad en momentos de hambre o de hastío.

Arthur se acordó del chino Yuan, y se

preguntó si Mike Prendergast le habría conocido.

Tienes razón admitió . La solidaridad de doscientos o trescientos españoles y australianos manifestándose contra los crímenes de Franco no duró más que un rato. Fue muy bonito pero efímero.

El valor de la solidaridad no se puede medir jamás sentenció Prendergast, con la seguridad de haber pensado en serio sobre este asunto . Todo lo mensurable es positivo, real, tiene dimensiones. La solidaridad pertenece al campo del espíritu.

A Arthur le seducía este pensamiento de Prendergast, de quien a veces pensaba que era un padre franciscano. El gordo dejaba caer su busto hacia delante, se repantigaba en la silla, apoyaba los codos en sus anchas rodillas, cruzaba los dedos de sus gruesas manos, levantaba la cabezota y seguía hablando, por la boca y por sus ojillos oscuros.

La solidaridad no es un valor material. No puede reunirse a golpe de trompeta. No puede

comprarse ni venderse. Tampoco puede esgrimirse como una de las utilidades de la política. Cada vez que a alguien se le ocurre hacerlo, la corrompe, como se corrompe el amor cuando se paga.

Arthur no sabía si Prendergast se estaba refiriendo al fracaso electoral de los laboristas.

Todo lo material es corruptible, se destruye, muere. Sólo lo espiritual permanece.

¿Dónde? saltó el español como si quisiera conocer el escondite del espíritu para lanzarse a hacer buena reserva de él.

No tengo ni la menor idea. En todas partes, supongo. Lo espiritual no puede aprehenderse. Ni siquiera puede convertirse en objeto de estudio o de veneración. Los filósofos que han querido traspasar la barrera de lo racional con la razón han fracasado. Los clérigos que han intentado traficar con el espíritu para dominar o para enriquecerse, también han fracasado, porque si no, no habría triunfado el capitalismo. El mayor uso del espíritu es saber que existe. Creer. Y su mayor beneficio, el

consuelo.

Como la risa, o el arte, o el afecto dijo Arthur.

Exactamente igual, porque todo eso es lo mismo.

Arthur no terminaba de aceptar semejante espiritualismo en un socialista radical. Creía que el dualismo, un mundo arriba, inmensurable, de almas e ideas puras, y otro abajo, corrupto y finito, no casaba con los cimientos materialistas de Prendergast.

No tiene por qué casar dijo el gordo con una sonrisa, después de rascarse el pelo en un acto reflejo.

No te entiendo. Si no casan, tú eres una contradicción viviente insistía el expatriado.

¿Por qué? A mí no me parece que mi teoría sea dualista.

Según tu teoría, la virtud puede estar tanto en la derecha como en la izquierda. La dialéctica queda invalidada.

No sé si la dialéctica queda invalidada o

no. Pero atribuir la virtud a la izquierda o a la derecha es como dividir el mundo en buenos y malos. Históricamente, las fuerzas del progreso social han sido llamadas durante los dos últimos siglos "izquierda". Pero eso es una falacia. Y si con esto atento contra la dialéctica, peor para la dialéctica. La dialéctica la inventó uno de esos alemanes fanáticos.

Arthur estuvo a punto de interrumpirle con la afirmación de que para un español normal y corriente, en el mundo nada más que hay buenos y malos, amiguetes o enemigos a batir. Prendergast terminó su discurso de un modo ciceroniano.

¿Era progresista Stalin? ¿Son de izquierdas los Kmeres Rouges? ¿Fue Julio César un asesino? Depende de cómo lo mires.

Prendergast hablaba despacio, con su entonación de matices burlones, su voz áspera y llena de acentos populares.

Arthur volvió a centrar el tema que le preocupaba.

Vamos a ver... Si el valor de la solidaridad

es espiritual, y lo espiritual no cuenta en este mundo...

Más que para el espíritu...

Más que para el espíritu, de acuerdo. Pero ¿qué solidaridad puede haber dentro de organizaciones solidarias como un sindicato o un partido de izquierdas?

La misma que en un club de montañeros: camaradería, protección común ante un tercero. En eso no se diferencian de ninguna otra organización, de derechas o de lo que sea. Porque también hay compadreo, favoritismo. La vida colectiva está llena de intereses, y los hombres de izquierda no tienen por qué ser más virtuosos que los hombres de derecha. Lo que les distingue es que declaran proyectos diferentes; para unos, la igualdad social, para otros, dejar las cosas como están. Pero pensar que la izquierda está para traer el cielo a la tierra es una simpleza. El cielo es el cielo y la tierra es la tierra.

¡Tú eres cristiano, Mike! ¡No le des más vueltas!

No. Yo soy agnóstico y también panteísta. Pero tengo que explicarme la estupidez y la contumacia de los hombres de algún modo.

DOS

Menos de una hora transcurrió entre la llegada del avión al aeropuerto de Sydney, y el desembarco de Laura, Geoffrey y el propio Arthur en la entrada de una casita alquilada de desvencijado aspecto en el barrio de Glebe. Exactamente la hora que duró la armonía en la pareja.

A Laura le decepcionó su nuevo domicilio y no le gustó el coche en el que había hecho el viaje hasta él, un Toyota Corolla, el primer vehículo que poseía el matrimonio. En relación a la vivienda de Singapur, la casita de Glebe era un bungalow medio ruinoso de madera y ladrillo, con un patio trasero o "yarda" en estado salvaje, y unos muebles de sorprendente longevidad, deteriorados y sucios.

Aquí la vida está más cara y gano menos comentó Arthur. Y añadió : Lo siento.

Dos cucarachas en ordenada procesión

cruzaron la pelada moqueta del comedor en dirección al patio. Geoffrey se agarró a su madre horrorizado, y la madre de Geoffrey a su marido. A Arthur le había entrado tal abatimiento después de la explosión de alegría y facundia del reencuentro, que ni siquiera se molestó en perseguirlas.

Durante todo el verano, los dos extraños estuvieron enfermos de raras dolencias. Laura se hizo macrobiótica. Pero ni las más estrictas dietas y ayunos pudieron acabar con su malestar. Arthur notó que su propia enfermedad era imaginaria, y dedicó algún esfuerzo a combatir molestias que se desplazaban a lo largo de su cuerpo como un duende bromista.

El español había escogido Glebe porque era un barrio céntrico, barato y próximo a la arteria de Parramata Road, y a un paso de la Universidad de Sydney donde algún día esperaba matricularse.

Glebe debía ser el barrio con mayor densidad de cucarachas por metro cuadrado de toda la ciudad. Las cucarachas formaban parte

de la población, y como ella, eran de todos los tamaños y colores, con ligero predominio de una especie grande, de tono cobrizo y bigotes largos como los de una cigala. Eran pacíficas y despistadas, tanto, que con frecuencia se dejaban matar por los pies de los transeúntes apresurados.

Geoffrey empezaba ese año a asistir al jardín de infancia, gratuito gracias al defenestrado Whitlam. Su educación se convirtió en una nueva fuente de conflictos en el matrimonio, que amaba la variedad de razones para subestimarse mutuamente, frente al odio monótono de algunas parejas.

Arthur pensaba que Geoffrey estaba recogiendo los peores vicios de su madre. Laura, lo contrario. Pero la irlandesa, que ya se había hecho pedagoga, esgrimía argumentos que ocupaban varios estantes en su biblioteca. Además, había empezado a estudiar psicología en la Universidad a Distancia.

Laura seguía dominada por esa extraña incapacidad de aprender de la experiencia. Sus

maestros eran los libros y la autoridad; más los primeros que la segunda, porque toda autoridad es humana y lo humano terminaba decepcionando a Laura invariablemente. Entonces se encerraba en su silencio miserable, y tardaba varios días en emerger, después de haber devorado media docena de tratados.

Pasaba Laura una temporada atendiendo a su hijo de acuerdo con las normas aprendidas de la pedagogía. Pero como nadie, por fanático que sea, puede ser rigurosamente consecuente, al cabo de unos días, empezaba a abandonar las reglas y se dejaba llevar por la naturaleza.

El primer contratiempo despertaba en ella terribles remordimientos causados por la norma dormida en su conciencia, y Laura volvía a trastornarse.

Los trastornos iban desde cambios violentos de humor a flatulencias, estreñimientos y otros nítidos signos de lo que Laura interpretaba por una úlcera o incluso algo peor.

Una mañana, a punto de salir para el

trabajo, Arthur se encontró con Geoffrey en el pasillo con una mueca atroz en la cara, sujetándose una mano con otra. Avanzaba hacia él tambaleándose, como si llevara un cuchillo clavado entre los homoplatos. Arthur se precipitó sobresaltado encima de su hijo. Por fin el niño rompió a llorar en un ataque de histerismo.

Tardó varios minutos en explicar que se había cogido un dedo en el quicio de una puerta. Arthur miró con desprecio a su mujer, que consolaba a la criatura.

La hacía responsable de este comportamiento antinatural de Geoffrey. Según él, un niño debe de manifestar inmediatamente su dolor con alaridos, sacarlo, no guardárselo hasta encontrar alguien en quien descargarlo como un fardo. Se marchó al trabajo rebosando rencor.

Para Arthur, el histerismo de Laura era asombrosamente parecido al de su propia madre, haciendo abstracción de la diferencia de culturas, experiencias y caracteres. Esto le hacía

sentirse solidario (frente a Laura y a su propia madre) con su padre, y disculpaba el malhumor y la desesperación que él había padecido durante la niñez. Los sucesos más insignificantes se transformaban para las dos mujeres en tragedias griegas.

"Será el fondo católico y fatalista", pensaba Arthur. Pero no estaba seguro. No se atrevía a aventurar las razones del sentimiento trágico de su madre, pero estaba convencido que el de Laura revelaba insatisfacción y rechazo de la vida que Arthur le ofrecía. Esta idea le sumergía en incómodas depresiones.

La infelicidad de su matrimonio no se estabilizaba, crecía como una riada y amenazaba desbordarse cualquier día. Arthur esperaba, a veces reconociéndolo, a veces de un modo oculto, la temporada de lluvias, pero nunca llegaba a caer el agua suficiente como para quebrar el muro del embalse de su frustración. De momento, los aguaceros sólo sacaban ligeramente de madre este río amargo.

En otoño (primavera septentrional) era el

cumpleaños de Geoffrey.

Se preparó una fiesta con un grupo de niños de la guardería.

La pedagoga había organizado juegos y actividades. También había preparado dos pasteles, uno de arándanos y otro de manzana. Los juegos y las actividades fueron observados por Arthur con perplejidad. Aquello se parecía más a una clase, de acuerdo con las mejores y más nuevas ideas de la pedagogía moderna, que a un cumpleaños. Las tartas estaban sabrosas, es decir, también respondían a las recetas.

En una ocasión le había dicho seriamente a Prendergast:

Dale a mi mujer un libro e instrucciones precisas, y es capaz de construirte otro Palacio de la Opera en menos que canta un gallo.

Durante toda la velada, Laura se refirió a Arthur cuando hablaba de él a los niños como "Mr Oliver". Por la noche, en la cama, Arthur habló con su mujer.

Comprendo que los británicos hayan

dejado una marca indeleble en los irlandeses, pero yo creía que se te había pegado algo la informalidad latina.

¿Por qué lo dices?

Porque probablemente a los niños no les habría estropeado su formación oír hablar de "Arthur" en lugar de "Mr Oliver".

Como él esperaba, Laura le dio la espalda. Luego se tiró un pedo. Después se echó a reír, y se abrazó al hombre, invitándole al amor. Así se comportaba aquella pareja de desamparados.

La guerra íntima de estos dos torturadores aficionados estaba plagada de treguas. Era una guerra soportable.

Geoffrey, agente de múltiples batallas, proporcionaba también cortos pero intensos periodos de paz. Durante uno de ellos, pensó Arthur que su hijo sería un pintor excepcional, por la frescura de sus trabajos, para los que Laura le dotaba de los materiales preceptivos por los textos y la imaginación de la moderna pedagogía estética. Geoffrey daba media docena de brochazos de varios colores en un papelón de

estraza, y el resultado era algo mucho más hermoso, enérgico e ingenuo que el más original de los Miró.

Otra vez, el padre creyó que su hijo sería filósofo. La vena filosófica de Geoffrey fue descubierta una noche limpia y cálida, que son rutina en Sydney. Volvían a casa un domingo después de pasear por Victoria Park un rato, y el niño se quedó parado mirando a las alturas. De un tirón dijo:

El cielo nunca para. Las estrellas nunca paran. Si vas hacia delante, no para. Si vas hacia atrás, no para. Puedes ir todo abría los brazos para indicar la inmensidad de su pequeña vida y nunca para. El cielo es tan grande como todo.

Semejante expresión intuitiva de la infinitud le pareció a Arthur superior a la de los griegos, que fueron incapaces de formularla. Laura y él se quedaron mudos y conmovidos. Los dos pensaron al mismo tiempo: "Merece la pena tener un hijo, aunque sólo sea para oírle decir esto".

TRES

Una mañana de verano, se había asomado Arthur con una taza de té a la "yarda" o patio trasero (según el anglicismo de los "*ethnic*" hispanos) ya convenientemente limpio de malas hierbas y ordenado de arriates, obra de Laura. En la casa de enfrente, una mujer joven fregaba el suelo de la terraza. Se la veía a través de los arbustos. Vestía una camisa ancha azul, quizá de su marido. En sus movimientos a veces dejaba ver las bragas, unas vulgares bragas blancas.

Arthur se ocultó a un lado de la puerta del porche, y se entregó a aquella visión anodina como si estuviera espiando a Miss Universo recién salida de la ducha. Incluso más, como si aquella vecina, que ignoraba ser vigilada, estuviera haciendo un sofisticado número erótico sólo para él, simulando fregar el suelo con un palo y una bayeta.

La visión de las bragas blancas de la muchacha (algo fondona) era instantánea, duraba décimas de segundo. Y eso era lo que más excitaba a Arthur. Le parecía extraordinario.

Como tirarle fotos a una modelo. En el fondo oscuro de Arthur fue creciendo la pasión erótica y el deseo.

Le habría gustado atravesar los dos patios, acercarse a la mujer, tomarla de la mano, entrar en el dormitorio, hacer el amor (echar un polvo), marcharse tranquilamente a casa y seguir tomando la taza de té.

Era la misma sensación que con las revistas eróticas que acompañaban su onanismo: sexo sin compromisos, sin riesgos, sin dependencias sentimentales. "¿A dónde nos llevaría una relación así?", se preguntaba el frustradísimo Arthur Oliver.

El desaliento erótico hacía una mella insoportable en su amor propio. Especialmente cuando echaba la vista a su alrededor y veía a tipos joviales triunfar sobre la conciencia, contra la continencia e incluso contra el sentido común, y obtener el premio sexual. Exactamente igual que prometían los anuncios, las películas, la literatura y los comentarios de incontables varones de todas las razas y condiciones.

Se sentía un paria, un rehén del cadáver de Dios y de los fantasmas que colgaban de sus hombros como murciélagos. De añadidura, los padecimientos de Laura hacían más gordo y pesado el saco de sus culpas. La irlandesa se quejaba en silencio (costumbre familiar) del trato cruel que le daba la vida. Había sido elegida como víctima por el destino, por la enfermedad, por la tragedia.

Lo más chocante era que ambos ignoraban que el convencimiento era mutuo. Cada uno de ellos se creía el único mártir. Para ellos, al contrario que la mayoría de los australianos, la felicidad material, es decir, el mundo de fuera, era una minucia. Al menos, aparentemente.

Laura, por ejemplo, era incapaz de disfrutar de su renta familiar, superior a los 400 dólares a la semana (sin descontar impuestos), de su trabajo a tiempo parcial en una escuela Montesori de St. Leonards, North Sydney, de su hijo, de su casita ya libre de plagas y de muebles decrépitos, de su marido y de la ciudad, radiante y generosa que abría todos sus mercados y

almacenes llenos de rebajas para la felicidad de sus habitantes.

Le turbaba el mundo de dentro, como a Arthur. Pero, más exageradamente que él, se dejaba inquietar hasta la angustia por nimiedades, y hacía responsables a los demás, sobre todo a su marido, de inevitables desventuras cotidianas.

Esto, junto a la falta de gusto por su trabajo en la *Building Society*, ejercía una presión tan violenta sobre el español y su lastre dorsal, que empezaron a abrirse brechas por las que la conciencia se iba descargando como una batería agrietada.

En unas cuantas semanas, Arthur conoció tres ejemplares que él consideraba apologéticos del hombre contemporáneo.

El primero era un tal Enric Aranda, un catalán de cuerpo atlético, rubio y de ojos azules, que vivía en Elizabeth Bay con una rubia despampanante. Un triunfador, un paradigma soberbio de la nueva especie de animales racionales que amenaza con adueñarse del

planeta desde que el mundo se hizo idea y dejó de ser un mero objeto o de ser nada.

Se llamaba a sí mismo hombre de negocios. Los suyos eran el tráfico de marihuana (cultivada en Queensland por otro rufián), el contrabando de joyas con Thailandia y Birmania, y la distribución de "ropa joven", confeccionada a precio de saldo por la colonia asiática de Cabramatta, en las boutiques playeras. Tenía un cochazo deportivo, vestía con imitada elegancia, y mantenía a varias chicas de cuerpo y belleza escandalosos y vulgares.

Por más que follo no me harto decía con sincera convicción . Para mí, follar es un reto. Hasta que no oigo gritar de placer a la tía con la que estoy, no me quedo tranquilo.

¿Y lo consigues siempre? preguntaba Arthur, cuyo sentido común le hacía escéptico.

Siempre.

Para el atleta no había medias tintas. Si una mujer se ponía a hacer remilgos, le daba un par de hostias. Y si seguía terca, se la quitaba de encima de un puntapié.

Yo soy capaz de ligarme a cualquier tía.

¿A cualquiera? Arthur pensaba en su mujer. Estaba seguro de que si había en el mundo una excepción a la habilidad del atleta, ésa era Laura.

No importa si es joven o vieja, si es fea o guapa. Las observo, me amoldo a su sicología, las engaño, aparento ser lo que ellas buscan. Yo entiendo más que nadie de mujeres.

¿Más que nadie?

Bueno, siempre hay otro que sabe más que uno, pero yo nunca he conocido a mi rival.

El segundo ejemplar era más modesto. Un emigrante anónimo que llevaba poco tiempo en Australia, y ahorraba salvajemente convencido, como la mayoría de los españoles al llegar, de que en un par de años se volvería a su tierra cargado de dólares. Añoraba España, los bocadillos de tortilla, las tabernas con el suelo cubierto de cáscaras de gambas y de serrín, los domingos de fútbol, pegado a la radio, y salir de verbena por la noche, que es todo lo que suelen echar de menos los españoles en el extranjero.

Este hombre cortaba patrones en un almacén destartalado a cuenta de un judío ruso, que los llevaba a la colonia asiática en Cabramatta, donde hacían camisas, pantalones, faldas y todo tipo de ropa clandestinamente.

No salía del almacén. Se pasaba allí encerrado de lunes a viernes, y a veces los fines de semana. Había noches que se quedaba a dormir en un rincón, para empezar más temprano a hacer patrones.

En otro de los almacenes del piso de abajo, trabajaba una familia de chinos en un negocio también relacionado con la confección. En aquel edificio gris y descuidado, lleno de largos pasillos desnudos iluminados con tubos fluorescentes, sus habitantes llevaban una vida paralela; era como una casa cuartel de la guardia civil con tipos de todas las razas en lugar de números, oficiales y suboficiales.

La mujer de uno de los chinos visitaba con cierta frecuencia al patronista. Era una muchachita risueña, joven y quizá aburrida del mundo cutre y sin horizontes del almacén.

Llegaba al salón del español y se quedaba en la puerta con el ademán de querer pegar la hebra, pero sin decir casi nada. Apenas podían hablar más de cuatro frases simples y sin significado especial en inglés. Se sonreían y se miraban.

Una tarde, al final de la jornada, la chinita se separó del portón, y se acercó a la sólida mesa sobre la que el español cortaba sus patrones con una máquina que colgaba de una percha móvil. En menos de un minuto fue cazada. Con toda probabilidad era lo que estaba deseando, porque se quitó el vestido en un periquete, se echó sobre un montón de retales, y se entregó al occidental que por no perder la oportunidad ni atrancó la puerta, y se dio prisa en descargar por si a alguien se le ocurría hacer una visita de cumplido.

La chinita volvía al menos una vez cada dos semanas. El español, que veía a su mujer y a su hijo unas horas los sábados y los domingos, decía asombrado:

Este país es acojonante. El que no lo aprovecha es porque no quiere. Ahora, hay que

sudarlo. El fin de semana pasado me gané más de mil dólares limpios. Me tiré 48 horas trabajando sin parar. Y ni siquiera necesité ir a casa para echar un polvo. Pero en cuanto haya ahorrado suficiente, me vuelvo a España, pongo un chiringuito en la costa, y a trabajar sólo en verano entre chicas guapas.

"¿Qué será suficiente?", se preguntaba Arthur mirando con simpatía al patronista, al que tenía por un hombre sin retorcimientos, noble, como un toro que ignora que será lidiado y muerto.

El tercer ejemplar o modelo de hombre contemporáneo de Arthur era un tipo más sofisticado. Lo conoció una noche rara, en que salió con el atleta Aranda a un restaurante español de George Street, enfrente de la Estación Central.

Laura se había marchado a la capital, Canberra, a un piadoso seminario de pedagogía Montesori, y logró colocar a Geoffrey con una vecina: la joven fondona de las bragas blancas, una macedonia casada con un letón que

trabajaba de encargado de mantenimiento en el Royal Alexandra Hospital for Children, a unos pasos de su casa, en el mismo barrio.

En el restaurante se encontraron con un cuadro flamenco atizando taconazos sobre un tablao. El jefe de la tribu era un tal Montoya, el dueño del negocio, un tipo de piel cobriza, alto y delgado, de cara ajada y pupilas chispeantes de color azul. Un gitano auténtico con caracolillos en el pelo y un pendiente de oro en una oreja. Su español era un tanto peculiar, pero Arthur había terminado por aceptar todos los acentos y todos los barbarismos. Cualquier jerigonza le parecía satisfactoria, y si iba aliñada con tacos, la tenía por genuina.

El tipo se sentó en la mesa de Arthur y Aranda en compañía de una morenaza con aspecto de ser hija de algún sultán sevillano, a la que achuchaba de vez en cuando. Arthur entendía que los achuchones formaban parte de la decoración, eran un modo de demostrar personalidad: "Aquí estoy yo, con una tía buena, y le toco el culo y las tetas cuando me sale de los

cojones", parecía decir el gitano con sus gestos.

El gitano era capaz de esto y de hablar del sentido de la vida a la vez. Era un buen gitano.

La vida es azarosa decía el calé . A veces sonríe, a veces golpea. Los cambios son inesperados. Hay que prepararse para aceptar lo que venga. Yo me he arruinado tres veces. Y ahora, me va de puta madre.

La morena, que no había abierto la boca, se dejaba achuchar una vez más.

Al expatriado, la sevillana le dejó turulato. A la salida, preguntó a Aranda sobre su silencio.

No se enteraba de nada contestó el atleta.

¿Por qué?

Porque no sabe una palabra de español.

¿Pero no es española?

¡Qué va! Es de Port Kembla, al lado de Wollongong, y él de Mildura, en mitad del desierto.

¿Pero no es gitano? Decía Arthur, pasmado por la capacidad de mixtificación del

género humano.

Tan gitano como yo. Lo que pasa es que ha estado muchos años en España entre gitanos y bailaores. Yo creía que era maricón. Y ahí le tienes, con una tía que está pidiendo a gritos que le echen un polvo.

CUATRO

A partir de los veinticinco años, la vida se dispara como una mascletá. El fuego corre de una cordada a otra haciendo cada vez más ruido, juntando unos truenos con otros. Y, al igual que una mascletá, una vez prendida la mecha ya no hay quien la pare.

Este pensamiento se le ocurrió un día de abril a Arthur. Le vino de repente, con un olor a pólvora que había escapado de alguna neurona suelta de su cerebro.

La vida material se le había hecho fácil a Arthur. Se acordó de la cita del historiador Manning Clark, que le hiciera Prendergast un día : "El pueblo australiano ha aprendido a equiparar el éxito material con la felicidad, y los logros materiales con la virtud pública". Su vida,

como la de multitud de otras parejas, era cómoda. Pero crispada por el fracaso del afecto. El espíritu había sido derrotado por la vida. A su alrededor no veía más que bajas de la experiencia matrimonial.

"Si se pudiera filmar a una velocidad altísima la convivencia de las parejas, esto parecería un gallinero. Hombres y mujeres de aquí para allá, cambiándose de casa, de marido, de mujer, enloquecidamente". El espectáculo le atraía ("yo también debería separarme"), pero a la vez le paralizaba, por lo que suponía de repetición de los mismos errores, de las mismas frustraciones. Su sentido común le ponía freno ("¿Para qué? ¿Qué voy a ganar con la soledad?").

Todo lo que le ocurría era en beneficio de su progreso material. Antes de vencer su contrato, dejó la Building Society, lo que le proporcionó una larga temporada de paz espiritual y casi de armonía con Laura.

Preparó unas oposiciones, y entró en una compañía nacional. Una vez instalado en la fluidez de la empresa pública, se permitió

previsiones. Se matriculó en la Universidad de Sydney, y fue estudiando la carrera que había dejado a medias en Madrid diez años antes.

A la vez, se había hecho australiano.

Fue una de sus satisfacciones más amargas. "Me gusta ser australiano. Y además, me conviene. Pero me gustaría sentirme orgulloso de ser español", comentaba con Laura, que compartía este sentimiento (por una vez compartía algo con Arthur), pero hacia su tierra, cada vez más empapada de sangre.

En esto no había gran diferencia entre sus dos países. Lo que Arthur escuchaba de España estaba cargado del mismo dramatismo que a la muerte del dictador. Terror y sangre. A pesar de ello, y ante la perspectiva inquietante, tan explosiva como la goma dos, de tener que recibir a sus padres en Australia, decidió viajar a su casa.

Lo hizo solo. Laura había recibido una espantosa carta de su madre culpándola de la muerte accidental del hermano en Canadá, y la irlandesa había jurado no pisar jamás Europa.

El último y más pesado argumento era su gravidez. Se había quedado embarazada.

Arthur se llevó a Geoffrey. Le enseñó en el avión a decir "Hola", "Me llamo Geoffrey" (suena "yefri"), "Vivo en Sydney", y nada más, porque el muchachito, que ya hablaba, leía, escribía y hacía cuentas con soltura, se sublevó ante la inoperancia pedagógica del padre.

En España empezaba un largo invierno. Arthur apenas salió de Madrid. Se cruzó con decenas de manifestaciones de todos los colores. Por las calles se masticaba la miseria, todo el mundo hablaba de la crisis económica, y pocos prestaban atención a la Constitución recién aprobada, que para los políticos era una varita mágica, pero no era una varita mágica, que nadie se lo crea, simplemente estamos sentando las bases de lo que será un futuro próspero, libre de vagabundos por los andenes del Metro, de familias de rodillas en las aceras suplicando cinco duros para comer, de trabajo fijo y seguro para todos, de libertad de despido, digo de palabra, de Mercado Común, de postre en todos

los hogares, de cambio, de cambio, de cambio, de oportunidades para todos, de escuelas para todos, de que este país funcione de una puñetera vez y sea un país moderno, y vamos a meter en cintura a los sinvergüenzas, y se acabaron los privilegios, y cuidado con lo que decimos y hacemos que los espadones se ponen nerviosos y por favor, chicos de la prensa, no revolver mucho en lo de la monarquía, la unidad de España y el Ejército, ya veréis como esto será un paraíso. Lo estamos haciendo muy bien. Paciencia. Pero la gente estaba triste. O quizá Arthur estaba triste y todo le parecía triste.

Fue una Navidad incierta, al final de la cual Geoffrey se puso insoportable. Estaba harto del frío, de la cualidad gris de la vida ciudadana, de las casas estrechas y de esa lengua incomprensible que su padre, prodigiosamente, hablaba y entendía.

Durante el interminable vuelo de regreso, Arthur reflexionó sobre la imagen que había dejado de Australia entre su familia y sus viejos amigos. La influencia de aquel ambiente

depresivo había hecho funcionar en su conciencia un resorte compensatorio. Se dio cuenta de que les había contado todos los tópicos sobre las antípodas, excluyendo el de los conejos invadiendo las huertas y la escasez de mujeres.

En otros momentos del vuelo, Arthur pensaba lo contrario, que los tópicos son la realidad. Australia era el país de los fines de semana largos, las barbacoas bajo los eucaliptos, las cervezas heladas, el pan untado con Vegemite (una crema oscura que huele a cubitos de caldo de gallina), préstamos a largo plazo y bajo interés para cambiar de casa en suburbios amplios y con campos de deportes desiertos, playas ilimitadas con jóvenes atletas practicando surfing, canguros atravesando el desierto como planeadores, coches-haigas, buen carácter, relajo, y un aborigen escuchimizado y feo dentro de un pantalón marrón, una camisa blanca, con corbata, soplando una flauta colosal (didgeridoo) que llega hasta el suelo, para concitar la presencia de su identidad perdida. Australia,

algo parecido a Jauja.

I come from the land down under

Where beer does flow and men chunder.

Can't you hear, can't you hear the thunder

You better run, you better take cover.

(Vengo del otro lado de la tierra, donde corre la cerveza y los hombres vomitan cuando se emborrachan. ¿No oyes el trueno? Más vale que corras y te escondas.)

Capítulo 9
UNA CASITA EN CROWS NEST

UNO

¿Puede un hombre involucrare con una mujer?

Normalmente, un hombre y una mujer se involucran al mismo tiempo. También sucede que uno de los dos se involucre más que el otro.

Arthur Oliver se involucró con Teresa Muñoz hasta las cejas. Teresa Muñoz se dejó involucrar, pero sólo al final, cuando la aventura tomo cuerpo (dos cuerpos, para hablar con propiedad), y ya no era posible echarse atrás impunemente.

Cuando al aventura llegó a su término, Teresa Muñoz tuvo la habilidad de salir bastante entera, Le dijo adiós a Arthur desde el andén elevado de Circular Quay, con una sonrisa y ladeando la cabeza.

La relación de Arthur Oliver con Teresa Muñoz (los españoles emigrados habrían dicho

envolvimiento, pero no se les dejó oportunidad, porque jamás la conocieron) fue semejante a la de la luna con su planeta. Creció, pero a lo largo de años. Y en lugar de menguar o hacerse, rancia se eclipsó de golpe.

Durante una primera temporada se mantuvo en fase de luna nueva a lo largo de un quinquenio o más, cualquiera sabe. La relación parecía no existir. En realidad era invisible, latente. Quizá ni siquiera el propio Arthur fuera consciente de ella más que en sus sueños, en los que aparecía la chica de la isla de Navidad aproximándose a él de forma sinuosa. ¿Se había dado cuenta Teresa de que había entrado en órbita?

La fase creciente, las más larga, cinco años más o cosa así, vaya usted a saber, fue un acumulador de pasión. Nada más que de pasión. Ninguna esperanza. Es decir, ni el menor asomo de hacer la pasión acción. Lo más que Arthur se atrevía a reconocer hacia Teresa eran fantasías. Eróticas fantasías nada escandalosas, limitadas por la corta imaginación del español infeliz.

Pero ninguna esperanza, nada.

Durante largos años, fue Teresa Muñoz para Arthur Oliver una chica simpática, optimista, de rasgos emocionales más aborígenes que sajones, y preciosa, encantadora, deseable.

En sus fantasías eróticas, la imagen de Teresa había sido una protagonista más. Es preciso reconocer que si bien Arthur carecía de una imaginación desbordante, usaba de la que le había tocado en suerte clon toda maestría. Fantasear era su único consuelo, y se acogía a él cuando le venía en gana.

Las fantasías eróticas de Arthur no tenían nada que ver con el mundo de los tebeos modernos o cómic, que no soportaba por su complejidad y perverso desatino. El expatriado echaba mano de elementos reales y al alcance de todos los ciudadanos, como compañeras de oficina, dependientas de supermercado, transeúntes ocasionales y, a lo más, de artistas de cine de mirada melancólica como Cathérine Déneuve o Marisa Berenson.

Es decir, Arthur lo que perseguía con sus fantasías era llenar su vacía existencia con otra existencia más sustanciosa, accesible, pero separada de él por el foso del sentido común, un foso tan profundo que cualquier intento de traspasarlo podía ser tomado por una aventura fantástica.

Teresa Muñoz fue durante años un recurso más. ¿Ella lo sabía? Probablemente sí, porque, como descubrió Arthur después de la ruptura, la mujer era consciente de la fuerza de gravedad de su simpatía teñida de un sutil erotismo, de modo que más que ser un satélite, era un planeta rodeado de planetoides.

La fase final del envolvimiento de Arthur-Teresa tampoco fue explosiva, es decir, novelesca. Luna llena en su apogeo, radiante, encantadora, sobre todo en las noches limpias del verano y en las madrugadas cristalinas del invierno. Luna viva, existente, hollada incluso por el hombre en un tiempo memorable para Arthur, cuando Teresa tenía quizá sólo tenía doce o trece años.

Apenas conocía el español noticias sobre la vida de la chica en la isla de Navidad. Sabía que su familia era numerosa y nada rica, que poseía una granja, que su padre trabajaba en los fosfatos y que era un filipino de Singapur, emigrado a la isla con una expedición británica al poco de sacar de allí a los japoneses a cañonazos, y que Teresa había pasado su adolescencia en un internado de religiosas católicas en Singapur. Sabía que Teresa añoraba con tanta fuerza la vida bucólica de aquel peñón repleto de fosfatos, una vida ruda, sin idealizaciones, que era capaz de trabajar hasta el agotamiento para poder comprarse un billete (de ida y vuelta) a su pequeña isla, al menos dos veces al año. Sabía que vivía de una manera extraña, discontinua, con un mecánico de vuelo inglés. Es decir que se resistía a la estabilidad y a la rutina, hasta el extremo de no tomarse el más mínimo empeño en encontrar un trabajo fijo. Sabía que se había trasladado con su boyfriend de Singapur a Sydney. Sabía que, al cabo de un par de años de vida bajo un mismo

techo en un apartamento de Woolloomooloo, Teresa se había marchado a su isla en el océano Índico, y que tardó en volver. Y poco más.

Lo más curioso es que de todo esto tuvo noticia a través de Laura. Laura mantenía una amistad estrecha y si el menor retorcimiento con Teresa. Podría decirse que era su única amiga, o al más cercana de las pocas que tenía. Las demás eran una hija de alemanes, profesora de latín en una High School, una terapeuta argentina con la que estaba aprendiendo español, y practicando una archicientífica gimnasia de mantenimiento, y un primo hermano que había llegado a Australia años atrás, también huyendo del fanatismo y la intolerancia, y que llevaba una vida monacal en el corazón de la almoneda antipódica, o sea, la City de Sydney, porque trabajaba en una firma dedicada al márquetin, y vivía, soltero, con una austeridad de cartujo, entregado al estudio de sí mismo y de la filosofía oriental.

DOS

Arthur Oliver y su familia se habían

mudado de barrio. Había coincidido el movimiento con otros de variada naturaleza.

Patricia, el segundo fruto de la excéntrica pareja, empezaba a ir a la escuela, y la pública de Glebe les parecía a los padres impropia de este siglo.

Arthur había terminado sus larguísima carrera de abogado.economista. También, y a consecuencia de ello, había mudado de trabajo, y acababa de entrar en un dilatado camino, interminable y lleno de derivaciones misteriosas: el servicio público. Por fin era funcionario de la Administración Federal Australiana.

Laura iba todos los días a la escuela de St, Leonards, gastando un dineral en gasolina, cada vez más cara, entre otras cosas porque el motor del Toyota resistía pero consumiendo vorazmente, y el nuevo auto, un Peugeot de importación. Solo se tocaba en los desplazamiento superiores a los 300 kilómetros por la inmensidad del desierto.

Se imponía buscar una casita en North

Sydney. Además, de no hacerlo, Hacienda, en cuyo engranaje codiciaba entrar Arthur, caería sobre ellos castigándolos por no hacerse propietarios y seguir el curso de la civilización, que esige consumir a todo pasto.

La terapeuta argentina abandonaba el continente. Se iba a Norteamérica. Vivía en Waverton, y les ofrecía su casita en lo más alto de una cuesta sobre Berry´s Bay, una de las ensenadas de la ría de Sydney. El precio no era muy alto, y el negocio se cerró en un fin de semana porque no había tempo para más. Estuvo a punto de irse a pique por culpa de las plagas, pero pudo arreglarse.

La decisión de la compra se hizo depender de una visita final que la pareja excéntrica debía de hacer a la casita de la terapeuta un domingo por la tarde. Laura, que conocía la ruta, se puso a conducir el Toyota. Cruzaron el puente colgante y a la salida, donde se abre un abanico de caminos, en lugar de coger un carril, Laura se metió por otro, y acabaron en uno de los barrios altos de la parte Norte de Sydney.

Cuando Laura puso orden en su memoria había caído la noche. Llegar al final de Crows Nest Road fue tan penoso como escapar del laberinto de Creta. Encima. Laura estaba de un humor de velatorio, y Arthur temblaba interiormente y preparaba su ánimo para la contienda.

Aparcaron en la orilla del parque Waverton, que es un trozo de césped con eucaliptus, entre los depósitos de la British Petroleum y la ensenada de Berry.

¡Allí! ¡Allí! señaló Laura hacia una cuesta llena de ventanitas iluminadas.

Se cercaron, y pudieron distinguir entre las sombras a un ser humano haciendo señas. También decía algo, pero no se podía entender. Quizá habla español, quizá inglés. A lo mejor era una aparición en lugar de la terapeuta argentina.

Para llegar a lo alto sólo había una senda, mejor dicho, unos empinados escalones, que se abrían paso entre dos setos tupidos que casi formaban un túnel. Desde arriba seguían cayendo las voces. De pronto, Arthur, que abría

la ascensión, notó algo pegajoso en la cara y en el pelo. Entonces entendió lo que gritaba al argentina.

¡Cuidado con las arañas!

A partir de entonces la ascensión fue una huida histérica, apartando enjambres de arañas con las manos y notando su presencia peluda, sus patas fibrosas en las mejillas y en el cuello, rabiosos por haber caído en una trampa, por querer comprarse una casa, por haber perdido media tarde dando vueltas por barrios de lujo, de postín y de arañas.

Por la noche es un poco desagradable subir por este camino. Nada más caer el sol toman posesión de él las arañas decía la terapeuta en su castellano melodioso , aunque son inofensivas. Además, son tan graciosas.

¿Y no hay otra forma de llegar? preguntó Arthur con la idea firme de olvidar la ganga.

Sí. Por la carreterita las erres le salían muy dulces porque era nacida en Córdoba Pero hay que saber entrar.

Les dio un paseo por el jardín con una linterna en la mano, y pudieron observar la variedad repugnante de animales. Arañas negras gordas com un puño, de colores, delgadas y quebradizas como señoritas de provincias, peludas, calvas, con puntitos rojos en la espalda, venenosas y mortales.

Pero, ¿cómo puedes vivir rodeada de esta amenaza? se pasmaba Laura, que siempre había estado allí de día, cuando reposan las bestias en las tinieblas.

No suelen entrar. La verdad es que mi yarda es un refugio para las arañas. Todos los otros vecinos fumigan rabiosamente sus viviendas y jardines, y los pobres bichos se vienen aquí. Debe de haberse corrido la voz de que soy naturalista.

Pues si compramos la casa, se acabó el ecosistema aseguró Arthur.

Y no paró hasta extirpar de Waverton el más insignificante retal tejido por la naturaleza y sus criaturas. Por su propia seguridad y la de sus hijos.

TRES

En aquella vivienda de salón amplio y luminoso conoció de cerca Arthur a su futura amante. Aunque no fue amante jamás, sino algo de categoría menos carnal, sin dejar de serlo. Teresa Muñoz fue siempre para algo una relación confusa, indefinida, imposible.

Teresa fue el imposible realizado de Arthur, la personificación de un sueño, su redención moral. Y todo lo echó a perder por su afán de ser consecuente con la época, una época de ruinas, donde lo físico, lo tangible es dueño absoluto de la razón, y la razón yace amordazada en un trastero rebosante de aparatos viejos, retirados por el diseño y la flamante apariencia de lo nuevo.

Teresa Muñoz acababa de instalarse en el apartamento de Wooloomooloo con el mecánico de vuelo. Como no tenía empleo, Laura le pidió que se hiciera cargo de patricia, un bebé de meses. Laura no deseaba abandonar su trabajo en la escuela Montessori, porque se había convertido a la fe de los que se creen inútiles en

casa y el ocio les ahoga hasta la depresión por haraganería culposa.

Nada libraba a Laura de la culpabilidad, que no cargaba como Arthur a la espalda en un saco, sino que albergaba en forma de virus patógeno en algún recoveco de su libido, inutilizándola. Laurea se volvió todavía más imprevisible, más desconcertante, debido al abandono que hacía de su hija. Aunque Patricia estuviera en las mejores manos que jamás hubiera podido encontrar, no eran las suyas. Y las suyas estaban manchadas por la impureza de la deserción. «Mi hija crece sin mí», se acusaba la pobre irlandesa sin la menor piedad.

Su hija creció sin ella durante e tiempo que tardó en ser admitida en la guardería Montessori. Pero antes de desaparecer Teresa Muñoz de la casita de Crows Nest Road, gozó Arthur de algunas experiencias de tal intensidad que sólo pueden entenderse como manifestaciones del espíritu.

Una tarde, al llegar a casa, encontró a Teresa con su hija y Geoffrey. Laura estaba

ausente. Había de estarlo por un largo rato, porque tenía una imprevista asamblea de severos maestros en la guardería ejemplar.

La nativa del océano Índico daba de cenar a Patricia una papilla que la criatura rechazaba tozudamente, sin alterar el gesto, con la misma paciencia que empleaba su *nanny* en endosársela. Ganó Patricia, y celebró su éxito dejando caer su cabecita en uno de los hombros de Teresa.

Llevaba una bata ancha de color crema que se ponía para atender la casa con comodidad. Le llegaba a las rodillas, pero al sentarse se le levantaba hasta medio muslo.

Con prudencia, con disimulo, on veneración, había observado Arthur aquellos muslos café con leche de Teresa. Esa tarde se retiró con Geoffrey a un lugar del salón, fuera del campo visual de la muchacha, y se recreó en ellos.

Durante un fugaz segundo interminable intentó convencerse de que aquellas risas, aquellos visajes, aquellos juegos guturales de

Teresa iban dirigidos a él y no a su hija. Sintió una dicha efímera, imaginando que vivía con una mujer así, entregada a él, a su sensibilidad, a sus manías, a sus inconfesables debilidades, a su fragilidad, a sus terrores, a su inseguridad; la mujer como pedestal, la mujer como cimiento sobre el que se levanta el inútil orgullo del varón *breadwinner*, *winner*, triunfador sobre la adversidad, que no se quiebra ni por los huracanes. La mujer que se sueña tan en secreto que sólo los pobres diablos lo confiesan.

De pronto oyó un au, au, au, que viene a ser ay, ay, ay en *pidgeon* English, y Arthur subió la mirada hasta el busto de Teresa. Seguía sosteniendo a Patricia, pero ahora como separándola de sí. No podía evitar, sin embargo, que la poca papilla que había tragado la criatura se derramara por encima de la bata color crema, por uno de sus hombros, y se escurriera hacia el pecho por dentro del escote redondo que partía de la garganta.

Arthur se acercó para recoger a su hija.

Deja, deja, que te vas a ensuciar dijo

Teresa, que despedía el aroma acre del vómito.

Sentó a la niña sobre sus rodillas, le limpió la cara la cambió la ropa que había manchado y la regaño con un beso. Luego se la tendió a su padre.

Me voy a lavar.

El ruido que salía del baño era de ducha. Arthur la imaginaba empapada de agua chorreante.

¡Arthur!

Se sobresaltó, porque tuvo la impresión de que le llamaba a su lado. Es decir, lo que estaba deseando, la realidad imposible.

¿Dónde están las toallas?

Arthur se acercó con la niña en brazos por el pasillo. Se arrimó a a puerta del baño y explicó que en el armario.

No. No había toallas en el armario.

¿Dónde hay toallas Geoffrey? preguntó Arthur a su hijo que se acercaba trotando. El niño tiró de las riendas, pegó media vuelta y regresó al salón. Antes de desaparecer,

Arthur le vio encoger los hombros.

Espera, Teresa. Creo que hay toallas en un cajón de la cómoda del dormitorio.

Déjalo, déjalo. Yo tengo una en mi bolsa. Está en la cocina.

Arthur fue a la cocina, abrió la bolsa, y extrajo una toalla playera. Con la prenda salieron un bañador rojo intenso, un sostén y una bragas color carne de tejido sedoso. Arthur se agachó a recogerlas del suelo. Pero no lo hizo como se levanta un trapo, sino que las acarició buscando algo de teresa en su suavidad. Después se las llevó a la cara, y las devolvió a la bolsa.

Entregó la toalla a la mano que salía como una percha del cuarto de baño. Arthur había colgado su cuerpo de aquella percha, se habría ahorcado en ella. Pero volvió con Patricia en brazos al salón, donde Geoffrey domesticaba un caballo salvaje llamado sofá con unas pinzas de barbacoa llenas de tizne a modo de látigo.

CUATRO

Volaron los años como vuelan los *magpies*, los cuervos australianos, sobre las cabezas de los transeúntes peludos en primavera buscando estopa para sus nidos.

Teresa se marchó a la isla de Navidad dejando a Arthur con la insufrible impotencia de sentirse ajeno a sus misterios. El inglés desapareció. Patricia se hizo grande y charlatana, y empezó a leer rimas insensatas y a cantar a coro que María tenía un corderito, pero Arthur no olvidaría jamás el tacto suave de aquellas bragas color carne en sus labios y la idea de que habían estado y volverían a estar en Teresa. Tantas veces.

Y al tiempo, Laura perdió mucho de su resentimiento. Quizá debido a la presencia de su hija en el aula de al lado. Podía ser dulce durante una semana entera. Y hacer el amor con entusiasmo paladeando el cuerpo de Arthur, murmurando besos en su piel. Y esto duraba hasta que una carta, una noticia en la televisión, un tipo extraño merodeando la barriada volvían a sacar la angustia a la superficie del pozo sin

fondo de la irlandesa infortunada.

Arthur , que no olvidaba la voz de Teresa amortiguada pronunciando su nombre desde el baño volvía a sentir el cepo de la infelicidad en sus tobillos, y a decirse: "en algún sitio estará la llave." La llave no aparecía, pero sí diversos carceleros que iban abriendo celdas.

Arthur progresó en el Servicio Público, y en marzo de 1983 logró pasar la prueba severa de un Tribunal que juzgaba su capacidad para ser inspector de Hacienda del *Australian Taxation Office*.

Llegó a Canberra envuelto en un enjambre de moscas el mismo día que los laboristas.

Algo más de 7 años después de su expulsión, los votos devolvían a los laboristas al poder con un programa pragmático sin discursos morales, pero insistiendo en el orgullo de Australia.

Whitlam se había evaporado. Su puesto se lo había ganado a pulso un tal Hawke, hasta entonces puño de hierro del aparato sindical, un

tipo de rasgos lineales como si le hubieran tallado la cara y clavado en ella dos ojos llenos de determinación y de ambición.

Durante unas semanas dominadas por la intriga Hawke se había empleado a fondo para convencer a los cabecillas del partido y a toda la nación de que el líder laborista en ejercicio, un tal Bill Hayden, el poli de Brisbane, carecía de la talla de la energía y del atractivo necesario para ganar. "Sólo Hawke puede llevar a los laboristas a Canberra".

Los convenció, y los laboristas entraron en Canberra gracias al orgullo desatinado de Fraser, el primer ministro conservador, que adelantó las elecciones convencido de que barrería otra vez merced a las luchas intestinas del laborismo.

Aquello fue una revelación para Arthur y para millones de australianos, viejos y nuevos, confesos y conversos. La conclusión era nítida: la ambición tiene premio, la intriga abre los portones del éxito, el valor se demuestra en la lucha, la acción es la actividad suprema, la

reflexión y la observación equivalen al abandono si no se ponen en movimiento violentamente y con resolución.

CINCO

Arthur sentía que su acceso a *Clerk* clase 9 de la carrera funcionarial era una confirmación de todas estas ideas concluyentes.

En Canberra no se hablaba de otra cosa que de la crisis económica y de cómo el Gobierno se emplearía para atajarla.. Se abrieron los chorros de las subvenciones a los programas de auxilio, a los desfavorecidos. Gracias a que los desfavorecidos eran limitados en Australia, los chorros podían fluir libremente. Además inundaban de millones la mala conciencia de los hombres blancos cristianos.

Dinero para las mujeres abandonadas, dinero para los aborígenes dinero para los paralíticos, los tontos de baba, los disléxicos, los sordos, trabajo para todos jóvenes aprendices por dos reales, libertad de horarios en los comercios, bajada de aranceles. Libertad, libertad, libertad. Cada hombre será rico porque

tiene libertad para hacerse rico. Mercedes de brillo metálico como cañones Volvos anchos como carruajes. Nuevos modelos de lujo de Holden General Motors. Las calles de las ciudades se llenan de cochazos. Caen a la cuneta los borrachos y los muertos de hambre sin conciencia ni habilidad para emplear la libertad de hacerse ricos que regala el país más nuevo del mundo.

Da la impresión de que todos podemos llegar a millonarios, por todas partes salen millonarios, en la televisión, en el cine, en los diarios, los músicos, los novelistas, los pintores. La gente que ha sido una reserva contra lo material viven a cuerpo de rey, se les exhibe como ejemplo y a la vez se palpa la pobreza.

Esto decía Arturo Prendergast cenando en su casita de Woden, una ciudad satélite de Canberra

Los emigrantes me dicen que cuando ellos llegaron sí había oportunidades, que se mascaba la riqueza, que podías cambiar de trabajo dos veces en el mismo día, y que ahora

está apagado todo, que no es ya como antes. Yo no tengo términos de comparación pero no veo las cosas tan graves.

En seguida vio Arthur que era una ironía de su amigo.

La verdad es que solo hay una forma de acabar con la pobreza, olvidarse de ella. Cierra los ojos, no leas los periódicos, no veas los telediarios, haz oídos sordos y no habrá más que prosperidad y bienestar. Pertenecemos a los privilegiados, ¿hemos de lamentarlo? sentenciaba Prendergast

La mierda sigue existiendo pero la tenemos encerrada en la sentina. Eso es lo importante. Nos da igual que un día rebose y empiece a salpicar. Los parados cavarán un pozo negro más profundo. Y si no que nos quiten lo bailado, que les quiten lo bailado. Este era el mensaje que criticaba a Prendergast.

Arthur no podía hacer otra cosa que no fuera a darle a la razón pero de un modo teórico. En aquel momento benéfico para él la miseria era un estorbo. Sólo tenía ojos para sí

mismo y la revalidación de su éxito. La idea de que Australia estaba viviendo con el resto del universo mundo una edad de ruinas le parecía una jeremiada o un rasgo irónico propio de un hombre severo que ha crecido en un rincón del paraíso oceánico.

SEIS

Arthur pasó unas semanas en Canberra asistiendo a cursos de iniciación en el *Australian Taxation Office* y en el *Public Service Board*, donde la Administración doma a los funcionarios para que recorran las satrapías de la Commonwealth en buen orden y concierto.

Al término de su zambullida en los tuétanos de la burocracia se encontró con una sorpresa en Crows Nest road. Teresa Muñoz acababa de llegar con la intención de reconciliarse de nuevo con el mecánico de vuelo. Sus hijos, que le adoraban, estaban como unas castañuelas.

Laura explicó que Teresa se quedaría unos días en casa y Arthur no entendió muy bien por qué. Sin embargo le pareció algo jubiloso. La

presencia de Teresa le hacía a él reaccionar como a los niños, era un acontecimiento.

A la mañana siguiente volvió a la navideña temprano se había entrevistado con su novio y no se entretuvo en el apartamento de bululú mucho rato Arthur, que se había tomado el día libre y se dedicó a hacer la compra, la encontró al volver reposando en el sofá con una expresión de serenidad en el rostro de las que rara vez se ven en este siglo.

Mientras dejaba los paquetones de papel de estraza en la cocina azul, hizo algunas preguntas acerca de aquel hombre al que él no conocía. Teresa le respondía con un tono que el español interpretó con displicencia. Por un rato se permitió imaginar que la reconciliación no se había producido y que tenía al alcance de su mano una oportunidad irrepetible. Faltaban tres largas horas para la llegada de Geoffrey, y algunas más para que Laura entrara con Patricia de la mano.

Teresa preparo un café, y se pusieron a conversar en el salón. En pocos minutos la

atmósfera se había hecho tan transparente que los muebles y todos los objetos hasta, las propias paredes parecían de un cristal irrompible y sin peso, e incluso aquellos dos cuerpos humanos de los que salían voces se habían convertido en elementos puros de los que hubiera huido la materia. Teresa contó a Arthur algunos rasgos de su vida en el internado de Singapur, de su afecto a la granja de la distante isla en el Índico, y dio unos detalles conmovedores del reencuentro con su novio: había llamado casi de madrugada a la puerta del apartamento, había abierto el inglés se habían abrazado y se habían echado a llorar.

Hemos hablado mucho rato y aquí estoy dijo Teresa formando una sonrisa que le brilló en los ojos, encogiéndose como un animalito.

Fue entonces cuando Arthur sintió, sin ser consciente de ello, que amaba a Teresa. La amaba sin ninguna ambición y sin ninguna exclusión. Podía amarla sin que Laura o el inglés se vieran afectados en lo más mínimo. “Si me siento ahora mismo a su lado y le pasó un brazo

por sus hombros, estoy seguro de que no me rechazará, porque solo descubrirá en mí ternura", pensaba. Pero a la vez era consciente del deseo, de que su ternura precisaba respuesta de que si la abrazaba y ella respondía se sucedería un beso y todo lo que suele suceder se después de un beso. Arthur intuyó que Teresa no estaba en condiciones aquel día más que de aceptar afecto químicamente puro y se lo envió con la mirada. Probablemente ella lo captó.

Durante largos meses Arthur lamentó no haber tenido una segunda oportunidad porque Teresa se marchó esa misma tarde a vivir otra vez en Wooloomooloo. Al despedirse le había abrazado con la libertad especial que aquella mujer dispensaba a todos sus amigos, pero dándose cuenta de que era una fabricación, una impostura, un sueño.

La segunda oportunidad se presentó. Fue en Canberra, a a donde se había traslado el mecánico de vuelo, ahora convertido en representante de una distribuidora de ordenadores. El inglés era un tipo caribeño,

fuerte, no muy alto, y de un raro color que le hacía parecer pálido a pesar del tono oscuro de su piel, con cantidad de vello por todo el cuerpo, los labios prominentes, grandes cejas, y ojos de hondura cautivadora. Veneraba a Teresa, a la que sin duda necesitaba tanto como el oxígeno. A Arthur le cayó simpático y le envidio con sencillez, una envidia limpia de rencores.

Arthur estaba de paso para una reunión de trabajo, y se dejó de invitar a cenar. La pareja vivía en un chalecito de Aranda, uno de los barrios de la ciudad satélite de Belconnen. Canberra es una ciudad artificial donde todo ha sido previsto e instalado por el hombre. Un millón de árboles, todo un bosque ha sido plantado desde su fundación a principios del siglo XX. Un tapiz de eucaliptos y de coníferas protegen sus barrios diseñados en círculos, bordea las autopistas que aparentan no envejecer, cubre las colinas de nombres arcaicos y aborígenes, y se refleja domesticado, y entre fogones de barbacoa, a las orillas de un largo de lujo que se llama igual que el diseñador de la

urbe Burley Griffin.

Alberga la ciudad funcionarios, mujeres de funcionarios, hijos de funcionarios, estudiantes de la Universidad Nacional que terminarán de funcionarios, un puñado de comerciantes y de empleados de grandes almacenes, a los que dan de comer los funcionarios y la tribu semisalvaje de los vendedores de coches, que se ponen corbata como los burócratas, pero hablan con el acento de los vaqueros del desierto.

En las afueras, al otro lado de la vía del ferrocarril, como ocurre con todas las industrias, trabaja otra casta, la de los obreros manuales en talleres de reparación de automóviles, en tiendas de accesorios y en los puestos de fruta los fines de semana Fyshwick.

Canberra, en fin, es el paraíso de las moscas. Alberga las moscas más tenaces de la tierra, las más negras, las más pegajosas. A veces acuden en enjambres a la espalda de los transeúntes y cambian el color de sus camisas que se hacen oscuras y sombrías, hasta que algo las asusta y echan a volar en busca de otra

espalda.

Arthur se acercó a Belconnen desde el sur. A lo lejos, el Crepúsculo disfrazaba de hermosura el perfil sideral de uno de los edificios administrativos donde agonizan los servidores públicos. Terminada la última luz en el sosiego forzado del lago Ginninderra. Tras de él la desolación del páramo del que no hace mucho fueran dueños los goanas y sus feos cazadores de largas piernas, largas lanzas y mirada larga, porque los horizontes del desierto no están cerrados por las montañas sino por el silencio oloroso de los eucaliptos.

Teresa Muñoz, al abrazarle riendo, le mojó las mejillas con el agua del pelo, porque acaba de ducharse. Otra vez la ducha. Arthur encontró su cara cobriza y de pómulos pronunciados de una calidad primitiva. Era la frescura de lo recién hecho de lo que acaba de nacer, terminado, perfecto, pero que conserva propiedades de lo no nacido, de lo no existente, de lo imposible. Venus Afrodita brotando del océano momentos antes de ser arrebatada por

los Céfiros. Se apretó contra su busto con el propósito de sentirlo. Ese contacto de segundos abrazados tímida y ambiguamente era todo lo que deseaba llevarse. De pronto notó en sus labios los de Teresa.

Instantáneamente se apoderó de él una confusión inesperada sintió exactamente lo mismo que 20 años atrás la primera vez que beso a otra Teresa, la mujer tigre, la de ojos verdes y piel tirante, lisa ,la estudiante de Filosofía que le dejó hundirse en ella en el sótano a media luz, prácticamente sin luz, de una cafetería en la calle Jacometrezo de Madrid, cuando el tiempo no tenía límite, cuando las cosas de más valor para Arthur era la lectura de Azorín y de Pío Baroja, y los bocadillos de calamares de seis pesetas en el pasadizo de la calle Rodrigos de la Plaza Mayor, en compañía de Andrés, el nuevo amigo, el mejor amigo, que venía de Santander y era rubio y de ojos claros, y hablaba igual que él de sueños, y lo hacía a carcajadas venciendo a duras penas la mediocridad y la tristeza que pesaban sobre la

dehesa española como los vientres de millones de toros de Lidia.

Se apartó de Teresa Muñoz conmocionado, mirando de reojo al inglés que se reía como si les animará. Durante la cena el ex mecánico de vuelo anunció que pensaban casarse, Teresa lo confirmó con un gesto de fingido abatimiento.

Teresa no quería casarse. De hecho no lo haría hasta un año más tarde. Se lo dijo al día siguiente en un bar de Kingston donde tocaban jazz, un lujo asiático en la capital del aburrimiento, en un altillo estrecho y con aire de taberna alemana.

El quiere casarse y yo no. Yo solo lo haré si me garantiza que me dejara en libertad para hacer lo que quiera. Yo no puedo atarme, yo no puedo vivir dependiente de nadie.

El deseo apremiaba a Arthur con violencia. De nuevo pensó que esa oportunidad era la última, y estuvo a punto de inclinarse sobre la mano de Teresa y besarla en una de las melodías tiernas que el saxofón acaricia en lugar de interpretar.

Y en ese momento apareció Mike Prendergast.

Capítulo 10
UN CARILLON DE CINCUENTA Y TRES CAMPANAS

UNO

En aquel tiempo había una iglesia en Sydney que anunciaba los lunes a los automovilistas de los suburbios en su camino hacia la City que vivían una edad de ruinas.

Se trata de un pequeño templo con tejado de dos aguas, uno de los tres edificios de ladrillos oscurecidos por la polución que quedan en el barrio de Ultimo, donde la City se disuelve en manzanas industriales y en el mercado de Paddys, que es lo más universal de Sydney, lo más mundano, lo más comestible y oloroso, el último reducto de los que quieren ser ricos sin dejar de ser ellos mismos. La iglesia tiene un patio cerrado por una verja. Precisamente encima de la verja aparecía todas las semanas un ingenioso letrero que solía revelar una flaqueza del hombre moderno.

El ingenio del letrero consistía en los juegos de palabras que construía el párroco, combinando la frase de un reclamo comercial hecho famoso por la televisión con alguna idea esencial del Libro.

Este cura sería una mina para una agencia de publicidad comentó alguna vez Prendergast señalando la consigna del día . Lo más sorprendente es el desparpajo de este clérigo. Proclama la indigencia de los tiempos con las fórmulas que los tiempos utilizan para desplumar a los consumidores.

A lo mejor piensa que los hombres han quedado reducidos por fin a meros consumidores, y encuentra en esta forma la mejor manera de superar la competencia de iglesias. Como Dios es gratis, las religiones tienen que ganarse la clientela con las mejores técnicas contestó Arthur.

Centenares de autobuses, miles de automóviles, decenas de millares de peatones circulaban por la encrucijada de la parroquia todos los días. La audiencia de las noticias de

Dios.

Su trabajo de inspector fiscal, al que había llegado desde la empresa privada donde tuvo la posibilidad de preparase, le mostraba con frecuencia el ingenio de los hombres para ocultar la ruina, para salir de ella o para endosársela al vecino. También conocía los bastiones en los que la ruina de los tiempos se conservaba como en un congelador.

Uno de los cuidados del Sistema es que no se descongele la ruina, que siga almacenada y bajo cero. Parramatta y Cabramatta, también conocidos como Vietnamata, eran los barrios donde la ruina hibernaba. Miles de familias de refugiados orientales se ganaban la vida confeccionando ropa y produciendo artículos que desbordaban los mercados de baratillo. Esta enorme producción no constaba en ninguna estadística, pero se hallaba bajo control. El sabio control del Ojo-que-todo-lo-ve-pero-se-hace-el-despistado. Sacar a la superficie estos fondos pelágicos de la economía, desestabilizaría tantas cosas que el Estado previsor fingía ignorarlos.

¿Quién fabricaría camisas baratas si había que pagar salarios oficiales? Subirían los precios a la vez que los salarios, se dispararía la inflación, aumentaría el paro por la ruina de cientos de pequeños empresarios. Vietnamata sería un infierno.

No. Más valía que todos los engranajes del Estado previsor se olvidaran de Vietnamata. Alguna vez entraba el Fisco a saco en aquellos barrios populosos. Pero era para destapar algún negocio sucio, para limpiar hacia sus arcas algún dinero negro.

Definitivamente, la edad de ruinas estaba en la imaginación férvida de algún clérigo y en la desembocadura fangosa del río Parramatta. Pero en la City pulida y superficial y en la pobre imaginación de los ciudadanos que encuentran la verdad absoluta en los folletos turísticos, el hecho palpable era la recuperación, el bienestar, la libertad de tráfico y de horario comercial, porque sin mercado libre no hay hombre libre. Esa es la máxima de los tiempos.

¿Y el hombre a secas, no el libre, sino el

pobre hombre sin un duro? El hombre es una mercancía, no sea usted ingenuo; lo único que debe hacer es reunir la inteligencia suficiente como para venderse caro. ¿Y si no? Si no, encomendarse a la fortuna. Jugar a las quinielas, presentarse a "The New Price is the Right", hacer algo que le saque en los medios de comunicación y le vuelva apreciado. Todo vale en una edad de ruinas, todo vale si puede cambiarse.

DOS

Canberra. Desde el pequeño puerto que hay entre las colinas de Muga-Muga y Red Hill, cuando cae la tarde, detrás de los cuatro rascacielos de Woden Valley, destaca la masa grisácea de las montañas. En primera posición, el pico Tidbimbilla, en medio de la reserva natural donde pacen los canguros para consuelo turístico como ganado bovino. Un poco más allá, a unos doce o catorce kilómetros, el perfil ondulado de Brindabella Range marca el límite del Territorio de la Capital Australiana con Nueva Gales del Sur. A la derecha, hacia el

Norte, la mancha oscura de los bosques de pinos de Uriarra y unos cerros amontonados, hacían pensar a Arthur Oliver en los paisajes lunares del valle del Jarama, con eucaliptos en lugar de álamos. La quebrada línea del horizonte está compuesta a esa hora de estratos luminosos: uno blanco, luego uno anaranjado, y por fin otro rojizo que se difunde desde el globo solar a punto de desaparecer tragado por el bush, por el desierto.

En compañía de Mike Prendergast, Arthur rodaba hacia la ciudad satélite de Woden.

¿Quieres que te lleve a Belconnen?

No, gracias. Es temprano todavía dijo Arthur.

Esta vez era cierto. Esta vez Teresa Muñoz se casaba.

Me gustaría buscar algo en Woden Center. Tengo que hacerle un regalo.

¿Qué vas a comprarles? preguntó Prendergast, que había perdido unos cuarenta kilos y vuelto a recuperar el tipo desenvuelto de

su juventud.

Arthur cayó en la cuenta de que él sólo se había referido a Teresa, mientras que su amigo mencionaba a los dos.

No lo sé. No tengo ni la más remota idea.

Al llegar al centro comercial, los locales estaban cerrando. A media luz, los espacios inmensos con balcones y escaparates que desbordan opulencia barata, marcados con inscripciones de colores reflectantes y cruzados por escaleras mecánicas daban una impresión extraña. Arthur se sintió como entrando en un templo abandonado. Pero no olía a incienso o a cera. Olía a ambientador rosa, a verdura descompuesta, a dulce de dónut. Los guardias de seguridad, como arcángeles con gorra de plato, les expulsaron amablemente del paraíso. El dios del siglo quería descansar solitario en su tabernáculo.

¿Cuándo te trasladas? preguntó Arthur.

Mañana.

¡Hombre! ¿Y me dejas solo en tu inmensa casa?

No te preocupes, me llevo en la maleta a todos los fantasmas.

Vamos a llamar ahora mismo a Laura para que te prepare un cuarto.

Ni hablar.

¿Por qué? dijo Arthur con suspicacia . Tú eres el único amigo al que Laura aprecia sin reparos. No vas a estar en casa más de un par de semanas.

Lo suficiente para crear problemas.

Pero hombre... Si yo llegaré pasado mañana.

Ya lo sé. Pero ya tengo un lugar buscado en Queenscliff, cerca de la playa de Manly. ¿A que no sabes a qué me voy a dedicar?

No

¡Al submarinismo! casi gritó Prendergast.

¿Una pasión secreta?

No. Mi real gana. Me intriga conocer la

vida por debajo. Me gustaría bucear hasta lo más hondo de Port Jackson, debajo de Harbour Bridge.

Pues me han contado que está lleno de coches, de paraguas, de portafolios con secretos vergonzosos, de cajas fuertes descerrajadas, de latas de cerveza, de trozos de hierro y de algún que otro tiburón carroñero informó Arthur, que tenía un compañero de trabajo con las mismas aficiones que Prendergast.

Aquella noche volvió tarde Arthur al chalecito de Woden. Su amigo estaba despierto. Leía versos.

"¡Qué cerca ya del alma
lo que está tan inmensamente lejos
de las manos aún!"

En inglés, las palabras de Juan Ramón Jiménez le sonaron a Arthur desconocidas. Pero al leer en la pasta del libro "Antolojía Poética", sintió un vacío en el pecho.

Era el libro que le había regalado Teresa la madrileña, la mujer tigre, la de ojos de ágata,

rasgados, como de filipina, pequeños, y de piel tensa como las ciruelas verdes. Hacía tantos años que era preferible no acordarse.

Una mañana de mayo, exactamente como ese día de Canberra, detrás de las bóvedas traslúcidas del Palacio de Cristal en el Retiro de Madrid. Al día siguiente Teresa se casaba con un licenciado en Ciencias Físicas. Arturo le regaló un puñado de versos pasados a limpio en un cuaderno de rayas. Y ella, aquel libro inexplicable, "Diario de un Poeta Recién Casado", porque debería haber sido al revés, él quien se lo regalara a Teresa, pero en otras circunstancias; es decir, si él hubiera sido el licenciado en Físicas, cosa imposible, porque las leyes de la Termodinámica le parecían misterios impenetrables.

Era mayo en el hemisferio sur. En Canberra hacía frío por las noches. Quedaban pocas hojas en los árboles de importación, en los plátanos, en las acacias. Sólo los eucaliptos se mantenían íntegros, despidiendo olor.

Teresa la madrileña se había dejado besar,

se había dejado invitar a guateques. Pero le había advertido que no siguiera adelante, que no merecía la pena enamorarse, que ella era una mujer mala. "¿Por qué?", pensaba Arturo Oliver. "¿Sólo porque me saca seis años?"

Aquella mañana tibia, el Retiro reventaba de primavera, el surtidor del lago se levantaba sobre los enormes eucaliptos que rodean el agua como si aspirara a convertirse en uno de ellos. En un banco de doble asiento, con la madera hendida por la intemperancia y la intemperie, a la sombra de un soberbio cedro del Himalaya, Arturo y Teresa se intercambiaron sus regalos.

Durante todo el rato Arturo tuvo la impresión de que había un fondo de infelicidad en su amante, un miedo, una corazonada triste. Y pensó: "Naturalmente, porque es a mí a quien amas, soy yo el que te sabe amar. Nadie más que yo puede amarte. Y te casas con él por interés, porque sabes que yo soy un chiquillo al que lo material le importa un rábano, quizá porque no me falta en casa. Yo no te podré dar nunca más que amor."

Se tomaron de la mano. Se quedaron en silencio. Se miraron. Y al final se levantaron y se fueron, porque no podían hacer otra cosa. ¿Qué se puede hacer a mediodía en mitad de un parque, bajo la mirada atenta de guardas forestales con un tahalí de cuero cruzándoles el pecho y una placa ovalada pulida y sólida que representa el orden? Cualquier orden, el que sea.

Arthur no se atrevió a besarla. ¿Por qué? ¿Por respeto al marido inminente? ¿Por miedo a la guardia pretoriana? ¿Por menosprecio?

La acompañó hasta su casa en la calle del Noviciado. Y fue invitado a subir a un viejo ático que dominaba los sólidos edificios de un Madrid con aires de casticismo anacrónico. Se asomó a los ventanucos y se quedó mirando sin ningún pensamiento los tejados llenos de inmundicias y de hierbajos. Luego echó un vistazo al dormitorio de Teresa, y se despidió con un par de besos de rutina en las mejillas. Aquellas mejillas que habían ardido pegadas a las suyas.

Al bajar las escaleras lóbregas y

desgastadas, exactamente igual que las dejara Galdós en cualquiera de sus novelones, comprendió por qué no se había atrevido a besarla en la boca. Porque después de aquella tristeza en los ojos de ágata de Teresa, un beso habría sido pobre despedida. Porque Arturo intuía que Teresa le buscaba entero. Y él no quería entregarse por un rato. La quería toda y para siempre. O nada.

Tomó la traducción de Juan Ramón Jiménez de manos de Prendergast, y buscó en la primera página interior. Pero sólo había el título y el nombre del traductor. Echó de menos aquello de "Con todo afecto, para Arturo" "Mari Tere". Estas cosas siempre se echan de menos.

TRES

La Montaña Negra proyectaba una sombra larga y puntiaguda con dos abultamientos geométricos cerca del final, como la garganta de una serpiente que se haya tragado un par de conejos consecutivos. La sombra puntiaguda se dirigía hacia el sur, pero todavía no llegaba al sur. Eran las once de la mañana.

Arthur Oliver no había dormido ni un minuto aquella noche elaborando un plan para el día siguiente. Estaba dispuesto a declarar a Teresa que la amaba. ¿Para qué? Sólo para amarla. Ni se le pasó por la imaginación la idea de apartarla del inglés. No se le ocurrió. ¿Porque daba por seguro que Teresa pertenecía al inglés igual que Teresa pertenecía al físico?

No. Ahora no era ésa su convicción. Él podía ofrecer a la navideña quizá más que el ex-mecánico de vuelo. Pero no quería arrebatársela. Arthur sabía que Teresa no era de nadie. Le resultaba absurda la idea de apropiársela. Lo único que deseaba era amarla. Un rato. Una vez. ¿O quizá lo que verdaderamente deseaba fuera ser amado? Tampoco. Eso le parecía una aspiración utópica. "Estoy condenado a padecer falta de amor. Pero al menos, que el destino me deje amar una sola vez, y como Dios manda". ¿Buscaba Arthur en Teresa el desquite, la compensación de la primera Teresa? ¿O de Laura, de Paulette, de Eileen, de la yugoslava porcina?

Por si acaso, a lo largo de aquella noche de insomnio, Arthur se había ido preparando a todas las contingencias posibles. Que Teresa rechazara su solicitud airadamente. Que Teresa le diera las gracias y se pusiera a hablar de otra cosa. Que Teresa se dejara requerir, extendiera la licencia a una pudorosa intimidad, y finalmente echara el freno. Que Teresa respondiera a su cariño hasta la misma hora de la verdad y que se inventara historias acerca de la inutilidad del orgasmo. Que Teresa le acompañara en todo por compromiso o por pura caridad, pero sin entregarse.

Todas estas contingencias constituían la experiencia de Arthur. Para cualquiera de ellas estaba preparado.

Luego empleó el resto de su vigilia en pensar en un regalo que compraría a primera hora en Woden Center. No se le ocurrió nada. Todo lo que vendían en aquellos condenados centros comerciales estaba impregnado de una vaciedad suprema. Sólo lo vacío es intercambiable, pensaba Arthur; ningún objeto

de los que se compran y se venden tiene valor por sí mismo.

De pronto se le ocurrió regalarle versos, como había hecho con Teresa. Se levantó, se fue al salón, que estaba en un nivel inferior al resto de la casa, con ventanales hacia un jardincito colgante. Encendió una lámpara e intentó escribir. Pero no le salía nada. Todo lo que le venía a la cabeza era en castellano.

Tuvo una idea. Buscó el libro de Juan Ramón Jiménez, lo abrió al azar, y leyó:

"Subes de ti misma,
como un surtidor
de una fuente.
No se sabe hasta dónde
llegará tu amor,
porque no se sabe
dónde está el veneno
de tu corazón.
Eres ignorada,
eres infinita,
como el mundo y yo."

La copió en un folio con una letra

redondilla llena de desviaciones. La volvió a leer. Lo del veneno en el corazón no acababa de convencerle, pero dio por sentado que en toda poesía debe de haber algo inexplicable y misterioso. Tampoco se sentía infinito en absoluto. Su ansiedad sí era infinita. La ansiedad que le producía la incertidumbre era tan violenta, que no pudo seguir buscando otras poesías más apropiadas en el libro.

Debajo de los versos manuscritos escribió: "Mi amor por ti me deja mudo. Tomo prestadas las palabras de un compatriota mío". Y al lado de su firma estampó la de Juan Ramón. Quería jugar limpio.

Volvió a la cama, y se sintió más relajado. Casi llegó a dormirse, o quizá tuvo un trance momentáneo, porque vio un mar lleno de velas que le produjo una gran calma, y en medio de él surgió de pronto un chorro de un color íntimo; miró hacia las velas y se vio en todas ellas, pero a trozos: en una aparecía una oreja, en otra, un pie, en otra, el ombligo, en otra, la nariz...

Le volvieron a la realidad los ruidos de

Prendergast en el cuarto de baño. Se levantó con una idea muy clara que le había venido de golpe.

¿Dónde has comprado ese libro de poemas, Mike? preguntó antes de meterse un tenedor cargado con huevo frito y pan en la boca.

En una librería de viejo de Darlinghurst, en Sydney. Hace ya años.

Sería imposible encontrarlo aquí, ¿verdad?

Imposible. Ni en Civic dijo Prendergast, refiriéndose al centro de Canberra, una reunión de edificios bajos con aspecto de fuertes del desierto al que todo el mundo llama "ciudad" por llamarle algo.

¿Me harías un favor?

Regálaselo Prendergast le había cazado al vuelo la intención . ¿Piensas traerla aquí? - lo dijo como un comentario de pasada.

Si ella se deja...

¿Por qué no? Puedes usar el coche, tiene

las llaves en la guantera.

Arthur actuó como un autómata hasta las once. Y sin embargo, todos sus movimientos eran premeditados. No albergaba la menor convicción de tener éxito en su empresa. Preveía que Teresa al final se comportara como todas las mujeres que había pretendido hasta ese día. Pero preparó los detalles para recibirla en aquella casa con la minuciosidad del que desea estar seguro de lo que puede ocurrir y no quiere dejar ningún cabo suelto.

Por fin, con el estómago flotándole en el vacío, porque lo había descargado varias veces (la emoción le producía diarrea), se metió en el garaje, y salió con el auto de Prendergast en dirección a la Biblioteca Nacional.

Rodeó Capital Hill, sobre la que se percibía claramente la silueta del nuevo Parlamento como una pirámide de cristal, y entró en Commonwealth Avenue. La torre puntiaguda de la televisión proyectaba su sombra con las dos panzas sobre la falda cubierta de eucaliptos de la Montaña Negra.

Antes de llegar al lago, se desvió a la izquierda, pasó por debajo de la autopista y aparcó frente a la Librería o Biblioteca Nacional.

Un grupo de funcionarios con pancartas le advirtieron que estaban en huelga porque los techos del edificio estaban llenos de asbestos, y el asbestos es un agente cancerígeno, y que no les daba la gana morirse antes de tiempo por la negligencia de los constructores. La Biblioteca, sin embargo, estaba abierta para los que quisieran leer sus propios textos o consultar los libros de referencias. Teresa pasaba las mañanas en la Biblioteca estudiando algo misterioso.

Se habían citado allí. El plan era ir al centro comercial de Civic, Monaro Mall, con la idea de encontrar algo útil para el inminente matrimonio.

Desde el momento en que Arthur bajó del coche, dejó de tener el control de su voluntad. Su cuerpo se movía por sí mismo. Su mente estaba en blanco. Quizá su cara también, porque algunos ciudadanos le miraron con curiosidad. Pasó el control de entrada, saludó

automáticamente al gigantón del guardarropa, pasó los ficheros, y torció a la derecha entrando en el salón de lectura.

Como si la única persona en él fuera Teresa Muñoz, nada más pasar el umbral de la puerta la vio. Estaba en una de las mesas grandes. Se vieron. Se acercó hasta ella. Se inclinó buscando su boca (ya no se saludaban besándose en las mejillas), y advirtió que ella se desviaba. No obstante, no lo interpretó como un mal signo, sino como una muestra de discreción de Teresa, que sólo besaba así a sus amigos, y no delante de desconocidos. El tipo de al lado debería ser un desconocido.

Al salir de la Biblioteca o Librería, Teresa le cogió del brazo. Otra nueva costumbre que turbaba hondamente a Arthur y que él creía reveladora.

Echaron a andar por la orilla del lago Burley Griffin. Al lado de las faraónicas construcciones que decoran sus solemnes orillas, parecían dos intrusos insignificantes. Dos siluetas de ésas que aparecen en las

ilustraciones a pluma de los viajeros románticos, que representan templos ruinosos o la sillería tumbada de un teatro griego o de un foro romano. Dos intrusos con aspecto de ser novios. Llegaron hasta el puente de Kings Avenue, solitario e imponente, y empezaron a cruzarlo. Frente a ellos, como un penal de granito, al fondo de una interminable perspectiva de jardines en cuesta y árboles en rigurosa fila, erigía su pesado patriotismo el monumento a los caídos australianos en las guerras. Bajaron el terraplén de Kings Park, y se dirigieron por su arboleda desierta hacia la isla Aspen, donde emerge, como un géiser helado y surrealista, un carillón de cincuenta y tres campanas que canta las horas con música de los Beatles.

Desde el momento que Arthur sintió el brazo de Teresa sobre el suyo, voló de él toda la tensión. Paseó como si su única obligación diaria consistiera en recorrer la orilla del lago Burley Griffin al brazo de aquella mujer, y el mundo y sus criaturas fueran un detalle insignificante.

¿Por qué te casas?

No lo sé dijo Teresa Yo no me caso. James quiere que nos casemos. Se ha empeñado. Yo no le voy a querer ni más ni menos. Para mí es igual estar casada que no. No voy a cambiar mi independencia. Haré siempre lo que yo quiera.

Arthur pensó: "Para James no es igual estar casado que no estarlo. De esta trampa no puedes librarte. Lo sabes, aunque no quieras reconocerlo." Pero no lo dijo.

El carillón dio las doce y compuso a campanazos una copla de los Beach Boys. Arthur y Teresa la soportaron sobre sus cabezas como si oyeran el gorjeo de un grupo de gorriones. Entonces, Arthur sacó su papel manuscrito, y se lo leyó a Teresa.

¿Es para mí? preguntó la navideña con entusiasmo infantil cuando Arthur dejó de recitar.

Sólo para ti. Todo yo soy para ti. Todo el mundo es para ti Teresa. No hay nadie más que tú digno del mundo.

Y se inclinó sobre ella. Y se besaron.

En el salón de la casa de Mike Prendergast, mientras Teresa se vestía lentamente, tan lentamente como se había desvestido ante la mirada deslumbrada del español, dijo:

Nunca, nunca, me había pasado igual. Ha sido maravilloso. Ha sido perfecto.

No mentía. También era la primera vez en la vida de Arthur que una mujer se había entregado a él de principio a fin, y con la que había culminado, al unísono y sin el más pequeño asomo de frustración o culpa, un acto de amor inesperado, aunque alevoso.

Por un instante, el vértigo que Arthur ocultaba tras su gesto de calma, se convirtió en pánico. Porque supo que aquel amor iba a durar. Pero también que terminaría.

Capítulo 11
LA NATURALEZA DE LAS COSAS

UNO

Uno de los motivos de pesar que persistentemente afligía a Arthur era su necesidad de conocer el por qué de las cosas. Los filósofos padecen esta misma manía, los psicólogos persiguen descubrir los mecanismos del alma, los científicos emplean meses y años en hallar las relaciones entre los fenómenos. Todos se empeñan en desentrañar obsesivamente la naturaleza de las cosas que les apasionan.

La diferencia entre Arthur y cualquiera de los estudiosos aludidos no era el método, ni su categoría de aficionado. La única diferencia era que Arthur no cobraba ni un centavo por mirarse a sí mismo y escrutar a su alrededor. Es más, lo pagaba caro, como todos los neuróticos.

Y lo que es peor, se negaba los recursos para dejar de ser un neurótico, se resistía a

entrar en la mediocre normalidad del rebaño que los psicólogos llaman salud mental. Todo su afán era resolver enigmas, misterios dolorosos como la maldad del hombre, la injusticia, el infortunio, la ambición, la indiferencia. Pero quería hacerlo por su cuenta. Él solito.

La mayoría de la gente se quita de encima los problemas convirtiéndolos en humo. Para eso se ayuda de los demás: de los amigos, de la familia, de los acólitos, de los subordinados, de los pelotas. Cuando uno se siente una basura, lo que suele hacer es acercarse a alguien de confianza y decir (o sugerir, si se trata de un alto cargo, que tienen prohibido ser débiles): "Me siento una basura", con la seguridad de que el receptor del mensaje le disuadirá de tan fúnebres ideas. Cuando Arthur se sentía una basura es porque estaba convencido de que era una basura, y nadie podía sacarle de su empeño, salvo la redención. Pero tampoco sabía cómo redimirse.

No era, sin embargo, un imprudente teórico. Era pragmático. Tenía consciencia de

que los problemas suelen resolverse por acción práctica. Por eso repetía una y otra vez los intentos de salir de su marasmo erótico-emotivo. Durante largos meses estuvo seguro de que Teresa Muñoz había venido al mundo para encontrarse con él y redimirle.

Pero, ¿qué hacer con Laura?

Su primera reacción tras el éxito inesperado de su aventura con Teresa Muñoz fue la perplejidad. Durante varios días anduvo materialmente por las nubes.

Pero enseguida inició la encuesta.

¿Qué tipo de relación existe entre Teresa y yo? La incógnita era en verdad desconcertante. Ni por un momento se le había ocurrido hurtarle Teresa a su marido. Tampoco entraba en sus previsiones hacerlo en el futuro. No se le había ocurrido que podía preparar el abandono de Laura. Ello a pesar de que las oscilaciones de su convivencia sentimental continuaban tan erráticas como siempre. Atemperadas, es cierto; pero por el alivio que le producía saber que podía verse en secreto con Teresa una y otra vez,

no por otra causa.

Aquí es donde empezó Arthur a edificar su razonamiento. "Me siento incapaz de renunciar a ti", le había escrito. "Es algo que ni se me ocurre. Tú eres para mí la realización de un sueño, lo imposible hecho carne. Tú eres, Teresa, como mi salida a otra dimensión. Una salida que me equilibra, que necesito para seguir cuerdo". Ni una sola vez había escrito Arthur algo parecido a que quería a Teresa. Lo evitó por intuición. Amar es poseer, al menos según la costumbre inveterada de los seres humanos. Y él sabía que lo más odioso para Teresa era ser poseída, sentirse atada. Pero la quería, vaya si la quería.

Esperó con ansiedad la respuesta de la navideña. Pero no llegaba. Por fin, se armó de valor y la telefoneó una mañana bien temprano desde un despacho vacío de su oficina. Lo pasó mal, con la atención dividida entre la conversación y la puerta.

Teresa se comportó exactamente igual que el día de Canberra en ese salón de la casa de

Prendergast que daba a un jardín con arriates ya sin flores y árboles a medio deshojar. Del modo más natural aceptó las razones del atónito Arthur. Podían volver a verse. Todo había sido maravilloso y no tenía por qué dejar de serlo. James, está muy bien, ¿cómo siguen Laura y los niños?

Otra de las preguntas que intentaba resolver el español era por qué le gustaba físicamente Teresa. Solía hacérsela después del acto de amor, cuando uno va al cuarto de baño a ducharse y se viste la ropa que yace amontonada en un sillón o desparramada por la moqueta. En esos momentos dicen que el hastío se clava como un puñal en la sensibilidad embotada de los amantes. Pues, no señor. Arthur se sentía tan extasiado como al empezar a desnudar a su imposible.

De un modo desapasionado se decía: "Esta mujer no tiene nada extraordinario. Probablemente habrá miles de mujeres más atractivas que ella. Su cuerpo tiene defectos como el de cualquier mortal. Un bulto por aquí,

una aspereza por allá. La nariz chata, los ojos pequeños. Pero su abrazo es tan intenso, su mirada tan profunda, sus besos tan incondicionales, su demanda de amor tan irresistible... Me vuelve loco. Vistiéndose o desvistiéndose, me vuelve loco. Y sin embargo, no tiene nada de extraordinario. ¿Por qué me gusta tanto?"

Se le ocurría sólo una explicación: porque se ha entregado, porque no ha puesto ningún obstáculo, porque despide una ingenuidad, una espontaneidad fuera de lo conocido, casi de fábula. Teresa era una fábula viviente, carecía de inhibiciones, se diría que su subconsciente estaba limpio como el de un recién nacido. A Arthur nunca dejó de conmoverle esta cualidad de la mujer de la isla de Christmas: se le había dado totalmente, por primera vez se encontraba Arthur ante un ser humano que no ponía condiciones, que se regalaba a los demás. Al menos a Arthur. Esto era decisivo.

No había otra forma de explicarse la ausencia de un sentimiento cavernoso que

indefectiblemente se había apropiado de Arthur cada vez que había entrado en relaciones estrechas con un semejante, sobre todo si era del sexo complementario: el rechazo. Ni el menor asomo de rechazo había notado Arthur hacia Teresa Muñoz. No lo sintió jamás.

Pero al cabo de estos razonamientos, terminó llegando a una pregunta inquietante. Se le ocurrió después de que hubieran pasado algunos meses, y su relación con Teresa hubo perdido todo rastro de incertidumbre. Se encontraban y vivían horas apasionadas, pero sin la menor demanda de exclusividad o de muestras rigurosas de cariño. Ambos ponían un cuidado exquisito en respetarse. Y Arthur comprobaba que la regla funcionaba a la perfección.

Pero esto no evitó que el hombre hiciera la siguiente reflexión: "Yo sé claramente por qué prosigo esta aventura, porque amo como un niño a Teresa, porque la adoro, porque la necesito como el aire, aunque evite manifestarlo. Pero, ¿por qué lo hace ella? ¿Me ama?"

Sólo una vez, en todo el tiempo que duró su aventura lírico-carnal, hizo Teresa un comentario que podía revelar cierto sentimiento exclusivo. En cierta conversación telefónica de las que Arthur mantenía regularmente con ella, Teresa se adelantó y preguntó a su amante (o lo que fuera):

¿Cómo te sientes?

¿Yo? Perfectamente.

Me refiero a cómo te sientes después de lo del lunes.

Teresa se refería claramente a las horas que habían pasado juntos. Arthur tardó en darse cuenta, porque hasta entonces Teresa había dejado que fuera él quien hiciera los comentarios tiernos. Y también porque para Arthur ninguna de las veces que había estado con Teresa había salido decepcionado o frustrado.

A lo largo del tiempo que duró su relación con Teresa Muñoz, Arthur fraguó todo tipo de conjeturas. Pero nunca llegó a resolver el enigma, ni se atrevió a pedir que se lo

resolvieran.

DOS

1968, el año en que conoció a Teresa la de ojos de ágata, la madrileña, había sido una edad de ruinas para Arthur y para toda Europa. La mitad de la década de los 80 no era igual. Al menos, Arthur no lo sentía igual.

La era de la revolución había sido sojuzgada por la era del pragmatismo. Los hippies se habían hecho yuppies, los alborotadores habían cambiado los adoquines por el despacho. Si la deuda externa del Tercer Mundo había crecido como el cáncer, también la voluntad de progreso de los hombres afeitaba la selva amazónica del planeta creando desolación y riqueza con que pagar esa deuda. Si los residuos tóxicos se filtraban por las grietas de los bidones como monstruos invisibles y la atmósfera se quedaba sin ozono, también hay que reconocer que nos enterábamos al punto del desastre gracias a la televisión vía satélite.

El fin del mundo es noticia decía Prendergast, y se tiraba de la lancha al abismo

de Port Jackson. Prendergast ya estaba en condiciones de explorar el fondo de la ría, debajo mismo de Harbour Bridge, y descubrir los detritus de doscientos años de historia contemporánea.

Hacia 1983 llegaban a Australia emigrantes europeos huyendo de la debacle. Por lo que decían ellos y los telediarios, Europa estaba al borde de la extinción. Tres años después, la sensación de horror se había disuelto. El Producto Nacional Bruto volvía a dispararse, sobre todo en España, la inflación era aherrojada, Gorbachov abría la URSS a la Perestroika, Reagan sobrevivía a cánceres y atentados cabalgando a lomos de la prosperidad.

El mundo lo aguanta todo replicaba Arthur a su amigo al verle emerger con una bicicleta herrumbrosa hecha en Shangai.

El grupo de aficionados al submarinismo al que se había añadido Arthur estaba compuesto por varones situados en la zona más estable de la sociedad.

Arthur jamás había practicado ningún

deporte. El interés de Arthur por el submarinismo se basaba en su inclinación por las profundidades de la conciencia. "El mundo por debajo debe ser como la mente oculta", pensaba. "A lo mejor me ayuda a encontrarme a mí mismo".

Después de las primeras inmersiones, e instruido y guiado por solícitos maestros, le apasionó el submundo. Un par de veces hizo excursiones programadas a la Gran Barrera Coralina de Queensland. Volvió fascinado por aquella vida en regresión gracias al petroleo y a los desperdicios con que el hombre obsequia a los océanos. Y a la vez, sintiéndose un tipo más libre que nunca.

Era la libertad del que se zambulle solo en algo inmenso. Pero también la del que ama (es decir, la del que se zambulle solo en algo inmenso) sin cuitas, temores ni dependencias. Según entendía Arthur, Teresa estaba fijada a James, y él a Laura, merced a los registros legales, por lo que cualquier contingencia era improbable. Y, además, el pacto de tácito respeto

hacía su relación imperecedera. No había de qué preocuparse.

Pero cada semana, Arthur Oliver buscaba un despacho vacío o se metía en una cabina telefónica cargado de monedas de veinte centavos, y pasaba un largo rato hablando con Teresa de cualquier cosa menos de amor. Es decir, hablando de amor.

En una de las excursiones, los hombres rana habían subido a Broken Bay, a unos treinta kilómetros al norte de Sydney, y Arthur se había zambullido solo detrás de un hermoso delfín joven.

Sin darse cuenta había descendido una buena porción, y se había metido en una ancha cueva a donde llegaba una especie de penumbra verdosa. El delfín se le escapó, y Arthur se dedicó a observar la vida que se aferraba a las paredes de la cueva. De pronto notó una presencia a su espalda. Se giró lentamente, y se vio ante el más grande tiburón de los que habían salido a pasear esa mañana en toda la costa del Pacífico. Era una masa gris de más de

cinco metros, que avanzaba por encima de él mirándole como de soslayo.

Arthur iba armado sólo de un puñal cogido al muslo derecho con una correa. El miedo estuvo a punto de soltarle los esfínteres. Pero después del embate del pánico, recuperó su conciencia y se dispuso a sobrevivir. Sabía que de no acertarle en un lugar vital (cosa improbable) aquel tiburón se lo podía merendar de una dentellada.

Entonces vio que descendía otra sombra. Se trataba de un tal Gateway, un individuo menudo y de una cabezota desproporcionada que trabajaba para una empresa extractora y exportadora de minerales, de las que vacían territorios aborígenes con sus cucharones gigantes como saurios. Por un instante sintió el alivio de la compañía, pero enseguida pensó que para el monstruo no eran más que dos alfeñiques, y le hizo señas de que se marchara. Gateway siguió bajando hasta ponerse a su lado.

Sacó su puñal e indicó a Arthur que hiciera lo mismo. Le explicó por señas una

estrategia para atacar al tiburón si era necesario, y a la vez le indicó que mantuviera la calma y no hiciera ningún movimiento brusco. Empezaron a ascender lentamente. Para ello tenían que pasar próximos al gigante.

Subían tan despacio que parecían no moverse. El monstruo se dio la vuelta y les observó con curiosidad. Pegó un coletazo, y se hundió unos metros rozando a Arthur. Jamás olvidaría el español la caricia de aquella piel áspera sobre su traje de goma. Volvió a subir. Arthur aguantó el impulso de escapar hacia la superficie a toda prisa porque sabía que, de llegar, terminaría en una cámara de descompresión. También la presencia de Gateway le ayudaba a controlar el pánico, que golpeaba en su pecho como una banda de tambores.

Sin embargo, al sentir de nuevo la piel del tiburonazo, no pudo aguantarse, y le atizó irreflexivamente una patada en el lomo. La bestia se largó a toda prisa. ¡Se había asustado!

Gateway y él sacaron la cabeza del agua a

los pocos minutos pálidos como la cera.

En el yate, algo recuperado, agradeció a Gateway la valentía de acudir en su auxilio poniéndose en peligro también él.

Tenía que hacerlo. Si te hubiera dado la espalda, aunque tú no me hubieras visto, aunque hubieras salido a la superficie sano y salvo como ahora, no me habría perdonado jamás la cobardía dijo el pequeño Gateway.

Lo que has hecho, además de un acto de valentía es un acto de solidaridad respondió Arthur.

No sé dijo Gateway . En esos momentos uno actúa como le sale. Vivimos un mundo de seres individuales que no pueden desviar la atención de su propio y exclusivo interés. En cuanto te descuidas, viene otro y te quita el negocio.

Podías haberme dejado comer por el tiburón, entonces dijo Arthur . Quién sabe si alguna vez tendré que auditar las cuentas de tu empresa.

Las encontrarás en orden contestó Gateway.

Ni Gateway ni Arthur conocían el concepto real de «solidaridad», unir personas o grupos contra un tercero.

Gateway era un tipo de estatura limitada, pero de una capacidad sin horizontes para gestionar negocios. Era también un australiano ilustrado, al que le gustaba teorizar sobre el destino del mundo. Sostenía que el Estado se queda con lo más valioso de la sociedad y lo echa a perder.

Los hombres y las mujeres más inteligentes suelen acabar trabajando para el Estado. Si toda vuestra capacidad la mayoría de los submarinistas eran funcionarios la dedicarais a la empresa privada, el mundo entero sería mejor.

Todos le agradecieron el cumplido. Y Prendergast dijo:

¿Por qué?

Porque la empresa privada es el ámbito

de las iniciativas del progreso y de la creación de prosperidad.

Nadie parecía tener ganas de una discusión teórica. Pero el cabezota valiente siguió con su argumento.

Mi hipótesis es que en nuestra época se dirime nuestro dominio sobre la naturaleza o su destrucción. Y yo entiendo que la empresa privada está en mejores condiciones que los Estados para vencer al caos.

¿Cómo? preguntaron varias voces al mismo tiempo.

Porque en la empresa privada ascienden hacia la dirección los mejores, los más lúcidos, los más experimentados.

Para Arthur esto ya no era tan teórico.

Debo de pedirte dijo que me permitas discrepar. En mis intervenciones en empresas privadas de todo tipo he descubierto sinvergüenzas redomados en las más altas posiciones.

¿Y no han acabado en la cárcel?

preguntó Gateway con ansiedad.

Sólo algunos de ellos.

Los estafadores, los delincuentes repuso el libertario . Encuentro excelente que el Estado, como entidad neutral, les dé su merecido a este tipo de individuos. Pero a los otros, no.

¿Quieres decir que hay gente que debe ser tratada de modo excepcional? dijo Prendergast.

Exactamente. Hay hombres que deben de estar eximidos de responsabilidad penal y moral en virtud de su altísimo cargo.

Ninguno de los que hacían corro sentados en la popa del yate que les llevaba a tierra disfrazados de hombres-rana hizo el menor ademán de intervenir. Sobre ellos, un cielo espléndido les bendecía, por debajo, un mar poco agitado, sin límites visibles, les transportaba placenteramente. Rodeados de infinito, aquel grupo de seres artificialmente anfibios, se dedicaba a la especulación.

A Arthur aquella idea le parecía de un egoísmo sorprendente, por venir de un ser humano que había arriesgado la vida por otro. La encontraba más propia de directivos mediocres atribulados por la responsabilidad de su cargo. El sueño de todo individuo, sobre todo si dirige algo, es que nadie le juzgue, ser impune. No para hacer el mal, sino para actuar sin constricciones. Pero la acción del hombre no es neutra, interviene el egoísmo, la corrupción de la materia, como diría Prendergast.

Y Arthur volvía a pensar en Teresa. ¿Es ella excepcional? ¿Le debe el mundo a mujeres como ella licencia absoluta? Arthur no había sentido ningún remordimiento, ninguna culpa desde que se relacionaba con Teresa. Incluso hacía el amor con Laura de un modo más relajado, más fructífero. Era como si Teresa derramara un ungüento sobre su matrimonio. Por eso tendía a considerarla dotada de alguna cualidad especial y le otorgaba bula universal, sintiéndose un Papa de la carne.

Una mañana de primavera, días después

del Labour Day, que es el Primero de Mayo de los anglosajones, y en todas partes cae en otoño, menos en las antípodas, Laura no fue a trabajar a la guardería. Arthur se enteró a la hora de la cena, alrededor de las seis.

El plato esmaltado de florecitas silvestres tenía el mismo aspecto de las otras tardes: verde guisante, rojo zanahoria, blanco patata y un estofado de trozos de carne sin la menor imaginación. Estaba, sin embargo, preparado con especial esmero, y la casa parecía renovada. Era, simplemente que le habían quitado el polvo. Cosa extravagante para un miércoles. Además, pasar la aspiradora los sábados a mediodía era una de las tareas de Arthur. "Estaremos celebrando algo", pensó. "Quizá nuestra boda, quizá algún cumpleaños".

He dejado de ir a la guardería. Me he despedido anunció Laura.

¿Por qué? se interesó Arthur. La noticia le había alarmado, pero desde hacía un tiempo procuraba comportarse como se supone que se comporta la gente normal, y evitaba los

modos agresivos o catastróficos que habían acompañado su matrimonio. Además, Geoffrey tenía catorce años cumplidos y Patricia cerca de nueve, y la pareja de extraños había decidido dar una tregua a sus hijos, que empezaban a parecerse desesperantemente a ellos.

Hay problemas en el grupo. Sean se ha ido, y Heather se ha hecho cargo de las cosas sin contar con los demás. No me gusta nada lo que está pasando desde hace dos meses. Se han vuelto todos locos. Parecen querer ser todos más montessorianos que Montessori. Aquello en lugar de una escuela parece una secta religiosa o una célula del IRA.

Arthur estaba sorprendido. Conocía poco a los compañeros de Laura, los tenía por confesos practicantes de la pedagogía, pero creía que la única con el destino de ser mártir era su mujer. Y ahora resultaba que era la más equilibrada. Se alegró. Y explicó en voz alta estas razones.

Pues te equivocas. La única estúpida mártir de este negocio soy yo dijo Laura

levantándose de la mesa.

El padre y los dos hijos recogieron la cena, lavaron los cacharros y cada uno se fue a sus menesteres. Geoffrey a su cuarto a preparar algún tema de sus asignaturas, Patricia a por un libro a la biblioteca de Millers Street, y Arthur a ver qué había sido de Laura.

La encontró ahogándose en un profundo pozo sobre la cama del dormitorio, de donde fue rechazado con bufidos y manotazos.

¡Sólo quería ayudarte! ¿Te enteras? gritó Arthur sin importarle si estaba dando otra terrible lección a Geoffrey o no ¡Y si no quieres ayuda te vas al infierno! Pero tú sola, porque yo voy a salir de él.

Capítulo 12
EL SILENCIO DE TERESA

UNO

A partir de esa fecha, las preguntas de Arthur sobre Teresa Muñoz, Laura Simons y él mismo adquirieron un ritmo frenético. En diciembre se ingenió excusas para ir varias veces a Canberra. Una de ellas sólo estuvo unas horas, pero logró comer con Teresa.

La llamó a casa nada más llegar convencido de que la encontraría.

Sólo tengo tiempo para que comamos.

Interpretó su silencio como una duda.

De acuerdo. Había quedado con James, pero me inventaré una mentira y se echó a reír.

Arthur sintió un escalofrío. ¿Estaba Teresa manifestando una preferencia? ¿Estaba diciendo que le aburría su marido? Al español no le causaba ningún problema de conciencia aquel adulterio porque no lo tenía por tal.

Frente a Laura se sentía libre de

responsabilidades. Teresa había llegado a su vida para redimirle de todas las tristezas e inhibiciones. Al inglés el engaño era ignorarlo.

Hacer el amor con Teresa era la realización de sus fantasías más codiciadas. En los momentos en que Arthur se salía de sí mismo y se observaba como un entomólogo debía reconocer que los actos de amor con Teresa no diferían mucho de los actos de amor con Laura, o de los actos de amor de cualquier varón con cualquier mujer.

La calidad que los distinguía era la seducción de Teresa. Teresa poseía una capacidad asombrosa de seducir al varón, de adaptarse a él, de extraer de él lo más alambicado de su erotismo. Teresa provocaba, arrastraba, incendiaba. "¿Cómo es que esta mujer no ha sacado partido a esa ventaja y sigue viviendo con un inglés que no saldrá de la mediocridad de sus negocios?", se preguntaba Arthur. Y se respondía: "Porque es excepcional".

Pero interiormente se sentía a disgusto. Mientras mantuvo una relación de simple

amistad con la pareja, cada vez que tenía oportunidad iba a cenar con ellos a su casa de Belconnen. Pero desde que Teresa y él habían empezado a amarse, le molestaba la presencia del inglés. No porque se sintiera celoso, sino por todo lo contrario, sentía que le estaba haciendo algo atroz, pero, ¿y Teresa? Arthur abandonaba su reflexión siempre ante esta incógnita.

Algunas actitudes de Teresa añadían perplejidad a esta desazón. Alguna vez que sí fue a cenar, James salió a buscar cerveza al shopping center, y nada más cerrar la puerta del apartamento, Teresa se había colgado de sus brazos. No se le ocurría pensar que era hipocresía ni cinismo. Pero, ¿qué podía ser? Virtud, se decía Arthur. La virtud absoluta de poder entregarse a todo el mundo sin hacer daño a nadie.

Mas algo se movía por su cuenta en el interior de Arthur. Lo más curioso es que jamás había hablado de ello con Teresa. "Yo amo a Teresa. Pero, ¿amo a Laura también? ¿No será que me he inventado que todavía amo a Laura

para poder seguir amando a Teresa?"

"Algún día, cuando tengamos horas y horas por delante, tendrán que salir todas estas cuestiones", pensaba Arthur. E insistía a Teresa para que buscara una excusa y se marcharan dos o tres días a cualquier sitio. Necesitaba dormir con ella, despertarse con ella, aburrirse con ella. Tenía la certidumbre de que sólo así podría situarse en condiciones parecidas a las de un matrimonio. Quería escapar del círculo vicioso de la pasión, del sexo desbordante y de la despedida precipitada. No quería horas, quería días.

Pero Teresa no encontraba la oportunidad. La aplazaba.

Vino de nuevo el otoño. Y la melancolía cubrió el hemisferio sur, como suele ocurrir cada vez que el clima se vuelve inestable y la naturaleza cambia hacia la muerte o hacia la vida.

Y a Arthur, un día se le ocurrió que hasta ese momento había renunciado, que había sacrificado siempre su gozo en favor del orden,

del destino, abrumado por el imperativo categórico que llevaba a las espaldas, y que ya estaba cansado, que tenía derecho a su propia felicidad, que si James perdía a Teresa no era problema suyo, que si él amaba, ya estaba cansado de no poseerla, que tenía derecho a su propia felicidad, que si James perdía a Teresa no era problema suyo, que estaba cansado de filosofar, que si Teresa se decidía por él, demostraría egoísmo hacia James. Y la terrible conclusión opuesta, que si se quedaba con James, demostraría cobardía y cinismo hacia Arthur.

El español sabía a lo que se arriesgaba, a quedarse con la verdad desnuda, espantosa, irreparable. Pero estaba decidido a seguir el ritmo de los tiempos. Quería ser feliz, guapo, gozar de su felicidad y de su hermosura, plantarle cara a la desdicha, pegarle una patada a la amargura que envuelve el mundo como un sudario y colocarse, por mérito propio, como todos los que habían llegado, en la mesa del banquete de los hedonistas triunfadores.

Y, tras mucho vacilar, se dispuso a salir de dudas.

DOS

Esta fue la nueva vida que Arthur fraguó para Teresa. Darwin.

Pediría el traslado al Territorio del Norte, aunque fuera a un puesto de inferior categoría. Buscarían un rincón apartado en las costas del Golfo Carpentaria, y se instalarían allí, a vivir de un negocio rentable y sin complicaciones, una granja de cocodrilos, por ejemplos. Pero a vivir en paz, en su propio paraíso, ajenos a la competencia irracional, a la eficacia desalmada, a la ambición insaciable de las multitudes urbanas, indiferentes. A vivir.

Durante tres semanas angustiosas en las que no telefoneó ni una sola vez a Teresa por si le traicionaba la voz, recogió información de las zonas escogidas, investigó las posibilidades de inversión, y concluyó que el Territorio del Norte era la mayor locura que podía atraer a un ciudadano de la superurbana Australia. Pero también estaba convencido de que si quería

llevarse a Teresa, sólo podría hacerlo a una isla o al fin del mundo.

Por fin, viajó a Canberra.

Y una mañana dulce, en la habitación de un motel de Narrarbundah, muy cerca del Club Español, desnudos sobre la alfombra, dejando que el deseo se hiciera insoportable, Arthur puso a un lado la fábula y habló de realidades.

Hasta ahora hemos vivido el imposible. Al menos yo dijo Arthur, y se calló. Pero Teresa se limitó a acariciarle.

Y lo he vivido a gusto. He sido feliz sentía la tensión difundirse por su piel, y sabía que Teresa la estaba reconociendo con la palma de su mano . Y deseo pensar que te he hecho feliz a ti.

La mujer seguía sin pronunciar palabra. Esperaba. Pero no con la congoja del que aguarda que le llamen, sino con la tranquilidad absoluta, casi indiferente, del cazador que sabe que ha de aparecer la presa.

Pero estoy cansado de imposibles,

porque mi vida es mediocridad y frustración. No me sirve el fugaz imposible de tu amor como socorro. Lo quiero siempre. Te quiero, Teresa. Quiero que vivas conmigo.

La miró, y la vio sonreír. Y su sonrisa no era la sustitución de ninguna disculpa, de ningún "lo siento".

¿Y qué es lo que haríamos? habló ella al fin.

Arthur se asustó. Lo que más había asustado a Arthur durante las semanas de ansiedad era que Teresa aceptara. Cuando anticipaba un "no", Arthur preveía abatimiento, aniquilación. Pero al imaginar un "sí", sentía vértigo. "¿Por qué vivir en paz, por qué querer ser uno mismo, cuesta tan caro?", se preguntaba.

¿Debo interpretar que me estás dando esperanzas? Arthur hablaba como un novio simplón, porque no era otra cosa.

Teresa se encogió de hombros. Se abrazó a él, repitió su nombre en voz alta, y le arrastró al amor.

Ámame ahora! ¡Ya! ¡Ámame! ¡Ámame!

Así solía gemir Teresa después de la lenta preparación, del arrastrarse y lamerse, del buscarse en todos los centímetros del cuerpo, cuando ya no podía más, cuando ya la carne necesitaba hervir y derramarse como un cuenco de leche al fuego.

Era el único amor que le había pedido nunca.

Arthur no apeaba a Teresa del altar. Pero seguía sufriendo.

Tres semanas más se sucedieron. Y llegó mayo. Teresa no llamaba.

Arthur hacía conjeturas. Intuía que Teresa se iba a negar. Pero, ¿acaso su silencio era su negativa? No. Arthur había colocado a Teresa en el mayor de los altares. Pero su veneración no llegaba a eximirla de alguna responsabilidad. Tenía que contestar. Debía hacerlo. Tenía que decir sí o no, tenía que comprometerse.

Le escribió una carta llena de consideraciones, larga, con detalles

fundamentados en cifras y argumentos objetivos sobre lo que harían en Darwin al principio y en el golfo de Carpentaria después. Sabía que debía ofrecer seguridad, que pocas mujeres sensatas se lanzan a una aventura. No le ponía ninguna condición. No se atrevía a hacerlo. No se atrevía a preguntarle la cuestión clave: ¿Por qué siempre he sido yo el que te ha llamado, el que te ha buscado, el que te ha amado? ¿Me amas de verdad o me amas porque te gusta amar sin compromisos, con la ligereza de una adolescente?

TRES

Una mañana de domingo, Arthur se marchó con el grupo de submarinistas a Manly, más allá de la punta rocosa llamada Shelly Beach, por una senda que corría al pie de los acantilados de la Cabeza Norte de la bahía de Port Jackson. En la playa de Manly, sobre unas olas temibles, docenas de surfistas contumaces realizaban viajes con sus tablas. Salían a la arena chorreando, y con la sonrisa idiota de la temeridad triunfante se reunían con las chicas,

que les esperaban abriendo los brazos con grandes toallas de colores, igual que en los anuncios. Arthur despreciaba sordamente a estas muchachas, a las que consideraba el complemento femenino de la estupidez heroica de los machos.

Aquella mañana desapacible de junio, sin embargo, el océano era peligroso. En su paseo por la senda al pie de las rocas se habían cruzado con varios grupos que se sumergían en las pequeñas ensenadas. Arthur empezó a sentir frío, y la lluvia que le salpicaba el rostro le puso de mal humor. Levantó la cabeza, tal vez buscando más razones para su irritación y sólo vio los desafiantes arbustos y las enredaderas colgando de las rocas. Los eucaliptos le enviaron una racha de esencia picante y salutífera, pero no pudo verlos, ocultos en la cima del acantilado. Por arriba nada más asomaba un trozo de las antenas de la reserva militar.

En ese momento decidió no entrar en el agua, a pesar de que había hecho todo el camino desde el coche con el traje de goma puesto.

También decidió viajar a Europa.

El recorrido de vuelta hasta el aparcamiento de Shelly Beach lo hizo embargado por una sensación de euforia impropia porque también era nostalgia, aventura e irrealidad. Estaba, además, satisfecho de haber expulsado su malhumor de un manotazo. Al llegar a la altura de una choza de madera que hacía de embarcadero se inclinó hacia Mike Prendergast y se lo confió.

Me voy a Europa.

¿De verdad?

En serio.

¿Te han ofrecido algo o es un traslado?

Nada. Me voy a pensar.

El mejor espacio para el filósofo está en las orillas del lago Disappointment (Desengaño), Australia Occidenta, en mitad del trópico de Capricornio, que como todos los lagos en este continente casi nunca tiene agua. Si aguantas más de dos días, eres capaz de resolver todos tus problemas y parte de los de los demás. ¿Tiene

algo que ver con Laura?

No del todo.

Eres un adicto a las emociones fuertes del alma. Te conviene ponerla en el congelador por una temporada. ¿Te vas con alguien? Prendergast subrayó el pronombre.

Me temo que no querrá venir.

¿Ha echado el cierre al negocio?

No. Lo voy a echar yo.

¿Por qué, si no te duele decirlo?

Le he pedido que nos pongamos a vivir juntos.

¿Te ha dicho que no? La entonación de Prendergast era más una afirmación que una pregunta.

No me ha dicho nada. Ese es el problema. No quiere decirme nada. No quiere comprometerse. Creo que le ha entrado miedo. Y si no rompo yo ahora mismo, ella no tardará en romper, y me dejará hecho polvo.

¿Dónde irás?

No lo sé. Quizá a Londres.

Excelentes bibliotecas para un moralista en crisis.

Quiero ir también a España.

¿En busca de las raíces?

Algo así. La última vez que viajé allí fue hace siete u ocho años, y me pareció todo espantoso. La gente y la tierra estaban pervertidas.

¿Pero no hay un gobierno laborista excepcionalmente sabio? dijo Prendergast.

No sé qué clase de gobierno habrá, y me trae sin cuidado. Entonces tuve una impresión contradictoria. Por un lado se mascaba la insatisfacción y el subdesarrollo; y por otro, había un sector de la población que querían ser más modernos que los americanos, pero sin medios y sin objetivos. España me pareció igual que Indonesia o que Singapur, que quieren dar un salto de doscientos años en un lustro. No les importa la temeridad con tal de ser modernos. Pero se quedan siempre a medio camino.

No es lo mismo Singapur que España.

Arthur intuía que Prendergast no era sincero, sino más bien respetuoso con su origen nacional al afirmar esto. Agradeció el tacto de su amigo y pensó que no merecía la pena decirle que su origen nacional le importaba un rábano. A lo mejor se contuvo porque quizá sí le importaba.

Es casi igual, una reunión de tribus que ni siquiera desean hablar la misma lengua. España no es nada, Mike. España es una convención forzada como Nigeria o la República Centroafricana, mucho más complicada todavía. Lo cierto es que es difícil entender qué hay de común entre un vasco y un murciano, entre un catalán y un leonés.

El lunes por la mañana, Arthur buscó un lugar solitario y telefoneó a Teresa. Lo hizo sobrecogido por la congoja. Mientras sonaba el timbre, pasó por su mente que aquella llamada carecía de trascedencia, que iba a ser una conversación jubilosa, casi de amor, sin citar el amor, como siempre. Tras el primer intercambio de saludos, comprendió que la suerte estaba

echada, que había perdido.

Teresa dijo que iba a visitar Sydney, que se iba a alojar en casa de una amiga, que podían verse y hablar. Hablar. Y utilizó un complicado retruécano que parecía sacado de un soneto de Shakespeare, del que cabía deducir que le quería.

Por primera vez la voz de Teresa le sonó a Arthur hipócrita. Pero en lugar de echárselo en cara, en lugar de decirle que mentía, que si algo había insinuado era lo contrario, simplemente dijo:

Lo comprendo.

Se despidió y colgó el teléfono, colgando con él el resto de su vida. No, no lo comprendía. Y pensó que le gustaría odiarla. Pero, ¿cómo iba a odiar a lo único que le había demostrado amor, que le había amado en toda su existencia?

Días después, Teresa se presentó en Sydney.

Arthur acudió a la cita en la puerta del museo de Arte de New South Wales, en el

parque de The Domain, en lo más alto de una loma sobre la que se extiende la mesurada lujuria del Jardín Botánico. Bajaron como sonámbulos hasta los muelles de Woolloomooloo, y desde allí fueron subiendo por calles desoladas hasta lo más alto de ese barrio popular y nombre de susto infantil, a un apartamento de una amiga de Teresa.

Hicieron el amor triste, desesperadamente, porque los dos sabían que era la última vez. Y aunque Arthur intentó repetirlo, Teresa le pidió que se abstuviera, porque estaba llena de ansiedad, y esa ansiedad, que él le había provocado, le helaba el deseo. Arthur encajó ser el responsable de la ansiedad de Teresa, y la metió en su saco del que creía haberse librado.

Al salir, se fueron andando hasta el embarcadero de Sydney Cove. Había borrachos en los bares, y las rachas de aire del otoño arrastraban papeles de periódicos por la explanada. Se dijeron adiós en el piso bajo de la estación del Subterráneo, que allí corre a veinte metros sobre el suelo, para volver a hundirse

enseguida bajo la ciudad. Arthur la vio desaparecer en el tramo más alto de una de las escaleras como una virgen que se marcha de este mundo.

De pronto, Arthur sintió una efusión de esperanza. Se convenció de que no había final, de que su relación con Teresa era interminable, de que aquello era una pausa, de que Teresa volvería. Ciegamente apartaba de sus ojos la verdad desnuda, horrible, irreparable.

Subió tras ella, pero se equivocó de andén. Al llegar arriba, no la encontró. Pensó que debía de estar en el andén opuesto, y la buscó inútilmente. Pasó un largo minuto, y Teresa seguía sin aparecer por ningún sitio. Y por fin, cuando uno de los convoyes hacía su entrada en la estación, la vio surgir del túnel de viajeros del andén de enfrente. Ella le descubrió. Le sonrió y se encogió de hombros. Como el que dice, "No pasa nada, hombre, otra vez será".

Y entonces Arthur sintió un júbilo insensato y se recomendó paciencia. Porque imaginaba a Teresa parada en la escalera,

dudando en echar a correr tras Arthur y anunciarle que sí, que se marchaban a Darwin, y conteniéndose al final, decidiendo que todavía no era el momento. Porque el momento llegaría.

Pero Teresa había decidido. Teresa se había decidido por James. Para siempre.

Más tarde, esta duda que mantuvo a Teresa en aquella ansiedad paralizante, la consideró Arthur un triunfo suyo. "Al menos, ha dudado", pensó. Pero no era ésta la forma de calmar su desesperación. Ni siquiera su amor propio.

Así fue como decidió aceptar la verdad desnuda, horrible, irreparable, y marcharse. Así fue como regresó a su casa el hijo pródigo.

Capítulo 13
UN AÑO CON DOS VERANOS

UNO

"Yo mismo soy Teresa. La adoro como al único Dios. Sólo creo en Teresa. No existe para mí más amor que el que por ella siento".

"Y la he perdido. He perdido a mi Dios. Me he perdido a mí mismo. Sólo poseo el vacío de la vida. Lo que queda de Teresa en mi memoria estará ahí hasta que me muera. Lo mantendré fresco porque sin Teresa la vida es absurda, un fenómeno material, biológico, inerte".

"Sólo pienso en Teresa. No está al alcance de mis brazos y de mi boca. Pero la llevo conmigo. La he dejado adueñarse de mí como un hechizo. Mas prefiero esta maldición, la presencia febril de Teresa en todo lo que yo reconozco como yo mismo, a admitir que la he perdido. Sin Teresa no soy nada. Lo siento así por tópico que suene".

"Es tan fuerte mi necesidad de ella que no puedo permitirme odiarla. Odiarla es negarla, y si la niego me quedo vacío. Prefiero el suplicio de no tenerla a olvidarla".

"El trabajo que me cuesta apartarme del borde de la locura me deja agotado. La vida consciente se ha convertido para mí en un calvario. Mi alivio es el sueño. La excitación siempre me ha quitado el sueño. Menos ahora. Es inexplicable. Mejor dicho, lo sería si soñara con ella. Pero, ¿cómo puede soñarse con algo que se tiene presente sin cesar en la conciencia? Duermo sin pesadillas ni imágenes bellas o caprichosas. Es como si cada noche dejara de existir hasta el amanecer".

"En vigilia, no pasan diez minutos sin que traiga a Teresa a mi cabeza. La Teresa que yo viví. La de ahora me importa un bledo. Bueno, me importa, porque mientras su recuerdo viva en mí, me engaño con la esperanza de recuperarla".

"Sin cesar he de llenarme de ella, porque cuando me ocupo de otra cosa, cuando me

distraigo, me siento vacío. Su ausencia me drena. Así, me impongo la obligación de recuperarla. Este trabajo es como el de llenar un recipiente de agua ayudándose de un colador a modo de cazo, sólo llegan gotas".

De este modo tan poco moderno escribía Arthur a su amigo Prendergast desde París.

DOS

La fatalidad jugó una irónica pasada a Arthur en su vuelo de Sydney al otro mundo. Al final había decidido viajar directamente a Madrid, pero el destino le devolvió a Londres, que es de donde había partido hacia el Este muchos años atrás.

Inquieto, sin poder fijar la atención en nada, con la sombra de Teresa, de Laura, de Geoffrey y de Patricia amenazando su frágil compostura, le pidió a la azafata una revista o un periódico. Le trajo "Novedades de Moscú" y "Pravda", en ediciones inglesas. Creyó que no sólo el destino sino los seres humanos se burlaban de él. Recordó entonces que viajaba en Aeroflot.

Al llegar a Moscú se hizo un lío con los dos pasaportes (el australiano, y el español, que acababa de sacarse como si recuperara de golpe su patriotismo). El funcionario de aduanas le miró y retiró los dos pasaportes de su mano. Le enseñó los dientes mientras los estudiaba (no estudiaba sus dientes, estudiaba los pasaportes), e invitó a Arthur a entrar en una habitación.

Allí tuvo que aclarar por qué poseía dos pasaportes. Le costó lo suyo, porque es difícil tratar de dar explicaciones objetivas sobre las emociones; y Arthur había sacado su pasaporte español por puro sentimentalismo, buscando en este documento un testimonio oficial para dejar de ser un paria, un tipo de ninguna parte.

Pero ya había perdido el vuelo de Iberia a Madrid. Y con él, sus maletas. Se encontraba en un estado tal de ansiedad que tuvo que aguantarse las arcadas para no devolver a los soviéticos la comida que le habían servido en la aeronave. Escapó de allí en el primer avión, que viajaba a Londres.

Durante su retención tuvo visiones fugaces

de Teresa. Lejos de aliviarle, le hacían padecer. Se daba cuenta de que recurría a ellas como si Teresa fuera su realidad habitual. No lo había sido nunca, ni jamás iba a serlo. "El tiempo es algo que se desgasta como unos zapatos", pensó Arthur, "y yo ya me he deshecho de un montón de pares."

Ya en Barajas, en la cola del control de pasaportes (ya había puesto uno en cada bolsillo) se acordó de Geoffrey, que había volado en sus brazos camino de Singapur, y de Patricia, que aún no existía. "El tiempo sólo tiene sentido para nosotros cuando se encarna en alguien", se dijo. También evocó a Laura, la que salió con él de Londres. Y sintió algo parecido a la nostalgia.

Arthur aprovechó aquel vaivén de la fortuna para pasar dos semanas dando tumbos por Europa. Aplazaba el momento de encontrarse con su vieja identidad, con Arturo y con los padres de Arturo.

Algunos días hizo este calor súbito que tienen los veranos de los países del norte y que se disipa en un aguacero cuando el cielo echa a

su toldo gris y la luz vuelve a su calidad cenicienta.

A Arthur le chocaba el calor aunque sabía que en julio era verano en las antípodas septentrionales. Pero ¿a qué antípodas pertenecía a él? "Voy a vivir un año con dos veranos», se dijo sin sentirse todavía de ninguna parte.

La impresión que le dejó a Europa fue la de un continente al borde de la extenuación, decadente, sórdido. En comparación con él, Australia parecía una nación inocente, ingenua. Como Teresa. Pero esto solo era una apariencia.

Toda Europa era Berlín. Londres era una ciudad dividida en dos sectores uno reluciente, con prósperos ciudadanos blancos y turistas en busca de gangas, y el otro sucio, miserable, y con las calles llenas de mulatos con la desilusión pintada en el rostro, fornidos y rabiosos. Lo mismo encontró en París, en Ámsterdam y en Hamburgo, igual que después hallaría en Madrid o en Barcelona. Toda Europa era Berlín, pero sin muralla ideológica solo con un foso

lleno de mierda y dinero que separaba a los ricos de los pobres.

En la atmósfera de Europa encontraba también mucho sulfuro, muchas sombras de misiles, mucha lluvia ácida, muchos negocios, pero pocas reservas de esperanza.

Al llegar a Madrid optó por confesar a sus padres que atravesaba una crisis, sin mencionar a Teresa

La reacción de los padres fue curiosa, pocos comentarios, consideración y afecto. Esto cogió a Arthur por sorpresa que, esperaba admoniciones y caras largas. Pero el tiempo había pasado para todos, y todos habían dejado decenas de pares de zapatos en el camino. Su padre que siempre había sido su contendiente natural y viceversa aceptó lo poco que Arthur contó sin un reproche. Su reacción fue: "Nada a descansar y reponerse". Aunque añadió como si fuera algo ajeno al asunto: "Si tu mujer y tus hijos tienen que venir aquí, que vengan cuando quieran".

Más tarde le preguntaría qué iba a hacer.

Arthur le contestó que no tenía ni idea. Aquel caballero que había llegado medianamente arriba por sus propios méritos en el Banco donde empezó a trabajar siendo adolescente, no hizo ningún comentario, pero Arthur notó que estaba preocupado ,y esto le hizo sentir ganas de marcharse a otra vez al extranjero al que pertenecía más que a su propio país y a su familia.

En Madrid se encontraba desplazado en medio de una sociedad que corría mucho en todas las direcciones más aprisa que la australiana, pero sin ningún objetivo colectivo, sin el menor concierto, y dejando basura y jirones de conciencia en todas las esquinas.

Su madre, eufórica, recuperó para él viejos compañeros de colegio. Arthur acudió a estas citas un tanto celestinescas, pero pronto se harto de repetir tópicos sobre Australia. Se sentía ajeno a aquellos individuos, sus costumbres le parecían bárbaras, sus ambiciones irresponsables y desordenadas. Su madre había escogido a tipos dignos de él, a los que hay a los

que habían triunfado, a la flor y nata de la nueva España, profesionales, políticos y hombres de negocios, y Arthur se alejó de ellos como si la nata estuviera echada a perder y oliera agrio. Para él eso no era el triunfo.

Un día su padre le preguntó si quería hablar con cierto amigo suyo que puede ser al que podría ayudar.

se trataba del hijo de un ex director general de un Banco con el que se suponía que Arturo había jugado alguna vez en la niñez. El tipo, un triunfador desde la cuna, tenía participación en media docena de empresas de servicios, consulting y otros perifollos del capitalismo internacional de nuestros días.

El asunto era que una empresa americana estaba dispuesta a comprar a través de una filial en Suiza cierta firma española de Valencia con una alta cuota de mercado en el país. A los americanos les importaba un rábano la empresa española, su estrategia y sus trabajadores, su único interés era la cuota de mercado, pero con la previsión de ampliarla o de especular para

revenderla a un precio más alto, o de utilizarla como inversión de excedentes que de otro modo se irían para el fisco, o para vaya usted a saber con qué interesado propósito, deseaban hacer una auditoría.

Según según el agudo triunfador desde la cuna, la experiencia de Arthur un «auditor senior» les venía de perlas porque se habían quedado sin personal disponible. El triunfador desde la cuna no tenía otra referencia de Arthur que la palabra de su padre pero parecía bastarle. Arthur llevó un currículum al efecto, pero el supuesto antiguo compañero de juegos apenas le echó una ojeada. Dijo: "En ti concurren todas las exigencias, título universitario extranjero, angloparlante, te puedes hacer pasar si quieres por americano, les dejarás impresionadísimo".

Arthur captó que en determinados ambientes empresariales de España, ser el americano o parecerlo es rozar la perfección.

TRES

Antes antes de instalarse en Valencia Arthur quiso reconocer Madrid, pero solo vio

una jungla de edificios e intereses, de fieras motorizadas, de depredadores con corbata y de detritus humanos que reconocían la miseria de su condición con carteles y solicitaban asistencia al transeúnte. Hizo memoria de viejas lecturas del bachillerato y evocó el Madrid imperial descrito por plumas de oro y concluyó que entre los Austrias y la monarquía parlamentaria Madrid solamente había cambiado de fachada, pero que vecinos y mendigos seguían siendo idénticos.

Lo que más le sedujo de la capital fue el Metro. Lo comparaba con el de París o el de Londres y le parecía de un cosmopolitismo degradado, más bien falso. La ciudad subterránea era más atractiva porque carecía de decorados fastuosos y cambiantes. Todo eran largos agujeros, luz artificial y reclamos de la gula y de la lujuria en las paredes. Eso decorado con la multitud, una masa sudorosa, enclenque, atlética, diligente, ensimismada, ajena a todo lo que no fuera su propia intimidad. Hombres y mujeres silenciosos, bandas de gamberros,

jóvenes disfrazados de criminales, de astronautas. ¡Señoras y señores!

(Una voz de falsete) Señoras y señores. Acabo de cumplir 38 años estoy casado aunque no vivo con mi mujer. (La masa se abre y el pedigüeño avanza por el vagón.) Tengo dos hijos que viven en el extranjero con su madre, una irlandesa neurótica. Tengo carrera universitaria, tengo un trabajo excelente gracias a las relaciones de mi familia y a que hablo inglés con fluidez. Hasta ahora he creído que el mundo era injusto. Yo estaba convencido de que la acción más digna de un ser humano era oponerse a esta fatalidad de la naturaleza y de la vida. (Una monja de piel lechosa se aparta, un grupo de vírgenes le mira con descaro, un tipo que lleva una levita sin mangas encima de la piel y fuma un Farias delante de un letrero que lo prohíbe le vuelve la espalda. El pedigüeño sigue su cantilena con voz de falsete.) Señoras y señores, les pido perdón por la molestia pero ruego su atención a unos instantes. Yo no pido su ayuda, pido su atención. (Una señora congela su

ademán de abrir el monedero. En un extremo del vagón un ser bajito de rostro patibulario, con un traje de chaqueta mugriento, un acordeón y un niño pegado a los pantalones, mira el pedigüeño con odio.) No necesito dinero, soy inspector de Hacienda. (Miradas de pánico, murmullo de indignación.) No, no se inquieten, soy inspector de Hacienda en excedencia en nueva Gales del sur, Australia. Gano un sueldo sustancioso, y si viviera con mi mujer debería reconocer que casi me sobra pasta, porque ella acaba de poner un negocio de decoración, decora almas, se ha hecho psicóloga. (El convoy pega un tirón, suena un golpe metálico escalofriante, las luces se apagan, y todos viajan a oscuras unos segundos hasta que vuelve el fluido.) Quiero informarles de algo, señoras y señores, quiero que sepan ustedes algo muy importante la mayoría de ustedes está haciendo el gillipollas y corre el peligro de convertirse en gilipollas para siempre. (El resplandor se apodera del túnel. El convoy entra enn Diego de León, línea 5.) La virtud solo es consecuencia de

un acto voluntario, todo lo que ustedes hacen por los demás creyendo que deben de hacerlo es la mayor gilipollez. El bien gratuito no existe. Señoras y señores, muchas gracias. Y no se engañen ustedes, que bastante les engañan los demás, sobre todo si hablan en nombre del Gobierno,

En la estación de Retiro, Línea 2, se paró a ver una exposición de fotografías de mataderos de todos los países firmada por un japonés. Había bestias degolladas, desolladas, descuartizadas de los cinco continentes. A Arthur le pareció un aviso significativo a todos los viajeros, como esos que informan que se ha interrumpido la línea entre Pirámides y Marqués de Vadillo por desbordamiento del río Manzanares un día de gota fría.

Delante de una oveja que miraba a su asesino con absoluta indulgencia, notó acercarse a alguien que se puso a su lado y le dio unos golpecitos en el hombro.

Tú eres Arturo Oliver García oyó que pronunciaba el desconocido a bocajarro

Yo sí. ¿Y usted?

Yo soy Miguel Aguirrebengoa Ocón. ¿No te acuerdas de mí?

Arthur sintió sonar en su cabeza una voz que decía "espinan-jaus-hei-nain"

¿Miguel Aguirrebengoa Ocón? ¿El Pájaro?

¡Exacto! gritó el desconocido, un tipo grande como un toro, un poco calvo, que vestía como un payaso (a juicio de la mente antipódica de Arthur) una descomunal chaqueta a cuadros y unos pantalones arrugados que le llegaban a los tobillos . El loco de los Beatles.

El Pájaro solía cantar en el colegio "espinan-jaus-hei-nain", que era su interpretación de "*it's been a hard's day night*". Arthur no comprendía cómo había podido reconocerlo después de veinte años. Dedujo que debía ser consecuencia del aviso de su madre, de que probablemente seguirá pareciendo un badulaque.

Aguirrebengoa le pidió explicaciones de

su vida y Arthur se las dio, allí mismo entre el ganado muerto de las fotografías y el ganado vivo que salía y entraba en los vagones. Luego, el Pájaro le arrastró hasta un bar instalado en un extremo del andén y le invito a unas cañas.

Le contó que era periodista aunque no trabajaba en ningún sitio fijo actividad colaboraciones y artículos de cualquier tema que no fuera la política.

Nunca la política ha dado de comer a tanto sinvergüenza como hoy en nuestro país dijo Aguirrebengoa . Pero yo engaño a la opinión pública de forma más sutil.

Arthur estaba empezando a marearse por el calor, las cervezas y el estruendo del vagón, pero estaba fascinado por la conversación con Aguirrebengoa.

Ayer mismo acabo de ingresar un talón de dos kilos por hacer de negro. He escrito la biografía del banquero Fulano en 400 páginas, con un seudónimo rimbombante. Contiene datos y detalles seudo escabrosos que me ha contado el mismo banquero para que no

parezca una hagiografía. Y cuenta historias escalofriantes de otros banqueros a los que desea perjudicar. La aristocracia del dinero sabe cuidar su imagen. Son los condotieros del siglo XX.

Arthur no aguanto mucho más en Madrid. Daban en la capital, por los fines de julio, las seis en punto de la mañana, hora menguada para las calles y las carreteras, cuando Arturo Oliver, en compañía de una señora, su madre, corría hacia Valencia entre Moratalaz y Vallecas en un Opel Corsa que había comprado en Colonia libre de impuestos con su pasaporte australiano. Huía del pastelón, de la pepitoria humana, de la más numerosa variedad de sabandijas racionales que ha juntado Dios jamás en una villa. No quiso dejar la buena madre abandonado a su hijo y se dispuso a gozar de su compañía en su apartamento de la playa, un quinto piso frente a un puerto que en otro tiempo había sido pesquero y ahora deportivo próximo Valencia.

CUATRO

Una noche de fines de agosto, Arthur tuvo un sueño.

Se encontraba en las afueras de uno de esos pueblos de Castilla que el sol machaca en verano y el frío entumece en invierno. Era mediodía, las calles estaban desiertas, y de los eriales venía fuego. Se abrió el portillo de un corral y salió una mujer. Vestía una saya negra con delantal, y una camisa blanca sin botones con el escote ancho y redondo. Era una mujer cervantina, morena, de ojos oscuros. Una íbera de pura raza. Arthur la miraba, y ella le devolvía el desafío. No hacía ningún gesto, ningún visaje. Pero Arthur sentía su complicidad, su afecto. De pronto, la mujer avanzó hacia la esquina de la vivienda. Arthur creyó que iba a buscarle. Pero cuando ella se asomó a los campos desolados y ardientes comprendió que no le buscaba a él. Poniendo los brazos en jarras, y plantándose en los pies, llamó a todas sus hijas una a una, y eran cinco. "¡¡Do-loreeees!! !!An-gustiaaaas!! ¡¡So-corroooo!!" Y después de tomar aire, "¡¡Re-medioooos!! ¡¡Es-peranzaaaa!!"

Despertó Arthur con la inexplicable sensación de encontrarse en Australia. Se asomó a la ventana y sólo vio el puertecito con los barcos de pesca y los yates, y un sol inocente levantándose sobre el mar. Sin embargo se sentía en el bush, en el desierto australiano. Incluso podía apreciar la fragancia de los eucaliptos dispersos en la llanura monótona de la Mancha australiana.

Después de comer, en el mediodía ardiente, telefoneó a Sydney, y le contestó el invierno. Laura, en un tono de voz metálico, que le salía cuando intentaba ocultar sus emociones, le preguntó qué tenía ella que contarle a sus hijos de aquel viaje interminable de Arthur, que pedían explicaciones, que si ella era una mujer abandonada quería saberlo y no suponerlo.

Esa terrible voz metálica trasmitió a Arthur odio, desprecio, venganza. Si no hubiera esperado hablar a continuación con sus hijos, Arthur habría colgado. Se mordió la lengua porque recordarle una a una todas las frustraciones que habían constituido su vida

junto a ella le habría costado varios cientos de dólares. "¿Qué debo de decirles a tus hijos?", insistía Laura sin piedad.

Capítulo 14
¿QUE PARTIDO ES EL PARTIDO?

UNO

Arthur Oliver despertó con un fuerte sabor de mar en la boca y una incómoda sensación de humedad en el cuerpo.

Soñaba que una tempestad estaba haciendo llorar de compasión hacia sí mismo a un viejo marino noruego de naturaleza inexpresiva.

Navegaban por el Atlántico Norte, sobre el paralelo 45, rumbo a Halifax en el "Zeeuws-Vlaanderen", un mercante holandés de bandera chipriota de 6.000 toneladas. Arthur Oliver había terminado de madrugada su guardia en el timón. Se sentía exhausto por el esfuerzo de corregir constantemente el rumbo de la nave. Fuera, una nube de espuma hacía brillar la oscuridad. El violento zarandeo de la tormenta ascendía por sus piernas a través del piso.

Permanecía en el puente porque salir a

cubierta era un acto temerario. La batían olas tremendas y con la fuerza de una muralla derrumbándose. En compañía de la oficialidad se sentía más seguro, como si la autoridad fuera un refugio.

Sólo la luz roja de un piloto iluminaba la cabina. De pronto captó, brillando en la mejilla curtida del holandés, una lágrima que se deslizaba lentamente hacia su barba cenicienta. Arthur Oliver recordó que debía de sentir pánico. Pero también recordó que esto no tenía mucha lógica, porque él estaba soñando una historia que le había contado años atrás un marino español en Singapur.

Abrió los ojos con una impresión de alivio. Salió de la cama y se inclinó sobre el alféizar de la ventana del dormitorio, que daba al puertecito pesquero y deportivo. El mar y el cielo se confundían en un bloque compacto de negrura. En el puertecito, que comunicaba con la Albufera a través de una compuerta, los buques de pesca y los yates subían y bajaban, sometidos a un violento zarandeo. El tintinear de los

aparejos sobre los mástiles y de todas las jarcias sueltas de las naves, parecía un redoblar de campanillas durante la consagración en una misa mayor.

Volvió a la cama y en seguida le envolvió un sueño profundo. Siguió viviendo fantasías, quizá inquietantes, porque se ponía de costado, soltaba un ronquido o una palabra, y escapaba de la pesadilla dándose la vuelta.

El horizonte negro avanzó buscando el sol, y empezó a ensancharse con el primer amanecer.

De un sobresalto, Arthur Oliver escapó de uno de sus sueños. Durante unos instantes infinitos la conciencia se resistió a ocupar el lugar de la alucinación, y le aconsejó volver a dormir. Pero una fuerza maligna tiró de sus párpados. Abrió los ojos, los dejó correr por la alcoba en penumbra, y sintió que le faltaba el aire. De un salto se plantó en el suelo. El corazón empezó a batirle como un motor de dos pistones.

"Voy a morir", pensó. La idea se le echó

encima como una ola gigante, como si su habitación hubiera sido barrida por un maremoto y él se encontrara en lo más hondo del caos.

"Voy a morir. Pero no quiero morir. Puedo evitarlo. Debo de ir a un hospital. Rápido. Debo vestirme."

Salió al pasillo. El pánico le arrastraba por todas las habitaciones en busca de la ropa, en busca de las llaves de la casa, de las llaves del garaje, de las llaves del coche.

Pasaron varios minutos. Y todavía asfixiándose y con el corazón a toda velocidad, le detuvo un pensamiento chocante: debía de haberse muerto ya, debía estar fulminado en el suelo, y no corriendo de un lado para otro. Respiró hondo. Sintió su corazón cambiar de ritmo, y empezó a darse explicaciones, a decirse que la muerte es un acontecimiento largo que va ganando terreno poco a poco.

"La angustia. Sé que he perdido a Teresa. Por primera vez he debido de admitir que no la tendré nunca. He empezado a hundirme. Pero

no quiero hundirme, quiero salvarme."

La tarde anterior había tenido una espantosa idea de golpe. Había comprendido que la vida es un accidente, que todo es materia, causa y efecto, que las ideas son meras ilusiones, que la salvación es un invento del hombre. Que no existe la culpa ni el castigo. Y se había sentido vacío, para siempre, de Teresa. Nada podía redimirle del daño que había hecho a Laura y a sus hijos, porque el dolor era vano y la dicha una intoxicación.

Se asomó a una de las ventanas. Saltos de espuma aparecían tras las rocas del pequeño malecón. Un mar crespo se extendía hacia su unión con el cielo encapotado, y manchas ondulantes atravesaban la incierta superficie antes de llegar al horizonte. A gran distancia se percibía la silueta plana de un mercante, con los mástiles de las grúas, y la protuberancia del castillo en la popa. El buque navegaba hacia el puerto de Valencia.

"Estamos en octubre", pensó Arthur. "Y en otoño". Arthur quería informar a su cuerpo de

las estaciones en el hemisferio norte, porque su cuerpo las había olvidado después de diez años en las antípodas.

Arthur abrió los postigos y sintió el violento golpe del aire húmedo y salobre en la cara. El otoño del hemisferio norte había llegado definitivamente al Mediterráneo, y ya no se movería de allí. A la lluvia seguiría el tiempo seco, luego tormentas despiadadas, luego un veranillo, días nublados, días de sol y de ventoleras ásperas, y hacia enero, ese frío mojado, irresistible en las casas pero que no se percibe al descubierto.

Arthur Oliver, adulto a pesar suyo, en la mitad de la vida, tenía mareada su memoria meteorológica. En los últimos diez años su sistema de reflejos ambientales se había acostumbrado al hemisferio sur, a la templanza de la ría de Sydney. Y ninguna otra forma de templanza, ni siquiera la mediterránea, si es que existe, podía sustituirla.

Su casa, su mujer y sus dos hijos los tenía en Waverton, al norte de Port Jackson, frente a

una de esas hermosas bahías que los sajones saben transformar en barrio sin cargarse el medio ambiente, sino civilizándolo.

Y ahora vivía en un escenario de crímenes ecológicos, al sur de Valencia, en un apartamento frente al mar, trabajaba accidentalmente auditando una pequeña empresa que pretendía comprar una firma multinacional, y todo lo que hacía le parecía insulso excepto pensar obsesivamente en Teresa y en sí mismo y dejar pasar el tiempo.

Cogió el transistor de la cómoda, y se metió en el cuarto de baño después de encender el calentador. Dejó correr el agua para que se fuera templando, y escuchó sin entender nada una sucesión de noticias locales.

De pronto sonó una melodía familiar, y la voz desentonada de un rockero cantando a las antípodas.

I come from the land down under,
where beer does flow and men chunder.
Can't you hear, can't you hear the thunder.

You better run, you better take cover.

(Vengo del otro lado de la tierra, donde corre la cerveza y los hombres vomitan cuando se emborrachan. ¿No oyes el trueno? Más vale que corras y te escondas.)

Algo le llamó la atención a su derecha. Movió la cabeza y se descubrió en el espejo. Arthur Oliver tenía un pelo moreno muy tupido y rizado desde que era Arturo Oliver.

Había nacido en algún lugar de la península Ibérica treinta y tantos años antes. En Madrid, sus ojos negros empezaron a perder la brillantez. Tenía doce años y se colgaba de la nariz sus primeras gafas. Al mismo tiempo se tambaleó su carrera uniforme y llena de notables. A partir de ese momento, su vida se fue complicando de un modo incomprensible para todos.

Madrid hizo y vio sufrir al joven Arturo Oliver, ingenuo y desarraigado como un perro vagabundo. Allí descubrió las variaciones sensibles de su cuerpo.

Arthur Oliver se observó en el espejo. Su

rostro se había endurecido, encanallado, quizá. La nariz había pronunciado su pico aguileño, los pómulos se habían vuelto rígidos, anticipando la vejez. Conservaba el craneo todavía cubierto, ahora de un pelo turbio. Seguía siendo delgado, sus piernas y sus brazos eran ligeros, aunque la falta de ejercicio se le acumulaba en la barriga.

Se cogió los testículos con la palma de la mano, como para sopesarlos. Sopesaba años de miedo y de frustración. Hasta su nariz llegaron las agrias emanaciones de su virilidad.

Rabioso, se metió en la ducha. Y de pronto, por un instante, pudo oler el sudor de Teresa. Un sudor que procedía de su propia axila, como si hubiera permanecido allí durante meses, porque de vez en cuando, imprevistamente, saltaba hasta su nariz y desataba una tormenta de dolor en su conciencia.

Cerró los ojos para ver su cuerpo delgado y moreno, los bucles de su pelo castaño con irisaciones bermejas, su mirada de tierra llena de palabras, sus labios finos siempre abiertos a

la risa, y sus grandes pechos ecuatoriales con rosetones grandes que endurecía su boca.

El frío dolor se fue tornando cálido. Le ardían las entrañas. Y su mano bajó hasta lo erguido, se agarró a ello y dejó de ser su mano. Era Teresa. Notó su abrazo. Y ya no se detuvo hasta que su amor se derramó inútilmente sobre el esmalte barato de la bañera, y fue arrastrado por el agua cañería abajo. Apenas cien metros más allá, su semen disuelto entre residuos retornaría al mar, de donde dicen que salimos todos.

DOS

Toc-toc-toc-toc tocaban insistentemente en la vidriera. Arthur levantó los ojos del fajo de vales de salida del almacén y miró al otro lado de los cristales. Casi pegadas a ellos, dos caras de mujer le sonreían. Dos chicas, una vestida de calle, la otra, con bata de almacén.

¡Oiga, señor!

Arthur les hizo señas de que entraran por la puerta, abierta cinco metros a su izquierda. Desde que se había introducido en la vida diaria

de sus compatriotas, le chocaba la actitud sumisa de muchos españoles, siempre advirtiendo que se acercan, siempre pidiendo permiso, siempre guardando unas apariencias de cuño feudal, anacrónicas. Y por dentro, cagándose en tu padre.

¿Qué no hay nadie? dijo la mujer delgada como una hoja, fresca, verde, rezumante, recién arrancada del árbol de la vida.

Yo mismo contestó Arthur, que se empeñaba en ser lógico por encima de todo protocolo.

La chica delgada dio un paso vacilante. La otra se quedó en el umbral sin traspasarlo.

Es que nos han dicho que el director estaba aquí la chica delgada hablaba con voz de trompeta. Tenía un pelo castaño que caía en grandes bucles, como una cascada de caramelo, sobre sus hombros de espantapájaros, y unos ojos anchos y cenicientos en los que brillaba su juventud, quizá veinticinco años. Debajo de la bata vestía un polo de color marfil y un pantalón de lino negro ajustado a su pierna de palo y

cogido al pie por una cinta. Sus zapatitos eran relucientes, como los de la chica pobre de los cuentos, que en realidad es princesa.

El director no está aquí. Y al distinguir una mueca de duda en los rasgos de la chica delgada, añadió: Yo no soy el director.

Es que nos hemos enterado obviamente hablaba por la que se mantenía quieta como una langosta en el umbral de que necesitaban una limpiadora. Nos lo ha dicho Vicente Hernández.

Arthur abrió los ojos e inclinó la cabeza a la vez que encogía los hombros. No tenía ni idea de quién era Vicente Hernández ni de las necesidades de la fábrica. Pensó que quizá mereciera la pena dar una explicación a aquella chica, para convencerla de que él era un simple auditor que estaba repasando por pura rutina los albaranes de salida del almacén, que había empezado hacía un mes, que ya había hecho la comprobación práctica del *flow-chart*, y que ahora se encontraba en la fase interina, analizando un ciclo de ventas por muestreo.

Están todos almorzando en el bar Tonet, nada más salir, a la izquierda.

Pero, ¿usted no es el director? insistió la chica delgada.

No. Lo siento.

Ya sé, bueno. Quiero decir si no podría usted hablar con mi amiga se volvió hacia la de la puerta, que sonrió. Era una muchacha quizá algo mayor, de aspecto macizo, comparado con su introductora, de pelo oscuro, liso, corto, muy pegado al craneo, vestida con unos vaqueros y una rebeca sobre el busto, denso, generoso. La flaquita continuó : Hemos trabajado juntas mucho tiempo. Hemos limpiado de todo. Asilos, campos de deportes, escuelas. Nos conocimos hace mucho en Francia, en la vendimia. Es una buena trabajadora. Se quedó callada, quizá esperando una reacción de Arthur, que la miraba atónito . Y necesita trabajar, señor.

Oliver.

¿Qué?

Señor Oliver. Pero no soy el director, se lo aseguro. Siéntense ustedes ahí, y cuando vuelvan de almorzar yo mismo les presentaré al gerente. Quizá necesiten una limpiadora como usted dice.

A Arthur le había conmovido el discurso de la muchachita flaca e ingenua como un personaje de Dickens.

Cuando llegaron los trabajadores, Arthur preguntó al encargado por el gerente, pero no estaba.

No está comunicó a las mujeres . Vuelvan si acaso esta tarde. O si quieren, hablen ahora con el encargado del taller.

Así fue como Arthur Oliver conoció a Vicenta Guti. Pero todavía no era el momento, y se olvidó de ella al desaparecer del almacén.

TRES

Arthur se había quedado solo en el apartamento del puertecito. El otoño había convencido a su madre de que no es prudente exponer el reumatismo de una sexagenaria a la

acción del mar.

La mujer, satisfecho su ego de madre, recordó que era abuela y tenía otros hijos y varios nietos en Madrid, y se retiró al desierto interior. Como una mota de polvo cayó en lo más profundo de la desolación urbana, en la seta de mierda irrespirable, atómica. Como una mota de polvo fue absorbida por su barrio y reintegrada al anaquel de la rutina, igual que si fuera una figurita de porcelana, un cenicero del Monasterio de Piedra o el mando a distancia de la televisión.

Arthur había iniciado su trabajo en la fábrica a mediados de septiembre, en compañía de un muchacho jovencito que acababa de terminar la carrera de económicas. Era un petimetre infeliz metido en un traje de chaqueta de color oscuro, porque así es como está mandado. Hablaba evadiéndose como una lagartija, nerviosamente, casi histéricamente, y fingiendo mesura y autoridad. A Arthur le cayó mal, sobre todo porque se dirigía a los empleados de la administración de la firma (a

los trabajadores de los talleres ni los miraba) como si fueran escobas animadas. Pero estaba acostumbrado a trabajar con tipos que le caían peor que un disparo, con los que se tiene una relación hipócrita para ahorrar tensiones. Era un hábito sajón que a Arthur le venía de maravilla en un país de odios africanos.

Había sido presentado al gerente de la firma como un español educado en el extranjero. Para casi todo el mundo el único extranjero posible era Norteamérica. Al principio le costó no deshacer el malentendido, pero se dio cuenta de que entre todos inventaban su propio curriculum, y le quitó importancia a la impostura. "En este país la realidad objetiva no existe", escribía a Prendergast."La realidad es siempre como la gente quiere que sea".

¿Y qué tal es la vida en Yale? ¿Muy dura? ¿No? decía el mánager.

Pues hombre, no tanto. Tenga usted en cuenta que los anglosajones son gente de orden. Y con tal de que uno respete el orden y se

aplique en el trabajo, todo va sobre ruedas.

Hablando de generalidades, Arthur creía escurrir el bulto.

Ah, pero, ¿hay anglosajones en América todavía?

Cuando Arthur se dio cuenta de que no era un chiste sino pedestre ignorancia, ya era tarde. El gerente pasó a darle una lección sobre los anglosajones, que en su opinión eran las tribus vikingas que habían descubierto América antes que Colón.

El mánager de la fábrica era un tipo de una osadía sin límites, y a la vez cauteloso y fiel. Es decir, era temerario, pero siempre en beneficio del amo, de modo que los patinazos no cayeran de su cuenta.

Se trataba de un tipo más joven que Arthur, nacido en esa parte de España donde la meseta se arruga en la Sierra Morena y los hombres discuten sobre si son castellanos o andaluces, si son celtíberos o moros. El mánager era un mestizo, no muy alto, de miembros sólidos, manos de albañil retirado (lo había sido,

líder de uno de los sindicatos, antes de pasarse al enemigo), moreno, de ojos astutos y brillantes como grafito en ascuas. Era tenaz y ambicioso, sin refinamiento, intuitivo y despreciador profundo de la cultura, quizá porque temía la competencia del intelecto hipócrita.

Arthur notaba que ponía mucho interés en hacerse amigo suyo. Durante un tiempo estuvo desconcertado, y es que no acertaba a desprenderse de su identidad de inspector del *Australian Taxation Office*. En las antípodas estaba establecido que su papel debía ser distante, y el de los directivos, también.

La solicitud del gerente la interpretaba como una forma de querer ganárselo. "Vano intento", pensaba Arthur, "porque esto me importa un comino". Pero, ignorante de las costumbres de su tierra, le hubiera gustado saber cómo se comporta un auditor cabal en el país de los pícaros. El petimetre no podía orientarle porque carecía de experiencia, así que optó por hacerse el sueco sin perder la cordialidad.

Un día, vio salir al gerente de su despacho con una mirada de preocupación. Delante de él caminaba otro hombre vestido con un jersey a rayas, de piel oscura como la pez. Al desaparecer por la escalera, el mánager se hizo una pregunta en una voz lo suficientemente alta como para que la oyera Arthur.

¿Qué querrá este tipo?

Usted lo ha de saber mejor que yo replicó Arthur con cierto retintín.

Es un sindicalista. Trabajábamos juntos hace años. Yo pensaba que iba a tomar la misma decisión que yo, pero no se ha despegado de la política. Cuando lo conocí, era del partido.

Arthur no sabía de qué partido podía ser el casi negro, pero no lo preguntó por temor a ser tomado por un idiota. El gerente continuó su explicación.

Yo también soy del partido, pero más por deporte que por otra cosa Arthur interpretó "por conveniencia", que es lo que el gerente estaba transmitiendo . Yo creo que le habrán prometido algo o que ya lo estará

sacando. Porque es un tipo con las ideas muy claras. Arthur volvió a interpretar que el gerente quería decir "como yo", pero le parecía feo manifestarlo . No es un idealista.

Por lo poco que he visto de este país, tengo la impresión de que quedan muy pocos idealistas comentó Arthur.

Como en América, ¡eh! - soltó el mestizo, recuperando su humor animal . Los españoles somos pragmáticos, eficaces. Hay idealistas, hay idealistas. Pero no son peligrosos, no son fanáticos.

Arthur se alegró de que los españoles estuvieran dejando de ser fanáticos.

Los fanáticos están controlados. La mayoría de los españoles situados en puestos de dirección obviamente el mánager estaba satisfecho de serlo somos gente realista, pegados al terreno. Conocemos el fondo de la vida. Yo, a los nueve años, estaba recogiendo aceitunas en el monte y pelándome las manos de frío, y a los diez estaba de aprendiz con un zapatero de Chirivella, donde emigraron mis

padres. Conocemos a fondo la vida, y sabemos aprovecharla

Arthur pensó que debía de haber terminado la frase así: "sabemos aprovechar la vida en nuestro propio beneficio caiga quien caiga", pero que no lo había hecho quizá porque en el fondo el mestizo de celtíbero y moro se creía un poco idealista también.

Los idealistas creen que la vida está en otra parte, creen que las novelas y las películas son verdad. No quieren entender que o te abres paso en la vida o te tiran fuera de un empujón.

Alguna vez Arthur se metía por el centro de Valencia y lo veía plagado de mendigos de todas las nacionalidades, edades y cataduras. Se preguntaba si aquellos individuos eran realistas o idealistas; si les habían tirado fuera de la vida o se habían salido por su cuenta. Había mendigos especialmente jóvenes, y a los que había oído hablar en alemán en la plaza de la Virgen, que es una suerte de patio de Monipodio del Mediterráneo. Estos chicos y chicas se sentaban en un portal cerrado con un

trozo de cartón en el que ponía, "Tengo hambre", y pasaban horas y horas quizá soñando, quizá satisfechos del clima templado y de la rara generosidad de los transeúntes.

Los mendigos resultaron a Arthur lo más chocante de España. Al principio le producían una profunda vergüenza íntima, como sintiendo parte de la responsabilidad de su miseria. Luego se acostumbró a ellos, pero siempre le llamaban la atención, siempre "los veía", es decir, no los consideraba parte de la decoración urbana.

CUATRO

Amenazaba noviembre con ponerse fresco, y Arthur sacó unas estufas del armario para probarlas. La más pequeña funcionaba, pero dos radiadores de aceite estaban estropeados. Pensó que tendría que dejar de ir a Madrid uno de los fines de semana para comprar uno nuevo en Valencia un sábado por la mañana.

No le hizo gracia la perspectiva. Pasar un fin de semana en soledad le producía pánico. A veces, cuando recibía carta de Prendergast se le ocurría que estaba haciendo una tontería, que se

había aislado gratuitamente, que la memoria se cura llenándola de otros acontecimientos. Lo que él estaba haciendo era dejarla pudrirse.

Había acabado admitiendo que recuperar a Teresa Muñoz no era más que un sueño, y que si tenía su alma vacía y su cuerpo doliente y en llamas, no había más remedio que recargar la primera apagando de paso la segunda. Pero esto era un remedio retórico. Al hablarse de este modo, Arthur se sentía igual que un pescador tuberculoso y miserable al que el médico recomienda reposo, buena alimentación y clima seco.

"Este pragmatismo no me sirve para nada, de modo que no es pragmatismo,", se decía Arthur. "Está claro como el agua que debo olvidarme de Teresa. Pero, ¿cómo hacerlo?" Sabía que sustituirla era imposible. Por pura lógica estadística, el número de mujeres cuya sicología y físico se adaptara a los de Arthur como Teresa Muñoz, debía ser muy bajo en toda la Tierra. Tanto si recorría el planeta buscando desesperadamente a una de ellas, como si se

quedaba inmóvil en Valencia, tenía las mismas probabilidades de fracasar.

Esta idea le sumía en el abatimiento. Pensaba, "La tuve en mi mano y la dejé escapar. Soy un inútil, cualquier hombre habría luchado hasta conseguirla".

No compres otra estufa. No te gastes dinero, hijo le había dicho su madre por teléfono Hay un electricista que las arregla de maravilla en la Malvarrosa, al final de la calle Cavite

Al final de la calle Cavite había un descampado, una carretera que venía de la playa, una tapia formando curvas muy artísticas con florones sobre columnas, una casita playera, primera de una hilera alineada frente al mar, con aire de reliquia, y una atmósfera de desolación. Había ido por la tarde, con las dos estufas metidas en el maletero.

Cuando llegó a la Malvarrosa estaba oscureciendo. Arthur condujo hasta el final de la calle Cavite y se detuvo en el descampado. No sabía que por debajo corría el agua pestilente de

la acequia de Vera, que arrastra los detritus de la huerta como si fueran ideas negras que haya que ahogar en el mar. Miró pasar un autobús vacío e iluminado, y le embargó una sensación de melancolía. Pasó un grupo de gente de todas las edades y sexos, sucia y mal vestida, y Arthur temió que fueran aborígenes del desierto, pero eran gitanos.

Condujo hasta un lugar de la Avenida de la Malvarrosa, y aparcó delante de una tienda de periódicos que exhibía una panoplia de mujeres desnudas sujetas a una cuerda con pinzas de tender la ropa.

Caminó hasta Cavite, y entró en un bar. Arthur sabía por experiencia infantil y juvenil que, en España, en los bares y en las panaderías de barrio se obtiene la mejor información.

Era un lugar destartalado, más parecido a un refectorio de asilo que a un local de expansión pública. Tenía iluminación de "morgue" de película negra, sillas y mesas de railite desconchado, y debajo de las vitrinas del mostrador tapas antediluvianas esperaban una

boca hambrienta y sin melindres: patatas en all i oli rancio, sepias amarillas, caracoles secos, callos solidificados y albóndigas atrapadas en un sebo blancuzco con pintas verdes.

Frente a ese bar, se abría otro lleno de luces, con un reciente decorado de madera de roble, mobiliario nuevo y suelo limpio. Arthur estuvo a punto de cruzar la calle, pero pensó que en el bar viejo estarían los parroquianos más veteranos. Entró.

En una mesa se jugaba al dominó, y en otra un chico y una chica parecían entretener el aburrimiento dándose manotazos y partiéndose de risa. Arthur se acercó al mostrador y preguntó por un electricista. La atención del bar entero se clavó en él.

Le informaron de media docena.. El Toni... Bueno, y el Alejandro...Coño, y el tío *Allipebre*...Y Juan el de les *Creilles*... Sí, hombre, y Esteve, y el Pollastre...Los del dominó le bombardeaban, el dueño del bar le ofrecía más nombres. Sólo la pareja de chicos siguió dándose tortazos y riendo como si no se hubiera

producido ningún acontecimiento.

Es uno que arregla estufas. Me han dicho que tiene un taller al final de la calle Cavite dijo con voz potente Arthur, porque aquello parecía un guirigay.

Ah! Ixe és el Manolo. El pare del Comunista.

Ixe ja s'ha mudat.

Que ya no vive aquí tradujo uno de los del dominó con solicitud.

Xe, mira! Però si és Visente...

Quien entraba en ese momento en el refectorio de asilo era Hernández, uno de los oficiales de la fábrica donde Arthur hacía la auditoría. Vicente Hernández era el Comunista, el hijo de Manolo el que arreglaba estufas.

Hernández le acompañó al principio del barrio, a unas casas altas de ladrillo rojo bastante nuevas, donde vivía un individuo que podía repararle los radiadores. Le explicó que no era comunista porque ser comunista ya no servía para nada y porque, además, nadie sabía

qué era eso de ser comunista, con todo el mogollón de dinero que la gente quiere ganar a la lotería para tumbarse a la bartola y hacer que los demás sigan ganando dinero para uno.

Lo que sí era Hernández era delegado sindical de la fábrica. Y Arthur se enteró de lo que el tipo de negro pellejo había ido a hacer con el gerente.

Quieren que me libere.

¿Y eso qué es?, y perdóneme la ignorancia.

Seguir cobrando, pero no trabajar. Trabajar para el sindicato explicó Hernández escuetamente.

¿Y eso cómo es posible? Arthur imaginaba algún chantaje.

Por acumulación de horas a las que tienen derecho los delegados sindicales por ley

Hernández era un tipo de estatura media, robusto, y con una cabeza que parecía cincelada, grande y en forma de cubo. Hablaba con un tono nasal, y sacaba de los ojos un brillo extraño

que a Arthur le parecía burlón.

Arthur supo que el amigo de Hernández era también del partido. Mientras esperaba a que le revisaran los electrodomésticos, se puso a hojear un diario, y vio que varios individuos entrevistados también se referían al partido, que en cada caso era uno diferente. Arthur estaba perplejo. ¿Qué partido era el partido?

¿Usted es extranjero? le preguntó Hernández de vuelta hacia el final de Cavite.

Pues no estoy muy seguro dijo Arthur, y resumió su nacimiento y su peripecia vital en un par de frases.

Yo estuve a punto de irme a Australia en 1981 dijo el sindicalista. Arthur había comprobado que cada vez que decía que vivía en Sydney (¿pero en realidad vivía en Sydney o no vivía en ningún lado?, ¿no era todo esto un sueño?) había alguien que había estado a punto de irse a Australia. Quizá toda la población española estaba siempre dispuesta a emigrar a cualquier parte, pero no encontraba la ocasión.

Luego me lo pensé mejor, y eché el

freno.

¿Y va usted a liberarse? preguntó Arthur, viendo que se había agotado el tema de Australia.

No sé. A lo mejor. Trabajar es muy duro, ¿sabe? Miró a Arthur dándole a entender que su trabajo no era nada duro, y que encima ganaba un pastón . Pero no me fío.

¿Por qué? ¿No le protege la ley?

La ley aquí no sirve para nada, hombre. Se la pasa todo el mundo por la entrepierna Arthur sabía que España siempre ha tenido las mejores y más avanzadas leyes de la tierra, y que quizá precisamente por eso casi todos se las pasaban por la entrepierna . Es que esto me huele a chamusquina. Usted sabrá mucho mejor que yo lo que pasa en la fábrica. Pero a mí me huele muy mal eso de la venta a los americanos.

Por algunos detalles que Arthur había ido descubriendo en la contabilidad, también le olía mal. Pero se hizo el sordo, como si hubiera perdido el oído y el olfato a la vez. Un volumen inquietante de la producción se vendía a un sólo

comprador. Parecía una locura que una industria sin apenas competencia no tuviera un mercado amplio ni lo buscara.

A lo mejor lo que quieren es quitarme a mí de en medio.

¿Quién? dijo Artur, y a continuación . ¿Por qué?

Porque yo no me caso con nadie "Quizá no sea del partido, de ningún partido", pensó Arthur . Me liberan y se quitan un problema de encima, me neutralizan, porque me sacan de la fábrica. Y el sindicato se beneficia de un hombre gratis para hacer trabajo de organización.

¿Un pacto? - preguntó Arthur, intrigado.

Pse. Algo así.

¿Y usted tiene decidido lo que va a hacer?

Pues no sé... Me terminaré jodiendo. ¿Usted no ha vivido aquí antes de 1980?

Pues no, no.

La Malvarrosa era entonces un hervidero, un barrio con orgullo propio, vivo, organizado. ¿Y sabe cómo han acabado con eso?

Pues no, no. Y le agradecería que me lo contara Arthur estaba excitado, como si le estuvieran revelando secretos que para todo el mundo eran cosa corriente.

Con enchufes y droga. La Transición

Arthur no sabía qué era la Transición, pero se lo imaginaba ha sacrificado a los mejores hombres, y ha desmovilizado a todo el mundo. La mayoría se han retirado a casa, a su parcela. Otros se han enchufado para vivir de acuerdo con los tiempos. Y unos cuantos están pudriéndose con el cuerpo cargado de caballo. Lo han hecho de puta madre, han degradado al hombre, a los barrios. Nos han dado gato por liebre, no la democracia que todos queríamos...

Arthur se esforzó en descifrar el mensaje del sindicalista resabiado. “Desmovilizar le sonaba a término militar, y el caballo podía ser una metonimia de algo misterioso”. Se encaminó con los radiadores en perfecto uso a

su apartamento del puertecito deportivo con la convicción de que Hernández no era del partido, de ningún partido.

Entre el barrio de la Malvarrosa y el del Cabañal se abre un ancho descampado donde reinan los escombros y la basura. Lo cruza la vía del tranvía al Grao en una ancha curva. Un edificio ruinoso, que en otro tiempo fue un local público de fama, aguanta la desolación con las ventanas tapiadas, asomado a un paso a nivel. En una de sus paredes, alguien había escrito: "VOTA P.A.R.R.U.S."

Al iluminar los focos de su coche la inscripción, Arthur pensó, "Quizá el PARRUS sea el verdadero partido".

Arthur no sabía que parrús o parrusa es una de las voces que emplea el pueblo de Valencia para designar el sexo femenino.

CINCO

¿Se quiere usted venir hoy a comer conmigo? le dijo una mañana el director de mentalidad mestiza . Voy con unos amigos del partido para preparar un mitin. He pensado que

a usted podría interesarle conocer a gente importante.

Hombre, no creo que mi presencia allí sea apropiada, si están preparando una actividad política.

¡Qué va, hombre! Es una reunión de rutina. Además, el mitin es público. A lo mejor a ellos también les interesa conocerle a usted.

¿A mí? ¿Por qué? Arthur recelaba de aquel aborigen astuto igual que Moctezuma de Cortés y viceversa.

¿Son muy importantes sus amigos? preguntó Arthur fingiendo ingenuidad.

Hombre... Son los que tienen la sartén por el mango en el partido. La familia más fuerte.

Arthur accedió. Quería conocer de cerca la implantación de la mafia en su tierra. Suponía que aquello no podía ser otra cosa que mafia o nepotismo descarado, puesto que se admitía la relación de parentesco de los dominadores. Tenía poca experiencia política de Australia. Por

lo que había escuchado, el laborismo en las antípodas no se diferenciaba mucho de otras socialdemocracias, ni en sus objetivos ni en sus actividades fraternales, aunque por amigos como Prendergast sabía que el nepotismo allí requería la competencia del enchufado, al menos casi siempre, los parientes tontos o gandules no sirven.

Se fueron a un lujoso restaurante de la Alameda, un paseo ancho que se ha salvado de chiripa de la obsesión especuladora de los urbanistas valencianos. Allí se encontraron con un tipo orondo que llevaba un traje lleno de lamparones, un individuo pequeño, con perilla y gafas, de aire de topo, un gigante colorado que prometía ser un patán, otro grandote con la cara deforme de tanto reírle las gracias a los demás, y una mujer de edad mediana, de gesto histriónico, metida en un vestido de una pieza pasado de moda, con el que quizá pretendiera demostrar que seguía fiel a sus orígenes.

Durante toda la comida, abundante en aperitivos y con un arroz a banda que estaba sin

cocer, se estuvieron refiriendo al pasado, a sus orígenes.

Las anécdotas que salían a colación le parecieron a Arthur fantásticas o chocarreras. Todo aquel grupo parecía estar perfectamente situado en los más privilegiados engranajes de la sociedad llamada civil. La mayoría de ellos en la Administración. Parecían complacerse en la comparación entre lo que habían sido, unos idealistas muertos de hambre, según todas sus alusiones, y lo que eran, profundos realistas dueños de la situación, los controladores del aparato.

"*Deus ex Machina*", pensó Arthur, que hacía pocos comentarios, y de cuya presencia los demás parecían no haberse enterado, a pesar de la presentación del gerente.

Las intervenciones de la mujer eran constantes. No paraba de hablar de sí misma y competía con el orondo de los lamparones en el traje, al que también le gustaba ser el centro de atención, y que parecía el jefe de la banda.

Efectivamente, la mujer era artista.

Mondándose de risa declaró que estaba en la nómina de no sé qué organismo como "supervisora de asuntos generales". Es decir, que no hacía más que cobrar a fin de mes. Pero su mundo era el de la farándula, lo informal, lo inesperado, lo espontáneo, la gente rara, la espectacular.

Se desprendía de su conversación y de la de sus amigos que su empleo lo debía a una especie de derecho adquirido que da ser valenciano, gracioso, y haber divulgado esa versión esperpéntica de la tierra que figura en el folklore popular, desenfadado y escandaloso.

Posteriormente Arthur conocería que ese folklore valenciano tenía dos versiones idénticas, pero diferenciadas en la mera confesión ideológico y política: unos practicaban el culto a lo azul y lo habían impuesto en la bandera, los otros abominaban de lo azul, aunque los había que fingían aceptarlo. En lo demás, eran exactamente iguales. A Arthur, que nunca llegó a distinguir a los primeros de los segundos, los cabezas

visibles de estas confesiones le parecían sacerdotes de la frivolidad. Aquella muchacha era una de las sacerdotisas.

Ser valenciano practicante, observaba Arthur, debe significar pertenecer a un bando. En el fondo, todos los devotos eran iguales, pero no podían vivir sin la controversia, es decir, necesitaban afirmarse negando al otro: el azul, a lo no azul, el no azul, a lo azul.

A Arthur le aliviaba que la mayoría de los valencianos no fueran valencianos, es decir, que se comportaran al margen de la polémica, aunque se dejaran arrastrar periódicamente por ella. Sin embargo, le extrañaba la indiferencia popular hacia ese mundo de mixtificadores, que no tenían vergüenza para mostrar sus contradicciones más violentas.

Le extrañaba que esas familias privilegiadas criticaran con descaro el llamado pesebrismo, el favoritismo, el desperdicio de los fondos públicos, y a continuación confesaran su afortunada y sabia adscripción política, la suerte de tener buenos amigos y la de recoger un

puñadito de lo que la Administración empleaba en darse a conocer al pueblo escéptico.

A Arthur le extrañaba esta paradoja. Pero a nadie más. Todos los habitantes de aquella tierra parecían aceptarla como si fuera una pupa incurable y de la que uno se olvida porque hace feo y, coño, no va a vivir uno obsesionado con sus desgracias.

Al terminar la comida hablaron ligeramente del mitin, que la histriónica debía animar y presentar. Hicieron una serie de observaciones que bendijo el tipo orondo, y quedaron de acuerdo en lo que debía de hacer cada uno.

Arthur se acercó discretamente al mánager de la fábrica y le preguntó que cómo iba a pagarse la cuenta.

Ah. No se preocupe, hombre. Está usted invitado por la Administración.

¿Qué Administración? preguntó Arthur confundido.

¿Qué Administración va ser? La Pública

dijo el aborigen con obviedad.

Pero, ¿esto no es un almuerzo privado de un partido político?

Claro. Pero a ver si se cree usted que los partidos son millonarios. Esto forma parte de las subvenciones oficiales no oficiales y echó una mirada hacia el tipo orondo que firmaba la factura con aire desenvuelto.

El australiano (de pronto prefirió sentirse más australiano que otra cosa) seguía preguntándose qué partido sería el partido. Y estuvo a punto de trasladar la cuestión al celtíbero, camino del polígono industrial. Le contuvo la idea de que probablemente nadie lo sabría, de que todos preferían ignorarlo, de que quizá no ha habido en España más que un partido al que se han apuntado todos los triperos de su historia.

"Los años de dictadura", le escribía a su amigo Mike Prendergast, "han producido en mi país un tipo de líder rudo, bárbaro, con desconfianza y miedo hacia la cultura, pero con un refinamiento especial para eludir la

verdadera naturaleza de los problemas. Saben que el pueblo que gobiernan gusta de las cosas simples, y que prefieren a tipos de una pieza porque les desorientan los contrastes, y no les importa mentir, inventarse respuestas arquetípicas, que todos aceptan, convencidos de que son puras excusas. Aquí sólo circula la moneda falsa, hasta tal punto que se ha convertido en verdadera y única."

Arthur no pudo reprimir su perplejidad por lo que acababa de ver y oír. E hizo un comentario sobre la racionalidad.

Es verdad. La Administración es irracional dijo el celtíbero rascándose violentamente una pantorrilla y quitando la vista de la carretera para horror del copiloto . La organización, la racionalidad, ha sido introducida en este país por las empresas, sobre todo por las empresas internacionales. El Estado es un caos.

Arthur temía que fuera verdad.

Aquí, quien organiza y racionaliza sigue siendo el mando continuó el mánager , el

líder. Yo, como todo el mundo, estoy a lo que me se diga. Lo que diga la dirección.

Por un instante a Arthur estas palabras le parecieron enigmáticas. Luego comprendió. Ante la falta de sistema, de una jerarquía aceptada por su funcionalidad, lo que imperaba era el criterio y la voluntad de los dirigentes, que variaban según sus intereses personales y su humor. A Arthur le daba lástima esta triste razón de ser de la democracia española: la democracia de los mediocres, de los que tienen que contentar para mantenerse, de los que están a lo que se les diga. Los hombres-sí. "¿Quién mandará aquí verdaderamente?", se preguntaba. "Probablemente el más pícaro".

SEIS

Humberto Tiépolo era un joven de tipo atlético, con tórax de héroe de gimnasio y testuz recia, ancha y un gran craneo al que empezaba a faltarle el pelo. A Arthur le pareció un español extraño, porque era servicial, trabajador y con amor propio. Humberto Tiépolo era uno de los empleados de la oficina de la industria sometida

a auditoría. El gerente se lo había adjudicado como ayudante, para que le atendiera en sus necesidades administrativas y le orientara en aquella jungla. A Arthur le pasmaba lo que en jerga contable se llama segregación de funciones, y que sirve para evitar aprovechamientos y estafas por parte de los empleados. Allí todos conocían a los proveedores y a los clientes, y hasta el encargado de almacén estaba al corriente de algunos datos contables. No era de extrañar que cundiera la desconfianza ante la auditoría entre los trabajadores. "Aquí pasa algo". Se decían. "Y como siempre, nos va a tocar a nosotros pagar el pato" Humberto no se fiaba porque Arthur, a veces, le tomaba el pelo. Le había hecho creer que era australiano, y que estaba casado con una española de la que había aprendido la lengua.

¿Y cómo es Australia, Oliver? Humberto, a veces, le apeaba el tratamiento.

Australia es la tierra del espíritu.

Humberto ponía ojos de víctima.

Debe ser enorme, ¿no?

Casi infinita. Cuando yo era joven, hice una vez un viaje en coche con dos amigos desde Sydney hasta Kalgoorlie. Más de cuatro mil kilómetros. Un poco antes de Port Augusta, en South Australia, se nos quemó el motor, y nos quedamos con lo puesto y sin un real.

Arthur estaba contando la historia de uno de sus compañeros del Servicio Público como si la hubiera vivido él.

Así que nos subimos al tren y nos marchamos hasta el final de la línea, en Kalgoorlie. Allí estuvimos trabajando como negros. Porque había centenares de negros que tendían kilómetros de raíl como si los dibujaran sobre la tierra. Terminaban de trabajar a medianoche, y se ponían a beber y a jugarse los cuartos hasta quedarse desplumados y caerse borrachos en el suelo. A las seis de la mañana ya estaban de pie, tendiendo raíles como si hubieran dormido en un colchón de plumas.

¿Y qué tiene que ver eso con el espíritu? preguntaba Humberto, algo mosca.

Un país que ha pasado del salvajismo

paleolítico al ordenador en menos de doscientos años y en medio de la vorágine capitalista, sólo puede sobrevivir por obra del espíritu.

Pero, ¿qué es el espíritu, hombre? quería saber Humberto, que era un gran pragmático.

El espíritu es el espíritu decía Arthur con voz de profeta. Y a continuación : Consígueme las facturas de ventas del mes de marzo de este año.

Arthur llegó a tener gran confianza con Humberto. El muchacho, que tendría unos veinticuatro o veinticinco años, le contaba sus aventuras de fin de semana.

Salía a las discotecas de la playa en busca de presas. Y de vez en cuando tenía éxito.

Yo no voy a discotecas de pijos. Ahí no se puede ligar. Me voy a donde hay gente como yo. Chavalas normales, no de mírame y no me toques.

Otras veces hacía una valoración distinta.

Las tías con las que ligo, no me

enamoraría nunca de ellas. Son golfas como ellas solas. Madre mía, las cosas que saben hacer.

Igual que tú —decía Arthur. Pero Humberto no aceptaba esa lógica.

No. Yo soy diferente. Si yo me mostrara como soy, no me comería ni una rosca.

¿Y cómo eres?

Yo soy sentimental, me gusta que me den cariño, que me quieran por las buenas, por lo que soy, no por lo que aparento.

¿Y qué aparentas ser?

Pues el viernes pasado, viajante de comercio. Me ligué a una tía casada. Había ido a la discoteca con una boda, y se la notaba con ganas. Pero, oye, en cuanto nos fuimos a la playa y empecé a meterle mano, se echó para atrás. Decía que no podía hacerlo, que pensaba en su marido. Me costó un huevo convencerla.

¿Y la convenciste?

Toma, claro. Pues sí que estamos buenos.

O sea, que si tú le hubieras dicho que

eras administrativo, que vivías en Valencia y que si te acompañaba a tu casa para dormir juntos, ¿se habría negado?

Fijo. A las mujeres les gusta que las engañen, les gusta creer que viven aventuras, y no rutinas.

Arthur estaba harto de oír ese razonamiento, pero parecía tozudamente veraz.

"Mi vida sexual", escribía a Prendergast, "ha sido una burla del destino. Por mi nacimiento y por mi formación, en mi adolescencia fui un tipo lleno de complejos y de frustraciones. Cuando empezaba a vencer esas resistencias, tuve mala fortuna con las partenaires. Y ahora me siento demasiado viejo para cambiar de hábitos, soy muy poco flexible, y no sé mentir ni siquiera para procurarme un vulgar ligue con el que descargar las tensiones."

Capítulo 15
GEOFFREY ESCRIBE UNA CARTA

UNO

Después de aquella crisis nocturna que hizo creer a Arthur que iba a morir asfixiado, nunca descansó a gusto.

Una noche se despertó súbitamente y en torno a él sólo halló oscuridad. Durante largos segundos sufrió la confusión de ignorar dónde se encontraba. Como esto le había ocurrido otras veces, buscó referencias, el recuerdo más inmediato. Y de pronto se encontró con que no tenía ninguno. No sabía dónde estaba. Pero tampoco sabía quién era. Enseguida recuperó la conciencia de sí mismo, pero le quedó un raro sabor, el sabor del vacío, del no ser siendo. Ser el no ser habría revolucionado la filosofía presocrática, pero ese pensamiento era propio de Prendegast, no de Arthur

Aquella misma mañana al entrar en la oficina de la fábrica se llevó el mayor sobresalto

de los últimos meses. Inclinada sobre uno de los escritorios, hablando con un administrativo, ¡estaba Teresa Muñoz!

Lógicamente no podía ser Teresa Muñoz, sino alguien que se le parecía enormemente. Arthur la observó sin disimulo y pidió que se la presentaran.

Me recuerda usted mucho a una persona especialmente querida para mí de Sydney le dijo Arthur.

La muchacha se puso colorada y le sonrió nerviosamente. Era su primer día de trabajo en la oficina.

Arthur pasó unos días muy turbado. Por un lado estaba la chica; por otro, los descubrimientos inquietantes que iban haciendo entre él y el petimetre en la contabilidad de la empresa. Estos segundos dejaban poco ángulo al sentimentalismo, y revelaban cosas que Arthur no entendía bien.

Para descargarse de la tensión, se dedicó a observar a la pseudoTeresa. Más vale decir que la acechaba, con el propósito, no siempre

consciente, de aprovechar una circunstancia favorable e invitarla a salir una tarde. Desde el punto de vista de su trabajo, era una barbaridad, pero la frustración erótica y la soledad estaban dejando a Arthur neurasténico, y se le ocurrían ideas y soluciones peregrinas.

De pronto se enteró de que aquella chica estaba casada, y sintió un gran alivio. Lo último que haría Arthur en este mundo sería cortejar a una mujer casada. Poco a poco se fue acostumbrando a su presencia. Y terminó descubriendo que la proximidad de la pseudoTeresa le producía algo parecido a una experiencia estética. Algo que raramente sentía desde que había dejado de visitar museos europeos y de leer novelas clásicas.

Encontraba en su ánimo el gozo y la quietud de contemplar una representación: aquella oficinista era la que no era. Es decir, se parecía al objeto amado, pero no era él, lo sustituía; era una imagen casi idéntica de Teresa, pero no era Teresa. Era una obra maestra, una sustitución de la obra real.

También se daba Arthur otra explicación: la española podía ser la que debería ser, sin serlo. Al no poder acceder a ella (porque no era Teresa), la transformaba en su imaginación, la convertía en imagen de Teresa, y por tanto en objeto de experiencia estética, en la idea maravillosa que caldea nuestra ilusión de lo que debería ser el mundo para satisfacernos plenamente.

El ambiente en la fábrica se iba agitando a medida que pasaban las semanas. La imaginación desquiciada de Arthur le hizo temer en algún momento que los descubrimientos que hacían los auditores en la contabilidad fueran la razón de esa inquietud laboral. Y se tranquilizaba a base de fatigosos ejercicios de lógica, asegurándose que ni él ni el petimetre habían hecho ningún comentario, de lo que se deducía que no era por su causa, que la causa venía de otro lado.

O que estaba siendo provocada.

Esto se le ocurrió a Arthur en una extraña circunstancia. Pasaba un mediodía por la calle

del Micalet, y a la sombra opresiva de la catedral, sobre un murete, se fijó en un joven de indumentaria anacrónica que tocaba la ocarina. Extendidas sobre un tapete verde había varias ocarinas más y unas cuantas pipas de barro. El tipo estaba mal afeitado y le caían unas guedejas roñosas sobre la frente. Paró de soplar, y se puso a pasar las cuentas de un rosario, musitando, abstraído.

En aquella zona y en el barrio antiguo de Valencia que llaman del Carmen, habitaba una fauna de características similares, sujetos extemporáneos, ajenos al mundo predominante. Había alcohólicos profesionales, drogadictos, vagabundos, quinquis, gitanos pedigüeños, descuideros, y algunos restos de población autóctona, la mayoría gente cascada y provecta. Pero también padres sin trabajo, según información de un cartelito, prostitutas muy jóvenes, y viejos y viejas erráticos que muchos ciudadanos saludaban como si fueran reliquias, como una anciana conocida por "Blanquita", porque iba siempre vestida de ibicenca.

A Arthur esto le daba una sensación de anacronismo insensato. Le parecía una fauna medieval, semejante a la que había visto en la capital del reino, como las raíces sin arrancar de otra época, de la España de charanga y pandereta, inmortal, como las heridas incurables de una sociedad moderna que no podía ser moderna, que se resistiera a serlo.

Según la apreciación humorística de Arthur, en España había fracasado la campaña de embadurnamiento modernista diseñada para el ingreso en el Mercado Común.

"Esto, dicho en voz alta delante de un ministro o de un director general, sería una provocación", pensó Arthur, que sospechaba que el humor intransigente de los profesionales del mando sobre sus incautos paisanos, toleraría mal este tipo de bromas.

"¡Una provocación! Alguien está provocando inestabilidad artificialmente. Esta gente no quiere vender la fábrica ni a los americanos ni a nadie. Pero, ¿por qué?"

Arthur rechazó aquel descubrimiento y

dejó que su mirada huyera tras el culo esplendoroso de una xiqueta de l'Horta que cruzaba los jardines de la plaza de Zaragoza, meneando las caderas como sólo se menean en el Mediterráneo. A Arthur le hubiera gustado dejar de ser Arthur, de ser un auditor accidental, de ser Clerk class 9 del Australian Public Service, y entregarse a sus pasiones más ligeras; por ejemplo, aceptar el fracaso de no ser un hombre de provecho, renunciar a la fortuna de estar rodeado de puercos oportunistas, acompañar a Humberto Tiépolo en sus correrías por las discotecas, follando sin condón y apeándose en marcha, y tomarse dos copas y pensar que la vida es larga, bella y las mujeres unas soplagaitas.

DOS

¿Cómo lo lleva, señor Oliver?

El mánager de la Sierra Morena se le echó encima como un ogro, como un bunyip del desierto australiano, según la forma que tienen de acercarse algunos jefes españoles en las oficinas y en los talleres.

¿Perdón? dijo Arthur, dejando manifestarse toda la hipocresía británica en su acento.

No, que si va usted muy adelantado dijo el gerente con menos humos.

Pues me falta menos, me falta menos.

¿Y ha descubierto usted muchas cosas? - Ahora fingía voz de malvado.

¿Qué es lo que tenía que descubrir, señor Pernales? El mánager no se llamaba Pernales, pero podía haberlo sido

Pues, nada Pernales parecía confuso, pero enseguida se recuperó . Las trampas que tenemos que hacer en las empresas para no perder dinero.

Mientras lo ganen, no hay nada que objetar. Sobre todo en España, donde las reglas del juego son palabras que se lleva el viento. Aquí, el que no gana dinero es porque no tiene alma de empresario Arthur habría querido decir "filibustero", pero se aguantó.

Es lo que yo digo, señor Oliver. Los

trabajadores a veces se alteran. Pero no suelen desmadrarse. Al final, siempre entran en razón.

Hizo una pausa Les conviene.

¿Lo dice usted por sus empleados?

A lo mejor.

El tono deliberadamente ambiguo del de la Sierra Morena irritaba a Arthur, y procuraba tratar poco con él. Pero el tipejo seguía buscándole, como si quisiera transmitirle algo.

¿Quiere usted decirme algo, señor Pernales?

No, no. Y se daba media vuelta . Bueno, quizá sí. Usted que conoce a los americanos tan bien, ¿cree que harán muchos cambios cuando compren la empresa?

Suelen poner a gente de su confianza en la dirección, pero los escogen de la cantera local. Arthur se le quedó mirando a los ojos, pero enseguida se apartó de ellos, porque destilaban violencia.

Arthur se acordó de Hernández, que por fin se había "liberado". Le había tratado alguna

vez más, y se había hecho a la idea de que era un hombre cabal, muy a gusto en su piel de obrero, pero con una visión deformada sobre sus compañeros de clase, una visión heroica como en las novelas soviéticas al estilo de "Así se Templó el Acero".

Traspasaba Hernández sus virtudes propias al resto de su clase; tenía al trabajador por un tipo acostumbrado a valérselas por sí mismo, duro y de una honradez incuestionable. Para él no existían los obreros pasivos, que prefieren dejarse arrastrar a tomar iniciativas, o aquellos que son indiferentes a todo menos al dinero contante y sonante, y achacaba la profusión evidente de este tipo de asalariado a las circunstancias, al franquismo y a las componendas de la Transición, que para él era algo parecido a la Gran Prostituta de Juan el del Apocalipsis.

"¿Qué hará Hernández si la cosa se pone fea?", se preguntaba Arthur.

En estos pensamientos estaba cuando se encontró a Vicenta Guti, la flaca que buscaba

trabajo para su amiga, saliendo de Lanas Aragón acompañada de Hernández. Se puso muy contento de esta coincidencia, y les invitó a un café, porque ya se había adaptado a las costumbres nacionales de celebrar varias veces al día cualquier acontecimiento con una caña de cerveza o un carajillo.

Yo es que tengo que ir al sindicato se disculpó Hernández . Tengo una reunión.

Otra de las costumbres (ésta importada) de los españoles modernos es tener reuniones, que suelen acabar en la barra de un bar sin haber llegado a ninguna conclusión que no se conociera al empezar.

Arthur se quedó de pronto sólo con Vicenta Guti. Se presentaron, y hablaron relajadamente durante un largo rato.

Arthur hacía tiempo que no se sentía tranquilo al lado de una mujer. Vicenta Guti seguía llevando ropa sencilla, es decir, barata. Tenía tremendas razones para hacerlo: ganaba lo justo para comer, vestir y pagar la mitad del piso. La otra mitad, la pagaba una hermana suya con

la que vivía. Trabajaba en una institución que se resistía a revelar. Por fin le sacó Arthur que se trataba de la Casa de Caridad, que da acogida a los pobres y peregrinos de templada ciudad de Valencia. Vicenta era una de las cocineras.

No lo puedo creer dijo Arthur sin la menor intención de burla.

¿Por qué? Si es verdad dijo la superflaca abriendo sus bellos ojos.

Porque no tiene usted el menor aspecto de... de trabajar en unas cocinas.

¿Y de qué tengo aspecto?

De oficinista. Arthur se refería no a su indumentaria, sino a algo más intuitivo que debe de ser el aura.

Pues he sido oficinista.

Arthur se quedó un poco perplejo. Aunque estaba interesadísimo en aproximarse a Vicenta Guti y en darse a conocer, no se atrevía a ir demasiado rápido. Pero se dejó llevar por el sentimiento eufórico que había provocado el encuentro.

¿Y por qué ya no lo eres? y le cambió deliberadamente el tratamiento.

Circunstancias aseguró la flaca con aire misterioso.

Arthur tuvo una racha de encuentros casuales con Vicenta Guti en el plazo de un par de semanas. Hasta el extremo de que creyó que la suerte le estaba impulsando hacia ella, como antes le había impulsado hacia Oriente. Una, fue en un autobús. La reconoció por su voz de trompeta cuando gritaba "¡Tío guarro!" a un fulano de muy mala pinta y cara de perturbado que estaba pegado a una viajera joven y se masturbaba a todas luces. Lo que más sorprendió a Arthur fue que la viajera o no se enteraba de nada o se dejaba hacer.

Vicenta estaba indignada, y Arthur advirtió en su reacción y en los modales a la mujer valiente que no está dispuesta a dejarse avasallar. Y esto le gustó más de ella. Sin darse cuenta, se iban tomando confianza.

TRES

Una tarde, al llegar al puertecito se

encontró con una carta de Australia. Lo más inquietante era el remite, de Geoffrey, de su hijo. La abrió precipitadamente, y la leyó por encima de un par de vistazos con el corazón encogido.

Pero no le informaba de ninguna noticia dramática. Arthur había estado temiendo desde que salió de Australia noticias dramáticas de Crows Nest Road.

Geoffrey le decía que toda la familia le echaba de menos y le pedía que escribiera más a menudo. Arthur, cuando se le pasó la primera emoción, se encendió de ira. Veía la mano de Laura conduciendo la de su hijo sobre el papel pautado. Pero al final, en los dos últimos párrafos, se quedó desconcertado y se sintió desfallecer. Geoffrey decía que comprendía que en una pareja hubiera problemas, que él también había tenido ya problemas con alguna chica, que aceptaba que su padre decidiera libremente qué hacer con su vida, pero que le gustaría hablar con él por ver si podía ayudar en algo. I wish I could help.

Arthur se sintió envejecer de golpe. Le

dolió haber escogido estar solo. Y pensó que, en ese instante, lo más sensato sería hacer las maletas y coger el primer avión de Manises a Gatwich, y de allí al aeropuerto de Botany Bay en Sydney. Pero no lo hizo. Se aguantó. Pensó, "Es mi vida, y tengo que rehacerla pese a lo que pese. Además, a ellos no les falta nada".

Aquella noche tuvo un sueño incomprensible. Estaba sentado delante de la televisión en una casa que le era familiar, aunque no se trataba de la suya (probablemente porque no tenía ninguna). En la pantalla se sucedían multitud de canales, en todas las lenguas y con programas absurdos. El seguía con atención la pantalla aunque no se enteraba de nada, porque hablaban en idiomas extraños, polaco, quechua, malayo, swahili, marciano.

De pronto, apareció Bob Hawke, el primer ministro de Australia. Y Arthur pensó, "Pero si este tipo está muerto". Hawke dijo en inglés: "Estoy seguro de que todos ustedes me reconocen, al menos los pequeños. Soy Yul Brinner."

Repentinamente, Yul Hawke-Brinner ya no estaba en la pantalla, estaba sentado en el sofá de un tresillo. Después, la iluminación del salón se disipaba, y sólo quedaban brillando, muy pálidos, el rostro y la calva del actor-político, que poco a poco se transformaban en una cara monstruosa.

Arthur se reía. Hawke Brinner, también, y se quitaba la monstruosidad como si fuera una careta. Pero enseguida empezaba a transformarse otra vez en algo repugnante, y a reírse de Arthur, porque sabía que a Arthur no le gustaban las películas de miedo.

"No te vas a salir con la tuya", decía Arthur. "Desconectaré la televisión". "No puedes, no puedes", decía el monstruo riéndose. Y tenía razón, porque no estaba en la televisión, era real, era una cara y una calva blancas, brillando. Arthur se salía a un balcón y, todavía risueño, le arrojaba una chaqueta de punto que caía sobre la cabeza y la hacía desaparecer.

Pero Arthur sabía que seguía allí, que acechaba, que seguía burlándose. Arthur

entraba en el salón, se marchaba al servicio, pero antes de llegar se volvía con el corazón en un puño gritando, "Vete, vete, vete", y no le salía la voz. Se arrojaba sobre el sofá, retiraba la chaqueta, y descubría a un niño desconocido durmiendo. Le cogía del cuello, y quería estrangularlo, sin dejar de gritar sordamente, "Vete, vete, vete". Aquí Arthur se despertó, y todavía alcanzó a oír su último "vete".

CUATRO

Un fin de semana decidió quedarse en Madrid también el lunes. Creyó que era necesario comentar con la empresa que le había contratado determinadas averiguaciones que había hecho en Valencia.

La incertidumbre y la angustia se habían apoderado de los trabajadores de la fábrica. Arthur no entendía un montón de detalles, y pensaba que el privilegiado ejecutivo del consulting podría orientarle. Los asalariados estaban divididos en multitud de bandos; y esto, aunque a Arthur le parecía propio de la naturaleza de sus compatriotas, le inquietaba,

porque observaba cómo partía de maniobras perfectamente dirigidas por el moro-celtíbero.

Creo que es importante que conozcas una serie de cosas le dijo a su supuesto ex compañero de juegos, hijo del director general.

A ver.

Más del noventa por ciento de la producción de la fábrica se vende a un sólo comprador esperó a ver el efecto que causaba al triunfador desde la cuna, pero no advirtió en él el menor gesto. Arthur hizo un esfuerzo por comprender que al tipo el asunto le traía al fresco, mientras que él se había implicado casi emocionalmente.

Me he tomado la molestia de ir al Registro de Sociedades, y creo poder asegurar que los dueños de la empresa que compra la producción son prácticamente los mismos de la que vende, de la misma familia. ¿Te parece normal?

Me parece una jugarreta.

Y a mí. Pero no entiendo por qué se han

arriesgado a aceptar una auditoría. Sabían que acabaría descubriéndose. Es absurdo. Me consta que los españoles son unos viva la Virgen, pero me resisto a creer que esos tipos sean idiotas. Es como si quisieran que les pillaran, como si no quisieran vender la firma a nadie.

Es posible dijo el ejecutivo con los ojos en blanco, pensando algo con rapidez.

Pero, ¿por qué? …insistía Arthur . La inquietud que hay en la fábrica es artificial, yo diría que provocada.

¿La historia de que poseen una alta cuota de mercado es cierta? le interrumpió el triunfador-desde-la-cuna, que seguía dándole vueltas a algo.

Parece que sí.

¿Y las líneas de crédito con los bancos también les funcionan?

Todo parece indicar que sí. Tienen unas magníficas relaciones. Además, tengo la sospecha (en este país todo son sospechas, por cierto, la verdad o no existe o la guardan en una

caja fuerte), tengo la sospecha de que hay determinadas implicaciones políticas en el asunto que, de ser ciertas, podrían costar varias cabezas, al menos en Australia.

Pero no vivimos en Australia. No te debe extrañar que aparezca la política y los políticos por todos lados. Aquí se funciona así. Cuanto más gordos son los peces, más política realizan, pero en la sombra. Compran periodistas, les hacen difundir bulos contra sus oponentes, se inventan empresas e inversiones fantasmas para asustar a la competencia, y juegan fuerte con el poder.

¿Y eso cómo es posible? ¿Nadie trata de impedirlo? Eso es la ruina de todo un país, la arbitrariedad, la ley del más fuerte se pasmaba Arthur, que desde su salida de Singapur no había tenido experiencias de capitalismo salvaje.

¡Quién va a impedirlo! En España se ha puesto a cambiar todo de repente. Las costumbres de los españoles, los hábitos de las empresas. Aquí todos luchan por llevarse tajada de la nueva situación, no quieren perder el tren.

El que pierde el tren se queda en los barrios bajos para siempre.

Pero, ¿no hay leyes para separar lo público de lo privado, para prevenir la venalidad y el cohecho? ¿No hay inspectores de Hacienda?

¡Ay! Si Arthur estuviera allí, caería como un arcángel con su espada de fuego, y descabezaría a algún rufián antes de que le cortaran las alas a él mismo, le arrebataran el flamígero estoque y le molieran a palos . ¿No hay un gobierno socialista?

Desde luego, pero lo disimula muy bien. Afortunadamente.

Bueno, pero ¿qué hay de la auditoría? cortó Arthur, que sentía vértigo ante tantas revelaciones a la vez.

Pues, según mis experiencias y los cálculos que me puedo hacer, las cosas pueden ir más o menos así: la empresa anuncia su absorción por una multinacional norteamericana, y desconcierta a la competencia. Facilita una auditoría. Hace que se descubra el pastel de la venta irregular a un sólo

cliente. La multinacional retira su oferta. Mientras tanto, filtran noticias inquietantes entre los empleados. De pronto, la firma compradora casi exclusiva, deja de comprar. La dirección sigue confundiendo a los trabajadores, puede que hasta provoque una huelga. Al final, declara suspensión de pagos. Cierra, de acuerdo con los trabajadores, a los que promete volver a contratar. Vende la titularidad de la firma o cambia de nombre. Vuelve a abrir y se acoge a todo tipo de subvenciones, y encima se deshace de todos los empleados fijos y deja en la calle a los que hayan sido rebeldes. Luego se pone a vender otra vez, y a ganar dinero.

Pero eso es maquiavélico.

Claro que sí. Pero, en estos momentos, en este país, o eres maquiavélico o te mueres en la cuneta como un perro atropellado. Además, el capitalismo es maquiavélico, Arthur y el triunfador desde la cuna se echó a reír, dando a entender que él no era ningún pardillo.

CINCO

Arthur volvió a Valencia confuso y

deprimido. Habían acordado seguir la auditoría y comunicar las averiguaciones a la empresa americana interesada en la compra por si deseaban suspenderla.

El hispano australiano se sentía a disgusto en su país, al que consideraba una jaula llena de corderos mansos y media docena de lobos hambrientos. A la vez hacía esfuerzos sobrehumanos para no dejarse arrastrar al pesimismo absoluto. Temía, sin embargo, su aislamiento. Esperaba las cartas de Prendergast con ansiedad. "Si sigo así, me terminaré arrojando en brazos de cualquiera". Pero luego, recapacitaba, "Lo que yo necesito es un descanso emocional, desembarazarme de la frustración erótica. Algo transitorio, pasajero, que me ayude a salir adelante".

Pero no sabía cómo hacerlo. Recurrir a la prostitución le parecía un remedio falso. Además, no se atrevía, por asco y por precaución. Y las pocas incursiones, desesperadas incursiones, que había hecho en el mundo de los ligues adultos le habían

desanimado, porque sólo veía mujeres tan angustiadas como él, en tensión, con el alma afilada y cortante, o estúpidos ejemplares capaces de sumir en el abatimiento al más optimista.

Durante el viaje a Valencia se le ocurrió que le convendría hablar con Hernández por ver si él tenía alguna información. Cántaros de agua se precipitaban desde un cielo tan próximo y oscuro que se confundía con el tinte ceniciento de la llanura manchega.

Arthur se sentía de un humor desagradable recorriendo aquellos campos desiertos y empapados sin una aldea en toda la extensión que abarcaba la vista. Por una parte, se sentía atravesando el bush camino de Canberra, después de pasar Berrima y su cárcel-museo en forma de castillo; como cuando iba al encuentro de Teresa.

Por otra parte, invadía su ánimo una sensación antiquísima, una presión melancólica, casi dramática, que debía de dormir en su memoria infantil, de cuando hiciera algún viaje

por la Mancha un día húmedo, influenciado por cualquier suceso fúnebre de los que estaba hecha la vida cotidiana de su país en ruinas.

Este humor bituminoso le hizo modificar la idea de ver a Hernández. ¿Para qué? ¿Para implicarse más todavía en aquel asunto? Su trabajo consistía en revisar cuentas, contrastar asientos contables, repasar balances, y dictaminar si aquello era normal o no. Pero, ¿qué era normal en España y qué era extraordinario? Además, si se citaba con Hernández, éste querría saber datos que Arthur no podía entregarle por deontología profesional. Aunque seguramente mencionar la ética en este país, pensaba Arthur, debe ser como contar un chiste absurdo, un chiste alemán o suizo.

Al final decidió que vería a Hernández. Y como no sabía dónde encontrarlo y no quería preguntar por su dirección en la fábrica, recurriría a Vicenta Guti, la de los ojos grandes, el cabello de princesa y los zapatitos de Cenicienta.

Telefoneó a la Casa de Caridad y le

informaron de que la muchacha iba todos los días por la mañana y salía a mediodía. Arthur entendió que mediodía eran las doce, y se dirigió a la busca de su presa con tiempo de sobra

Sin conocer las direcciones de las calles, anduvo dando vueltas por la zona en busca de aparcamiento. A su izquierda, el cauce del viejo Turia era una ciénaga de basura disfrazada de campo de deportes. A la derecha, tras la tapia mellada de un vetusto colegio, una fachada de edificios decimonónicos, como cuarteles o conventos deshabitados, y algunas viejas casas de vecinos, daban la impresión de ser un fragmento arrancado de cuajo de un libro antiguo y puesto allí caprichosamente.

Supo que estaba cerca de la Casa de Caridad por los racimos de individuos miserables que ocupaban las aceras. Sentados en el pretil del cauce, hombres y mujeres desgreñados miraban con indiferencia el tráfico de vehículos cargados de lujo y de bienestar. Algunos niños correteaban como moscardones

entre la tribu de ciudadanos sin ciudad y viajeros sin destino, que llevaban la casa en un hato o en una manta.

Arthur aparcó en un lugar retirado y se quedó en el coche. Le daba aprensión sentir de cerca a los pordioseros, ex-convictos y prostitutas desahuciadas que hacían guardia en la puerta hasta que les abrieran el comedor. "Sólo me diferencia de ellos que tengo coche y una cuenta en dólares", pensaba Arthur." Por lo demás, soy tan miserable como todos ellos juntos". Así cavilaba el infeliz en su neurastenia.

Al cabo de un largo rato, salió del vehículo para observar mejor. Confiaba que la silueta de Vicenta Guti se distinguiera de aquella morralla de seres humanos.

Por fin la vio. Afortunadamente caminaba en dirección a él. Esperó. Vicenta Guti debió descubrirle a lo lejos. Sin duda estaba acostumbrada a vigilar el camino. Se saludaron.

¿Qué hace usted por aquí? preguntó la chica.

Pues, sinceramente, esperar que

apareciera una chica como tú y me llamara de usted.

Vicenta se rió. Arthur se había acostumbrado a usar un tono festivo impropio de él. Pensaba que ahuyentar el pesimismo con las palabras era un remedio efímero, pero útil, para salir del paso.

En realidad es que me gustaría ver a Hernández. Y como no sé dónde vive, he pensado que quizá tú me podrías llevar.

No está en Valencia. Ayer se marchó a Madrid.

¡Qué contrariedad! dijo Arthur exagerando la intención.

Y ahora, ¿qué vas a hacer?

Pues irme a comer, y pedirte que me acompañes.

Yo ya he comido ahí dentro - dijo señalando con un golpe de cabeza hacia el caserón de piedra.

¿Y se come bien?

Pues sí. Y además, se ahorra. Para lo que

gano...

Vicenta acompañó a Arthur a una casa de comidas cerca de las torres de Serranos, y luego se dio un paseo con él por las callejas insalubres y sombrías del barrio del Carmen. A media tarde descubrieron que seguían juntos, y a Arthur le pareció que se conocían desde la niñez, y que después de muchos años habían vuelto a reunirse.

Arthur descargó sus amarguras en Vicenta con pinceladas de buen humor. Y ella le fue relatando detalles estremecedores de su vida como si contara una película.

Había nacido en un barrio de pescadores de Villajoyosa y con tres años se había mudado a Valencia. Toda la vida la había pasado en barrios que se asoman al mar, entre gente humilde hasta la desdicha. Su padre tenía un taller de carpintería, y trabajaba en él con varios familiares. Una docena de personas vivía en una casita baja de tres cuartuchos y una cocina. Se acostaban todos revueltos, y la vida era maravillosa, salvo cuando llovía y se inundaba la

vivienda. De pronto, el padre empezó a beber, y se volvió alcohólico. A esta afición añadió la de otras mujeres. A partir de entonces la niñez de Vicenta y de sus hermanos fue un camino de duros sobresaltos, no muy diferente del de muchos de sus vecinos.

La madre se marchó con su hermana mayor y con otro chico pequeño, porque no soportaba los malos tratos del marido. Y a Vicenta, a la que reconocían un carácter resistente y solícito, le encomendaron el cuidado del padre. Por la mañana y por la tarde, trabajaba en una tienda. Luego estudiaba formación profesional. Y por la noche hacía el trabajo de casa. Así estuvo hasta que murió el padre de cirrosis.

Vicenta había crecido en un ambiente hosco y fúnebre, y se le notaba en el recelo de sus ademanes. Sin embargo parecía ser una mujer íntegra. Arthur la acompañó a la Malvarrosa y se despidió de ella conmovido. Sugirió que podían quedar para ir al cine algún día, aprovechando una confesión de la chica

sobre su pasión cinematográfica. Vicenta aceptó. Dijo que le llamaría a la fábrica.

Tardó casi diez días en hacerlo. Arthur los pasó con impaciencia. Cada vez que le reclamaban creía que sería Vicenta. Esperaba su llamada con desesperación, ahogado por la angustia de una soledad que cada vez soportaba peor. Mientras tanto, la atmósfera se seguía caldeando en la fábrica. Le dijeron que Hernández había preguntado por él un día que Arthur había salido.

Con Vicenta quedó un domingo después de comer. Le hubiera gustado invitarla a un restaurante, pero ella se excusó diciendo que comía con su familia.

Durante un largo rato, Vicenta y Arthur estuvieron transmitiéndose sus peripecias. Al australiano sin patria, hablar le hacía el efecto de un bálsamo.

Vicenta le contó que vivía con una hermana mayor en un piso de su propiedad que estaba pagando con tremendos sacrificios. Cuando dijo lo que ganaba, Arthur sintió

vergüenza. Pensó que, al fin y a la postre este tipo de personas eran los que habían construido Australia, al huir de la miseria.

Give me men to match my mountains

Give me men to match my plains

Men with freedom in their vision

And creation in their brains.

Recitó las palabras jubilosas de un poeta australiano y se las tradujo, añadiendo que era una lástima que Vicenta no hubiera podido largarse a las antípodas, donde se habría unido a un pueblo de gente libre y valerosa.

(Traedme hombres que escalen mis montañas. Traedme hombres que crucen mis desiertos. Hombres con ojos llenos de libertad, y con la frente limpia y creadora.)

Arthur se sintió preso de una emoción desproporcionada. De pronto, la poesía se había convertido en verdad, el arte se había colocado oportunamente sobre la vida y la había sustituido. Los padecimientos y las frustraciones de los emigrantes no existían. El desierto y sus

alimañas eran un puro decorado. Australia era la tierra del espíritu, donde todo el que llegaba era investido de prosperidad y de belleza. Como en el caso de la pseudo Teresa, la distancia del continente antipódico, su evocación, lo transformaba en algo maravilloso cuya única realidad consistía en ser experiencia estética.

Vicenta Guti se encontraba bien con Arthur aquella tarde. No paraba de preguntarle cosas y de hablarle de su propia vida. A los dieciocho años se había puesto a trabajar de administrativa en una industria. El dueño, un hombre casado, se enamoró de ella. Con él tuvo Vicenta sus primeras experiencias sentimentales y eróticas. Mantuvo con él unas relaciones profundas, pero desesperanzadas, porque él confesaba que no podía dejar a su mujer, una enferma. Por fin, había roto y se había marchado del trabajo.

La vida de Vicenta estaba terriblemente marcada por la tragedia y por la mala fortuna. Arthur se sentía un alfeñique junto a ella, un tipo privilegiado y mimado por la suerte. Vicenta

manifestaba un orgullo arraigado en la desgracia, indestructible. Y a la vez un deseo de servir al desdichado que se veía hasta en su propio trabajo.

Entraron en el cine, y Arthur no pudo aguantar más su emoción, y le cogió de la mano.

En aquel momento, se habría derrumbado sobre ella y habría llorado como un niño sobre sus hombros de palo. Nada habría necesitado más. No era amor, era ternura lo único que pedía. ¡Qué ha sido de tu vida, Arturo, qué ha sido de tu amor! Pero Vicenta retiró la mano. Arthur se vio obligado a endurecerse de golpe, y aunque hizo esfuerzos por comprender la actitud de la chica, sintió dolor hasta en los tuétanos.

La acompañó a su casa y le habló claramente de su frustración sentimental y de su necesidad erótica.

Vicenta dijo que le comprendía, pero que ella también era una persona con carne y sentimientos.

Si alguna vez ha de pasar algo entre tú y

yo, será cuando yo quiera.

Arthur se dio cuenta que la chica no se fiaba, y quería reservarse la iniciativa.

Capítulo 15
LOS CADAVERES SE AGITAN

UNO

"Ninguna ilusión es razonable. No hay ilusión en la vida que no se fundamente en una falsedad. Los ricos y los poderosos no pueden ilusionarse con nada material o legítimo; sus ambiciones se reducen a abusos o a aberraciones. Los pobres y la clase media se ilusionan con cosas imposibles, como ser ricos, jóvenes y guapos. La ilusión se mantiene gracias al engaño. Uno se ilusiona engañándose a sí mismo, y cerrando los ojos, los oídos y la razón a la realidad. Hay ilusión mientras no hay crítica, mientras se elude la lógica."

La filosofía de Arthur se tornaba aceleradamente tenebrosa, que es un adjetivo que se aplica a la lucidez. Sus cartas a Prendergast eran terribles tratados sobre el pesimismo.

Estas ideas le llevaban derecho a la

trascendencia. Arthur empezaba a ponerse teológico, a pedirle cuentas a ese cadáver de Dios que llevaba en el saco de su espalda por haberse muerto y haberle dejado huérfano, por haberse inventado a Sí Mismo y haber creado una porquería de mundo más propia de una mente perversa que indulgente.

"Quizá el Dios del que nos han hablado los curas y los catecismos", pensaba Arthur,"sea en realidad un Pobre Diablo. Sólo un loco puede crear un mundo y unas criaturas inocentes, ponerlas a prueba y castigarlas, por mera curiosidad."

Lamentaba que Dios fuera un cadáver. Le habría venido muy bien Dios. Un Dios clemente, es obvio. Pero ese Dios parecía cada vez más lejos del planeta Tierra, después de abandonarlo lleno de horror al descubrir que había metido la pata nada más crearlo, al final de la primera semana.

Arthur pensaba que lo lógico era no tener ilusiones, aunque también era insoportable. Porque hacer depender la vida de las ilusiones

era como admitir que la vida es dependiente de una sobrenaturaleza tan estúpida como para necesitar el sufrimiento de seres mortales creados por capricho suyo. "Admito ser producto de la casualidad, pero no del humor extraviado de ningún espíritu."

Agobiado por estas obsesiones, sufrió una nueva crisis de angustia que le dejó el ánimo molido. Se sentía al borde de la muerte, como si la muerte le acechara a la espera de un descuido. Sólo le sostenía el instinto. "Pero, ¿qué es el instinto de vida sino la manifestación más evidente del espíritu?" Esto se lo dijo un día Prendergast por teléfono para animarle.

¿Por qué no vuelves?

¿A dónde? preguntó Arthur con la sensibilidad hecha unos zorros y mirando fijamente al auricular por si salía el elixir de su amigo entre los agujeritos.

A ti mismo. A Australia.

Quizá. Dudo que aguante aquí mucho.

En estas se hallaba, cuando Vicenta Guti le

invitó una noche a cenar para celebrar su cumpleaños. Arthur pasó la tarde recorriendo cientos de tiendas de ropa hasta decidirse por un jersey de colorines.

Vicenta se había empeñado en invitarle, y Arthur consideraba el gesto un crimen, más bien un suicidio. Le costaba admitir que era parte del orgullo de la chica, de su generosidad consecuente hasta el final, que podía llegar a quedarse sin un duro a mediados de mes.

Se metieron en un restaurante construido dentro de un viejo palacete del barrio del Carmen. Les sirvieron una cena insípida en lo alto de un rincón que había sido antes el rellano de una escalera. Arthur le entregó el jersey, y Vicenta dijo que tenía algo para él, pero que no se lo enseñaba todavía.

¿Cuándo? preguntó Arthur.

Cuando yo quiera.

Arthur se preguntó si habría alguien cuerdo en este mundo.

En los postres, Vicenta, que se había

puesto una falda y una camisa de raso, y estaba hermosa, metió la mano en su bolso y sacó un paquetito. Quizá un frasco de colonia, pensó Arthur, y fue a cogerlo.

No lo abras, ¿eh?

Pero, ¿por qué?

Arthur sintió ganas de levantarse y largarse, cansado de aquel orgullo misterioso. Pero mientras tuviera a Vicenta cerca estaba con alguien, y no asediado por la soledad y los fantasmas, que cada vez se movían más en el saco de su conciencia.

Por fin, Vicenta le dejó desenvolver el paquete, y apareció un feo muñequito de los que venden en las tiendas de regalos con la excusa de que son simpáticos. Llevaba un palito en la mano y, pegado a él, una inscripción que Vicenta había tapado.

No le quites el papel.

¿Y cuándo me dejarás hacerlo?

Cuando llegue el momento. Cuando yo lo diga.

Arthur lo imaginó: al dejarla en el portal de su casa, le daría un par de besos en las mejillas, y le enseñaría la inscripción: "Eres muy amable, pero déjame en paz", o algo así. Arthur tenía prisa por acabar. Quería acabar con todo cuanto antes. Calculaba que la auditoría le llevaría una semana más. Luego se marcharía a Madrid a hacer el informe, y luego...¿Y luego?

¿Por qué no vamos a tomar algo a algún sitio? propuso Cenicienta.

Arthur estaba hecho polvo, pero accedió. Condujo hasta la Malvarrosa, donde todavía había bares de playa abiertos como si la temporada en Valencia fuera perpetua.

Desde las naves de ladrillo en las que empieza el puerto, hasta el emisario de la acequia de Vera con su torre en forma de embudo, el litoral habitado de Valencia se divide en dos mundos: el de la juerga, el despilfarro, la charanga, el alcohol de garrafa y las copas de helado con bengala echando chispas; el de las pistas de patinaje, las junglas domesticadas con fuentecillas y puentes de madera sobre arroyos

de artificio, la sofisticación y las chicas disfrazadas de practicantes de la disciplina inglesa y echadas en hamacas: un mundo de mentira. Y otro mundo de verdad, de contrastes violentos en el que se arraciman los pobres de necesidad, las tribus de gitanos y los heroinómanos que pasean por las calles como un decorado de zombies; un mundo con residentes de varias generaciones, devotos del Corpus, la Semana Santa y el sacrosanto despiporre para celebrar la existencia de Dios y de sus criaturas, que son hijos de pescadores disfrazados de legionarios romanos, de Salomés pechugonas, de Pecados Capitales, de tenderos, carniceros, zapateros, encargados de taller de reparaciones, dependientes de tienda de electrodomésticos, señoras Lolas que te abren la panadería a las tres si se te ha olvidado comprar la barra de cuarto, de estibadores soñolientos a la espera de que la gallina ponga un huevo, de decepcionados militantes de asociaciones de vecinos cansados de decir que nos lo roban, que nos lo tiran, que si no nos plantamos nos echan

del barrio, y de ciudadanos honrados que no quieren saber nada más que de su familia, la tía Consuelito y la *paella que mos farem el diumenge en la caseta de l'Horta*.

Aquellos barrios marítimos le daban a Arthur la impresión de ser las ruinas de un tiempo que ha sido declarado idílico en relación al nuestro. Le parecía una sociedad primaria, instintiva, de vida incierta, pero ilusionada. Esto era así en comparación con Madrid o con Sydney, donde lo evidente es la monotonía, la regularidad, la vida inerte, la frustración de las ilusiones por la rutina.

También comparaba Arthur a aquellas gentes, como Vicenta o Hernández, consigo mismo. Él era un individuo sin raíces, en constante movimiento, físico y moral, asolado por el ritmo enloquecido de una edad de ruinas; mientras que los habitantes del barrio habían nacido, crecido y seguían viviendo en él mientras les dejaran. Las ruinas habían afectado a la ciudad marítima de otro modo, y en ella sólo podían reconocerse restos de una población.

Restos humeantes. Pequeños negocios y edificios indiferentes al destino que los grandes especuladores habían fijado para ellos: delincuencia, degradación, destrucción. Pero restos donde la vida aguantaba heroicamente. Vicenta parecía infatigable. Pidió que se fueran hacia el Saler. Y cuando estaban cerca del puertecito deportivo que antes había sido pesquero, preguntó.

¿Estás cansado?

No, qué va dijo Arthur dispuesto a ser amable hasta el final.

Es por si me quieres invitar a un café en tu casa.

Arthur estaba confundido, pero fue cortés. Subieron a su casa y se hicieron un café que garantizaba una noche en blanco. Y al dejar su taza vacía sobre la mesita, Vicenta dio permiso a Arthur para leer la inscripción. El australiano se sentía decepcionado, y se le ocurrió que tenía derecho a hacer una petición a Vicenta.

Antes, déjame que te bese por primera y última vez.

No, lee la inscripción.

¡Qué chica más terca! Arthur quitó el papelito y leyó: "Bésame, te necesito".

Le conmovió el sentimentalismo de aquella mujer insignificante pero dura como una roca y la abrazó con cariño.

Era la primera vez en muchos meses que Arthur hacía el amor, y la aprovechó. Al fondo sonaba una cinta de Tina Turner cantando blues. Las sucesivas veces que Arthur y Vicenta hicieron el amor, ella pedía que le pusiera aquella música que a él le recordaba el hombre en la luna, guerrilla en el Ulster, y le sabía a té de Ceilán y a pastel de carne recalentado. Arthur no entendía que pudieran conciliarse en un ser humano tanta resistencia y tanto sentimentalismo.

Al amanecer volvieron a unirse. Y después de esta última fase de pasión, haciéndose caricias en el lecho, Arthur se sintió obligado a pedir cuentas de sí mismo.

¿Lo has pasado bien?

Muy bien.

¿Has gozado?

Mucho.

¿Cuántos orgasmos has tenido?

Ninguno.

¿Qué?

Ninguno. Nunca he tenido orgasmos.

Arthur, que creía haber salido aquella noche del pozo de pesimismo en el que había ido sumergiéndose durante las últimas semanas, sintió que se precipitaba todavía más abajo. Pensó que Teresa Muñoz no debería ser una mujer como las demás mujeres, o que él era un marciano.

DOS

Un par de días antes de acabar la auditoría, Humberto Tiépolo le transmitió que el gerente quería decirle algo.

Pues que me lo diga contestó Arthur, que había notado una tensión especial en la fábrica.

Es que quiere que vaya a su despacho.

Ya iré cuando tenga tiempo.

Hay una asamblea en los talleres - dijo Humberto.

¿Por qué?

Quieren que se les informe de lo que está pasando.

Al cabo de un rato apareció el Pernales.

Señor Oliver, me gustaría hablar un momentito con usted.

Oliver le acompañó al despacho de mala gana.

Se han vuelto locos.

¿Quienes?

Los trabajadores.

Arthur no hizo ningún comentario. Fingió estar tranquilo, quizá porque intuía una trampa de aquel individuo, y no quería darle ninguna ventaja.

Dicen que vaya usted a informarles de la auditoría.

Arthur sabía que aquello era una mentira. Pero no quería enfrentarse al embustero.

Recelaba que Pernales estuviera buscando un escándalo con él para echarle algún muerto.

Hasta mañana no acabo y se dio media vuelta.

Aquel individuo tenía una habilidad especial para enredar las cosas, y había encontrado una excusa excelente en la auditoría para pasarle la responsabilidad a Arthur, como si tuviera algo que ver con lo que estaba ocurriendo. El celtíbero era un fino perceptor de la psicología ajena, y había captado el ánimo revuelto de Arthur. Se le había ocurrido que podía echarlo de pasto a los tiburones.

Esta gente es capaz de pegarle fuego a la fábrica. Son verdaderos tiburones decía el mánager fingiendo preocupación.

Se ha equivocado usted de continente, Pernales. Los tiburones están en Oceanía, y por lo general no atacan si no tienen hambre se lo dijo en un tono insinuante. Hizo una pausa, y lo cambió a otro muy seco . Usted sabe que yo no voy a hablar jamás a una asamblea ni de tiburones ni de corderos manipulados, porque

no es de mi incumbencia.

Y se largó. Arthur estaba asombrado de la osadía y la capacidad de mixtificación del de Sierra Morena. Pensó que si quería escapar de su acoso, tendría que hacerse una idea de lo que fraguaba. Aquella noche se fue con Vicenta a buscar a Hernández a su casa.

Su mujer les dirigió al bar siniestro, donde el sindicalista jugaba una partida de dominó siempre que podía.

¿Qué es lo que está pasando en los talleres? ¿Han dicho algo sobre la auditoría?

Nada especial dijo Hernández . Todo son rumores sobre que si la empresa va a cerrar, que si se han quedado sin créditos...

Pero vosotros no podéis basar ninguna acción sobre rumores.

Ya lo sé. Lo que quieren es que saltemos.

¿Tú vas por la fábrica? - preguntó Arthur inquieto.

Pues poco. Eso lo lleva ahora Devís. Ha

pedido una reunión del comité de empresa con la dirección, pero no le contestan.

¿Y tú no puedes hacer nada?

¿Qué voy a hacer? Bastante tengo con frenar al personal

No sé. Tu sindicato. Alguien que hable con el mánager.

Hernández estaba evasivo. Arthur se daba cuenta de que desconfiaba de él, de que no tenía claro en qué bando estaba. Y hacía bien, porque Arthur decidió acabar la auditoría y quitarse de en medio.

Aquel fin de semana lo pasó en Valencia. Vicenta le había dicho que irían a la inauguración de una pizzería de unos amigos suyos.

Los amigos resultaron no tener nada que ver con la pizzería. Era una pareja que vivía en el piso de arriba del negocio, y que se habían puesto a ayudar voluntariamente a un italiano y a una gallega que se habían hecho cargo del restaurante hacía poco.

Se trataba de un bar con mala fama, un refugio de camellos y de drogadictos de la zona. El italiano había pensado en invitar a cerveza a los vecinos para cambiar la imagen del negocio. Los amigos de Vicenta le ayudaban a servir cañas y a asar chuletas en la puerta.

Arthur acudió con el ánimo por los suelos. Sentía que la relación con Vicenta era algo extravagante. No quería reconocer que el afecto que sentía hacia ella era de una naturaleza poco parecida al enamoramiento, y que sólo se aferraba a ella porque era un ser humano valioso y sensible.

Pero como ya no tenía nervios y sólo se debatía en categorías lógicas, se había convencido de que todo enamoramiento es una ficción, y creía que debía de mantenerse con Vicenta por puro instinto de conservación. La soledad le aterrorizaba.

Era la misma necesidad que había tenido dieciocho años atrás en Inglaterra, primero con la yugoslava de morritos porcinos, y luego con la profesora de Bristol, con Eileen. Pero la

diferencia eran esos dieciocho años, en los que el saco de su conciencia se había ido llenando de cadáveres. Y de repente, habían empezado a bullir, como si quisieran resucitar todos de golpe y llevarse con ellos a Arthur a un mundo intermedio entre la vida y la muerte, al mundo de la demencia.

Cerca de la medianoche se retiró con la sensación de ser, una vez más, un hombre afortunado. Los amigos de Vicenta pertenecían a la escoria emotiva y hasta material de una sociedad que sólo admite a triunfadores. En la Malvarrosa y en el Cabañal no podían vivir muchos triunfadores. Hernández sostenía que la degradación del barrio era deliberada, para hacer huir de él a la gente sensata y entregarlo en las manos de los especuladores.

La pareja que habitaba encima del bar estaba compuesta por un marinero de Huelva que se había escapado de su casa dejando una mujer de dieciocho años y dos criaturas, y una chica recién separada de un músico calavera, la que acompañara a Vicenta Guti a la fábrica en

busca de trabajo. Vivían en un piso que a Arthur le produjo una impresión miserable, al parecer con los hijos de ella.

El italiano de la pizzería era de Génova y no hacía más que beber y enseñar a Arthur un album de fotos de sus andanzas por Alemania. La gallega, su mujer, hacía raras confidencias a Vicenta. Luego, Arthur supo que le estaba suplicando que no se marcharan, que no la dejaran sola con el marido, porque la emprendería a palos con ella, para descargar la tensión y traspasarle la responsabilidad de su fracaso, de no ser un triunfador con una cadena de trattorias a lo largo y a lo ancho de la República Federal.

Por la acera paseaba, sin retirarse mucho del restaurante, un individuo mayor con abrigo que parecía tener cierto parentesco con una chiquilla de cuatro o seis años. La niña jugaba con los desaforados hijos de la amiga de Vicenta. Se le notaba timidez, y al tiempo un raro dominio de sí misma. Al final, Arthur supo que era también italiana. No tenía nada que ver con

los dueños del restaurante. Era hija de la amante de aquel tipo del abrigo, al parecer un médico. El hombre paseaba impaciente a la espera de la hetaira, que había ido a un club a sacar unos duros. Vivía el trío en un piso de la Malvarrosa desde hacía una semana, recién llegados de Milán.

Igualmente supo Arthur por medio de Vicenta que el marinero y la chica llevaban varios días peleados, y que la exmujer del músico había decidido dejar también al marinero, porque le engañaba con otras hembras a las que traía al piso, mientras ella se dedicaba a limpiar casas y oficinas.

Arthur hacía tremendos esfuerzos por aproximarse a aquellos seres humanos que parecían muñecos rotos. Pero sentía una repugnancia invencible. Veía cómo Vicenta era capaz de sobreponerse a toda la ruindad de aquella vida, de flotar por encima de ella sin mancharse. Admiraba su fortaleza, y le preguntó con tacto por qué no había huido de toda esa sordidez, y se había abierto camino en otro

barrio, entre individuos como ella, simplemente normales, más o menos enteros, por qué no eludía aquellos hachazos demoledores de la existencia que podían acabar derribándola a ella misma.

Porque es mi gente dijo Vicenta con toda sencillez, pero con visible orgullo.

Arthur se había quedado a dormir en la Malvarrosa. Sentía a Vicenta a su lado, encogidita en la cama estrecha, con calcetines en los pies porque era muy friolera. Podía contar todas sus costillas. Le parecía excesivo su abnegado sacrificio. Le parecía casi mórbido. De pronto, se le hizo un nudo en la garganta y comprendió. Era solidaridad. Solidaridad pura.

La abrazó emocionado y buscó su cara con la boca. Vicenta creyó que le pedía amor, y se entregó. "¿Qué es lo que me entrega esta mujer?", pensó Arthur."Si ya lo ha dado todo a los demás. A lo mejor por eso no tiene orgasmos."

TRES

Arthur pasó una semana en Madrid

redactando el informe, dominado por un sentimiento de culpabilidad anticipado. Sabía que con Vicenta no iba a durar mucho, pero no quería reconocerlo porque era lo único que le mantenía en equilibrio, y se aferraba a ella como a un clavo. Anticipaba los remordimientos del abandono, añadiéndolos al dolor de repasar los fracasos sentimentales de toda su vida.

Teresa Muñoz se había transformado poco a poco en una especie de recuerdo momificado. Ya no le hacía daño pensar en ella. Se había convertido en un callo de su memoria. Ahora era Laura la que aparecía en su imaginación. La veía sufrir y derramar su dolor sobre sus hijos.

Vicenta también se daba cuenta, quizá porque al haberse quedado Arthur sin nervios, sin defensas emotivas, era un ser de conciencia traslúcida para los demás.

Un radiante día de fiesta de primeros de diciembre, quizá el día de la Constitución, se encontró en la playa de la Malvarrosa a Hernández con otro tipo de la fábrica, que le fue presentado como Devís. Se fueron a un

chiringuito a tomar unas cañas.

¿En qué ha quedado todo? quiso saber Arthur.

Igual contestó Hernández.

Pero, ¿hay algún problema nuevo? ¿Algo así como descenso de las ventas?

¿A los americanos? dijo Devís.

No, la producción.

Pues no sabemos. El gerente estuvo hablando con mi jefe Hernández llamaba jefe al tipo de piel oscura.

¿Y?

Era verdad que querían provocar una huelga desde la dirección. Pero han llegado a un acuerdo.

¿Quiénes? preguntó Arthur intrigado.

Mi jefe y el gerente. Mi jefe le ha convencido de que no es necesario provocar un conflicto, de que se pueden arreglar las cosas.

¿De qué modo?

Más o menos como quiere la empresa, pero sin traumas. Reducción de plantilla sin

llegar a la suspensión de empleo. Despidos concertados. Con la promesa de que serán los primeros en contratar cuando sea necesario.

Contratos temporales, ¿no?

¿Lo sabías?

No. Pero aquí se aprende rápido. ¿Y tú que piensas de todo esto?

Me tengo que joder. Así son las cosas ahora. Pero esto no puede durar mucho tiempo así.

¿Quieres decir que te quedan esperanzas para cambiar el mundo? ¿La revolución?

Hernández se rió y pidió otra caña. Se habían sentado en un chiringuito de la playa y bebían cervezas. Al fondo, dentro del mar, pero muy cerca de la orilla, se veía el perfil oscuro de los rastrilladores de tellinas, que pasaban la mañana metidos en el agua hasta la cintura para sacar unas pesetas. Devís bebía vino, y quizás había empezado las rondas bien temprano, porque se le estaban poniendo los ojos

chispeantes.

La revolución es una gilipollez dijo de pronto . La revolución es poner igualdad y equilibrio en la sociedad. Y eso no llegará nunca.

Vicenta le miró con sorpresa, quizá porque creía en el paraíso terrenal.

El socialismo es una utopía continuó Devís, que era un tipo fuerte, con una barbita rubia en punta y la frente en forma de globo . Y el comunismo una perversión. El remedio es la acción directa. Se quedó en suspenso, como si la acción directa hubiera dejado de ser un remedio . Pero la violencia sólo ocasiona destrucción. Cuando los que querían el poder para el pueblo dan la vuelta a la tortilla, se quedan con el poder para ellos solos. No hay salidas colectivas su acento era de desolación.

Tú sí que estás diciendo gilipolleces comentó Hernández sin dar mucha importancia a su amigo.

¿Por qué? dijo Devís La única solución es la individual. No queda más

remedio. Hay que valerse de todo. ¿Quién te ayuda? ¿El sindicato? ¿La Constitución? ¿Los compañeros? Promételes un duro más y trabajo para un pariente, y ya se ha acabado el compañerismo.

Estás *quemao* volvió a decir Hernández en el mismo tono.

Aquí no hay más salida que el egoísmo en plan salvaje o la política. Para los que no tenemos renta, en este país no hay otra forma de subir que la política.

¿Y por qué no empleas tu iniciativa en objetivos más modestos, más a tu alcance personal, ya que entiendes que no hay soluciones colectivas? Montar un negocio, estudiar para cambiar de profesión... yo qué sé apuntó Arthur.

¿Iniciativa personal? dijo con voz burlona Devís . Aquí, si no eres millonario, o te conviertes en un tío sin entrañas para hacer negocio con los demás, o te metes en política. Y si no, te mueres de asco. Te lo digo yo.

Al australiano (había decidido ya olvidar

su país de nacimiento) este panorama le parecía una perversión. La política y los intereses partidistas parecían ser la única moneda. Para encontrar trabajo había que tener amigos influyentes; para prosperar no servía la valía personal sino la fidelidad a alguien que representaba una causa artificial y ajena, que todos aparentaban venerar, pero que cada uno interpretaba según su interés.

"Es lógico que los españoles desconfíen de la vida pública. En este país sólo hay una forma de realizar la ambición de mejorar: conspirando". Esto le dejaba horrorizado. Había una confusión total entre lo público, que debe hacerse a la vista de todos y en beneficio de todos, pero que se hace a escondidas, y lo privado, que estaba regulado por unas leyes a las que nadie hacía caso. Una sociedad más mafiosa que la italiana, porque no necesitaba ninguna mafia.

La idea venía a resumirse así: "Lo que es de España, es de los españoles, y por lo tanto quiero lo que me toca; y lo demás, también

puede ser mío, así que, si los demás no se enteran, me lo quedo; aquí, el que más manda es el que más puede y más sabe".

"Pero, ¿qué es de España y qué es mío?", se preguntaba Arthur. Entonces veía claro qué partido era el partido. Sólo había un partido, el de cada español con ambición.

Los partidos legalmente inscritos eran una mera superestructura, no se parecían en nada a los partidos de una sociedad democrática normal, eran un reducto de caciques, de "jefes" a los que había que rendir obediencia (estar a lo que te se diga) para obtener algo tan simple como un empleo o realizar el derecho más elemental de un ser humano, que es prosperar hacia una vida digna.

Vicenta daba muestras de aburrirse con esta conversación. A Arthur esta actitud le parecía una muestra significativa de la postura de los españoles decentes ante la política: indiferencia y disciplina democrática.

"¿Por qué tendrá este pueblo pacífico tan malos gobernantes?", se preguntaba Arthur.

"Quizá porque es pacífico, porque se deja, hasta que estalla y se convierte en una máquina de reparar la injusticia a tiro limpio".

Arthur carecía de conocimiento de otras experiencias, y aplicaba la razón práctica de su experiencia española a todos los países no protestantes. Ignoraba que la ideología es una costra, un caparazón bajo el que se oculta una realidad muy parecida en todas partes, con las únicas diferencias de desarrollo económico y de costumbres procedentes de la vieja religión y una filosofía mundana basada en ella. El australiano se había dejado absorber por la fantasía de la superioridad anglosajona. Tardó décadas en caerse del burro luterano y calvinista. Pero eso pertenece a otra novela.

CUATRO

Vicenta Guti le presentó a su familia, y Arthur pudo observar que eran de la misma pasta que ella, tipos de una honestidad a toda prueba. Suponía que aquellos deshechos que pululaban por los barrios marítimos serían, en el fondo, seres humanos parecidos a Vicenta y a

su familia, pero menos fuertes.

Arthur no se encontraba a gusto en aquel ambiente, aunque a veces pasaba ratos hermosos por aquellas calles de casas bajas con fachadas imaginativas, con balcones de forja afiligranada, paredes de baldosas de colores, macetas en las terrazas y vecinas sentadas a la puerta en una silla de enea. Se imaginaba un mundo sin intereses torcidos, como el que se vive en la infancia, y provocaba en él una nostalgia rara, como si hubiera nacido en la Malvarrosa o El Cabañal y le hubieran sacado de él violentamente, y devuelto a un barrio amenazado por la miseria y los bulldozer.

Se le ocurría que podría ir apartando a Vicenta poco a poco de allí, no para llevársela consigo, sino para separarla del peligro de volverse una víctima más de la injusticia.

Le proponía que estudiara, le regalaba libros que ella aceptaba con agradecimiento, pero que abandonaba en una estantería y olvidaba enseguida.

También hizo el intento de comprarle

ropa, pero ella se negó en redondo. Muy seriamente advirtió que lo suyo debía venir de ella, no de los demás.

Un día, Arthur recibió una sorpresa que le volvió loco de alegría. Prendergast pasaría por Barcelona próximamente. Viajaba desde Sydney a Zurich, donde asistiría a una reunión internacional. Y antes de partir para Londres podía bajar hasta Barcelona, donde tenía unos viejos amigos. Proponía a Arthur reunirse con él las horas que pasaría allí.

Cuando Vicenta le dijo que tenía esas jornadas libres, sin dudarlo, la invitó al viaje.

No, que yo no conozco a tu amigo decía ella.

Tampoco yo conocía a tu familia, y hasta duermo de vez en cuando en tu casa.

Pero es que hablaréis en inglés, y no me enteraré de nada.

Hagamos una cosa. Te vienes conmigo. Pasamos un día juntos en Barcelona, luego yo me voy a comer con Prendergast, y después nos

volvemos a Valencia.

Vicenta aceptó. Se instalaron en un hotel de la Rambla de Cataluña, y Arthur llevó a Vicenta a todos los museos abiertos en una jornada extenuante. En el de Picasso, Vicenta sacó su instinto realista.

El mundo no es así. Este tipo debía estar como una cabra.

Eso es lo que tú te crees.

A Vicenta le gustaban los impresionistas, pero sobre todo los académicos.

Se empeñó en invitarle a comer, y Arthur no tuvo más remedio que admitirlo.

Al día siguiente estaban los dos fatigados, aburridos. Arthur se daba cuenta de que sólo podía hablar con Vicenta de ciertos temas en un tono doctoral, pedagógico. Al principio le hacía sentirse muy ufano, pero pronto esta satisfacción se transformaba en hastío. Además, notaba que a Vicenta este mundo de sofisticación le parecía inmoral en relación con el de su barrio, y lo rechazaba.

De pronto, Arthur notó que echaba en falta a Laura. No deseaba ni su cuerpo ni su espasmódico cariño. No era una necesidad de afecto lo que sentía, sino de normalidad, de comunicación. Se daba cuenta de que había llevado durante meses una vida anormal, de que había provocado su propia reclusión en una cárcel, su país, de la que había salido muchos años atrás. Pero ya tenía suficiente, necesitaba descansar, necesitaba rutina, un medio ambiente propio. Arthur estaba flotando sobre la nada.

Marchó al aeropuerto a mediodía. La idea era comer con Prendergast y sus amigos y despedirle otra vez en el aeropuerto. A las cinco y media estaría de vuelta en el hostal, recogería a Vicenta y se irían al cine.

Vio aparecer a su amigo por la salida de internacional y se echó sobre él como si se arrojara a una tabla en mitad de una tormenta. Por primera vez en mucho tiempo se sentía al lado de algo personal, antiguo, propio.

¿Y tus amigos? le preguntó al ver que no aparecía nadie más.

Vamos a su casa. He podido retrasar el vuelo a otro de última hora.

En el taxi, Arthur notó que Prendergast estaba incómodo.

¿Quieres que paremos un rato en el centro? le dijo Arthur.

La verdad es que tenemos tiempo, porque me han dicho que comeríamos a las tres. ¿Aquí se come o se cena a esa hora?

Aquí se come siempre. Te voy a invitar a un aperitivo.

Arthur se lo llevó al puerto, y pasearon hasta la Barceloneta. Cerca de la estación del Norte, se metieron en un bar al lado de un supuesto bazar canario. Prendergast decía que aquello le recordaba vagamente a Singapur.

Será por el mar apuntó Arthur.

No lo sé se quedó mirando a la lista de precios, que para él era un jeroglífico . Arthur, hay algo que debes saber.

A Arthur se le puso el corazón en un puño. Prendergast le tranquilizó. Laura había

sufrido un colapso nervioso y se recuperaba mal.

Si no tienes otra cosa mejor que hacer, convendría que pensaras en ayudarla.

Volviendo.

Ni más ni menos. Eres el único que puede echarle una mano.

Esa es mi cruz. ¿Acaso yo no necesito ayuda? ¿Quién me ayuda a mí?

Prendergast se quedó mirando a un negro altísimo, metido en una gabardina a cuadros y con sandalias, que llevaba una caja de herramientas en la mano. Era el quinto que veía en su recorrido por el paseo de Colón. Pensó que saldrían de una fábrica.

Un día me contó algo patético que no sé si tú sabes.

Sé muy poco de Laura. Que es irlandesa y que se ha pasado la vida sufriendo, igual que otros se la pasan borrachos.

Poco antes de salir de Belfast, la asaltó un individuo en una parada de autobús una

mañana temprano.

Sí. Me lo contó a poco de ponernos a vivir juntos. Tenía miedo al sexo. Debió ser una experiencia muy dura, pero al fin y al cabo tuvo suerte.

¿Suerte?

Sí, logró quitárselo de encima.

No. La violó.

Arthur se sintió un miserable, como si hubiera sido él el sádico. Laura le había ocultado durante años la verdad completa, le había contado solamente una parte. Era lo que había hecho siempre. En ese momento supo que volvería.

Voy a volver. Pero no sé si más por mí que por ella.

Los amigos de Prendergast vivían en lo más alto del barrio de San Gervasio, en una casita cercana a la estación del funicular al Tibidabo. Aquellas cuestas pavimentadas con árboles en alcorques, aquellos barranquitos llenos de matorrales, los propios chalés con sus

jardincitos, provocaron en Arthur una rara sensación de familiaridad.

Es como si ya hubiera estado aquí alguna vez dijo Arthur Y solo he visitado Barcelona siendo niño, con mis padres. Y no recuerdo haber subido al Tibidabo.

A mí me pasa lo mismo dijo Prendergast, y Arthur empezó a temer en algún fenómeno de metempsicosis ¿Sabes por qué?

No.

Porque esto es clavado a North Sydney. Es igual que Crows Nest Road, pero sin Berry's Bay.

¡Es verdad! Es como si estuviera anticipando mi vuelta.

Exactamente así.

Arthur pensó si Prendergast no habría estado antes en Barcelona, para prepararle aquella escena deliberadamente.

Los amigos de Prendergast eran unos australianos que tenían un negocio de náutica. Gente franca y optimista que se había adaptado

a la jungla ibérica

Arthur resumió sus conclusiones sobre la vida nacional, y se ayudó de los australianos como contraste. Más o menos coincidían con él, pero sin su pesimismo, porque eran auténticos protestantes y tenían fe, no eran conversos.

Yo tengo la impresión de que en España se ha puesto a mandar una raza nueva dijo Arthur refiriéndose al bárbaro Pernales . Son tipos sin formación, de clase baja, que han aprendido a subir sin dejarse detener por los escrúpulos. Algunos se han cultivado, más por contagio que por voluntad. Son tipos intuitivos, hábiles, ferozmente realistas, con una tremenda capacidad para sintetizar sus experiencias, y con un desprecio absoluto hacia los que se quedan tirados en el camino. Esta es una sociedad cruel

Los australianos no estaban de acuerdo. Para ellos España era un país culto, pero con un sentimiento cívico muy débil, individualista y gregario a la vez.

Esos tipos existen, pero no son tan listos como usted cree argumentaban . Toda su

sabiduría está en situarse en un camino, y en dejarse arrastrar. Están siempre supeditados a alguien, su ambición consiste en su sumisión. Carecen de voluntad propia. Aquí mandan los de siempre, los que en todas partes.

Sí, es verdad. Están a lo que se les diga.

Ni los australianos ni Prendergast, que también lo era, por cierto, entendieron la idea de Arthur, porque la había dicho en castellano. Y por más que se esforzaba, no encontraba una traducción al inglés de "estar a lo que se le diga a uno".

Esto sólo pasa en España y quizá en algún país latino más dijo por fin.

Salieron a la calle después de comer y dieron un paseo hasta el funicular. Lo tomaron, y subieron al Tibidabo a ver el espectáculo de Barcelona asfixiándose en su tapadera de mierda gris.

Yo soy un egoísta acérrimo comentó Arthur a Prendergast . Pero inconsecuente.

No sabía yo que eras así dijo el que

había sido gordo.

Sé que el mundo carece de orden, que ninguna fuerza sobrenatural juzga nuestros actos, que el poder del dinero y de las armas determina la estabilidad social.

Prendergast tenía la vista puesta en las agujas de la Sagrada Familia, luego fue recorriendo con los ojos la ciudad hasta darse un golpetazo con el barrio de Hospitalet, que se le antojó una colonia penitenciaria. Arthur seguía echando su perorata.

Sé que sólo el azar decide la prosperidad de un individuo que no ha nacido rico. Que la ambición, el egoísmo, la picaresca, la agresividad, la habilidad en el arte de la falacia son los valores más apreciados de una sociedad de masas que se engaña a sí misma con la promesa de hacer ricos a los que lo merezcan y sepan ganárselo.

Prendergast le miró, esperando la conclusión de aquel discurso nihilista.

Sé todo esto. Y tengo algunos medios para hacerme valer en esta carrera de locos

hacia la fortuna. Pero no me lanzo. Debo de ser un tipo de poco carácter.

¿Y yo qué soy? ¿Un marciano? soltó Prendergast

Cuando Arthur quiso darse cuenta eran las siete y había anochecido. Se despidió de todo el mundo, y prometió a Prendergast ir a Sydney antes de Reyes.

¿Eso qué es, Reyes?

Father Christmas.

Entonces, ¿cuándo vuelves?

A Prendergast le había impacientado aquel país de costumbres y tradiciones desproporcionadas.

Hacia finales de enero. Tengo que ir primero a Alemania a vender el coche.

Al llegar al hotel se encontró a Vicenta de punta en blanco mirando la televisión con cara de irritación en un salón vacío y en penumbra. Sintió una cruel alegría. Estaba decidido a acabar aquella misma noche. Vicenta le recordó que habían quedado en ir al cine, y que eran las

nueve de la noche.

Perdóname. No me he dado cuenta de que pasaba el tiempo. Me han hablado de mi familia.

Escúchame una cosa y Vicenta le miró con formalidad . No quiero ser un obstáculo entre tú y tu familia. No quiero hacer daño a nadie.

No lo estás haciendo. Quizá es que necesitaba que me prestaran atención.

Yo te he prestado atención. Te he hecho mucho caso.

El rostro de Vicenta era desafiante y manifestaba un dolorido reproche.

¿Y ya no?

Estoy confundida. Me confundes. No sé qué quieres de mí.

Arthur estaba a punto de decir que él tampoco. Pero se salió por la tangente. No tenía derecho a afligir a aquella muchacha.

Todas las mujeres con las que he intimado me dicen que les confundo, que les

causo ansiedad.

No necesitas recordarme que has intimado con otras mujeres. Supongo que yo soy una más.

Nadie quiere ser uno más. Todo el mundo quiere ser el único, el exclusivo, y tener las cosas claras.

Perdóname. Arthur se acomodó en un sillón al lado de Vicenta, pero sin llegar a tocarla. En el salón no brillaba más luz que la de la televisión, que se desparramaba sobre el mobiliario y las paredes enmoquetadas cambiando de intensidad en cada escena . No lo hago adrede. Me sale así. O soy un ingenuo o soy un egoísta.

Quizás un egoísta.

Todos somos egoístas, Vicenta. Arthur se sorprendía de no sentir en ese momento ninguna emoción especial, contemplaba el sufrimiento de la muchacha como si viera una película. Pero sabía lo que iba a ocurrirle al cabo de unas horas, el malestar, la culpa que iba a resucitar todos los cadáveres de su saco . Yo

solo deseaba hacerte feliz.

Vicenta encogió su cuerpo menudito, cruzó las manos sobre su regazo, abrazándose a si misma, y desvió sus ojos, que en aquellos instantes eran lagos de tristeza, hacia la pantalla del televisor.

A las diez y media, telefilm. Coches que vuelan, puñetazos, pistolas haciendo fuego. No se lo pierda. Primero de una serie de acción y aventuras que relata valientemente la vida de un grupo de policías incorruptibles en una ciudad podrida por la droga y el dinero. Primera cadena. Juegue a la lotería. Segunda cadena. Juegue a los ciegos. Apueste a las quinielas. Hágase rico. No més a TV 3. Sólo los ricos disfrutan de las mejores mujeres.

Arthur no se atrevía a cogerle la mano. Estaba seguro de que Vicenta no le creía. No sabía qué hacer para introducir en aquella hermosa cabeza algo de razón entre tanto sentimiento. Pero la razón de Vicenta era otra, Arthur no entendía muy bien cual. Quizá una que sustentaba sus cimientos en la fidelidad y

en la generosidad; en principios así, que han estado en el corazón y en la boca de la gente desde hace miles de años, pero que los hechos han desmentido tozudamente; principios diluidos en preciosas homilías y en discursos vibrantes.

No me crees.

Vicenta encogió sus huesos, es decir, sus hombros, y volvió una cara inexpresiva hacia la televisión. Arthur Oliver hubiera pagado una fortuna por averiguar qué escondían aquellos ojazos de Vicenta, sus tensos pómulos pálidos bajo el colorete, su boca de labios tan finos que parecían disuadir del beso hasta que empezaban a besar y demostraban que estaban hechos de carne.

O alegras esa cara o me voy dijo Arthur con triste aire de fiesta.

Prefiero que te vayas

No me voy. No me da la gana. Arthur insistía en ser simpático

Lo mejor es que me vaya yo.

Acompáñame a la estación, por favor.

Pero, ¿Por qué? Ahora estaba serio . ¿Por qué quieres quedarte sola, sufrir sola?

Porque yo puedo vivir sola. Estoy acostumbrada.

Cuando Arthur la abrazó por última vez, a pesar de su resistencia, en el andén, sintió, debajo de aquella armadura de orgullo que mantenía incólume a Vicenta Guti, la frágil belleza del espíritu. Y al besarla, se despidió de aquella carne magra pero que había sido incandescente con él en solemnes y contadas ocasiones.

Arthur condujo toda la noche hasta Madrid, abrumado por nubes de fantasmas que le acosaron especialmente en el Plà de Lleida, donde la boira fluye del lecho del Segre como si se filtrara del Infierno.

Capítulo 17
EL CANGURO VOLADOR

UNO

Ha llamado Miguel Aguirrebengoa, y te invita a la exposición de Basilio Lozano. ¿Por qué no vas, Arturo? le dijo su madre poco antes de Navidad.

¿Y cómo sabe Aguirrebengoa que estoy en Madrid, si la última vez que le vi fue en verano y en el Metro y le expliqué que me iba a Valencia?

A Arthur le daba miedo la buena voluntad de su madre, porque ya le había puesto más de una vez en un compromiso. Pero en esos momentos, la diligencia de la señora Oliver en buscarle compañía le venía muy bien. Arthur se habría metido en una selva con tal de no quedarse solo con sus pensamientos.

Lozano era un viejo condiscípulo del que Arthur se acordaba a medias gracias a un pasodoble, "Francisco Alegre". Aquel muchacho

lo interpretaba a su aire, y le cambiaba la letra. Lozano cantaba: "Sal a la arena y te tiro una berenjena", de acuerdo con el humor absurdo de los niños.

Aquel Lozano no había perdido un ápice de su sentido del humor, porque se necesita ser un humorista para vivir de la pintura en España sin renunciar al amor propio y apretando el culo. Lozano no hacía otra cosa que pintar desde los veinticinco años. Pintaba lo que le daba la real gana, y vendía más bien poco.

Según Aguirrebengoa, el periodista, Lozano no se había hecho rico por amor al arte.

En una época de mixtificación, los tíos despabilados con dominio de la técnica se pueden hacer de oro. Pero éste no pinta más que monstruos.

Yo pinto lo que llevo dentro se defendía Lozano.

Era un tipo alto con una nariz ganchuda, que miraba levantando la barba, con desafío. A primera impresión engañaba, porque parecía un tipo engreído y autosuficiente. En realidad era

modesto en todo menos en su trabajo, al que se dedicaba con devoción sacerdotal.

Para mí, lo primero es la pintura. Al contrario que la mayoría de los artistas no mentía. Sus ingresos mensuales no pasarían de las sesenta o setenta mil pesetas.

La galería estaba en una de las calles a la espalda de García Morato, que se había reconvertido de aviador en una santa, para sorpresa de Arthur, Santa Engracia. Estaba llena de individuos disfrazados de inauguración. Algunos eran verdaderos fantoches, más parecidos a Polichinelas que a ciudadanos.

Arthur supo por Aguirrebengoa que, salvo tres o cuatro esnobs de poca monta, los demás y las demás eran empleados de Telefónica, maestros, pasantes de notarios, dependientes de librería y un fontanero suizo con aspecto de agente de cambio y bolsa amigo de Lozano.

Los cuadros del pintor estaban divididos en dos categorías: unas cabezas más o menos figurativas de una ferocidad sobrecogedora, realizadas con un dominio absoluto de la

pincelada y del color, y unos lienzos abstractos a base de veladuras cálidas y papeles arrancados de las paredes más sucias de Madrid, que atraían como un jardín sedante.

El jardín interior del tal Lozano debería estar lleno de plantas carnívoras, porque lo que expresaba su trabajo era una visión terrible de la vida, quizá la única verídica.

A la salida, ya tarde, Aguirrebengoa convenció a Arthur de que les acompañara a cenar. Iban el pintor, Aguirrebengoa y dos amigas, una de Córdoba, desenvuelta y con aire de no tenerle miedo a la vida, y la otra de Valencia, discreta y con aire de funcionaria, quizá porque lo era.

Hablaron de cómo se sobrevivía en Madrid, cosa que a Arthur le parecía milagrosa. Aguirrebengoa decía que la pintura de Lozano era de un realismo atroz, porque retrataba esa jungla, pero por dentro.

Yo no sé si los demás serán así. Pero lo que yo llevo dentro, si no fuera por la pintura, me amargaría la vida afirmaba Lozano.

Al fin y al cabo vivimos la impostura decía el periodista . Todo lo que pasa a nuestro alrededor por genuino es falsificación, disimulo y fantasía. Es decir, mentira interesada o mentira piadosa. Si yo tuviera que ganarme la vida escribiendo sobre lo que veo, no vendería una línea. Tengo que decir lo que los demás quieren que diga o quieren leer.

Casi siempre algo bonito dijo la cordobesa . A mí, la verdad, es que me gustan las cosas bonitas.

Pero si buscas la verdad de la vida, terminas dándote de bruces con el dolor, la desolación y la muerte.

¡*Hesú*, qué *exaherao*!

Es que tú eres muy joven y has vivido poco, Petra.

Pero si me gano la vida dando clases particulares y cuidando niños. ¡Tú cómo te crees que vivo, chiquillo! Yo no soy cuñá de nadie ni tengo parientes en el gobierno. Mi gente no tiene más que deudas.

¿Lo ves? Mediocridad, miseria. Los que mandan en este país no quieren saber nada más que de exposiciones gloriosas y que no produzcan inquietud, música de cámara, festivales de cine con estrellas rutilantes y, como mucho, literatura erótica. Todo lo contrario de lo que pinta Basilio Lozano: el caos oculto bajo el orden aparente de las cosas.

Pues a mí me gustan esos cuadros dijo la de Valencia con resolución.

Y a mí. Pero si tuviéramos dinero, a lo mejor no nos hacían gracia. La gente lo que busca es el consuelo. Y en los cuadros de Basilio sólo hay una verdad inquietante y atroz.

¡Ay! V*amoh a dehá ya ese tema, que se noh va a aparecé Pedro Botero* dijo la de Córdoba.

Acompañaron a Arthur al barrio de sus padres, y le dejaron en Ciudad Lineal, porque quería pasear entre los pinos del bulevar un rato.

Toda la calle de Alcalá estaba a reventar de bombillas. Los escaparates eran bazares fabulosos al alcance de cualquiera. A Arthur su

barrio le parecía renovado. Había algunas casas tan viejas como el siglo, de ladrillo de miga, bajitas, sólidas, con tejado de dos aguas; pero otros edificios atrevidos, rodeados de jardines iluminados, habían sustituido las ruinas en las que él jugó de niño. La noche, con la luz de caramelo de las farolas, daba a la ciudad una envoltura dulce y tranquilizadora. Además, de vez en cuando, pasaba un coche patrulla despacito.

Algunas parejas de noctámbulos jóvenes se hacían el amor decorosamente en un banco de madera, a pesar del relente. Arthur los miraba como si estuvieran locos, como si les quisiera decir, "No sabéis en el lío en que os estáis metiendo, desgraciados." Los sentimientos de Arthur estaban petrificados.

Se estaba quedando entumecido, y se metió por las callejas más protegidas camino de casa de sus padres. Al pasar por delante de un bar con aspecto de fonda antigua le entraron ganas de aplazar la cama, y se coló en el garito.

Era un lugar solitario y estrecho con

decoración de taberna, pero con luces indirectas y cuadros originales de cierta gracia moderna: collages y acuarelas. Se fue a la barra y pidió una cerveza. De pronto notó la presencia de alguien a su lado. Era una mujer joven, más bien rellena, muy apretadita en unos vaqueros y una camisa escotada, que le dijo que si estaba aburrido.

"A ver si me he metido en un puticlub", pensó Arthur y echó una ojeada a su alrededor. Vio a una chiquilla de no más de diez años junto a la mujer y a un jovencito de unos catorce o quince jugando con evidente desgana al billar en un rincón del bar.

La mujer se arrimó a él, y Arthur se retiró con su banqueta un poco.

¿Qué pasa? ¿Me tienes miedo?

Arthur le habría dicho que sí, pero le parecía feo. El aliento de la mujer estaba cargado de alcohol.

Yo estoy acostumbrada a la vida. Estoy hecha de acero.

Era la segunda vez en la vida que Arthur escuchaba a una mujer decir que era muy dura, y los dos casos eran mentira.

La niña tiraba de ella con cierta vergüenza, y le decía algo que Arthur no pudo entender. Hablaba en alemán.

Llevo un año viuda. Vivo sola, y me sé defender muy bien de todos los hijos de puta que me rodean. Soy fuerte. Toca, toca y le tendía el bíceps a Arthur soltando una carcajada.

El chico se acercó desde el billar, y se puso al lado de la que, evidentemente, era su madre. Como no le dejaba en paz, Arthur optó por contestarla.

¿Eres alemana?

De pasaporte. Pero soy española.

Y le contó la tragedia de su matrimonio con un alemán joven, guapo y con una carrera brillante que se había muerto de un infarto, y ella y sus hijos se habían quedado solos y no hacían nada más que vagabundear, pero eran

todos muy fuertes, y no les iba a partir un rayo ni su puta madre, y el niño no iba al colegio alemán, porque eran unos cabrones y no le dejaban entrar en el *Gimnasium*, y a la niña no la llevaba al colegio porque no le daba la gana que la echaran a perder con una educación de mierda, y ya estaba bien de mentiras,

Na, ja. Komm, Mamma dijo el chaval, y su madre le dio un empujón.

Cuando se alejó el chico, como si fuera a jugar otra vez al billar, la mujer se echó sobre Arthur y le dijo con aire de confidencia.

¿Por qué no compras media docena de cervezas y nos vamos a mi casa? Vivo aquí al lado.

Pero, cómo voy a ir yo a tu casa, mujer. ¿No sabes la hora que es? Era la una y media . Lo mejor que puedes hacer es coger a tus hijos e irte ahora mismo a dormir.

No tengo sueño. Venga.

Arthur tuvo una idea. Se inclinó sobre la chiquilla y le preguntó:

¿Verdad que quieres irte a tu casa a dormir? *Schlaffen* e hizo un gesto, porque la criatura no parecía entender el castellano.

Ne. Du kommst zu Hause mit uns dijo con una vocecita de cuento de hadas.

Arthur se quedó asombrado, y miró al chico, que se acercaba y se apartaba de la barra nerviosamente.

Mira, voy a hacer una cosa dijo Arthur dirigiéndose más al único con aspecto de sensatez en la familia que a la alemana borracha. Compro unas cervezas, nos vamos a vuestra casa, y enseguida me marcho y os vais a dormir. ¿Vale?

El muchacho se encogió de hombros y dijo a la vez que sí.

A Arthur le costó una buena media hora convencer a la alemana de que era mejor dejarlo para otro día. Ella tiraba de él hacia el sofá en un cuarto de estar bien instalado, y Arthur se separaba muy violento.

Otro día vengo, ¿eh?

La chiquilla le cogía inocentemente de la manga.

Arthur salió apesadumbrado, con el sentimiento del sabio que veía a otro a su espalda recogiendo las hojas que él tiraba por incomestibles. Pensaba en sus hijos obsesivamente. Parecía mentira, pero había gente todavía más abrumada por la soledad que él.

DOS

Muy cerca ya de la Navidad, Arthur cogió una tarde el Metro para ir al centro y comprar regalos para su familia, la de Madrid y la de Sydney. Había llamado a Laura y le había avisado de la vuelta.

Laura le había contestado con una voz deshecha que conmovió a Arthur, que no le hiciera más daño, que si regresaba y se volvía a marchar otra vez, no sabía lo que podía pasarle. Arthur se enfadó, pero esta vez se dio cuenta de que Laura tenía razón. Simplemente se enfadó, no la odió. Le dijo que llegaría en enero.

Aprovechó la hora de comer para recorrer

los grandes almacenes casi vacíos. A la vuelta, el Metro estaba solitario antes de las primeras avalanchas de la tarde, cuando el pueblo, la clase media, la clase alta que tiene prisa y las ratas urbanas se meten en los subterráneos para viajar de una parte a otra de la ciudad, mientras por arriba hay un atasco pegajoso, humo, guirnaldas de luz y mercadillos de vendedores recién llegados de Ibiza, y que hablan un castellano bonaerense con acento mallorquín.

La estación de Santo Domingo parecía un triste refugio antiaéreo recién desocupado, con los andenes llenos de papeles, de litronas de cerveza, de panfletos de los mercaderes del oro y de los judíos que venden chaquetas de piel. Un olor a masa humana, mezclado con otro de cable quemado, flotaba sobre las vías. Muy pocos viajeros esperaban los trenes. De pronto Arthur vio que, en el andén de enfrente, dos individuos caían al suelo al lado de una chica, que se echaba para atrás con ojos de miedo.

Los dos sujetos se acordaban de sus madres a grandes voces y se tiraban puñetazos.

Media docena de madrileños contemplaba la pelea como si se tratara de dos niños jugando. Por los gestos de la chica asustada dedujo que uno de los caídos había intentado atracarla, y que el otro había salido en su defensa. Nadie se movía. Y Arthur, por debajo de la vergüenza que sentía, se felicitaba de estar al otro lado de las vías, porque tenía una excusa para no intervenir.

Esperaba la aparición de un vigilante jurado, pero no surgía por ninguna parte. En esto, los luchadores se habían puesto en pié. Y Arthur reconoció en uno de ellos a Basilio Lozano, el pintor. Durante unos segundos dudó. Y al final dio media vuelta y echó a correr escaleras arriba en auxilio de Lozano. Se acordó de Gateway y del tiburón de Broken Bay.

Al doblar una de las esquinas casi se da de bruces con Lozano, que le reconoció, le cogió de la manga y le hizo correr. Arthur volvió la cabeza y vio al energúmeno blandiendo un ancho cinturón con una hebilla que debía pesar medio kilo.

Volvieron a salir a la Gran Vía y perdieron

de vista al chorizo, que vestía pantalón de lo más fino y chaquetón de cuero, según enseña la moda a vestir a los triunfadores como sea del mundo postmoderno. Lozano, por su parte, llevaba un jersey gastado y unos pantalones brillantes de tanto darles lustre con las piernas.

¡Esto es acojonante, chico! Nadie se ha movido. ¡Qué pasividad! Hace quince años le habrían breado a ostias, le habrían tirado a las vías. Nos estamos volviendo de piedra se lamentaba el pintor.

Eso es que nos hacemos europeos.

Aquí me gustaría ver a mí al presidente del gobierno. Pero seguro que no ha pisado el Metro en los últimos diez años ni lo vuelve a pisar en la vida.

Arthur no entendió qué tenía que ver el presidente del gobierno con aquello. Se acordó de cierta tarde de verano en Central Station, en Sydney, cuando vio salir de un tren procedente de la playa de Cronulla a una gorda en pelota, con un sombrero mejicano y un bolso de paja en el que debía llevar la ropa. Le bailaban las

mamellas, y andaba con la barriga hacia delante ofreciendo a la vista ciudadana su pelambrera morena; pero pocos se daban por aludidos, y la mayoría echaba la vista hacia otro lado con gran respeto y pudor. Lo que es el mundo. En las antípodas los espectáculos del Metro no son violentos, como mucho, son erótico-festivos.

Arthur pasó la Navidad con el corazón encogido, pensando en sus hijos. Por fin, a mediados de enero, se decidió. Dijo adiós a todo el mundo, metió sus maletas en el Opel Corsa matriculado en Colonia, y se piró hacia el norte.

TRES

El aeropuerto de Frankfurt huele a ambientador, pero debería oler a salchicha y a chucrut, y a codillo de cerdo y a puré de patata. Hay algo poco genuino en los aeropuertos internacionales, quizá por eso no huelan a nada.

El avión de Qantas lleva un canguro volador pintado en los costados, y huele a cine. La gente se sienta en el Jumbo igual que en un teatro, a ver lo que le echan. *Fast seat belts*. No smoking. El canguro salta hacia las nubes. El

espíritu de Australia despega del Viejo Continente, cargado de convictos que purgan sus penas sin que se les note.

No, aquel tipo grande y colorado, con un sombrero de *breaker*, como si en lugar de una gira turística por la desvencijada Europa volviera de una trinchera de Gallipolli, no puede sufrir nada, se ríe como un caballo y le dice "*Hi, mate!*", a un tipo con cara de vendedor de coches de Strathfield, "*How did you like it in Europe*?" "Oh, my! *No fair dinkum. I miss Bondi*." Pocas cosas en Europa son genuinas. Todo el mundo echa de menos su tierra, aunque se la acaben de regalar y se encuentre en las antípodas.

Una voz autorizada: «Bienvenidos a bordo, señoras y señores pasajeros. Y felicidades. Sobre todo a los australianos. Es para mí un orgullo celebrar con ustedes hoy un acontecimiento emotivo. Hoy hace doscientos años que existe Australia».

¡Cielo santo! ¿Y hasta el 26 de enero de 1788 qué había allí?

Oh! There once was a swagman camped in a Billabong,

Under the shade of a Coolabah tree;

And he sang as he looked at his old billy boiling,

"Who'll come a-walzing Matilda with me?"

Doscientos y pico corazones se encogen. Arthur siente un nudo en la garganta. Mira hacia el techo de plástico del Jumbo, luego hacia el pasillo de moqueta azul a rayas.

Who'll come a-waltzing Matilda, my darling,

Who'll come a-waltzing Matilda with me?

Waltzing Matilda and leading a water-bag

Who'll come a-waltzing Matilda with me.

Esto es lo que había en Australia. Había una vez un vagabundo acampado en la orilla de una charca, a la sombra de un Coolabah, y mirando cómo hervía su perola, se puso a cantar: "¿Quién bailará un vals de Matilda conmigo? Un vals de Matilda, preciosa, ¿quién bailará conmigo? Bailar y llevar un balde de agua. ¿Quién bailará un vals de Matilda

conmigo?"

Un trampero, un vagabundo del ancho desierto, solitario, feliz en la tierra prometida, donde las ovejas son de todos, hasta que viene un pastor, un policía, dos. A ver qué llevas en ese saco, perillán. ¿Quién quiere bailar un vals de Matilda conmigo? ¿Quién quiere ser libre, largarse entre los eucaliptos, mandar al cuerno la civilización, la propiedad privada, la responsabilidad? Ven a bailar un vals conmigo, muñeca. Arrójate conmigo a la charca, y cantarás hasta la eternidad la canción menos patriótica que se haya inventado jamás como himno nacional de un pueblo nuevo, libre, sin pasado. Seremos fantasmas para siempre. Ven, muñeca, ven a bailar un vals Matilda conmigo.

Arthur contenía los sollozos, y como las lágrimas le emborronaban los ojos no veía que todo el avión contenía los sollozos también, porque volvían a casa, a Australia, doscientos años después. Pero los oía aplaudir y lanzar vivas y celebrar su patriotismo. Porque doscientos años no son ninguna tontería. Doscientos años,

Oh, my!, hay que celebrarlos con ovación y vuelta al ruedo. Llorad, llorad, desdichados. Llorad, que es bueno para el alma, los pulmones y el corazón. Reconciliaos con vosotros mismos. Llorad, llorad sobre Australia, y que caigan vuestras lágrimas en el lago Eire y lo llenen, que inunden el lago Desengaño, que fecunden el desierto.

En el aeropuerto de Sydney hay un olor genuino, propio, nacional, huele a cordero asado, a cordero frito, a cordero guisado. Han cogido el cordero que robó el vagabundo, lo han sacado del saco y lo han puesto a asar en mitad de Botany Bay.

Sydney, a la luz del sol glorioso del verano. Casitas, patios, jardines. Brazos de mar con bungalows en las orillas, trepando por las laderas verdes.

Sobre un asiento de plástico, Arthur ve una visera de cartón. "*Give me your hands, if we be friends...*" una frase de "*A Midsummer Night's Dream*", de Shakespeare. Lego en literatura isabelina, lo interpreta a su modo: "Dame la

mano como si fuéramos amigos". Está pensando en Laura. ¿Le dará la mano al llegar a casa? ¿Serán amigos?

Telefonea a su familia. Coge el teléfono su hijo. Siente el impulso de hablarle como un australiano *ocker*, vulgar. "*Ho'r y' goin mt!*", cómo te va chaval. Pero le da miedo que Geoffrey se lo tome a mala broma, porque desde que llegaron a Sydney él y Laura se han preocupado de hablar *Queen English* y corregir los *ockerisms* de sus hijos.

¿Geoffrey?

¿Sí, papá? ¿Dónde estás?

En Botany Bay. ¿Cómo estáis todos?

O.K.

Voy para allá. Avisa a tu madre, prepárala, no vaya a darle un patatús.

Botany Road se extiende hacia el norte con sus barrios residenciales bendecidos por el sol, con sus patios traseros plantados de acacias y eucaliptos, y de arriates con flores y hortalizas, con sus tendederos cuadrados como antenas de

radio de onda corta. Atrás queda Mascot, donde nadie quiere vivir porque hay que hablar a gritos por los aviones, y Beaconsfield con su abandono industrial y su desfase tecnológico. Y ya estamos en Redfern, con sus casitas pobres y sus aborígenes enseñando la tripa en la acera. Haymarket, y la iglesia del pastor-publicista, que recuerda a los ciudadanos motorizados de los suburbios del sur que sin Dios no puede disfrutarse la chispa de la vida. Y ahora, subiendo, la City, con su perfil oceánico, de clónico Manhattan imposible, desde la pista que vuela sobre los muelles de Darling Harbour. El Observatorio Meteorológico en lo más alto de la colina de Millers Point, que domina el puente.

Harbour Bridge. El balcón de Australia, el palco de Port Jackson, desde donde los seres humanos parecen animalitos de zoológico, ¿verdad, Matilda? Sarcásticos Koocaburras de pico sólido. Chillonas cacatúas de cresta roja. Ornitorrincos peludos amantes de lo secreto y de lo húmedo. Koalas melancólicos. Dingos vagabundos. *Goanas* que miran como ironistas

mudos. Arañas *funnel web* que matan sin remedio. Pobres gallinas woodhen casi extintas. *Possums* impávidos. *Quolls* como musarañas desconfiadas. Insaciables serpientes-tigre. Voraces emus. Terribles *bunyips*. Y moscas, millones de moscas.

Colgado entre las dos torres gigantescas, sobre la inmensidad de Port Jackson, celeste y limpio como un tapete, Arthur se siente un animalito, una ovejita como la que tenía María. Arthur recupera sus sentimientos, vuelve a ser Arthur, en el preciso instante en que el taxi rueda sobre el vacío. El taxi adelanta a un autobús, y Arthur Oliver siente todo su instinto, su emotividad brotar hasta su piel, mirando los surcos que dejan los transbordadores sobre las aguas azules de la bahía. Arthur Oliver se siente humano, un animal censado en el Departamento de Estadística de la municipalidad de Sydney. Y queda atrás el autobús, en el que hay un mono pintado al lado de un cartel de publicidad del Zoo de Taronga.

You belong to the Zoo.

FIN

Valencia, mayo - noviembre de 1988